

16 de junio de 194[illegible]

80
centavos en todo el país

En este número:
EL HOMBRE DE ARRIBA
apasionante novela policial de WILLIAM IRISH

EL PUGILISTA
famosa novela corta de JACK LONDON

En este número:

EL ULTIMO PERRO

DRAMATICA NOVELA ARGENTINA DE GUILLERMO HOUSE



LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 338
16 de junio de 1948



ESMERALDA 116
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:



EL ULTIMO PERRO, una bella novela argentina de **Guillermo House,** en cuyas dramáticas páginas se narra con extraordinaria reciura la vida de aquellos que, en la soledad infinita de nuestras pampas, conquistaron el desierto al salvaje indómito. 46



YUM-YUM, EMPERATRIZ, la ópera que antaño originara un conflicto, hoy se representa en el Japón y es un éxito de risa. Una nota de **Walter Steward** 4

EL HOMBRE DE ARRIBA y la escalofriante aventura de una mujer que cree servir de cómplice a un terrible asesino, su propio hermano. Una alucinante novela corta de **William Irish** 8



¡NO ERAMOS MALOS... TENIAMOS HAMBRE!..., con esta frase se explica el origen y también los motivos de la rápida desaparición del "sciuscia"; el niño italiano abandonado que ganara su dificultosa vida como lustrabotas y como activo agente del mercado negro. Una nota de **Vicente Sánchez-Ocaña** 12

ENTRE LIBROS Y AUTORES, la vida intelectual en la Argentina y un ameno reportaje a uno de los más valiosos hombres de teatro de la actualidad: Juan Oscar Ponferrada 14



EL PUGILISTA, famosa novela corta de **Jack London,** donde se narra, con el estilo realista que hizo famoso al gran escritor, una tragedia del ring 16

CINE, todo lo relacionado con la pantalla argentina y extranjera a través de los comentarios de **Amelia Monti** 20

CAZA FURTIVA, cuento, por **Elipio Herrero Garzón** 22

ACTUALIDADES GRAFICAS 24

DELGADINA EN SAN SILVESTRE, un relato de **Vicente Barbieri** donde descúbrese, milagrosamente encarnada en tierra nuestra, la vieja y dolorosa leyenda 26



EL ALEGRE PUCK DE NUESTRO TEATRO, eso fué — de acuerdo con el nuevo artículo de "Fantasmas de entre dos siglos", la serie evocativa de **Valentín de Pedro**— Enrique García Velloso, el inolvidable hombre de teatro 28

LA LIBRETA DEL BORRACHO, cuento, por **Juan García Orozco** 30

DONDE HABITA EL RECUERDO, el Museo de Arte Hispano Americano, Isaac Fernández Blanco, uno de los más bellos rincones de Buenos Aires 32

DE QUIRICO, O LA NOSTALGIA DEL INFINITO, un artículo de **Romualdo Brughetti** sobre una de las figuras más representativas del arte contemporáneo 34

RISA Y SONRISA, una pausa para el buen humor 37

CLELIA LLEGA, cuento, por **Gladys B. Eisha** 92

SAHIB, cuento, por **León Mirlas** 104

ANGUSTIA EN LA MONTAÑA, cuento, por **Antonio Pacheco Bórgez** 110

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leoplán" 114

ILUSTRARON ESTE NUMERO:
ARTECHE - LISA - MARIANO ALFONSO - OLIVAS - VALDIVIA

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
IANIRO - ANDRINO - GONZALEZ FOSSAT - VALENCIA, etc.

En el próximo número:

Una gran novela moderna cuya versión cinematográfica le ha dado celebridad mundial:

UN ENVIADO DEL CIELO



la obra de **ROBERT NATHAN,** joven y valioso escritor norteamericano, cuyos personajes principales han sido interpretados por

CARY GRANT ★ LORETTA YOUNG ★ DAVID NIVEN

LEOPLÁN aparece el 7 de julio



YUM-YUM,

GILBERT Y SULLIVAN ESCRIBIERON ALGUNA VEZ UNA OBRA QUE CAUSO SENSACION Y QUE ACTUALMENTE, AL REPETIRSE, ATRAE EL INTERES Y DESPIERTA LAS SONRISAS DEL PUBLICO DE TOKIO

Una escena de la obra de Gilbert y Sullivan, que antaño escandalizara.

La versión actual de "Yum-Yum, emperatriz" fué acogida con beneplácito, pero nadie sabe por qué.



EMPERATRIZ

Por
Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Miho Nagata y Nanki-Po, dos estrellas japonesas de la obra que nos ocupa.

Múltiples pelucas cámbianse durante el transcurso de "Yum-Yum, emperatriz".

En 1885, cuando Gilbert y Sullivan presentaron ante el público a la emperatriz Yum-Yum, se produjo una violenta protesta diplomática japonesa. Hoy goza del favor de los súbditos de Hirohito. Así es de cambiante la gente. Como para fiarse.

Pero debemos aclarar algunos puntos. Gilbert y Sullivan lo que presentaron ante el público inglés fué una ópera en broma, con el título de "Mikado", en la cual se le toma el pelo, perdonando la expresión, a la sagrada persona del emperador y a la casa real y sus atribuciones. En una palabra: se ponía en solfa al Mikado, con buena prosa inglesa y música occidental. Mas al presente ha habido



Tsunejiro Iwasaki realizando ejercicios vocales, antes de actuar.

una mutación completa. A los japoneses se les ha despertado el sentido del buen humor y, luego de poner la obra de Gilbert y Cía. en japonés, la han representado en el Hibiya Public Hall, de Tokio.

Ficción y realidad

Los personajes de ficción que figuran en la ópera son sumamente reideros y llevan nombres como éste: "el Ministro Maravilloso", etc. Yum-Yum es la heroína principal y emperatriz de la escena. Nada falta para producir hilaridad, ni siquiera el real acento japonés de los actores, quienes, de acuerdo con el libreto y sus exigencias, cambian varias veces de peluca durante la obra, porque, a lo que parece, los personajes mudan de peinado en relación con el estado de ánimo o con las exigencias del ceremonial de corte.

Bellas japonesitas, de largos ojos almendrados y enigmática sonrisa, animan los papeles de una obra en que nadie sabe quién ríe de quién.

Lo cierto es que toda esta ficción logra llevar bastante público al Hibiya Public Hall de Tokio, lo que hace decir a los actores que nadie mejor que ellos podían poner la pieza en escena. Entre el público concurrente a esta divertida ópera en que se sonríe del pasado, estuvo... ¡el hermano del emperador! (del emperador de verdad).

Admiración curiosa

Los pueblos orientales no son fáciles de comprender. Cuando en China la aviación arrojó las primeras bombas, los chinos le levantaron un monumento a la bomba aérea, y, como un acto de homenaje, cuando algún nuevo diplomático occidental los visitaba, le llevaban flores a la bomba... No cabe duda que los chinos saben gastarse también sus buenas bromas. Los norteamericanos han descubierto durante su ocupación del Japón, que los japoneses no son del todo ajenos a este tipo de humorismo y que cuando elogian o adoptan un concepto o una costumbre americana, por una causa o por la otra, la costumbre o el concepto concluyen cayendo en el ridículo. En el caso de la ópera que nos ocupa, bien pudiera ocurrir, por ejemplo, que los japoneses se rieran de Gilbert y Sullivan por las tonterías que dicen, género de humanismo que antes no podían disfrutar por no existir la costumbre de traducir a los malos autores extranjeros. "Uno no puede llegar a saber nunca lo que en realidad piensa esta gente — dijo a sus relaciones un conocido periodista, refiriéndose al público japonés que llenaba la sala —. A lo mejor — añadió — se están riendo de nuestra ignorancia del ceremonial de corte para presentar un emperador. Yo, por mi parte, no me reiré junto con ellos hasta que no esté seguro de que no lo estoy haciendo de mí mismo."

Prescindiendo de la desconfianza del corresponsal, lo cierto es que aquella célebre pieza que motivó el entredicho diplomático en 1885, hoy goza del favor del público japonés, con el añadido de que ha tenido la virtud de despertar el gusto por la ópera entre el pueblo de Hirohito, cuyos artistas afirman que en japonés todas las óperas son mejores, por tratarse de un pueblo nacido para ellas. ◈



Tadashi Kurimoto, uno de los actores principales.



EL HOMBRE DE ARRIBA

célebre cuento de intriga policial, de

WILLIAM IRISH

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Al alba, Mrs. Collins trepó lentamente la escalera que conducía a la habitación de su inquilino, en el segundo piso, llevándole el agua caliente para afeitarse. Ese era el único modo en que podía suministrársela: no había agua caliente en su vieja y decrépita casa. El amanecer llegaba tarde en aquellos helados días invernales. Afuera el pueblo dormía aún profundamente, y las calles estaban oscuras. Un silencio frío y sepulcral pendía sobre la casa, quebrado tan sólo por el crujido de sus pasos en la gastada escalera.

Golpeó a la puerta, esperó.

Había sido su inquilino durante más de diez años ya, desde aquella vez... bueno, desde que Jerry, su hermanastro, había tenido aquella dificultad y había sido encarcelado. Si no hubiera sido por él, por el viejo Mr. Davis, habría perdido hasta el techo que la cubría, estropeado y derrumbado como era. La pitanza que obtenía de él cada semana en pago de su habitación era su único medio de subsistencia. La gente decía que era un avaro. Solían preguntarle si era verdad que él tenía una gran suma de dinero oculta en su habitación. Ella no lo sabía a ciencia cierta. Pero aunque lo hubiese sabido no les habría dicho. Era su único amigo.

Demoraba un poco en responderle hoy. Golpeó nuevamente, más fuerte.

—Mr. Davis, aquí está su agua caliente —gritó.

Un apagado gemido llegó a sus oídos. Había algo en él que no le gustó. Era más el gemido de alguien que se estuviese muriendo, que el de alguien que despertara. Dejó apresuradamente el agua en el suelo, y probó el picaporte.



La puerta estaba abierta. El siempre la dejaba así cuando se iba a dormir. Se sentía seguro en casa de ella. La abrió de un empujón; inmediatamente su olfato le esclareció el enigma. Gas de carbón. La muerte insidiosa que no puede ser vista. Aquella estufa vieja, panzuda y defectuosa que él tenía. Le había advertido que no tratara de usarla. Debió querer calentar la pieza con ella antes de comenzar a vestirse.

Actuó con rapidez, sin detenerse a pensar en su propia seguridad. Alzó su delantal, con una mano lo llevó a la nariz, y atravesó como un dardo la mortífera estancia, en dirección a la ventana. Eso era lo primero que debía hacerse: que entrase aire fresco. La muerte que saturaba el aire era invisible al ojo, pero no por eso dejaba de estar allí. Una débil refracción del calor que danzaba perezosamente sobre la casi apagada estufa era el único signo delator. Una figura a medio vestir yacía espatarrada de espaldas a través de la cama, con un brazo cruzado protectoramente sobre la cara. Se había desvanecido al inclinarse para ponerse los zapatos.

Abrió la ventana todo lo alto que pudo. Después regresó corriendo hacia él, logró sacarlo en brazos de la cama, y medio arrastrándolo, medio guiándolo, lo acercó a la ventana. Era una carga bastante pesada para su cuerpo diminuto y anciano, pero tuvo éxito en su intento. Lo sostuvo erguido junto a la ventana abierta y lo abanicó vigorosamente con su delantal.

Vió que casi, casi... había ocurrido. Un minuto o dos más que se hubiera demorado habría sido demasiado tarde. Pero después de uno o dos segundos expectantes sus ojos revolotearon abriéndose, tosió ahogadamente, y se apretó débilmente la garganta. Lo había sacado con vida.



Arrojó agua en la mortífera estufa, para apagarla definitivamente. Después mojó una esquina de su delantal, regresó y frotóle con ella la frente.

—¿Qué... qué ocurrió? —tartamudeó él—. Cre... creo que me salvó la vida.

—Le dije que no se acercara a esa estufa —lo retó—. ¿Ve lo que casi le pasa?

Para cuando ella dejó la habitación y retornó a sus tareas domésticas, él estaba en pie nuevamente, un poco tembloroso, pero sin revelar ningún otro indicio de su milagrosa escapatoria.

Cuando descendió, más tarde, para ir a ocuparse de su negocio de librería, ella estaba barriendo el umbral de la entrada. Mr. Davis tenía un pequeño puesto de libros, en el otro extremo del pueblo, que manejaba él solo. Debía ser más bien un trabajo que realizaba por simple cariño; muy rara vez entraba nadie a comprar nada. Pero él amaba tanto a los libros que era feliz con sólo estar entre ellos, picoteando aquí y allá algún trozo de lectura, durante todo el día. Nunca regresaba a la casa hasta ya entrada la noche. Y hasta había ocasiones en que realizaba escapadas, de dos o tres días de duración, fuera del pueblo, para comprar un ejemplar a algún coleccionista, algún volumen raro y de mucho precio que había oído ofrecían a la venta en algún remate de libros de los que se realizaban en las ciudades más importantes. Ese era probablemente el origen de los rumores que corrían sobre su fortuna oculta.

Mrs. Collins siguió barriendo plácidamente el umbral, mientras lo veía alejarse trabajosamente por la calle. Sus ojos siguieron la figura enjuta y lenta hasta que dobló la esquina y desapareció de la vista. Después dejó súbitamente de barrer, entró nuevamente en la casa y cerró la puerta con llave. Dejó la escoba a un lado, fué al fondo del *hall* y descendió un tramo de sombríos escalones que llevaban a la puerta, firmemente cerrada, del sótano.

Golpeó celadamente a la puerta; al otro lado resonó el bajo gruñido de un perro.

El cerrojo fué corrido, y la puerta se abrió muy poco. Dos ojos la miraron, uno encima del otro. Uno, un ojo humano, otro el negro y redondo cañón de un revólver.

—Ha salido y no volverá en todo el día —susurró la mujer—. Puedes subir ahora a tomar el café, Jerry.

Desapareció el ojo más bajo, la abertura de la puerta se ensanchó, y el semblante macilento y sin afeitar de un hombre, de unos cincuenta años de edad, la contempló fijamente. Todo su rostro tenía la inconfundible palidez que deja la prisión.

—Era hora —repuso ásperamente—. ¡Está lo bastante húmedo aquí como para congelarle los huesos a uno! Asegúrate de que todas las cortinas de las ventanas estén corridas, ¿me comprendes?

El hocico de un perro la espió por entre las piernas del hombre, siguió gruñéndole sospechosamente. El hombre bajó la mirada, volcó de pronto todo su latente mal humor en aquella víctima inocente de sus caprichos.

—¡Cállate! —dijo ferozmente—. ¡Me delatarás todavía, haciendo eso, uno de estos días! ¡Yo te enseñaré a quedarte quieto!

Comenzó a quitarse de la cintura un cinturón de cuero crudo y a enroscarlo en torno al puño, de modo que la pesada hebilla colgara libremente a un extremo.

—No, Jerry... —le suplicó Mrs. Collins.

—Tú cuida tus propios asuntos —graznó, humedeciéndose ávidamente los labios—. ¡Arrástrate aquí, Rags, donde pueda alcanzarte!

Mrs. Collins se volvió y ascendió corriendo la escalera, oprimiéndose los oídos con las manos, para no escuchar los horribles sonidos de lo que iba a suceder. La puerta del sótano se cerró, pero los mordiscos sibilantes del cinturón y los aullidos de dolor se filtraron lo mismo, débilmente.

Cuando subió a la cocina, limpiaba la hebilla con un pedazo de trapo. Un pedazo de trapo con manchas rojas. Ella se estremeció y le volvió la espalda.

El volvió a ajustarse el cinturón, se sentó pesadamente a la mesa de la cocina. Mrs. Collins le trajo café, y él lo sorbió ruidosamente.

Ella volvió junto a la estufa. De pronto habló, sin mirarlo:

—No puedes quedarte más aquí, Jerry. Hace ya tres días que estás. Averiguarán que te ocultas aquí, más tarde o más temprano. Nunca he tenido las cortinillas corridas en pleno día, como ahora. La gente comenzará a murmurar.

—Entonces consígueme algo de dinero, como te dije, para que pueda salir de aquí.

—Te he dado cuanto tenía. No tengo más.

—¡Monedas de diez y de cinco! —se mofó—. Quiero decir plata *verdadera*. Lo suficiente como para ir adonde no puedan alcanzarme.

—¿Dónde lo conseguiré?

Lanzó al techo una mirada sginificativa.

—¿Qué me dices de *él?* Debe tener una buena pila guardada en esa pieza.

Ella se volvió rápidamente, sin contestarle.

Se quedó observándola, con un cigarrillo colgándole flojamente de una esquina de la boca.

—¿Qué pasó allá arriba hace un rato? Te oí andar a los saltos, apurada.

—Nada —replicó con voz sofocada.

El extendió el brazo y la apresó por la muñeca, le dió un tirón y ella vióse obligada a mirarlo de frente.

—¡Vamos, nada de eso! Vamos, contéstame, ¿qué fué?

Le soltó la muñeca. Entornó los ojos malignamente.

Tuvo que decírselo, a pesar suyo.

—¿La estufa, eh? —su boca se torció con una mueca oblicua—. Lástima que tuviste que meter la cuchara —murmuró—. Habría venido de perillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, asustada. —¿Qué estás diciendo?

Sacudió la ceniza de su cigarrillo, la contempló, pensativo.

—Bueno, si hoy, por ejemplo, tú no hubieses llegado a tiempo... Todo el dinero que él tiene amontonado ahí sería tuyo, de derecho: él no tiene familia ni amigos —guiñó los ojos hacia ella—. Yo soy tu querido hermanastro, ¿no es verdad? Mitad y mitad.

El rostro de Mrs. Collins estaba blanco, temblaba.

—¡Pero si yo no hubiera tratado de salvarlo, habría sido... asesinato! —exhaló—. Jerry, eres incurablemente malo.

El siguió sonriéndole, sin conmoverse.

—No te asustes tanto. ¿Quién dijo nada de asesinato? ¿Si algo semejante ocurriera con esa estufa por segunda vez..., sin que nadie le pusiera la mano encima..., sería eso asesinato?

Empujó hacia atrás la silla, se incorporó lentamente, se desperezó, contento. Después volvió a guiñarle los ojos deliberadamente, con sangrienta ironía, y salió de la cocina.

Ella quedóse inmóvil allí, como convertida en una piedra. Lo que él acababa de decir seguía sonando en sus oídos interminablemente, como una especie de aterrador estribillo: "¿Sería eso asesinato? ¿Sería eso asesinato?"

* * *

Al alba del día siguiente trepó otra vez, despacio, la escalera, llevándole el agua para que se afeitara. El mismo silencio mortal cobijaba la casa, sólo quebrado por el crujir de sus pasos. Se detuvo ante la puerta y golpeó.

No hubo respuesta. Ni un gemido esta vez; nada.

No esperó a golpear nuevamente. Puso rápidamente la vasija del agua en el suelo, acercó la cara a la rendija de la puerta, olfateando. Un débil olorcillo parecía adherirse a la madera. Algo así como azufre, algo así como huevos podridos, algo así como... la muerte en su madriguera.

Abrió la puerta de un golpe.

Después se detuvo bruscamente. El cuarto estaba vacío, él no estaba allí.

El aire de adentro era fresco y limpio. La ventana estaba completamente abierta. Pero aquel olor letal exudaba todavía de la madera blanda y esponjosa del marco, como si estuviera allí de antes.

La cama había sido usada, los cobertores estaban completamente arrugados. La camisa de dormir, pasada de moda, que él usaba, no aparecía por ninguna parte. Pero tampoco se veían sus ropas, la ropa que usaba todos los días. Como si se la hubiera puesto sobre el camisón de dormir. ¿Y cuándo había él hecho eso?

Fué hasta la estufa, se inclinó a tocar su vientre redondo. Estaba caliente todavía. Tibia, a la misma temperatura de la sangre, poco más o menos. *Había sido usada recientemente.*

Alzó la tapa y atisbó en el interior. Las cenizas estaban apelotonadas; en el centro un pequeño charco de agua, que alguien había arrojado para extinguirlas, no había alcanzado a filtrarse todavía. No había tenido tiempo de penetrar a través de ellas y desaparecer. No era el agua que *ella* había arrojado allí veinticuatro horas antes, y que hacía mucho debía haber sido absorbida.

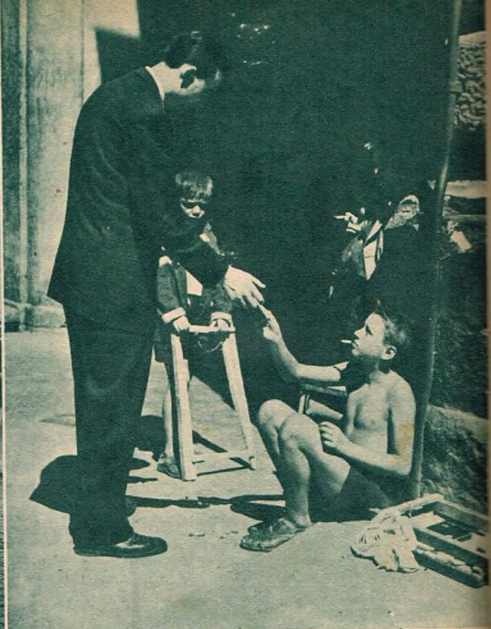
"¿Sería eso asesinato? ¿Sería eso asesinato?" Las palabras seguían silbando en sus oídos.

En su semblante apareció una crispada expresión de certeza. Notó otras cosas en la habitación, signos delatores, pero eran detalles secundarios en relación con aquel hecho principal: la estufa mortífera había sido encendida poco tiempo antes, y el viejo no estaba allí. Vió que en algunos sitios el papel de la pared había sido rasgado, como con un cortaplumas. En otros sitios el zócalo había sido aflojado y desprendido. Hasta el asiento de una mullida silla había sido destripado, y algo de la crin que lo llenaba se había derramado. Como si al-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 101)



ESTAS FOTOS DOCUMENTAN UN PASADO INMEDIATO, PERO YA SUPERADO. VENSE EN ELLA NIÑOS ITALIANOS ENTREGADOS A LAS MAS VARIADAS TAREAS CALLEJERAS



UN "SCIUSCIA" TIPICO. LA GUERRA LO ARRANCO DEL HOGAR Y LO LANZO A LA CALLE. PRECOZMENTE DEBIO HACER EL DURO APRENDIZAJE DE LA VIDA.

TAMBIEN HABIA MUJERCITAS "SCIUSCIAS", DOLOROSOS REZAGOS DE UNA GUERRA QUE NI LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS RESPETA



NO ERAMOS MALOS...

ESTA SENCILLA FRASE RETRATA AL "SCIUSCIA", EL CHICUELO ABANDONADO QUE DEBIO GANARSE LA VIDA, EN ITALIA, DE MULTIPLES MANERAS Y NO TODAS RECOMENDABLES

Por

Vicente Sánchez-Ocaña

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

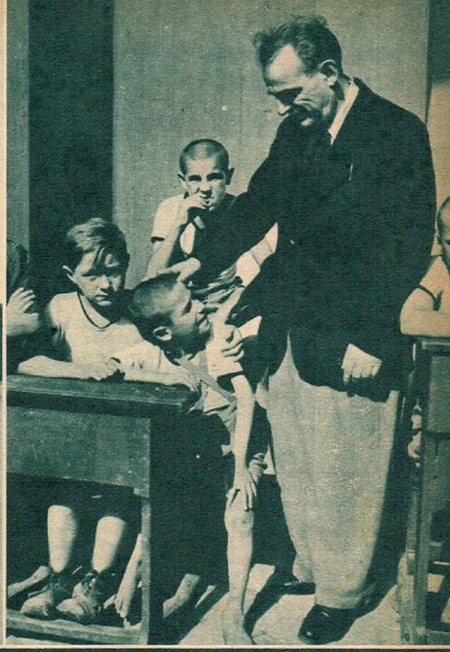
LUSTRABOTAS = "SCIUSCIA"

La profesión de lustrabotas o limpiabotas florece a orillas del Mediterráneo, particularmente. En el Norte de Europa, y aun en el Norte de los países mediterráneos, casi no existe esa industria, que junto al mar de Ulises moviliza a batallones de muchachos. El hombre del Mediterráneo mima a sus zapatos, que le pagan los mimos brillando bajo el sol; en las tierras barrosas y oscuras del Norte se sabe que los zapatos no refulgirán de ningún modo; ¿para qué acariciarlos?

Millares de lustrabotas se precipitaron, pues, sobre los fastuosos calzados anglosajones en Palermo y en Nápoles.



ASI ARREBATABASE AL ARROYO LOS "SCIUSCIAS", SIN VIOLENCIA, PERSUADIENDOLOS, REINTEGRANDO A LA SOCIEDAD LOS POBRES CHICUELOS ABANDONADOS



UN REFORMATORIO. LOS PEQUEÑOS REYES DEL MERCADO NEGRO, DE ACUERDO CON LA LEYENDA, LOS PINTORESCOS "SCIUSCIAS" VUELVEN A LA SOCIEDAD.

UN NIÑO HA SIDO RETOMADO BAJO LA TUTELA SOCIAL. ESTE ESPECTACULO ERA FRECUENTE, NO HA MUCHO, EN LAS CIUDADES ITALIANAS

TENIAMOS HAMBRE...





—*Shoe-shiner!*... *Shoe-shiner!* —anunciaban.

O, mejor dicho, pretendían anunciar. El *shoe-shiner* (lustrabotas) pasado por la prosodia napolitana, se transformaba en este grito:

—*Sciuscia!*

Y este grito concluyó por quedarles como apelativo nuevo a los lustrabotas del sur de Italia.

"SCIUSCIA" = MALEANTE

Los *sciuscias*, además de limpiar los zapatos de los soldados

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 106)



Ponferrada en procura de



JUAN Oscar Ponferrada, el joven y dinámico director del Instituto Nacional de Estudios de Teatro, hace un paréntesis a su intensa labor habitual para recibirnos. Cinco libros de poesía, *Calesitas* (premio "La Peña" de 1929), *La noche y yo*, *El alba de Rosa María*, *Flor mitológica* (premio municipal de 1938) y *Loor de Nuestra Señora;* y tres obras de teatro: *La creciente* (1936), *El carnaval del diablo* (1943) y *El trigo es de Dios* (1947), prestigian la alta calidad de este poeta y dramaturgo, a quien entrevistamos para interrogarle sobre algunos aspectos de su obra dramática.

—¿Por qué escribe teatro? ¿Qué propósito esencial persigue a través de las piezas que tiene escritas?

—Aparte la necesidad natural de la vocación, que es una forma de realizarse a uno mismo, contribuir a la definición de una conciencia nacional. Me parece en estos momentos más necesario que nunca que los escritores concentren todas sus potencias en la revelación del alma argentina. Los problemas estéticos deben, a mi juicio, ser aplicados en ese sentido. Y el teatro, como ninguna otra expresión de arte, parece tener la función de determinar el carácter de los pueblos, en este caso el nuestro. Por eso oriento mis ambiciones hacia el teatro, y dentro del teatro hacia los temas del interior argentino. Interior tanto en sentido geográfico como en sentido de profundidad. El medio físico y la ecuación psicológica. Por ahora no importan las imperfecciones literarias, si, a pesar de ellas, conseguimos manifestar al país en su verdad y en su destino futuro.

—¿Hay, pues, una relación de continuidad entre lo que lleva hecho y lo que ahora proyecta, o prevalece acaso en su labor actual una inquietud distinta?

—Creo que todos los escritores, entre una y otra de sus obras, abren un paréntesis interrogativo. Por lo menos a mí me sucede así. Y en estos paréntesis se ocupa uno de

DECIA CERVANTES...

No puede haber gracia donde no hay discreción.

* El andar a caballo a unos hace caballeros; a otros, caballerizos.

* La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto.

* Si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento o averiguación alguna.

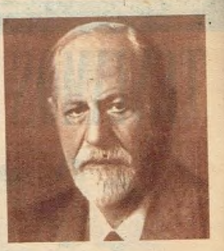
* La verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo.

* Entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría.

* Bien sé lo que son tentaciones del demonio, y una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama.

* No hay razonamiento que, aunque sea bueno, ... largo, lo parezca.

FREUD Y LOS SURREALISTAS



Esta graciosa anécdota ha sido referida por el escultor yugoeslavo Olem Nemon, quien cuenta:

—Un día hallábame en compañía de Freud, el célebre médico vienés, hablando del surrealismo y de los surrealistas. Le hacía notar yo al descubridor del psiconálisis, que la mayoría de los artistas agrupados en aquella escuela se amparaban en su nombre. Más aún: afirmaban que sus respectivas obras estaban inspiradas en los descubrimientos y revelaciones que él había llevado a cabo.

—Es curioso —replicó Freud—. Los surrealistas suelen enviarme sus órganos de opinión con entusiastas dedicatorias, que a veces ocupan toda la primera página. Y bien, debo confesar a usted que leo tales revistas y periódicos, y, salvando las dedicatorias, no entiendo absolutamente nada.

NOTICIAS BREVES

Con el argumento de una próxima película, "El hombre de la esquina rosada", que acaba de serles aceptado por una productora local, se incorporan a las actividades cinematográficas, en calidad de libretistas, los prestigiosos escritores Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

• "Cancionero de la Antártida" (poemas de las tierras procelares) es el título del libro que dará a la estampa el escritor

lo nacional

verificar si anda en buen camino o si se ha extraviado. Uno siente el llamado de nuevas inquietudes. Y éstas parecen distintas invariablemente. Pero si todo lo referimos al primer objetivo, la continuidad de la obra resulta inevitable. Por ejemplo: la pieza que ahora estoy escribiendo no guarda analogía de forma con las anteriores; pero responde al objetivo que me he trazado hace diez años, cuando empecé a escribir para el teatro; esto es, revelár algo de lo nacional. Esta vez no serán tipos y costumbres del norte, sino de Buenos Aires.

—¿Y es esa obra...?

—Una farsa dramática o, más propiamente, un grotesco. El asunto me ha sido sugerido por un cuento de Mateo Booz, el gran narrador santafesino, uno de los escritores argentinos que más admiro.

—¿Cómo se llamará esa pieza?

—Hasta ahora se llama *Llévame a la selva, amor.* Su argumento comienza, precisamente, donde termina el cuento de Mateo Booz. Es una historia distinta que arranca de la otra, lo que también es una forma de continuidad en lo nacional.

—¿Qué otros proyectos tiene en vista, Ponferrada, referentes a la creación dramática?

—En cuanto a proyectos, tengo muchos. Uno de ellos me obligará a explorar el mito de Pachamama, la madre tierra. Pero ello ocurrirá siempre y cuando la Pachamama no me castigue antes por pretender revelar su misterio.

don Luis Ortiz Behety.

• Con el título general de "López" han sido vertidas al alemán y publicadas en Viena las "Escenas de la guerra del Paraguay", de Manuel Gálvez.

• Con motivo del centenario del nacimiento de Groussac, la Academia Argentina de Letras ha resuelto editar su obra "Mendoza y Garay" en la serie de Clásicos Argentinos, que publica la corporación. La edición llevará un estudio prologal del doctor Carlos Ibarguren.





Ana Rosa Tarrío, la conocida poetisa cordobesa, que acaba de publicar un tomo de poesías titulado "San Martín, su lucha", donde exalta con armonioso lenguaje la figura señera del prócer máximo de la argentinidad.



Mario Míguez, cuya novela "El nuevo Leviatán", que fuera distinguida no hace mucho con un premio de la revista "Contrapunto", revela a un escritor de fibra, capaz de ahondar en el estudio de los caracteres.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

LOS NOMBRES DE LA VIDA, poemas, por **Carlos Augusto León**. 155 páginas Ed. Séneca. Venezuela.
HOMENAJE A JORGE MANRIQUE, poema, de **Carlos Augusto León**. Ed. Bolívar. Venezuela.
PEQUEÑA OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA, periódico de las Obras de Don Orione.
LA GENARQUIA, doctrina y organización del estado progresista, por **Julio Aquiles Munguía**. 300 págs. Ed. Perlado. Bs. As.

EL PUGILISTA

novela corta de

JACK LONDON

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

I

Ella y él estaban en la tienda más concurrida de Oakland, frente-a una gran variedad de tapices extendidos sobre el suelo.

Dos cortinados de Bruselas requeridos por la pareja habían sido ya rápidamente desechados, mientras otra veintena de tapices con suntuosos dibujos atraían sus miradas y excitaban visiblemente su codicia.

La lucha interior que se libraba entre sus deseos y su capacidad económica hacía vacilar a los jóvenes, por lo que el empleado que los atendía rogó por teléfono al jefe de la sección, ausente en ese momento, que viniera en persona a hacerse cargo de aquellos dos clientes.

Genoveva había advertido ya el respeto que provocaban, y recordó la cara absorta con que los contemplaba el ascensorista. También había visto a la gente volverse a su paso andando por la ciudad, y a los chiquillos señalarlos con el dedo, más de una vez, con admiración.

No ignoraba que aquellos homenajes no se referían a ella, sino a su acompañante, Joe, el pugilista predilecto del público.

Como el jefe de la sección les había rogado que esperaran unos instantes, libre Genoveva por el momento del fastidio de la elección de aquellos tapices de tan elevado costo inclinóse hacia su compañero y le dijo dulcemente, pero apoyando las palabras como si pusiera término a una conversación momentáneamente interrumpida:

—No, Joe. No veo en absoluto, te aseguro, el placer que puedes encontrar en el box.

El rostro del joven pareció oscurecerse con una ligera sombra, bien pronto disipada por un destello de ternura.

—¡Bah!... — le dijo —. Una vez más, sólo una... Tengo un compromiso que cumplir; pero te prometo que ésta será la última vez.

A pesar de la sonrisa de Joe, la muchacha estaba convencida de que no era íntimamente sincero. En su ardiente deseo de poseer por entero al hombre que amaba, sentía los celos morderle el corazón, imaginando que su amor no era sólo para ella y que el maldito ring le disputaba a su Joe, haciéndola sufrir cruelmente.

—Vamos, vamos — agregó él con calma —; hay que ser razonable. Mi anterior combate con O'Neil me ha permitido completar el pago de la casa de mi madre. Es bueno considerar que estoy tranquilo en ese sentido. Un último combate con Ponta me deparará seguramente mis buenos cien dólares de bolsa; y cien dólares no son para despreciar. Tendremos una excelente oportunidad para instalarnos y arreglar cómodamente nuestro nidito.

—El dinero no me importa — repuso Genoveva —; y te repito que no comprendo tu pasión por el box. ¿Qué satisfacción...?

El joven la interrumpió bruscamente:

—¿...qué satisfacción?

Se detuvo, pues las palabras le eran insuficientes. Con mayor claridad se expresaban sus puños en el ring cuando ponía en juego sabiamente todos los músculos de su cuerpo y todo su ser tendía a la victoria final. ¿Qué satisfacción? Sin duda era incomparable; pero puesto así en el trance de analizarla, no se sentía capaz. Trató, pues, con palabras imprecisas, de explicar sus sensaciones, de describir el placer de la pelea con todas sus alternativas, opuestas o favorables. Había llevado a Genoveva hasta una ventana, apartada de los tapices ahora abandonados, y le hablaba a media voz, con frases breves, describiendo la felicidad que se experimenta cuando se es el más fuerte y el público aclama con entusiasmo desde los cuatro costados a quien ha combatido bien y ganado la partida. Mientras hablaba parecía ver interiormente el estadio iluminado y a su enemigo tambaleante, en medio del estruendo del público puesto de pie.

De pronto, Joe se interrumpió. Genoveva, presa nuevamente del temor al ring, su rival, había palidecido. ¡Cuán débil se sentía ante ese Joe de cabellos alborotados por una alegría irresistible y brutal! Su Joe, el Joe a quien amaba, a quien había creído poseer del todo y tener moralmente a su merced en el hueco imperioso y dulce de su mano pequeña, le parecía ahora desvanecido repentinamente para dar paso a otro hombre desconocido. En lugar de un rostro fresco y travieso, de ojos tiernos, de labios finos y bien delineados, veía ante sí una máscara de acero, severa y contraída; una mirada también de acero que parecía deleitarse con las luces del ring; una boca de pronto endurecida, cuyas mandíbulas semejaban los extremos de la abertura de una trampa. No obstante, por más que no reconociera en él a su amado; por grande que fuera su miedo al hombre que ahora la enfrentaba, sentíase orgullosa de él, invadida por un sentimiento de vanidad. Era mujer, y por un viejo atavismo, la virilidad del macho obraba inevitablemente sobre ella, impulsándola hacia el atleta que sería en adelante su compañero en la vida, proporcionándole el amparo de su fuerza.

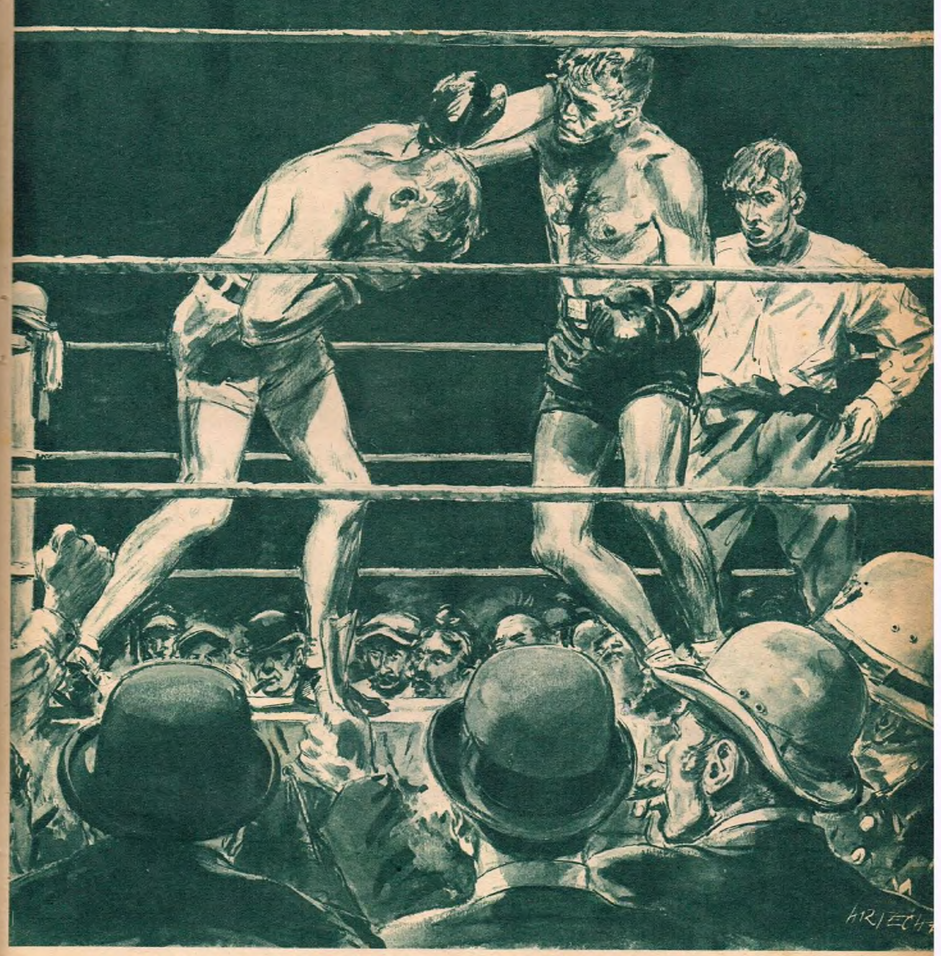
Genoveva no hubiera podido definir claramente aquella atracción que sobrepasaba al amor, obligándola a someterse a su poder. Su ingenuo corazón de mujer sufría; pero a ese sufrimiento se mezclaba una cierta dulzura, provocada sobre todo por la firme promesa de Joe de sacrificar en el futuro esos goces brutales. El combate anunciado sería el último.

—A la señora Silverstein no le agrada el box ni los boxeadores — dijo con un gesto —; y tiene sus buenas razones.

Joe sonrió con indulgencia, disimulando una pena que no era nueva para él, a causa del desprecio de Genoveva por aquel aspecto de su naturaleza, por aquella parte de su existencia de la que sentíase particularmente orgulloso. Cuando enamorado de Genoveva había solicitado su mano, era su vigor, su imaginación, su talento sobre el ring, conquistado merced a un constante esfuerzo, lo que había colocado soberbiamente a sus pies.

He ahí lo que suponía hubiera justificado su derecho a poseerla; y ella sería la recompensa de todo eso: una recompensa más hermosa que todas las otras. Pero Genoveva no había comprendido.

—La señora Silverstein es una vieja loca — dijo Joe riendo —. Por otra parte, qué oficio más saludable para el hombre que el de boxeador? Baños, masajes, ejercicio regular, vida metódica, buena alimentación, pero sin excesos — ahora que tantos comen como puercos —, y nada de alcohol y tabaco. En fin, tener el cuidado de hacer todo aquello que favorece a la salud, y evitar todo lo que la perjudica ¿Podrían decir otro tanto los viejos Silverstein? ¿Acaso tú misma? — Vió entonces que Geno-



veva se mordía los labios, y agregó: —Con sinceridad, dime si miento.

La tomó de un brazo y se lo estrechó respetuosamente, pero con fuerza.

—Tu carne es delicada — ¡ah! —, muy delicada. Prueba a tocar, en cambio, la de mi brazo.

Recogiéndose una manga del saco oprimió con suavidad la mano de la joven sobre su bíceps desnudo. Ella palpó una dureza tal que esbozó un gesto de dolor.

—Es muy firme, ¿no? —dijo él—. Todo mi cuerpo es igual. Mi sangre, mi carne, mis músculos, todo es puro en mí; todo es sano hasta la médula de los huesos. Cada mañana, cuando despierto y me dispongo a vestirme, la salud hierve en mis venas. Y si siempre ves mi piel lisa y brillante, el *cold-cream* no figura en eso para nada.

¡Sí! Había amado apasionadamente aquel deporte y nada le parecía más hermoso en el mundo, hasta aquella tarde en que, por azar, entró en la confitería de los Silverstein y Genoveva apareció de pronto en su vida, oscureciendo todo lo demás. Sino por un razonamiento contrario a su espíritu sencillo, sólo por instinto, empezaba a comprender que un nuevo elemento absorbería siquiera algo de su existencia; que la mujer es necesaria al bienestar del hombre, y que sería preciso sacrificar a ese ser exigente y concreto una buena parte de los placeres del ring.

Debatíase aún contra esa necesidad que lo cercaba, y comprendiendo que tarde o temprano cedería ante ella, sentía fastidio de sí mismo.

Tampoco razonaba Genoveva; y no por ello sus sentimientos eran menos complejos. En el instante mismo en que admiraba los claros ojos de Joe, la piel blanca de su rostro, sus maneras dulces y suaves como las de una muchacha,



del que ya habíanse olvidado.

Instantáneamente, gracias a esa especie de sortilegio de mutabilidad maravillosa propio de la mujer, hizo Genoveva desaparecer de su rostro toda señal de turbación y dijo, con suma naturalidad:

—Joe, he aquí al señor Clausen.

—Señorita, le ruego me perdone —pidió el jefe de la sección—. Buen día, Joe..., buen día, señorita Pritchard. Estaba de conferencia con el dueño... Ustedes comprenden. Dispense, señorita Pritchard.

Era un hombre de aspecto agradable, de cara blanca y rosada, con largas patillas, que reflejaban una austeridad desmentida por sus dos ojillos sonrientes.

—¿En qué puedo servirlos? —dijo con volubilidad—. ¿Están ustedes por instalarse y desean escoger un tapiz? Ya veo que prefieren estas moquetas estampadas. ¿Encuentran el precio un poco elevado? Sí, sí, ya comprendo. Yo tampoco nadaba en oro cuando me casé. Ganaba catorce dólares semanales; pero, señorita, cuando uno se casa, todo le parece poco para arreglar su nido. Ah...

Se inclinó sobre la etiqueta para examinarla.

—Evidentemente, es cara, pero de primera calidad. Ya se sabe que lo más caro dura más y es más conveniente. Escúcheme, Joe.

El señor Clausen bajó la voz, y presa de un repentino arranque de filantropía, dijo al oído del joven con un cuchicheo confidencial:

—Haré con usted una excepción que no haría con nadie. Sí. Para que esté usted conforme le concederé una rebaja del quince por ciento. Solamente...

Aquí la voz del jefe de la sección adoptó una impresionante solemnidad:

—...solamente deberá usted prometerme no decir a nadie cuánto ha pagado por este artículo realmente soberbio. ¿Está bien así?

Ambos jóvenes asintieron con un movimiento de cabeza tras una rápida consulta.

—Bueno — concluyó el jefe —. El precio se entiende, naturalmente, por el artículo acondicionado y puesto en su domicilio. ¿Y para cuándo es la apertura del nidito — agregó con grandilocuencia —; para cuándo desplegarán las alas y contraerán nupcias?

—Mañana — respondieron.

—¿Mañana? ¡Magnífico! ¡Admirable!

El señor Clausen se detuvo un instante a girar los ojos extasiados. Luego, con aire paternal, envolvió a la pareja en una radiante mirada.

Joe había respondido como convenía, sin preocuparse mucho, a aquellas cortesías desmedidas; pero Genoveva enrojeció. El señor jefe, con dudosa corrección, se había interesado por su intimidad más de lo que ella creía conveniente. No era mojigatería convencional y afectada, sino el sentimiento de que ciertas alegrías deben permanecer ocultas.

Siempre sonriente, Clausen los condujo al

más fuerte era su odio al deporte todopoderoso que le robaba su amor.

¡Cómo hubiera preferido enfrentarse con una rival de carne y hueso! Ella habría encontrado la manera de contrarrestar su influencia con sus armas femeninas. Pero en presencia de un desconocido enemigo que se le escurría, sentíase impotente. Tan doloroso era para ella ese pensamiento, que sus labios temblaron y, repentinamente, inundáronse sus ojos de lágrimas.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué tienes? —exclamó Joe—. Perdóname si te he hecho sufrir.

Ella sonrió en medio de su llanto, como expresándole perdón.

El joven no comprendía con exactitud cuál era su culpa, y estremecíase también, confundido como Genoveva. Impulsivamente, tendióle una mano; mas ella, erguida en toda su altura, rechazó el cordial ademán mientras, a pesar suyo, se acentuaba el brillo de sus ojos.

En ese momento irrumpió como una tromba el señor Clausen, el jefe de la sección, a quien estaban esperando y

ascensor, adoptando aires de condescendencia y gestos protectores mientras los empleados volvían la cabeza con curiosidad para seguir con la vista a Joe y su compañera hasta que hubieron desaparecido.

El señor jefe oprimió el timbre del ascensor y se puso repentinamente serio.

—Entonces, ¿esta tarde vuelve usted a pelear con John Ponta? ¿Se siente en forma? ¿Piensa derrotarlo?

—Así lo espero — repuso Joe —. Jamás me he sentido más seguro.

—¡Bien! ¡Perfecto! Estaré allá, ya lo sabe. Comprenda, estoy un poco inquieto. Estando en vísperas de su casamiento, yo me preguntaba..., en fin, yo temía que preocupaciones más dulces le impidieran dominar sus nervios. Está emocionado, ¿verdad? Recuerdo cuando yo me casé. Pero todo saldrá bien. Se siente usted seguro. ¡Ah!... Basta una mirada para darse cuenta de ello. Vamos, buena suerte, mi amigo, y hasta luego. Bien sé que vencerá usted, Joe, no, no tengo la menor duda.

El ascensor había llegado y Clausen hizo pasar a Genoveva.

—Hasta luego, señorita Pritchard, hasta luego. Espero que una vez casada me visitará a menudo; me encantará. Hasta luego.

(CONTINUA EN LA PAGINA 94)

ADHESION AL DIA DE LA BANDERA

RCIDA
ETESIA
MARCA REGISTRADA
LANA PEINADA
TRIA ARGENTINA

JUAN DELL'ACQUA

HETESIA



PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS



Cine

por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES

Ha comenzado el rodaje de la película biográfica del poeta Eduardo Gutiérrez, con dirección de Carlos Rinaldi, en argumento de Florencio Escardó. El film será presentado por el sello Artistas Argentinos Asociados con el título "La cuna vacía". Identificará al poeta el actor Angel Magaña.

Narciso Ibáñez Menta está trabajando intensamente. Filmará, en breve, una producción para Argentina Sono Film y para octubre interpretará también el personaje central de una película que filmará el sello Emelco.

Un evidente progreso ha marcado, en nuestro cine, el género alegre. Benito Perojo proyecta una nueva versión — esta vez criolla — de "El congreso baila". Su título provisorio es "Escándalo en la corte", y su posible protagonista la destacada actriz Mirtha Legrand.

En carácter de primicia adelantamos que Saslavsky será llamado a dirigir para Infer la adaptación local de "El ángel azul", para cuyo papel central femenino se ha pensado en la bella María Félix.

Informaciones que nos llegan de París dicen que Zully Moreno tiene el propósito de animar una película sobre Jorge Sand. Nadie más indicada que ella para animar el personaje histórico, pleno de matices contrapuestos.

"Luces de la calle Corrientes" es el título provisorio de una producción de Film Andes que producirá Luis Saslavsky. La dirección está a cargo de Vignoly Barreto y en los papeles centrales actuarán Marianito Mores y Yeya Duciel.

UN ASCENSO MERECIDO

Informa Artistas Argentinos Asociados que se acaba de nombrar jefe de su departamento de publicidad al señor Ricardo Llana, vastamente vinculado al ambiente cinematográfico argentino, donde actuó en distintas compañías, entre las que se cuentan Estudios San Miguel y Productores y Artistas de América.

La designación del señor Llana para tan alto puesto será, indudablemente, recibida con simpatía en el ambiente cinematográfico local.

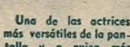
ENTRE ASTERISCOS

Tasmania está representada en Hollywood solamente por Merle Oberon. Oriunda de ese Estado australiano, la destacada estrella pasó la mayor parte de su infancia en Bombay y Calcuta. La iniciación de su carrera cinematográfica tuvo lugar en Londres.





JOSEPH Cotten goza fama de ser un excelente narrador. Habla despaciosamente y va suscitando el interés de su auditorio hasta el momento final. Opina que el arte de la conversación está muy descuidado y personalmente hace lo posible por revivirlo.



Una de las actrices más versátiles de la pantalla y a quien más variados y opuestos personajes ha tocado interpretar es, sin disputa, Paulette Goddard. Desde los lejanos días en que interpretara con Chaplin el papel de aquella adorable pordiosera en "Tiempos modernos", ha encarnado, alternativamente, papeles de gran dama o figuras frívolas, desempeñándose siempre con singular eficacia.



CONTINUANDO con la divertida y amena serie de películas en las que se presenta el famoso trío de los "caminos": Bing Crosby, Bob Hope y Dorothy Lamour, Paramount ha llevado a la pantalla un argumento de Eduardo Beloin y Jack Rose, que con el título "Camino de Río" marca un nuevo éxito en la ruta que comenzó hace algunos años con "Camino de Singapur" y a la que siguieron "Camino de Zanzíbar", "Camino de Marruecos" y "Amor por mal camino".



ROSALIND Russell ha sido distinguida con las más altas clasificaciones en el aula de extensión cultural de la Facultad Artística de Sacramento. La bella actriz siguió allí cursos especiales a fin de compenetrarse al máximo con el espíritu de las estudiantes ya mujeres, y lograr así dar verismo al papel que le han asignado para un gran film sobre el tema.

EL "LUBISCH" DEL CINE ARGENTINO



Carlos Schlieper, a quien, a raíz de la realización de "El retrato" se ha apodado el "Lubisch" del cine local, prosigue activamente la filmación de "Cita en las estrellas", comedia brillante original de Verbisky y Villalba Welsh, de la que son protagonistas María Duval y Juan Carlos Thorry. Relacionado con este film, Emelco informa que ha sido integrado el reparto con los nombres de Alberto Bello, Héctor Calcaño, Osvaldo Miranda, Ana Lía Gade, Santiago Rebull, Alba Mugica, Domingo Mania, César Mariño, Cecilio de Vega, Adela Velich, J. Langlomey y Arturo Arcari.

En el transcurso del rodaje, grandes conjuntos filmados en un suntuoso decorado le otorgan al film carácter espectacular. Se anticipa que, con esta película, Emelco retoma la línea del gran despliegue que tuvo "El retrato".

LA NOVIA DE DON JUAN

Virginia Luque personifica una Doña Inés con rasgos propios, y Tita Merello se halla por sobre toda ponderación por esa simpatía tan suya, tan exclusivamente suyo, que imparte al solo verla. Ambas actrices desempeñan papeles destacados en la próxima astracanada de Argentina Sono Film, en la que Luis Sandrini nos hará conocer su versión del célebre burlador de Sevilla. Todo hace predecir, y esperar, que el film será otro éxito más del destacado actor cómico.

LUIS SANDRINI NO TIENE "DOBLE"

La brillante carrera cinematográfica de Luis Sandrini ofrece pormenores de interés. Por de pronto, jamás ha aceptado "dobles", y así lo hemos visto domar un auténtico león en una película reciente; pescar un pez-vela en "El ladrón", en cuya acción se dió el chapuzón más "famoso" de su vida; en breve lidiará toros en España para su película "Flor de torero" que filmará en la Madre Patria, y en "Yo soy tu padre", película que en breve conocerá el público porteño, doma un potro con la pericia de todo un profesional. Claro está que todo esto tiene un subido precio en golpes y sinsabores, pero Sandrini es hombre de coraje; volvió a montar varias veces al endiablado pingo, hasta que lo tuvo mansito. Después de todas estas pruebas, el físico le queda algo resentido.

La película donde doma potros se titula "Yo soy tu padre" la dirigió Gómez Muriel. Será presentada por Interamericana dentro de pocas semanas y... hará reír. Estamos seguros.

LORETTA YOUNG, JOVEN VETERANA DE HOLLYWOOD

LORETTA YOUNG, a quien la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood acaba de premiar como "la mejor actriz de 1947", aparece en uno de los papeles más importantes de su carrera artística en la película de Samuel Goldwyn "Un enviado del cielo" —la novela de Robert Nathan que publicará LEOPLAN en su próximo número—, que distribuye R. K. O. y que es "su" película número 65. Es necesario tener en cuenta que Loretta comenzó a enfrentar las cámaras a los 5 años y que ya a los 13 se le encargaban papeles estelares, habiendo trabajado con casi todos los mejores actores de Hollywood, y todos ellos, sin excepción, la consideran la mejor compañera fuera del film e insuperable como lading-woman.

En "Un enviado del cielo" comparte la responsabilidad del film con Cary Grant y David Niven.



CAZA FURTIVA

La noche era tempestuosa y fría. Un viento helado barría los páramos de Castilla, trayendo entre sus ráfagas granizo y nieve, y haciendo aún más grata la permanencia en la gran cocina, caldeada por el alegre fuego de las jaras que ardían en la amplia chimenea. Llegaban los hombres arrebozados en sus tapabocas, sacudiéndose las zamarras moteadas por los copos de nieve, y dando fuertes patadas para desprender el barro de las botas.

—Buenas noches a toda la gente... ¡Qué frío, madre mía! En cuanto calme un poco el viento, va a caer una nevada que no se podrán ver ni los tejados de las casas... ¡Pero mira quién está aquí, Virgen Santísima! ¡Si es nada menos que el primo Ubaldo, que estaba en las Américas! Dame un abrazo...

Y así uno tras otro. Todos aquellos rudos hombres de rostros curtidos por los saludables vientos castellanos, debido a los múltiples casamientos entre familiares, resultaban parientes míos. Unos eran primos hermanos, otros sobrinos, aquél, tío, este otro estaba casado con la hija de un primo...

La rústica cocina ya iba siendo chica para tantos. En la habitación inmediata, el dueño de la casa — mi tío Antonio — jugaba al tresillo, al amor de una mesa con camilla, con el señor cura y el médico del lugar, es decir, las dos personas más notables de Peñausende, después de él, naturalmente, que era el Secretario del Ayuntamiento.

Estaba nada menos que en la casa de mi tío Antonio, aquel caserón legendario de mis mayores, del que tanto había oído hablar cuando era un niño. Entonces, en mi imaginación novelera se me representaba como la vetusta casona solariega castellana de mis antepasados, con escudo de armas roído por los años, piedras labradas y obscuras habita-



Cuento, por

Elipio Herrero Garzón

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE LISA

ciones con viejos muebles y panoplias en las paredes... En realidad, se trataba de una casa sencilla, de un solo piso, pero construída "al estilo de la ciudá", como decían las gentes del pueblo, o lo que es igual, que no había otra similar en todo Peñausende.

Casa de labradores ricos, con cocina espaciosa, despacho para administrar justicia "en privado" y preparar las elecciones; una sala al frente que hacía las veces de comedor, y en los profundos arcones de roble, manteles y sábanas de hilo de Holanda perfumados con espliego, y rica vajilla y cubiertos de plata —los mismos que hubo necesidad de esconder cuando "la francesada"— que sólo se usaban en las grandes solemnidades, cuando venían de Madrid a cazar en la dehesa de mi tío un conocido general, o el conde de "F..."

Todo aquello que en la lejana provincia de Buenos Aires se me aparecía como a través de un velo de leyenda y tradición gloriosa, con algo de página cervantina, estaba ahora allí, al alcance de mi vista y de mi mano. Aquélla era la augusta Castilla, el vientre fecundo que se desangró sobre las Américas; allí estaban sus hombres, sus pueblos y sus paisajes ásperos y fuertes...

Sus hombres... Eran aquellos mismos que me llamaban "primo" y me asfixiaban con sus abrazos desbordantes de cariño sincero. Eran aquellos mismos que cuatrocientos años atrás, vestidos con jubón y gregüescos, dejaron de ser labriegos para marcharse a las Indias, obsesionados por el oro azteca...

—Así que has venido de los Buenos Aires... Rica tierra es aquélla; lástima que algunas veces le falten las lluvias y no rinda todo lo que debiera. Si no fuera por eso ¡vaya cosechas! Allí no hay que pensar en abonos ni en nada parecido...

—¿Conoce usted a la Argentina? —le pregunté al que así hablaba, un viejecillo arrugado, de mirada penetrante y boca sumida.

—¿Qué si la conozco? Antes de que tú nacieras ya estaba yo tomando mate al pie de las trilladoras, en el partido de Pehuajó, allá por el año novecientos dos...

—¿Y cómo fué que no se quedó por aquellas tierras? ¿No le gustaba la vida de América?

—Gustarme ya lo creo que me gustaba; pero la familia puede mucho en estas cosas, ¿sabes tú? Mi mujer —que Dios tenga en su santa gloria— le tenía un miedo terrible al mar, y no había forma de hacerla subir a un barco. Dos veces fuí yo a la Argentina a trabajar en las cosechas, y tantas pesetas traje, que pude levantar las hipotecas que pesaban sobre la casa y las tierras que tenía. De haberme quedado allá hubiera hecho la "América" como tantos otros de este mismo pueblo; primero chacarero, y luego estanciero. En aquellos tiempos era cosa fácil hacerse rico en el campo...

Los mocetones vestidos de pana, que recién empezaban a vivir y no conocían más horizonte que el de su pueblo natal —si acaso, algún viaje deslumbrador a Zamora que dejó en sus retinas por mucho tiempo el recuerdo imborrable de altos edificios, los puentes sobre el

(CONTINUA EN LA PAGINA 108)

ACTUALIDADES GRAFICAS







LOS FESTEJOS DEL 25 DE MAYO.— Con el brillo y la adhesión popular que son ya tradicionales, conmemoróse en todo el país el 138º aniversario de la Revolución de Mayo. En Buenos Aires, dichos actos culminaron con los realizados en la histórica Plaza de Mayo, frente al viejo Cabildo, y el solemne tedéum, actos a los que dió carácter oficial la presencia del presidente de la Nación, ministros del Poder Ejecutivo y altos funcionarios del Gobierno. En los aspectos más salientes de ellos, se ve aquí al general Perón, el doctor Quijano y los señores ministros, dirigiéndose al tedéum; al presidente, en el momento de izar la bandera en la Plaza de Mayo; parte del público que asistió a los actos y, finalmente, al presidente y su esposa y otros altos funcionarios pasando revista a la gran concentración de escolares.



ANIVERSARIO. — Con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la independencia de Cuba, realizóse en esta capital un simpático acto de homenaje, organizado por "Amigos del Teatro", al que concurrieron numerosas personalidades de la colectividad cubana y de nuestro pías.





ACTO CULTURAL. — Adhiriéndose a los festejos realizados con motivo de nuestra efemérides patria, el Círculo de la Prensa efectuó una reunión cultural que tuvo señalado éxito. Varios oradores hicieron uso de la palabra y el acto culminó con una exposición de trabajos autóctonos que contó con ejemplares de gran interés.



EXPOSICION. — Una serie de óleos, acuarelas, temples, etcétera, constituyen la muestra que inauguró el pintor Leopoldo Fuchshuber en el Salón Peuser, donde se puede apreciar el delicado y personal estilo del artista.
←

→
ARTISTICAS. — Una vez más Liber Fridman nos brindó una muestra de la calidad de sus obras en la exposición realizada recientemente en los salones Peuser. Sus tipos y paisajes merecieron el elogio de la crítica y el público.





CULTURALES.—En la República Dominicana, el agregado cultural de nuestra embajada, doctor Horacio Parral Durán, adhirióse a un simpático acto cultural realizado en la Facultad de Santo Domingo. Aquí, el licenciado Pedro Troncoso Sánchez, decano de la Facultad de Filosofía, hace uso de la palabra ante los altos miembros de la Universidad del país hermano.



RECITAL.—La bailarina Ofelia Vidal de Temperley, que ofreció un recital de danzas en el teatro Odeón, siendo muy aplaudida por el numeroso público asistente.



RADIOTELEFONICAS. —Ha iniciado sus audiciones por radiotelefonía la prestigiosa cantante Julia B. Palacios, cuyos recitales ponen de manifiesto sus amplias dotes vocales y su singular comprensión musical.



CANTANTE. — Auspiciado por la firma comercial Tangee, en su programa radiotelefónico "Una estrella y una incógnita", actúa con éxito el cantante melódico Raúl Viale.



VIAJERO. — Procedente de los Estados Unidos llegó a nuestra capital el señor E. A. Spicko, superintendente general de fábrica de la firma comercial Colgate Palmolive Peet Cº.



AGASAJO.—Fueron agasajados con una comida, que transcurrió en un grato ambiente de camaradería, el señor Agustín Cancio y su esposa, con motivo de su viaje a España. La reunión puso de manifiesto los sólidos vínculos de amistad que han sabido granjearse los viajeros en nuestro país.



DELGADINA

LIBERATO Casas tiró el pucho fuera del galpón y dijo, después de un prolongado bostezo:

—De aquel año que llovió pescaos, no había vuelto a cair tanta agua... ¿Se acuerda, don Martín?

El viejo se sonrió y tardó un rato en contestar:

—¿Y cómo no me viá acordar?... Si una tarde tuve que dir hasta lo de don Faustino Beltrán..., ese que trabajaba en sogas, ¿no?... Güeno, ¡llovía que daba miedo!... Y cuando volví a mi rancho, me encontré que tenía un bagre tamaño así en el sombrero...

—¡Juá, juá! —hizo Liberato Casas—. ¡Veanló al viejo desajerao!

—No es ninguna desajeración —retrucó muy serio don Martín—. Son cosas que a veces le saben pasar a los cristianos.

Después de esta salida, se quedó como si tal cosa.

Uno de los peones recordó antiguas crecidas y aseguró que esta agua de ahora "no era nada" comparada con las de antes, cuando sabía llover "pa tirar pa arriba". Hilario Rodríguez dejó a un lado la guitarra y terció en la conversación:

—¡La pucha, ese año!... Caiban sapitos con cola, y en los charcos era un hervidero. Las gallinas y los patos se hacían cada banquete, que no les digo nada. Fué pa el año veinte, ¿no es así?

—Jué — asintió don Martín Lima —. Me acuerdo que pa aqueya época me agarró el romatismo en las patas... Se me pusieron así las rodillas. La médica, doña Ventura, me dió un ingüento y se me pasó el mal por un tiempo, y una ocasión que di una costalada en el patio me volvieron a agarrar estos dolores... Pero áhura ya estoy medio acostumbrao.

Entonces, entre Hilario Rodríguez y Liberato Casas se produjo ese diálogo que con frecuencia se repetía cuando ambos se cruzaban en el patio, en las tareas del campo, o por cualquier motivo:

—Así son las cosas.

—Colgadas, parecen bolsas.

—¿Y dándolas vuelta al revés?

—Bolsas, otra vez...

La peonada y algunos comedidos se encontraban en el galpón de la casa de Carreño aguardando que pasara el mal tiempo. Este tenía de mal humor a los chacareros, pues estaba comenzada la recolección del trigo y urgía terminar con los trabajos, ya que la madurez del grano se había adelantado bastante en San Silvestre este año. La escasez de brazos, por otra parte, obligó a los colonos a "prestarse" los peones; de manera que de una chacra pasaba todo el equipo a la próxima; así se hizo el trabajo en lo de don Jesús Servent y en lo de Callegari y Vanneri, y ahora le tocaba el turno —y ya se ve con qué tiempo— al trigo de don Claudio Carreño.

Por el aspecto del día, no había miras de que cesara la lluvia, de modo que la gente trataba de matar el tiempo entre mate y mate y truco y truco; por ahí se hacía un silencio, y la guitarra de Hilario Rodríguez ponía una nota melancólica ayudada por la persistente tristeza de la lluvia. De tanto en tanto, don Claudio Carreño cruzaba el patio sorteando los charcos y entraba en el galpón; andaba con cara de pocos amigos. En el galpón había una semioscuridad acogedora y las voces de los que jugaban al truco sonaban como lejanas y mezcladas al susurro del agua sobre las chapas de cinc.

—... y había que verlo al catalán (estaba contando uno de los peones) con el apuro que echaba el último bocao de tumba, y ya salía al patio y decía riéndose, como si eso juera muy gracioso: "Güeno, muchachos; ya hemos comido y el trabajo nos está esperando..." ¡Ni un respiro nos daba!... Pero cuando pasamos todos, y él también, claro, con su gente, a lo de don Benvenuto Vanneri, ¡aquí te quiero ver, escopeta!... Vanneri decía: "No hay por qué salir con todo el rigor del sol, descansemos un rato primero." Y la gente pitaba, se tomaba unos mates a la sombra, y después se salía con más ganas al trabajo... Y, claro, el catalán se las tenía que morder, porque no estaba en su casa... ¡Qué angurria pal trabajo!

—Güeno, también, así hacen la platita, pues —apuntó uno de los truqueros. Se referían a don Jesús Servent, cuyo amarretismo era de todos conocido.

—En cambio aquí don Claudio —comentó don Martín Lima, que se encontraba "como de floreita" entre la peonada y a quien la lluvia había impedido llegarse hasta su rancho—, a él le gustaba tener a su gente a galpón, como los toros finos...

—¡Qué le va hacer al dolor cuando remedio no tiene! —canturreó Hilario Rodríguez haciendo sonar las cuerdas con un rasguido liviano.

—En lo de Callegari —refirió Liberato Casas— me tocó trabajar mano a mano al lao de una de las gringuitas... No crean: estaba bastante en condiciones... Ahitá la cosa.

—¿Jué la que te dió un sopapo las otras tardes, porque te le quisiste

EN SAN SILVESTRE

Por Vicente Barbieri
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE LISA

pasar al patio? —preguntó Hilario Rodríguez, volviéndose hacia mí y guiñándo un ojo.

—Güeno —se disculpó el otro—, pero me parece que jué porque la Marieta no me entendió bien... Como ellos tienen su dialeto, a veces no comprenden bien la castilla... Yo quise decirle un cumplido, no más. Y en el momento en que me alcanzaba una horquilla, le dije... le dije... ¿Cómo era?... Gueno, me preparé y le dije un versito:

Chiquitita y bonita
te me estás criando;
para la otra cosecha
te estoy guardando...

—¡Juá, juá!... ¡Mirelón al rumbiador! —festejó don Martín—. ¿Y qué pasó después?

—Viene la gringa bruta y me acomoda tamaño guantazo en la trompa, que me hizo cair el sombrero. Y pa pior, estaban todos mirando... Ahi tá la cosa... Me hizo hervir la sangre... Y encima, de yapa, el gringo Callegari se pone a decir muy orondo: "¡Eh, Crrristo, la mochacha sale como la madre... tiene un puño propiamente de burro, tiene..."

—*Ahi tá la cosa* —dijo don Claudio Carreño, repitiendo el estribillo de Liberato Casas, y salió del galpón disimulando la risa.

Un coro de carcajadas apagó por un momento el tamborileo del agua en el techo del galpón. Después se produjo un silencio largo. Yo miraba ensimismado el caer de la lluvia: continuado, eterno. Allá lejos se veía el campo, como resignado. Me produjo una sensación indecible ver allá en el camino un sulky que avanzaba como agachado bajo la lluvia; alguno que tuvo la necesidad impostergable de ir a buscar los "vicios", pensé, por pensar algo, y bostecé ampliamente estirando los brazos.

La guitarra de Hilario Rodríguez comenzó a quejarse como si refiriese quién sabe qué historia desgarradora. Algunos dormitaban; el fuego comenzó a amortiguarse poco a poco invadido por la ceniza. Había como un sabor de tristeza que cuadraba muy bien al ánimo en reposo.

—Cantá algo —le pidió Liberato Casas a Hilario Rodríguez.

—¿Y desde cuándo cantamos, compañero? —atajó el otro.

—No se me achique, mozo —intervino don Martín Lima—. Cuando yo era de su edá, allá por el noventa, no sabía hacerme rogar... Ni pa cantar ni pa otras cosas.

Sin decir una palabra, Hilario Rodríguez agarró la guitarra por el cuello y se la tendió a don Martín.

—Estoy olvidao —se disculpó, ladino, el viejo. Entonces, intervine yo:

—Vamos, don Martín... Mire que yo no lo escuché nunca.

Vaciló el viejo, y luego dijo tomando la guitarra:

—Güeno, amigo, viá tratar de complacerlo. Pero después no se me queje, don.

No se floreó mucho en las cuerdas, pues bordoneó brevemente y en seguida se agachó sobre un estilo: se veía que la voz no le daba ya, pero su tono era agradable y él trataba de chispearlo un poco con intencionados intervalos. Cantó una décima:

De amores de una mulata
muy corsaria pa la guerra,
hoy me encuentro, ¡suerte perra!,
como tero en una pata.
Y ella no sabe, la ingrata,
que aunque soy medio bichoco
sigo trotiando a lo loco
como cuzco atrás del coche,
y estoy desvelao de noche
una sí y otra tampoco.

Con comentarios diversos fué saludada la

(CONTINUA EN LA PÁGINA 107)



Fantasmas de entre dos siglos

El alegre Puck de nuestro

ENRIQUE GARCIA VELLOSO, FUE DUENDE DE LA ESCENA NACIONAL, "PEQUEÑITO, CHISPEANTE, INGENIOSO, VIVAZ, LLENO DE TRAZAS Y DE CUENTOS..."

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ARSENIO Perdiguero, el veterano actor español que arribó a nuestras playas allá por el 90, siendo todavía un muchacho, pero ya con su vocación artística, nos contaba cierto día cómo conoció a Enrique García Velloso, a poco de llegar a Buenos Aires.

El que luego había de ser popular actor ensayaba entonces sus facultades en cuadros de aficionados de sociedades españolas, y dirigía un conjunto juvenil, infantil más bien, que actuaba con gran éxito. Con aquel conjunto fué invitado a trabajar en una función benéfica, como un número más del programa.

Llegó al teatro con sus compañeros, entró en el cuarto que le destinaron para vestirse y caracterizarse, y luego que lo hizo, se dispuso a aguardar que le llegase su turno. En esa espera se acercó, por el pasillo de los camarines, al escenario. Y, al acercarse, se sintió cada vez más atraído por una voz que tiraba de él como un hilo mágico: una bien timbrada voz que decía versos. Pronto advirtió que eran los versos de *El Vértigo*, de Núñez de Arce.

Fué acercándose entre bastidores hasta la primera "caja" y desde allí pudo ver que el que recitaba era un muchacho de pequeña estatura, excesivamente pequeña para los diez o doce años que debía contar. Declamaba admirablemente. Arsenio Perdiguero se quedó muy impresionado. ¿De dónde había salido aquel diminuto actor, poco más o menos de su edad? Buscó su nombre en el programa: Enrique García Velloso. El nombre entonces se le olvidaría. Pero algunos años después, cuando volvió a encontrárselo, siendo él ya actor profesional y Enrique García Velloso crítico teatral y autor incipiente, lo reconocería en seguida y su nombre ya no se borraría de su memoria.



Enrique García Velloso.

Primeras aventuras escénicas

El que "Vellosito", como le llamaban sus compañeros del Colegio Nacional, recitara *El Vértigo*, de Núñez de Arce, tiene su significación. Es toda una época. Los grandes actores españoles que venían a Buenos Aires por aquel tiempo — Rafael Calvo, Antonio Vico, José Valero —, solían declamar, en noches de gala, aquel poema, que les daba ocasión de lucir sus facultades de recitadores, y resultaba de una segura eficacia sobre el público, impresionado por la rotundidad de sus décimas:

Guarneciendo de una ría
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza imponente y sombría
cierta torre secular,
que un rey mandó edificar



La primera Comisión Directiva de la Sociedad de Autores Argentinos, fundada en la casa de García Velloso, y de la que el conocido hombre de teatro fué presidente.



Parravicini, en su caracterización de "El tango en París", de García Velloso, que aparece a su lado

teatro

a manera de atalaya,
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

Si la poesía marcaba una época, la pura dicción del recitador revelaba su escuela española, como que su primer maestro fué su padre, español de gran cultura y fino de espíritu, don Juan José García Velloso, profesor de latín, griego y filosofía, que alternaba su labor pedagógica con sus aficiones literarias y periodísticas.

Con su padre asistiría en Rosario, donde nació y donde transcurrió su infancia, a las representaciones teatrales de las compañías españolas que actuaran en aquella ciudad. De ahí las influencias que se advertían en el pequeño recitador de *El Vértigo*. De su padre también le vendría su afición a las letras, revelada prematuramente, pues no tenía más que diez años cuando conquistó un premio en un concurso literario.

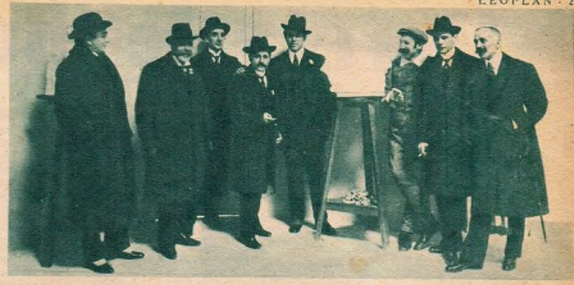
Prematuramente se inicia también en el teatro. A los 15 años. Cuando estaba ya en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde su padre era profesor de literatura. De aquel tiempo, Ricardo Rojas lo recuerda así: "pequeñito, chispeante, ingenioso, vivaz, lleno de trazas y de cuentos, como lo fué en el resto de sus días..." Cierto. "Como lo fué en el resto de sus días." Así lo conocimos años después, cuando era uno de los más populares y prestigiosos hombres de teatro en nuestros medios bonaerenses.

En su primera aventura escénica le acompañó, como colaborador, Mauricio Nirenstein, y como compositor un músico negro: Zenón Rolón, porque hay que decir que el engendro, titulado *Chin-Yonk*, era una zarzuelita. Enrique García Velloso nacía, pues, como actor, bajo el signo

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)



García Velloso sentado junto a Pablo Podestá, y en medio de ellos, de pie, Joaquín de Vedia.



Enrique García Velloso cuando estrenó "Fruta Picada", en el teatro de la Comedia, de Madrid, el año 1913. Fotografía hecha en el estudio de el gran escritor Mariano Benlliure.

La libreta del borracho



Luis Montagout, el dignísimo Montagout, desempeñaba desde hacía mucho tiempo un puesto en la Municipalidad de un pueblecito de Bretaña, donde él naciera. Feliz con esa vida sin altibajos ni sobresaltos, incolora, simple, como las de tantos pequeños burgueses, ansiaba la llegada del domingo para salir de paseo por las callecitas arboladas o ir al casino a beber su pocillo de café, charlar con los amigos y fumar su buen puro. A veces lo acompañaba su pequeño León, hijo único, blanco, paliducho, enclenque, tierno como una planta joven, calco perfecto de Genoveva, su madre, con el mismo mirar azul, transparente, lánguido, somnoliento.

Desde que Montagout se empleara siendo joven aun, y antes de casarse, en nada cambiaron sus costumbres: todas las mañanas a las ocho bebía su taza de chocolate, que antes le preparaba su madre y ahora Lisset, la mucama; hojeaba el periódico "La mañana"; daba un beso a su esposa y otro al pequeño León, y bajaba lentamente las escaleras para dirigirse a su oficina. Constantemente pensaba en lo feliz que era; sólo ambicionaba jubilarse y vivir hasta ver a su León no siendo un triste empleado como él, sino un marino, un militar prestigioso, un abogado de nota o un médico que llamara la atención en el mundo por algún descubrimiento. Soñaba con realizar ese anhelo aunque le preocupase la falta de salud del pequeño. El médico de la familia —el viejo y querido doctor Larbour, de luengas barbas patriarcales, fuerte aun a pesar de sus ochenta años— le había recomendado que lo sacara a pasear por el parque cuanto fuese posible. Desde entonces el bonachón de Montagout dejó el casino y las tertulias, para dedicarse por entero a su hijo. Cuantas horas disponibles tenía, eran para salir con León. En ningún otro momento era más feliz Montagout que cuando iba llevando de la mano a su niño vestido con traje de marinero, en cuya gorra redonda la cinta azul, con blancas letras, ceñía la frente amplia, blanca, dejando sobresalir rizos de dorado cabello.

Parecía que el sol y el aire puro del parque mejoraban la salud de León: comía con más apetito, estudiaba con más ahinco las lecciones de la escuela y en la blanca y pálida cara comenzaban a aparecer rosáceos indicios de salud. Para Montagout se colmaba su felicidad. Vivía embebado viendo crecer al pequeño como él deseaba.

Genoveva, a veces, le decía molesta:

—Parece que no hay más que León... Yo no existo para ti...

El marido nada respondía. Acariciaba al hijo, lo observaba atento, lo besaba preso de infinito gozo, y luego respondía con chochez:

—Mamá te quiere, pero yo más... más...; ja, ja..., ¡mi pequeño León! —y quedaban los dos abrazados largamente...

* * *

Aquel verso apasionado le cayó como una bomba. Montagout lo leía y releía sin poder convencerse. ¿Pero es que acaso ella?... Se le enturbiaron las pupilas y la boca se le resecó. ¡No era posible! ¡No era posible! Arrancó la hoja del periódico donde estaba el atrevido poema, y la guardó doblada en su cartera, junto a su herido corazón. En un instante toda su felicidad se derrumbaba, desaparecía.

Llegó con el gesto hosco a la oficina. Le parecía ver en sus compañeros actitudes y miradas distintas, y hasta cuchicheos no usuales. Montagout observábalos, sollispado, por sobre las gafas de arco de oro, silencioso, taciturno, recordando insistentemente la atrevida declaración de amor en verso. Pensó retar a duelo al director de "La Mañana" si no le decía quién era el desfachatado que firmaba con las iniciales R. S., pero ¡le parecía tan humillante para su dignidad de hombre, bueno y limpio de alma! Las letras R. S. giraban en su mente y se grabaron en su corazón persistentes, tenaces, imborrables. Aludían a su mujer los versos, y también al bello León, su hijo. El noblote de Montagout no podía fijar su atención en los expedientes que tenía frente a sus ojos, absorbido por una tenaz preocupación, embargado por la angustia y la duda. Empezó a repasar sus años de noviazgo, sus viajes, el comportamiento de su esposa, sus relaciones. Ansiaba febrilmente recordar y recordar con exactitud todos los acontecimientos de su vida. Pensó en una broma o en la acción de un envidioso de su felicidad que lanzaba el dardo envenenado. Se sosegaba cuando al recapitular los hechos

Cuento, por
Juan García Orozco
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACION DE ARTECHE

de sus años de matrimonio, ninguna sombra, ningún punto obscuro podía confirmar la insidia: su mujer siempre lo quiso, siempre le fué fiel a carta cabal. Pero, ¡eran tan vehementes los versos! ¿Acaso despecho de un enamorado? Y volvían a girar en su imaginación, quemantes y dolorosas, la iniciales S. R. causantes de su desventura.

Entró hosco a su casa. No ascendió alegre las escaleras, ni llamó a su hijo ni a su mujer como solía hacerlo todos los días cuando regresaba a almorzar.

—¡Oh, Luis, qué pálido estás! ¿Te sucede algo? ¿Estás enfermo?

—No, nada..., nada... — y sin mirarla sentóse en el sillón y se puso a releer el diario.

Genoveva no preguntó más. León vino a darle un beso. El padre lo acarició y lo miró fijamente en las pupilas, y luego observó con atención las líneas del rostro, taciturno y sombrío.

—Papá, el domingo hay circo, ¿me llevarás?

—Sí, hijo, sí...; ¡ya lo creo!

Lisset trajo la sopera y Genoveva se dispuso a servir. El almuerzo transcurría, por primera vez, en silencio, sin que ninguno pronunciara ni una sílaba. Montagout comía con la vista en el plato.

—Tú no me dices la verdad.... algo te sucede...

—Sí, algo sucede...; ya hablaremos... — y clavaba sus pupilas febriles en las de su mujer, como queriendo sondear el misterio de su vida.

Esa noche, Montagout no regresó a su casa a la hora de costumbre, sino mucho más tarde y con algunas copas de más ingeridas en el Casino. Necesitó sujetarse al pasamanos para no correr el riesgo de dar un traspiés y caer rodando escaleras abajo.

—¡Luis! ¿Qué te ocurre?

—Quée..: ¡Ah, nada!... ¡Ya hablaremos!...

—¡A estas horas! — y lo siguió con la mirada, viendo cómo él se introducía en el dormitorio sin mirarla siquiera.

Se desnudó cabizbajo, taciturno, recordando las pullas lanzadas por los amigos en el Casino. Ya sabía quién era el autor de aquellos versos. Evidentemente, algo debía haber sucedido entre Genoveva y René Semain, el poeta romántico, de lacia y larga melena y ojos apasionados; sí, se afirmaba que acaso siempre se amaron: aparecía ante sus ojos afiebrados la imagen de René, burlona y triunfante.

León entró en el dormitorio. Montagout se irguió en la cama, y tomándolo de las mejillas quedóse largo rato contemplándolo: la gallarda figura de René aparecía ante sus ojos, triunfante, mordaz, insolente.

—Ya sé todo..., todo... — murmuró cerca del oído del niño.

—¿Qué, papá?

—Nada, vete...

Ahora iba viendo con más lucidez: sus amores, su boda, el nacimiento de León, sus amigos, sus viajes; y, sobre todo, un viaje, aquel que él hiciera para inspeccionar, mandado por la Municipalidad, las propiedades rurales cuando sus dueños reclamaron por el aumento de los impuestos. Ya sabía bien cómo dividió todo su tiempo en esos años; y podía discernir. Recordaba que al volver encontró extraña a su mujer, y algunas palabras de ella, hirientes y despectivas. ¡Oh, ahora le parecía casi una confesión! ¡Ah, era horrible!

* * *

Las luces de sangre de "Amour" atraen las vidas nocturnas de Montmartre. Al compás de la música dislocada danzan las parejas beodas llegadas de todos los confines de la tierra: bohemios, estudiantes, desengañados de la vida, jugadores, viciosos...

Luis Montagout, ¡ah, qué distinto a aquel don Luis bonachón, sencillote, crédulo, de la Municipalidad de un pueblecito de Bretaña!, se ha dejado crecer la barba, nevada prematuramente. Pasa casi todas las noches en el bar riendo y bebiendo. Se marcha cuando amanece sobre las torres de París, dando tumbos y traspiés por las calles zigzagueantes, luciendo en la solapa de su vieja chaqueta, sucia y raída, una flor roja, semejando una herida abierta permanentemente. Va cantando las coplas picarescas aprendidas en "Amour" de tanto oírlas; en el quicio de cualquier puerta, cuando lo rinde el cansancio, se acurruca, se ovilla, hasta que el sol alto lo despabila. Su figura es popular, y cuando los vecinos lo oyen cantar y reír, ebrio, hacen coro y palmotean al compás hasta que Montagout, cansado, se detiene y los mira como un loco.

La niebla de aquel frío amanecer cubre las torres y las calles de París y cala los huesos de los desharrapados. Montagout siente una rara helazón en la carne y una sensación extraña en el cerebro. Pero continúa su marcha, con la picaresca canción en los labios, la última oída esa madrugada en "Amour". Recuerda, sin saber por qué, a Genoveva y a León, lejos de París; una sonrisa amarga, hiel de su corazón, le hace torcer los labios quemados por el alcohol y nublar las pupilas.

(CONTINUA EN LA PAGINA 112)

DONDE HABITA EL RECUERDO

Fotografías del álbum "Cultura, de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires.

FRENTE DEL EDIFICIO

ZAGUAN, CANCELA Y REJAS



PATIO Y FRENTE INTERIOR

ES UN BELLO RINCON DE BUENOS AIRES EL MUSEO DE ARTE HISPANO AMERICANO ISAAC FERNANDEZ BLANCO

◆

Quizá, todavía, Buenos Aires necesita ser descubierta. La premura del transeúnte priva a sus ojos del delicado placer de una contemplación lenta y enamorada. El Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernándezdez Blanco, por ejemplo, bien merece la serena contemplación del porteño, constantemente apresurado. Ofrece, para los más puros deleites del espíritu, la visión de un pasado muy nuestro y maravilloso. Las artes de la colonia, las tallas del imaginero, las sutilezas del orfebre, las telas donde el artista vernáculo expresó su profunda fe religiosa con la ingenuidad de quien todavía contemplaba el mundo con ojos de indígena.

En sus salas habita el recuerdo... su penetrante poesía. ◈

ARCANGEL CON ARCABUZ

LA INMACULADA CONCEPCION

De CHIRICO, o la nostalgia



"CABALLEROS EN EL VALLE", UNO DE LOS BELLOS Y FAMOSOS OLEOS DE GIORGIO DE CHIRICO

El enigma vive en las cosas. Uno no sabe qué rara vida se agita detrás de una ventana, qué silencios encierra un parque nocturno, qué rigores del alma pueden sobrevenir de los espacios libres, de una playa abierta hacia el cielo, de una ancha boca por la que se mira el mar. El hombre de espíritu asiste a aconteceres mínimos, vengan ellos de la hoja o de la flor, del mineral o el agua fluyente; siempre una raíz de secretos decires, de subterráneos ardores, concluye por hacernos extraño o adorable el paisaje que cotidianamente retienen nuestros ojos.

¿Y qué decir de las obras de arte, de una pintura, de una escultura, o de una sinfonía, y qué alegar del universo de un escritor, sea éste el poeta Hölderling o el filósofo Nietzsche? Cada página nace y crece en nosotros, los personajes-ideas se nos vuelven al cabo familiares, creemos descubrirlos en los vecinos, en los amigos, y las imágenes líricas o trágicas cobran fuerza de símbolos, se vuelven energía mitológica: nos hacen pensar, exaltarnos o angustiarnos, ya delirantes o soñadores... Y surge la transposición poética.

Giorgio de Chirico, el pintor hijo de padres italianos nacido en Grecia (Volo, 1888), desde sus años juveniles, transcurridos en Munich, acude a una convocación de hechos misteriosos en el que no son ajenos los signos de la nostalgia y de una antigua gloria, donde un más allá imprevisto se cierne con sus infinitos fulgores. En instantes en que el futurismo blandía los instrumentos de su dinamismo plástico, todo movimiento, toda subversión convulsiva —simultaneidad y líneas de fuerza— en la forma y en el mirar, y, el fierismo, o el cubismo, aducían formalidades y ajustes de ritmos o violencias, hasta trastrocar el orbe real, lo puramente figurativo del cuadro, de Chirico se apasiona y establece los ejes de un arte

del infinito

Por **Romualdo Brughetti**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

hecho a la medida del equilibrio que nace del recuerdo y la evocación como para escaparse de los horrores de un siglo que todo lo entrega al desorden de los sentidos y a la abstracción mental del pensamiento. Hölderling y Nietzsche, le hacen dirigir su vista hacia la vieja e inmortal Grecia, pero ya en su primera época, y viviendo en París, son los italianos Paolo Ucello y Piero della Francesca que le guían a trazar arquitecturas, perspectivas, espacios, tajantes sombras entre las cuales se escurre la caricia expectante de un oráculo o el enigma de una tarde meditativa de otoño. Esos paisajes de plazas Renacimiento y esos estatismos concretados en colores pictóricamente ceñidos, que ya aluden a la melancolía o a la partida del poeta, que alcanzan una torre o un tren que huye resoplando sobre la línea del horizonte, para que, luego, la fatalidad y lo inconsciente vayan a acrecer sus caudales de inquietud al punto de que aparecen personajes construídos con puras formas geométricas, trazados matemáticos y elementos materiales (hasta bizcochos y guantes de cirujano pintados con dedicación minuciosa); Chirico da, en su primer impulso, nacimiento a la pintura *metafísica*.

Es la época en que el artista, después de recorrer los museos de Italia, vive en París y es amigo de Picasso y del poeta Apollinaire. Esto ocurre entre los años 1911 y 1915. El pintor ha transpuesto apenas la barricada de los veinticinco años. Pronto, regresa a la península, viaja, se instala por años en Roma y Florencia. Siente el simbolismo romántico y fantasioso de Boecklin, y pinta la serie de sus autorretratos, villas romanas y la partida del caballero errante. Su dibujo se torna minucioso y adquiere su instrumento pictórico acentos que, si se adaptan a caracteres antiguos, esta vez ha de ser con aire legendario. Una nueva etapa nace en de Chirico entre los años que marcan el dominio del superrealismo en Francia. Entre 1924 y 29, gladiadores, truncadas columnas, y más preferentemente sus famosos caballos "dechirichianos" entran en su pintura, igual que si se tratara de espectros sólidos, macizos y encabritados, con amplias crines, sueltas al viento, gallardas y oscuras. En ese momento en que incluso sus maniquíes señalan en el mundo del arte la presencia de un automatismo mecanizado, esos caballos esculturales traen el ardor inextinguible de la tierra helénica. Así como Picasso atestigua la aventura contemporánea de la descomposi-



"LUCHADORES EN LA ORILLA DEL MAR", DEL GRAN ARTISTA.

ción de las formas, Chirico, hacia 1929-1930, cultiva una expresión sometida a las apariencias, un arte que se rinde devoto a Rafael tanto como a Courbet, un realismo objetivo que no es más que la continuidad de otro realismo, el mágico o metafísico, sometido a la actitud a que le mueven desnudos y naturalezas muertas en su proyección real. Al apartarse del superrealismo — que, por lo demás, es también una tendencia antiplástica — halla su tono en la descripción precisa de bodegones en que, hasta la más mínima materia lo conduce a cuidar de cada uno de los componentes del cuadro. Hay también una hora en que Renoir y Délacroix lo cautivan; mas él sigue fiel a sí mismo, a una profundidad volcada hacia lo exterior de los objetos sensibles y de los hechos que narra su pincel.

Claro está que, lograda una pintura, como la de nuestro siglo, que rompe con toda rémora realista en la ventura de colores y tonos, planos y volúmenes, líneas y visiones iconoclastas, el hecho sintomático de que Giorgio de Chirico se aparte de descubrimientos contemporáneos para creer que un buen dibujo o una buena pintura serán siempre Rafael, significa un cambio de frente que, aun en sus errores, ha de servir de llamado al orden, de culminante referencia para una articulación distinta de la plástica de días futuros. Durante el año 1947 tuvimos en Buenos Aires una exposición nutrida de obras de Chirico, obras que sindican la faz actual de su extensa producción. Todas aquellas naturalezas muertas que vimos, o aquellos caballeros setecientistas en sus cabalgaduras, que observamos rodeados de bosques o junto a castillos feudales, nos indican que su natural y controlada inteligencia plástica ha sido invadida por un pintoresquismo ausente de sus reconocidas calidades y rigores. Lo cierto es que, olvidándonos un tanto de sus actuales formas pasatistas, seguimos pensando en aquel Chirico que es fe y permanencia de la tradición greco-renacentista, aquel Chirico que nos dió la medida de un mundo poético concluso, mundo poético que lo comprende y lo trasciende en la busca y revelación de un misterio, algo así como la nostalgia de infinito que anima a las criaturas de Dios en esta tierra sacudida por tormentas y desengaños, la cual, no obstante, todavía levanta la erguida música de un soñar eternidades.

Giorgio de Chirico — romántico, neoclasicista, antimoderno — nos hace entrever una antigua gloria caída: Grecia, Roma, el Medioevo, el toque fantástico de un mundo semiderruído por las luces de los tiempos nuevos. ◈



"CABALLOS", OTRA DE LAS OBRAS DE GIORGIO DE CHIRICO.



TENIA RAZON

Por HERNAN GARCIA

Hernán García

—¿Se puede saber quién nos ha presentado?

—¡Bestia! ¡Por *afuera* del caño tenés que bajar!

¡Auxilio, Socorro, me asaltan!

por Ianiro



—¡Maldita matraca, cada día hace más ruido!



—¡Sí, vos dijiste que antes de dormirse leía un poco, pero no aclaraste que era "La divina comedia"!



—¡Perdónelo, agente, es un principiante!



—¡Registre a ese hombre, agente!

—¿No tiene dinero? ¿Y ahora qué digo en casa?



La cocinera de Molière

Por
Chamico

DIBUJOS DE GUBELLINI

Mi querido y españolísimo amigo don Pepe Camueso vino a verme la otra tarde, entre las tres y las cinco, y me dijo:

—Estoy escribiendo un drama.

—¡Hombre!... ¿Tú?

—En persona. ¿De qué te admiras?

—No, de nada... Fué la sorpresa, el desconcierto natural en el hombre que vive tranquilo y de pronto se encuentra abocado a una situación dramática... Y ¿cómo se llama tu obra?

—*Dios me perdone.*

—Lo mismo digo.

—¿Te gusta el título? ¡Es un titulazo! ¿Te imaginas lo que hubiera hecho Calderón si se le llega a ocurrir?

—No se le hubiera ocurrido nada.

—No seas adulón, y escúchame: ¿Sabes lo que hacía el gran Molière con sus obras teatrales?

—Las hacía representar, según he leído.

—Eso, después; pero antes, en cuanto las terminaba de escribir, ¿a que no lo sabes?

—Sí, dejaba la pluma de ave en el tintero, se recostaba en el sillón de vaqueta y decía: "Me parece que la he hecho buena".

—Te lo diré, porque veo que no caes: se las leía a su cocinera.

—¡Ah, es verdad!

—Bien; para eso he venido.

—Pues lo siento, porque aquí no está la cocinera de Molière, ni ninguna otra. A mí me cocina un japonés, que no sería malo si no fuera por su tendencia a preparar ratones con almíbar, y no creo que te entienda, pues tú sabes que el Oriente y el Occidente...

—Estás hablando como Ortega y Gasset, aunque con menos buen sentido. Te voy a leer a ti mi drama.

—Pero ¡si yo no sé cocinar!... Cuando más, un par de huevos fritos en caso de apuro.

—No pretendas escaparte por la sartén; ya sabes que lo que busco es la opinión del vulgo, como Molière.

—Un millón de gracias.

—No lo digas con ese tonito reticente. Aquí, para entre nosotros, no vas a representar la comedia del intelectual, pues yo te conozco bien y sé los puntos que calzas. Quiero que me des tu opinión sincera, y así sabré si mi obra gustará al gran público.

—¿No hay otro remedio?

—No. Escucha: *Dios me perdone.* Acto primero..., escena primera... El teatro representa una cripta o catacumba totalmente a oscuras. Al levantarse el telón se oye una voz que grita:

—"¡Luz, más luz!"

—¿Es la muerte de Goethe? —pregunté.

—No, es el conde de Versicolor que está encadenado a un poste.

—¿Cómo sabe el público que está encadenado a un poste y no a un trinchante de tres cuerpos, pongo por caso, ya que la cripta o catacumba está a oscuras? —inquirí.

—Porque entra Pero, el carcelero, con una antorcha. Habla Pero:

Gritando como un marrano
pasáis la vida, marqués;
si os vuelvo a oír otra vez
os voy a cargar la mano.

—¡Alto! —grité—. ¿No era un conde?

—Sí, pero el carcelero le dice marqués, por orden del duque, para humillarlo. Sigo. Entra por una grieta del foro la dulce Emérica, y dice:

Aunque la reina, que es gorda
para ocultar su pasado
aquí os tenga encerrado,
¡Oh, príncipe, sursum corda!

—Un momento, Camueso. ¿Por qué ésta le dice príncipe?

—Para contrarrestar el efecto deprimente que pudiera causarle la disminución de título que le hace el carcelero. Es un drama psicológico.

—¿Qué quiere decir psicológico?

—Pero, ¡es posible! ¿No lo sabes?

—Yo sí, pero me supongo que la cocinera de Molière no, y como estoy ocupando su lugar...

—Ya te he dicho que no te hagas el vivo, que no te sienta. Continúo: Dichos y el capitán Negrero.

—Espera un momento. ¿Quiénes son dichos?

—El conde, Emérica, el carcelero.

—¡Ah, sí!; el marqués, el príncipe... Sigue.

—El capitán Negrero entra y palpa al prisionero:

¿Este es el negro, ¡pardiez!
que en la plaza del Egido
adquirí por onzas tres?
O este negro está al revés
o se halla muy desteñido.

—Me parece, don Pepe, que eso de que un conde, marqués o príncipe sea vendido por negro, ensombrece demasiado el drama. Además, la suposición del Negrero, que puede ser un negro desteñido, es poco científica.

—¡Qué saben de ciencia las cocineras! —dijo Camueso de mal modo. Y prosiguió: —Habla, Emérica:

Levántate del suelo en el que yaces,
nuevo Sansón, pues crecen tus melenas,
arranca tus cadenas
y a estos canallas crúzales las faces.

"El conde lo hace como se lo han dicho; empuña una espada que Emérica saca de su seno, y después de matar al carcelero y al Negrero, se va con ella por la grieta dejando la gruta, y al alejarse grita:

Así este conde responde
a sayones y secuaces,
¡cadáveres contumaces,
voy a vivir como un conde!

—Aquí termina el acto primero. ¿Qué te parece?

—No te lo puedo decir, pues se me está quemando el asado —dije de acuerdo con el personaje que don Pepe Camueso me había asignado en la lectura. Y lo dejé plantado, enredándose en los pliegues del telón, que caía lentamente.



Tipos sugestionables

por GORDON

—¡Ah, sí! ¡Pedrito se sugestiona con mucha facilidad!

—¡El viaja tranquilo!... Se sugestiona pensando que subió al tranvía ¡y ya está!...

—Anda así desde que le dijeron que tenía muchos humos.

—Desde que vió esa película horripilante nadie lo convence de otra cosa...

Caninos y Molares

por JORGE PALACIO

—¡Venga, venga! ¡No le voy a hacer daño!

—¿Es usted el que viene a cobrar el gas?

—Ya que está con las pinzas en la mano..., ¿no podría sacarme este clavito del zapato?...

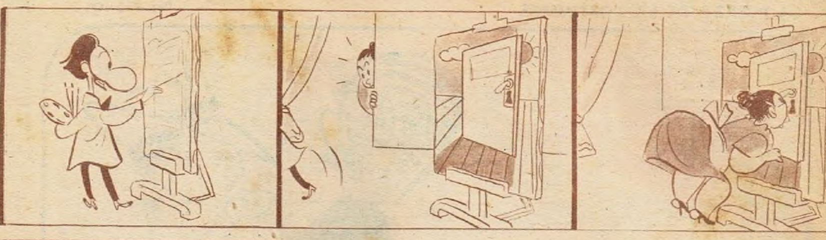


—Anda con el espejo para no olvidarse de que tiene que ir al dentista.



—Tengo un diente canino que me ladra continuamente.

PINCELITO PURAROSE — *La fuerza de la costumbre* — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**



Aire de familia

NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estos fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Por VIGNOLO



—Sí, aprendió a jugar por correspondencia, y como tiene mala memoria...







Fotos gentileza R. K. O.



UN ENVIADO DEL CIELO

es una gran novela. Su autor, **ROBERT NATHAN,** es una de las más destacadas figuras de la novelística norteamericana actual. En páginas plenas de humorismo, que por cierto no excluye el drama y la emoción, narra la extraña aventura de una mujer que, de pronto, se enfrentó nada menos que con

UN ENVIADO DEL CIELO

Lea en las páginas del PROXIMO NUMERO de

LEOPLÁN

esta obra que acaba de ser llevada a la pantalla con éxito extraordinario y que tiene como intérpretes a

LORETTA YOUNG, CARY GRANT y DAVID NIVEN

UNA OBRA EXTRAORDINARIA...
EN UN NUMERO EXTRAORDINARIO



TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE

EL ULTIMO

CAPITULO I

No tenía edad.

Aplastada por el silencio, estaba allí "¡dende cuánta!"... Se la adivinaba casi, arrellanada como bataraza clueca entre el pajonal, diluída en el tono imperante, adaptada por mimetismo al color, a la forma y al medio. Su único árbol, un sauce añoso, apenas si alcanzaba a peinar los techos de junco. Plantada sobre el repecho de una suave lomada, era difícil advertirla desde la dirección del sur y hasta de la opuesta. A su vez, los moradores valíanse de un mangrullo para trasponer cómodamente con la vista ese imperceptible obstáculo. Era, sin embargo, tan elemental la estructura del divisadero, que podía confundirse a la distancia con el ramaje de un árbol seco.

Quien viniera desde el rumbo de la Cruz del Sur sólo habría logrado ver, al acercarse, un achatado tunal y, en medio, la sospecha del sauce, perdidos en la espesura de los cardales gracias al disimulo de la precaución.

Abandonada en la inmensa pampa, como un huevo guacho de ñandú, la Esquina y Posta del Lobatón no tenía edad. Como los indios viejos.

El chiquilín, luego de un prolongado baño en la laguna del juncal, se había llegado hasta las vizcacheras donde, en extraño condominio, vivían lechuzas y roedores. Como si no hubiera en todo el contorno bichos más atrayentes con los cuales pasar el rato, sentía Gabino rara preferencia por ese conjunto de cuevas que, particularmente a la oración, se poblaba de habitantes subterráneos. Allí habíase dejado estar aguardando la vuelta de un horrible pichón de lechuza, desplumado y



PERRO

apasionante novela argentina de

GUILLERMO HOUSE

grotesco. Acababa de errarle un tiro con sus boleadoras de tiento y hueso, cuando divisó a su padre acercándose al tranco. Regresaba éste del campo en un gateado y, como iba a pasar cerca de las vizcacheras, el muchachito se adelantó a la orden de seguirlo. Y el hombre lo alzó en ancas.

Los aledaños de la posta se diluían en la incertidumbre de una pampa sin riberas. Mar de insospechados fondos en los que, con frecuencia, la tragedia era devorada por el más espantoso de los silencios. Engarzado en esa sobrecogedora soledad, el conjunto de ranchos se ocultaba como una falta dentro del terraplén que había quedado al cavar la zanja protectora. Las tunas, en cerco defensivo de incalculable valor, disimulaban casas y corrales. Costaba trabajo, pues, a quien no estuviera al tanto de su existencia, descubrirlos desde más allá de las dos cuadras. Los peligros, acrecidos como marea del lado del desierto, se multiplicaban con la noche. Mientras las sombras no se dejaran caer, podía dominarse el campo hasta el confín del cielo. Así, llegar a las vizcacheras sin ser visto desde las casas era todo un azar; y, no obstante, solía escurrirse el niño, eludiendo a menudo la vigilancia. Porque se le tenía prohibido alejarse de las casas luego de la puesta del sol. Como no bastaran las advertencias de sus padres, doña Fe debió modificar, para el caso, la leyenda sanjuanina del "Bicho del Viento". Habíaselo prevenido la vieja en pocas palabras: *"El Bicho 'el Viento* llega, ya sea por la siesta o entre dos luces no bien ha cuajao l'oración... Y ej'un forastero que naide lo sabe querer almitir en su casa porque es resabiao a cometer estropicios..." Como Gabino insistiera en conocer más detalles, la mujer había salido

del paso, alegando: "Se me hace que ha'e ser muy fiero enteramente... Yo lo vide una ocasión dende lejos". No supo o no había querido concretar la forma y el aspecto que, para manifestarse, adoptaba; ni sus actitudes. Con lo que logró frenar en algo las cotidianas escapadas del chiquilín.

La tarde caía vencida por todo un día de viento norte abrumador, destacados sobre el horizonte gruesos nubarrones hidrópicos que el viento amasara con su mortificante sobar. Gabino recordó, de pronto, que por unirse a su padre había dejado olvidadas las boleadoras junto a las cuevas. "¡Ah, ja! ¡Cómo no!... Las vi'a dejar pa que alguna vizcacha se las lleve. O algún zorro. No, señor."

Y, aprovechando la distracción que las tareas imponían a los mayores, el chico se alejó, apampado, en busca de sus libes. Junto a las vizcacheras, mantenida en el aire por el milagro de un aleteo imperceptible, una lechuza dejaba caer sobre determinado punto del suelo la plomada de su inconmovible obsesión. En tierra, otras comentaban ya con las vizcachas la vuelta del intruso.

—¡Pucha que está oscuro el cielo!... Se me hace que va a tronar fiero, no más —comentó el niño por lo bajo, temeroso de alzar la voz, con el ánimo apretado por esas nubes que ya cubrían de medrosas sugestiones la llanura.

Como vislumbrara sus boleadoras junto a la última cueva, allí se dirigió a tiempo que levantaba vuelo una lechuza; pero fué como si la alarma de ésta no obedeciera a su presencia. Cuando iba a agacharse, Gabino percibió una forma blanca que se le aproximaba desde opuesto sentido. Un instante parecióle que la forma vacilaba, dando traspiés. Quedó un rato indeciso, pero al ver que la extraña aparición continuaba avanzando, el muchacho, sin tiempo para alzar sus libes, dió espaldas a la desconcertante forma blanca y huyó hacia las casas, enhiestos por el miedo los hirsutos cabellos, sin preocuparse ya por ocultar tan precipitado regreso.

Nadie advirtió su vuelta. El maestro de posta divisaba en ese momento el Camino del Sur, hacia el rumbo desde donde debía haber llegado la galera, demorada ya por demás. El clarín precursor del arribo no había hecho oír su eco sonoro y alegre. Una sospechosa ausencia llenaba de funestos presagios la nublosa jornada. En el horizonte cercano comenzaban los relámpagos a perforar la tormenta, de rápido avance hacia el cenit. Hasta que un silencio anochecido quedó definitivamente dueño del campo.

En la posta, doña Fe se esforzaba por desentrañar la misteriosa aparición que asustara al muchachito.

—¡Ah, ja! ¿Y de qué laya era, m'aver?

—Y di áhi... blanca, no más. Como una señora.

—A no ser que... a no ser que juera la señora'el *Bicho'el Viento* —pensó la mujer en alta voz, como si a ella estuviera entrándole, también, la duda ante semejante complicación del infundio urdido para contener las travesuras del chiquilín.

—Lo mejor —terminó— ha'e ser que no se llegue más por las vizcacheras. Se me hace que pu áhi, no más, ha e tener su cueva el *Bicho'el Viento*... Ricién vide a la luz mala pa el lao del camposanto...

—Ya jiede mucho este asunto e la galera —exclamó el maestro de posta, a tiempo que entraba en la cocina. Venía preocupado por la tardanza de los viajeros procedentes del litoral. Y no sería ésta la primera ni la última vez que una demora así se transformara en definitiva ausencia. ¡La luz mala! El anuncio de doña Fe aumentó su recelo. Facundo Ortiz llevaba ya doce años a cargo de esa posta en la esquina del Lobatón. Llegado allí con su mujer, la Juana Irigoín, echó en ella raíces. Gabino, único hijo de esta unión, había nacido en la posta y contaba ahora siete. Sabía ese hombre de muchas tragedias, conocía el rumbo de algunas galeras que jamás llegaron a destino; podía ubicar el escorial de muchas carretas quemadas después del saqueo y había cortado más de una vez rastros de las arrias dispersas por el salvaje. Sin contar dos asedios a la misma posta con el incendio de uno de sus ranchos, cicatrices en la eterna lucha de fronteras. "Pero Dios le había perdonao hasta entonces, dándole siempre tiempo a hacer la pata ancha... ¡Fieroj'y sin asco, los tapes, pa el cuchillo!", solía recordar cada vez que a cuento venía.

Gabino, sabiéndose culpable de desobediencia, miraba en silencio a su padre, sin atreverse a enterarlo de la extraña aparición que tanto lo asustara.

—Asigún parece... —comenzó doña Fe, en el preciso instante en que un largo trueno, sobrecogiendo los ánimos pueriles, cortó en principio su confidencia.

—Vamoj'a tener agua... y bastante, se me hace —anunció doña Juana, desde el cuarto contiguo.

—Le vendrá bien a la cañada, que ha comenzao a mermar —asintió uno de los peones, apoyado al marco de la puerta.

—¿Asiguró bien las trancas? —preguntó en seco don Facundo, refiriéndose al corral de palo a pique donde acababan de encerrar los caballos de refresco. Era evidente que la preocupación seguía trabajando al maestro de posta.

—Sí, señor —contestó el interrogado. —Y laj'armas 'tán listas —agregó.

—Menos mal que la zanja quedó terminada este mediodía. Como se hallaba, no iba a servir más que pa la risa e loj'infieles —terció doña Fe, su pensamiento ya en otras cosas.

Iba a proseguir, más un nuevo trueno la hizo callar. El maestro de posta rió por debajo de sus poblados bigotes.

—Parece que el Cielo se ha empeñao en taparle la boca, ña Fe.

—Ansí le sabe pasar a todo embustero —terció su mujer, aproximándose.

En ese momento entraba a la cocina María Fabiana:

—Viene lloviendo del lao del sur... Los dos cántaros están ya bajo el alero —avisó—. Puede que ahura se asiente la luz mala...

En sus cabellos negros se enredaba aún el fresco viento precursor, trasminado a tierra mojada. Mezcladas con el rumor de la tormenta, llegaban las risas de una de las muchachas de doña Fe, que pelaba la pava con otro de los postillones del relevo.

Entretanto, Gabino había buscado refugio sobre un hijar en el rincón libre de la cocina y cabeceaba su cansancio entredormido.

El maestro de posta entró y salió varias veces; recorría los alrededores para asegurarse de que todas las precauciones estaban tomadas. Miró el corral de las vacas —de las tres únicas que podía permitirse. Bajo la ramada, dominando el contorno, un fuego sordo conservaba caliente el agua para los mates que habrían de mantener despierta a la pareja encargada de la vigilancia. Súbitamente, como si el trueno hubiéralo desprendido de las nubes, dejóse caer violento el aguacero. Cosquillosa, la tierra polvorienta despidió en seguida un vaho reconfortante de campo agradecido. Los perros buscaron refugio en el alero, sacudiéndose las primeras gotas del chaparrón. Frecuentes relámpagos dibujaban a contraluz la oscura silueta de los pajonales. En la penumbra de la cocina, el orificio que dragoneaba de ventana guiñaba intermitente sobre el sueño de Gabino, dormido ya. Y entre los ánimos sobrecogidos vagaba el desasosiego de la luz mala.

* * *

María Fabiana había llegado a la Posta del Lobatón doce años antes. Fué un milagro cómo se salvó sin un rasguño.

Una mañana de octubre, a tres leguas largas de la posta y cuando todavía las sombras luchaban con el alba, una pequeña tropa de carretas procedente del norte preparábase a reanudar el viaje en medio del ajetreo propio de uncir los bueyes, ensillar la gente de a caballo y disponerse la tropilla y los bueyes de refresco. Habían vadeado el río Carcarañá dos días antes. Apenas rota la claridad del horizonte, se vino sobre la tropa la alarida de los indios, paralizando toda actividad, sembrada la hesitación y el terror entre los no iniciados. Algunos tiros alcanzaron a escucharse, pero ya la sorpresa estaba lograda.

De entre las sombras surgió a poco la figura de don Alvaro Cruz, enhorquetado sobre el parejero que lo acompañaba en sus viajes. Acababa de sentar sobre el recado a María Fabiana, su hijita de cinco años. Al amparo de la confusión más que de las sombras, logró escapar en el preciso momento en que la horda caía sobre aquella tropa de carretas. Echando una mirada triste a sus desventurados compañeros de viaje, con oculto sentimiento de vergüenza por no sumarse en la lucha, aflojó las riendas al parejero que se tendió sobre los pastos con elástico galope, derecho al rumbo de la Esquina del Lobatón. Llevaba consigo al tesoro de su vida, por cuya salvación habría corrido todos los albures, soportado todos los anatemas. Y ya no volvió a mirar hacia atrás, como no fuera para medir la distancia que su flete iba interponiendo entre los salvajes y la vida.

Estanciero del norte de la provincia de Buenos Aires, Cruz era un hombre corpulento y un tanto pesado, que sumaba a su reconocida bondad una entereza de carácter puesta a prueba en oportunidades en que el verdadero valor determina la suerte de las partidas. Algunos indios, al advertir su fuga, lo habían seguido bien montados y, por razones obvias, más livianos. Comenzó de esta suerte la carrera, sin que se notaran en el caballo de Cruz signos de cansancio. Varias veces lo levantó en las riendas, para darle aliento; y de esta suerte continuó aquella persecución que no admitía empate.

Media legua recorrieron así los bárbaros tras el cristiano, hasta que el flete de don Alvaro Cruz, en momento de repechar una loma, dió muestras de sentir el esfuerzo. Comprendió su jinete que iba en riesgo de complicarse la partida y recordó, de pronto, que dos días antes, a instancias de una viajera, habíaselo prestado para que cruzara el río Carcarañá, porque, según ella, no podía mojarse y temía que el agua llegase al plano de la carreta... Cruz había olvidado en ese momento la superstición que recomienda no prestar su caballo a mujer alguna en determinadas circunstancias. Y ahora estaba pagando las consecuencias; pero el mal ya no tenía remedio.

En la última aflojada no logró sacar

ventaja alguna; más bien, perdió terreno. No se le ocultaba, por otra parte, que su caballo, sin más trabajo que una marcha de veinte días al tranco, había perdido el grado de apronte indispensable para medirse ventajosamente con caballos que, para esos casos, reservaban siempre los salvajes. También lo llevaba a esta apremiante situación un exceso de fe por su parte. Pronto, lejos de responder a sus exigencias, el alazán mostróse francamente cansado. Si bien llevaba ocho cuadras de ventaja a sus perseguidores, faltábale en cambio una legua para alcanzar la Esquina del Lobatón. Detuvo, entonces, don Alvaro su caballo y saltó a tierra. La necesaria composición de lugar no le tomó mucho tiempo. Ajustó la cincha para el postrer esfuerzo y, con el cinchón al que sólo había dado una vuelta para sujetar el único cojinillo que iba a dejarle, aseguró a la niñita por detrás del cuello y bajo los brazos, aprovechando las estriberas, de modo que los botes del animal no lograran desacomodarla en el apero. Dejó sueltos pellón y sobrepuesto, a manera de cebo, para que con el andar, fueran cayendo.

Era ya fácil oír los gritos a cosa de tres cuadras; los indios se venían a lo seguro. Casi podía afirmarse que ambicionaban más el flete que su dueño. Ya acomodada, Cruz hizo agachar a su hijita, la miró bien a los ojos como ansioso de beber por ellos toda la ternura que pusiera en su cariño. La besó hondamente, dos, tres, muchas veces y le recomendó, sereno ya:

—¡Vaya, m'hija! ¡Tómese bien juerte'e las crines y no mire pa atrás. Ahurita, no más, la va alcanzar su tata!...

Y con dos fuertes lazazos en el anca de su crédito, a la par que lo animaba con característicos ruidos de la boca, lo largó confiándole la vida de su vida. El animal, recobrado con aquel breve resuello y libre ahora de la pesada carga de su jinete, echó a galopar suavemente, como si comprendiera; hasta que, sin solución de continuidad, se estiró en una suprema carrera hacia la salvación. El instinto lo llevaba a la Posta del Lobatón.

Aquel grupo de indios levantó, entonces, horrible gritería. El estanciero volvióse una vez más para mirar a su hijita. Y ya seguro de que ésta habría de salir con bien, giró para enfrentarse a los que iban a ultimarlo. Con la cruz de su facón caronero, se santiguó sin apremio, pasó luego el arma a su mano izquierda para tomar con la otra las boleadoras y se plantó sereno, cara a la muerte.

Mientras la algazara de los indios festejaba las sucesivas caídas del pellón y el sobrepuesto, el alazán de Cruz, libre ya de más de noventa kilos, se afirmaba en la carrera perdiéndose bien pronto entre los pajonales. Junto al estanciero que esperaba en una nube de polvo, se hizo prontamente el silencio.

Media hora más tarde, y tras de vacilar un rato alrededor de las casas, entró al corral de palo a pique en la Posta del Lobatón el caballo alazán de don Alvaro Cruz con su preciosa carga intacta. La pequeña María Fabiana se había desvanecido.

En alas de un milagro, pues, había llegado María Fabiana Cruz a la Esquina y Posta del Lobatón, situada pocas leguas al sur del río Carcarañá. Allí habría de quedar largo tiempo. Hasta que la vida decidiera de su destino.

CAPITULO II

Llovió durante toda la noche. Y el alba sorprendió a los nubarrones en franca retirada hacia el noroeste.

Hora perezosa la del alba, si ha llovido luego de una víspera sofocante. Cuando el día desaliñado se incorpora, deja caer sus cobijas de sombra y penetra en la íntima alegría del frescor que precede a la salida del sol.

También la posta había despertado. Uno de los hombres de vigilancia ató la lechera que habría de ser ordeñada por las mujeres, hasta tanto hiciera lo propio el otro con los dos caballos que acostumbrábase a retener mientras el resto era largado a pastoreo, no bien la mañana otorgaba una relativa seguridad a los pobladores. Algún chingolo ensayó sus trinos, y el día, con pereza aun, terminó por incorporarse sobre la dilatada llanura.

Una de las mujeres se arrimaba ya al fogón en busca de brasas.

Arrebujado, dormitaba aún el muchacho que había compartido sueño y vigilia con el que arrimara las vacas. Cuando Martina se acercó a retirar los tizones, el hombre la recibió provocativo:

—Busque cerca e mi corazón que hay maj'ardores...

—No amole, compañero; esas brasas no dan juego si no se las sopla —replicó la mujer en apagada risa.

Sabía Martina que, aunque eso no era del todo exacto, el tal soplido se producía con frecuencia. Y advirtiendo en uno de los anulares del mozo un anillo de cola de iguana, simuló quejumbrosa:

—¡Ohy! ¡Cómo me duele la muela!...

Aludía a las virtudes medicinales atribuídas a esta cola.

—¡Oh! Y claro..., pero este anillo es pa las doloridas que saben acetar el cariño e su dueño y no le andan mezquinando...

La hija de doña Fe volvió a las casas con su carga de tizones que, a favor de la marcha, encendíanse lo necesario para llegar sin mengua hasta la cocina. Un rato más tarde comenzó a circular el mate entre los moradores de la Esquina del Lobatón que, a su vez, regresaban al día con asombro de quien emerge del fondo de un peligro no materializado. Gabino, entredormido aún, se mantuvo en el vano de la única entrada que tenía la cocina donde había pasado la noche soñando disparates. Dudaba ahora entre atribuir o no a sueño el suceso que tanto lo atemorizara la víspera. Doña Fe, ocupada en los quehaceres, no había hecho caso del niño.

Ya salido el sol, Serapio, un muchacho sin apellido, a quien apodaban el Ñato, montó a caballo y entró al campo con el propósito de repuntar los pocos animales que la rapacidad del salvaje consentía a las poblaciones adelantadas. Iba al tranco de su caballo, silbando un *triunfo*, y acertó a pasar junto a las vizcacheras donde Gabino solía entretener sus ocios. De improviso, el animal se le tendió: una forma blanca, como pegada al barro por la lluvia de la noche, acababa de moverse en el suelo. Apenas tuvo tiempo de observarla, porque, entre la espantada de su caballo que, negándose, giró sobre las patas, y el temor supersticioso propio de su condición de rústico, optó por volver rápidamente a las casas para enterar a su patrón de tamaño hallazgo. Frente al jagüel hizo rayar su caballo y, por entre las tunas, gritó:

—¡Máistro! Ahí junto a las vizcacheraj'está una cosa blanca que se mueve...

—Güeno —respondió la voz de don Facundo desde el alero—, aguárdese a que se deje estar quieta.

—Y, de áhi..., yo le aviso; porque... ¿sabe?, m'espantó fiero el cebruno.

—¿E qué laya era? —intervino doña Fe.

—Y... yo agatas la vide.

—Ha'e ser, no más, la señora'el Bicho'el Viento —interpuso Gabino, que veía con miedo concretarse el supuesto ensueño con la realidad de la víspera.

—¿Qué estás bolaceando, muchacho? —cortó la agria voz de doña Juana, ajena a lo ocurrido la tarde antes.

Sus palabras cayeron como golpe de agua fría en olla de locro. Era su modo de cortar bolazos, cosas que, por no interesarle, carecían a su juicio de sentido o le molestaban. Egoísmo aflorado a sus labios, desbordando con lacerante impasibilidad en un rostro duro, de carnes flácidas, abundante en vasos sanguíneos. Por la exagerada amplitud de su labio superior, vagaba siempre la tenue sugestión del cálculo frío, implacable. Terció, un si es o no es cachacienta, la palabra del marido.

—Déjalo, mujer, que cuente.

Entonces, doña Fe se decidió a intervenir; y ambos —ella con estudiada gravedad, con acezoso atropello el niño—, explicaron cada uno lo poco que sabían, adobado con algo más de su cosecha.

Intrigado, montó en pelo don Facundo y puso al trote su overo, seguido por el Ñato. Cuando faltaban pocos metros para alcanzar las cuevas, se detuvo. Elemental precaución de hombre hecho a todas las contingencias, obedecía ésta, además, al natural supersticioso de todo gaucho. Arriba de ellos, las lechuzas ponían su ríspido presagio.

Recobrado, a don Facundo le pareció que no se trataba de nada sobrenatural; no obstante, desmontó con desgano.

Son unos trapos blancos sucios —habló al Ñato como para darle ánimo. Y, también, para dárselo a sí mismo. Su brazo entregó el cabestro al muchacho, sin descuidar el objeto de su atención. Hasta que se adelantaron hacia "esa cosa blanca" que ahora "se dejaba estar quieta"... Pero un raro quejido los paró en seco, indeciso el gesto. Un lamento, no por apagado menos impresionante, se alzó de junto a esa forma aparentemente inanimada. Comenzó, entonces, a agitarse entre el barro a medio endurecer. Y se repitió el quejido. Ambos, maestro y peón, quedaron en el sitio, sin atreverse a avanzar un paso. Hasta que, detrás de ellos, sorprendiendo su explicable hesitación, habló una voz quebrada de mujer:

—Ej'una señora muerta...

—¡Cállate, sonsa! —volvióse don Facundo, sobresaltado. Porque era María Fabiana quien los había seguido.

—¡Y tiene una niñita! —prosiguió la muchacha, sin hacer caso de la reprensión.

Avergonzados, los hombres se hicieron a un lado.

—¡Claro! Ya me parecía que alma en pena no podía ser... Nunca saben salir de día —apoyó don Facundo.

El sentimiento maternal, latente en María Fabiana, pasó como un grito entre esos dos hombres atónitos:

—¡La señora e don...! ¿Cómo era que se llamaba? —intervino, adivinando todo el drama—. Y está viva, santo Dios... —terminó, refiriéndose ya a la criatura.

Los dos hombres no recordaban de quién pudiera tratarse.

—Ansina parece...; se mueve, al menos —confirmó el Ñato, recobrado.

Una pareja de teros pasaba en ese momento sobre el grupo. Iban por el azul radiante, alegrando la mañana.

Agachóse el maestro de posta y levantó una criatura que en el acto se lanzó a llorar. Aparentaba alrededor de cuatro años y difícilmente iba a poder proporcionar datos acerca de la suerte corrida por los demás pasajeros de la diligencia. Porque, sin lugar a dudas, se trataba de ellos. La infeliz mujer yacía con tres heridas, una de ellas mortal, y su indumentaria mostraba bien a las claras que era gente forastera. No obstante la palidez del rostro, cierta plácida conformidad decía de su muerte a vista de la posta donde, sin duda, pensó hallar refugio para su hijita.

María Fabiana recibió de brazos de don Facundo aquella débil carga y, midiendo la magnitud de su desgracia, pidió suplicante:

—¿Me la va a dar pa mí, taita?

—Ah, ja... —replicó el maestro de posta, sin mayor convencimiento.

—Pero... ¿pa siempre?

—Oh, eso ya ej'otra cosa. Falta ver ande jué a dar el padre.

Sus ojos buscaron en el horizonte, más por hábito que otra cosa. Vuelto, por fin, a la realidad, ordenó:

—Ché, Ñato. Ensillá y echáme el malacara al corral. Vamoj'a devisar ande quedó la diligencia. Ande y... cómo.

Significaba salir a campear a los sobrevivientes; desde luego, con toda clase de precauciones, ya que, si bien el evidente asalto habíase realizado la víspera, podían quedar aún indios bomberos en las inmediaciones.

El sorprendido temor de las mujeres acababa de llegar.

—Va haber que trair a la señora... —indicó María Fabiana, dirigiéndose a las casas—. ¡Acomedite! —mandó a Gabino detenido a prudente distancia.

Mirando alternativamente la posta y la criatura que llevaba en brazos, le habló con toda la dulzura de que era capaz:

—¡Pobre chiquita! ¿Quién le hizo nana? ¿Jueron esoj'hombres malos?

Pero, viendo que la criatura tornaba a llorar, cambió de sistema.

—Ya se jueron lejos. Taita Dios loj'arrió al infierno porque jueron malos con la chiquita.

Hablando de esta suerte, la moza llegó a la posta con su preciosa carga.

—¡Mire, mama, lo que traigo! Y es pa mí... El taita Facundo me la dió... por demientra campea al padre. Lindo que no lo hallara, ¿verdad? —y, como se diera cuenta de tamaño despropósito, la muchacha rectificó ante la desdeñosa mirada de doña Juana—: Digo... que no lo hallaran, porque se hayga juido e'loj'indios.

Pero ni con esas la madre adoptiva de María Fabiana se dignó suavizar el estirado semblante que aparecía en tensión, narices abajo. Como para que la boca, fuente de toda sonrisa, permaneciera impasible.

Era evidente que la muchacha no le agradaba. Y, de rebote, tampoco iba a querer a la criatura providencialmente escapada a la saña del salvaje.

—¿Eso nos trujo el Bicho'el Viento? Malhaya la vieja sonsa...

Se refería a doña Fe y sus enredados infundios.

—Pero no te creas, ché, que por eso vaj'a dejar tus obligaciones.

—Descuide, mama. Ya me daré tiempo... —se deslizó hacia su pieza—. Ande creerá que la vi'a tirar —iba murmurando la muchacha.

Una taza de leche tibia precedió a la somera limpieza con que María Fabiana iniciaba sus tareas maternales. Luego de estas indispensables atenciones, la niñita, echada sobre el catre de su cuidadora, quedóse dormida. Mezcla de arrobo maternal y de infantil embeleco velaba el reposo de lo que aun no se establecía si iba a ser o no una muñeca de carne y hueso.

Entretanto, acercaban a las casas el cadáver de la infortunada madre. La piedad diligente de los moradores de la Esquina del Lobatón adquirió a poco forma concreta. Depositaron el cuerpo sobre un par de tablones mientras Martina iba en busca de cuatro limetas vacías a fin de colocar en ellas otras tantas velas de sebo. Bajo el alero, uno de cuyos extremos estaba cerrado a los vientos del sur, iba a tener efecto el velatorio. A la oración se encenderían los candiles.

—La Fabiana y vos tendrán que redetir sebo y ponerse a trabajar unas velas. De no, la dijunta va a quedar a escuras —toreó doña Juana.

Hallándole razón, doña Fe apoyó:

—Ah, ja; a escuras ¡cuándo va hallar la puerta'el cielo!

—No diga bolazos, ña Fe. Déles una manito —cortó la dueña de casa que, a todas luces, había amanecido alunada.

En la pieza contigua, sentada a los pies de su catre, María Fabiana cuida ahora el sueño de la criatura. Todavía no se ha acercado al rincón en donde se velan los restos de la infortunada madre. Se mantiene enternecida, espiando el retorno de los colores en lucha sobre aquella carita donde el cansancio está agolpado.

Rústica esbeltez modela su figura. Sabe Dios en virtud de qué atávicas disciplinas mantiene esa rígida apostura que otorga personalidad y señorío. Tanto el sol como el hielo de los aires escarchados, colándose a través del desamparo en la pampa abierta, pone sobre sus carnes suave reciedumbre de lonja sobada. En sus mejillas

aflora una como pátina de leve descuido adquirida en el cotidiano roce con las intemperies. Contemplando esa criatura transida, María Fabiana ha pasado insensiblemente de la realidad distante al ensueño que ya la envuelve en tenue velo de recuerdos.

Ella había llegado a la posta en forma y circunstancias muy parecidas. Hija de padres adinerados y, como esa niña, huérfana a una misma edad, entre seres extraños. De no haber mediado, entonces, la bondadosa acogida de don Facundo Ortiz ¿adónde habría ido a parar con su desgracia? Porque doña Juana no quería hijos ajenos, a pesar de que ella había aportado uno ya crecido a la sociedad marital: su Cantalicio. La adversidad, soldando dos destinos, le traía encarnada, en esa niñita, a su ya olvidada y única muñeca de trapo. ¡Y cómo habría de querer a ésta de carne y hueso, ahora que iba a ser suya! ¿Suya?... Verdad. Olvidaba ya que la criatura tenía padre aun; era lo más probable. Había que suponerlo, por lo menos, mientras el maestro de posta no trajera noticias desalentadoras. Y ese padre... ¿habría tenido tiempo de besarla? El suyo, sí. ¿Cómo olvidar el beso aquél de don Álvaro Cruz, que se prolongara en ansias de hacerse interminable, y la angustia infinita de sus ojos en los que se atropellaba la desesperación de una apremiante despedida? Aun sonaba en sus oídos aquella recomendación: "¡Vaya, m'hijita! ¡Tómese juerte e las crines y no mire pa atrás! Ahurita no más, su tata la va alcanzar..." En vano su infantil esperanza renovaba todos los años la ilusión de un regreso imposible. Hasta que la razón había ido labrando despacio una realidad felizmente envuelta ya en la suave melancolía del tiempo.

De improviso, la voz egoísta de doña Juana, disimulada en el tono imperturbable que empleaba siempre, sacó a María Fabiana de sus recuerdos.

—¿Hasta cuándo te vaj'a dejar estar abriendo la boca? Hacéla que duerma y vení que te necesito.

Felizmente, la mañana había amanecido fresca, y el cadáver, a la sombra del alero, podía durar algunas horas más sin inconvenientes. El cuero de un novillo quebrado la víspera iba a servir, aun fresco, como ataúd, a falta de maderas con que confeccionar uno. Por otra parte, se carecía de los elementos indispensables y hasta de quien encarara semejante trabajo. Cuando en la vecindad ocurría alguna defunción, los muertos recibían sepultura en esa o parecida forma.

Conocía María Fabiana un sitio vecino a las casas donde crecían algunas flores silvestres: chinitas, verbenas, margaritas. Hizo con ellas un ramillete y fué a depositarlo sobre el pecho de la muerta, en cuyas manos alguien había colocado ya una pequeña cruz de palo. Advirtió, entonces, en el cuello de aquella mujer un relicario sujeto por delgada cadenilla. Lo abrió; guardaba el retrato de un hombre. Del marido, sin duda. A María Fabiana le pareció que aquel relicario debía conservarlo la pequeña, y lo retiró sin vacilar del cuello de la muerta.

En ese momento habló una voz detrás de ella.

—Ña Juana le quitó los zapatos...

Sonaba a reproche: "También vos".

Era doña Fe que acababa de llegar con las velas de sebo. Eso recordó a María Fabiana la orden de su madre adoptiva, tranquilizándola con respecto al relicario de la finada. Dejóse estar un rato aun y luego se encaminó al rancho donde se acostumbraba a guardar trastos viejos, cueros, sogas, etc. Sabía que difícilmente se la buscaría allí. Y, segura de no ser importunada, abrió otra vez el relicario. Recordaba, ahora, aunque de manera vaga, las facciones de ese hombre cuyo retrato databa sin duda de algunos años atrás. Era buen mozo. Y, ahora que iba haciendo memoria: ¡qué pareja bien aparente formaba con la finada! Barba en punta usaba el hombre y bigotes castaños; tenía los ojos claros. Ese detalle habíale impresionado tanto el día de su paso fugaz por la Esquina del Lobatón, que María Fabiana no pudo olvidarlo. Y de esto hacía ya más de un año. La finada era bien donosa. Aun muerta, embarrada y con huellas de su horrible sufrimiento, conservaba aquella prestancia que la destacara en el pasaje de la galera, por no decir junto a los humildes que iban a darle ahora modesta sepultura.

En ocasión del viaje aquél a Rosario, ella había descendido con sus dos hijos para estirar las piernas. En la diligencia no quedaba más que el esposo arrebujado en un poncho, pues venía padeciendo de fuerte resfrío. Recordó María Fabiana que, cuando ella subiera al carruaje a ofrecerle un tazón de leche con unas gotas de caña, el hombre apenas le había dirigido agradecidas palabras. Pero sus claros ojos, de un raro tono celeste que ella jamás soñara, debieron hablarle con más elocuencia, sin duda, porque la muchacha no olvidó ya la expresión de esa mirada. Los viajeros habíanse visto precisados a demorar una hora larga para dar tiempo a que se liara con lonjas de cuero crudo una de las sopandas rota poco antes en un bache.

—Si algo me aterra en estos viajes —había manifestado la

pobre señora a un ocasional interlocutor, aludiendo a los constantes peligros de la travesía en ese Camino del Sur —, si algo me angustia, es el peligro de morir dejando a mis hijos pequeños. Porque no creo que haya mujer capaz de reemplazarme; estoy convencida de que no la habrá — y, observando en doña Fe una maliciosa sonrisa, apresuróse a aclarar —: No; no es por eso. No es ese egoísmo el que me desvela. Bien podría él contraer nuevo matrimonio... en el peor de los casos. Pero, ¿y los niños? ¿A qué manos irían a parar? Llegado el caso ¡una madre extraña para mis hijos pequeños! ¿Sabe usted lo que eso significa? ¡No, Dios mío! Federico no lo haría jamás — terminó para tranquilizar su propia conciencia. Y los ojos de aquella desventurada habíanse dirigido hacia el asiento donde el esposo cobijaba su resfrío.

María Fabiana, atenta a todo sin perder detalle alguno, había ido captando la amargura de sentimientos nuevos para ella.

La nerviosidad propia del viaje con todas sus acechanzas, el temor magnificado por relatos y sugestiones a lo largo de esa pavorosa ruta, exacerbaban la preocupación de aquella madre.

María Fabiana no alcanzó, entonces, el porqué de semejante congoja; pero tenía ahora la prueba de que sus temores obedecieron a un raro presentimiento. Ella misma, desde pequeña tuvo que refugiar su trágica orfandad en el frío y extraño regazo de la mujer del maestro de posta; había ido filtrando como por el resquicio de una alcancía la moneda de su cariño en el sucio trapo de una muñeca — de ésa que, luego de mucho conversar y regatear, adquiriera para ella Nicasio Gauna, el entonces postillón de la diligencia, en un negocio de ramos generales del Rosario — y realizaba ahora la más lógica afinidad de sentimientos que, por extraña predestinación, comenzó desde ese momento a soldarla al espíritu aun latente de la muerta. El rudimentario sentimiento de maternal egoísmo que toda mujer lleva en potencia habría de hacer crisis en ella con la llegada de esa criatura.

Púsose a pensar, después, en el hombre a quien alcanzara el alivio de la leche caliente. Se estableció en su corazón una extraña puja. Le atraía el recuerdo de aquellos ojos claros, mirándola a través de la fiebre; y le repelía de ellos un sentimiento de conmiseración ante la muerte y el desamparo tan cercanos a ella. ¿Viviría aún? En su desconcierto, llegó hasta desear que hubiera perecido. Mas el recuerdo de aquellos ojos celestes llevó a su rostro un inesperado golpe de sangre. Su vista y su pensamiento iban alocadamente desde el plácido sueño de la pequeña a la protesta ahora opaca de la madre, desde el retrato del relicario hasta su corazón, en tumultuoso rebote. Si el hombre regresaba, todo habría de terminar, entonces, para ella; para su naciente cariño que cuajaba con el misterioso secreto de toda germinación, en un sentimiento cuyo alcance ni ella misma habría podido calcular. Es así como sin advertirlo se encontraba de nuevo junto a su cuja.

¡Cuánta razón hallaba a esa mujer que el año anterior temblara por la suerte de sus hijos! Ya estaba la niña reposando ahí, junto a una extraña, llena de latente cariño maternal, es cierto, pero extraña al fin. Extraña que pujaba por no confesarse a sí misma la lucha entablada en su corazón.

Con cautela innecesaria, levantóse del catre y transpuso la puerta. Miró todavía al lecho donde quedaba la criatura cuyo nombre ignoraba. Y cuando se dirigía en procura del sebo para preparar las velas de baño, oyó la agria voz de doña Juana.

—¿Hasta cuándo te vaj'a dejar estar sonseando al lao de esa chica? ¿No te mandé a redetir el sebo?

María Fabiana, bajo semejante acicate, despertó a la realidad. Comprendió que no era más que una pobre china atada al desamor de esa mujer egoísta. ¡Cuándo iba ella a poder ensoñar! Estaba allí como el despojo de un naufragio al que, de vez en cuando, las olas golpean contra los arrecifes, por puro gusto de maltratar.

Pero, no obstante, iba a realizar su tarea sin inconvenientes, casi con gusto, como si se propusiera garantizar a la madre el tácito compromiso de cuidar a la pequeña forastera, prestarle todo el calor de su cobijo.

La tragedia había monopolizado casi por entero las actividades de la posta. Sus moradores se turnaban ya para acompañar a la muerta, rezando y aventándole las moscas con una ramita. Terminada su labor con las velas, María Fabiana repartió sus horas en atisbar el reposo de la criatura y acompañar a la finada, como si su conciencia le impusiera la delicada tarea de establecer el último enlace entre ambas. ¿Rezó? ¿Sabía, en verdad, rezar? Sus labios musitaron, varias veces, sabe Dios qué plegaria. Acaso un rezo intuído en ese momento de recogida unción. Rezo jamás aprendido, que sale no obstante de lo íntimo de cada conciencia.

Entre el velatorio y la cocina fué labrándose como un caminito de hormigas. Algunos vecinos — pocos —, anoticiados de la tragedia, llegaban a poner su condolencia, acallando las voces, como si el campo todo se amparara en homenaje. Eran gauchos, algunos de ellos con sus chinas, como atraídos por un impulso gregario de defensa.

Acababan de encender los candiles, ya entrada la oración, cuando los perros anunciaron la vuelta del maestro de posta. Traía el Ñato, charqueado sobre la cruz de su caballo, a un hombre herido.

—Sólo a éste hemoj'hallao — explicó don Facundo a los que acudieron —. Un postillón y tres pasajeros, muertos; degollaos sin asco. Del mayoral, ni el recuerdo. Parece que viajaban dos mujeres.

—Deben estar cerca'e los toldos, ya... — opinó Cantalicio.

—Yo divisé unos caranchos, volando lejos. Sin duda, rondaban algún finao. El mayoral, se me hace... — murmuró Serapio.

—A éste lo hallamoj'entre el pajonal — explicó don Facundo.

—Cuidao, que viene mal herido — recomendó el Ñato mientras dejaba caer su carga en manos piadosas —. Este mozo se lej'hizo perdiz. O lo dieron por muerto.

—¿Quién sabe si ansina, tamién, no escapó la señora? — opinó Julia, mechando en el corro su conmiseración.

—¡Lástima, pero ya no tenía remedio cuando llegó! De no, ña Fe la hubiera curao, dejuramente... — se lamentó María Fabiana, que se acercaba con la chiquita en brazos.

Sus ojos se ahincaron en el rostro de la víctima. Buscaba en su recuerdo rasgos fisonómicos. Llegó en ese momento doña Fe.

—Está herido. Parece que fiero, no más — le advirtió el maestro de posta.

—Traiganmeló p'acá — ordenó la curandera —. Ahí está escuro... Veremos qué se puede hacer.

Doña Fe, además de amiga, era médica

en la posta y hasta peona cuando se ofrecía. Llegada dos años antes, a raíz del asalto de su rancho por los indios que le mataron el marido, echó raíces en la posta junto con sus hijas, milagrosamente aceptadas por doña Juana. Por milagro o conveniencia, ya que "en su casa no iba a hallar acomodo quien juera a dejarse estar de balde".

Doña Fe era una mujer curiosamente avenida y servicial. Nacida en Santa Fe, ella misma explicaba el origen de su peregrino apelativo.

—...¡no viene y se le ocúrre a mi mama bautizarme ansina!

—Y... no se haberá animao a ponerle el nombre completo —había opinado un chusco, aludiendo a la dudosa santidad de sus antecedentes.

Su presencia acalló todo comentario y a la luz de los candiles aproximados en auxilio del examen animó con falsas contracciones el pálido rostro de ese hombre a quien acababan de depositar en el suelo para no demorar la intervención de la médica.

De bruces, dispuesta a auscultar los restos de esperanza confiados a su baquía, doña Fe se dejó estar un momento con el rostro sobre el corazón del herido. Incorporóse dos o tres veces, para insistir de inmediato buscando la certeza, el fundamento de su inminente fallo. Hasta que se levantó del todo, a tiempo que dictaminaba sentenciosa y con aliento entrecortado por el esfuerzo:

—¡No tiene güelta! Este... cristiano... es dijunto... Ya no hará... sombra en el suelo.

Los presentes se miraron desconcertados. El inesperado fallo cortó las esperanzas, hasta ese momento abiertas en flor de conjeturas.

—La luz mala. ¡Ni que saliera a campear sentenciaos!... Ansina jué la vez pasada... —murmuró Julia.

—¡Si agatas hace media hora que le dimoj'agua a la laguna'el Desconsuelo! —arguyó, apagada, la voz del maestro de posta—. Y vinimoj'al tranco —terminó como si se disculpara.

—No le hace... Mirelo: vea qué chuzazo tiene en l'espalda —replicó doña Fe—. Le ha dentrao por el pulmón; la sangre lo ha alficiao...

—Había que ver cómo resollaba cuando lo charquiamoj'en la cruz de mi caballo. ¿Ricuerda, don Facundo? —explicó el Ñato.

—Tirao ande lo hallaron, quietecito, habería durao quizáj'hasta mañana. Pero se hubiera ido de una hebra, desangrándose sin sentirlo. Se hubiera cortao, no más... —terminó con un gesto categórico la curandera.

Mientras discutían el punto, doña Juana había ido acercándose hasta el muerto, junto al cual se arrodilló. Puso una mano sobre las piernas aun blandas, como si pensara apoyarse en ellas.

—Este cristiano no te comerá un solo grano e locro, Juana —previnole la médica.

La mujer del maestro de posta la miró en silencio. No le agradaban las bromas de doña Fe. Sabíalas fundadas en razones difíciles de rebatir. Luego de un rato incorporóse.

—¿Lo pondremoj'al lao de la finadita? —propuso a su marido.

—Ansí tendrá que ser —y, respondiendo a un escrúpulo anterior, agregó el hombre, para justificarse: — No quedan más cueros frescos.

Mientras se le buscaban al muerto documentos que sirvieran para identificarlo, doña Juana, tocando con el codo a su hijo Cantalicio, le susurró al oído:

—...tán güenas las botas.

Una rueda íbase formando en torno al maestro de posta que desensillaba ahora su caballo.

—Anduvimos campeándolos tuito el día. Si hubo algún otro, vivo, se me hace que nos tomó por indios. Pero no apareció naide más. La deligencia quedó hecha pedazos. ¡Indios trompetas! Se alzaron con tuito lo que les venía bien —refirió lentamente.

Las bajeras de su recado acababan de caer al suelo, como una fatiga que se desmorona y ya el mate se estiraba en la mano de María Fabiana.

—Tome, amigo, lárguelo en el corral —dió el cabestro a su hijo—. Agua ya tomó —agregó don Facundo, mientras se llevaba a los labios la bombilla.

Pero Gabino no se movía.

—Vaya, m'hijo; no se deje estar —insistió, viendo al muchacho demorado en espera del relato.

El grupo se puso en marcha tras el muerto, que dos muchachos condujeron con cierta dificultad hasta colocarlo junto a la finada. Allí lo dejaron, a la espera de la tierra que habría de cubrirlos. Sus pies ya estaban descalzos.

Como no se había logrado cerrarle del todo los ojos a la finada, más que sueño definitivo semejaba su mutismo una preocupación desvinculada del ambiente rumoroso en que se desenvolvía aquel duelo rural y primitivo. Sólo en el candado de sus labios, exangües ya, se advertía lo definitivo de un silencio al que, por fin, habían dejado de importunar las moscas.

Esa noche, más el recelo que la pena congregó en el velatorio a gente de la vecindad. Y con ellos cierto número de perros que, extraños al ambiente, toreaban por el mínimo ruido. Aunque, consumado un ataque, rara vez se repetía, salvo contra viandantes topados de improviso, los ojos escrutaban de tanto en tanto el fondo de la noche.

Asientos rústicos y descarnadas cabezas de vacuno servían para estrechar la intimidad en torno a la muerte. El mate sostenía tensas las cabezas y los ojos en vigilia, pero habíase previsto hacia la madrugada un asado de oveja. La conversación ahincaba en el pormenor de los hechos, relacionándolos con otros casos conocidos, sucesos que alguien ofrecía como una novedad, aderezados según la fantasía del relator. De vez en cuando levantábase alguno de los circunstantes a pretexto de desentumir las piernas o indagar en el secreto de la noche. Olvidábase, a poco, su ausencia, mientras nadie lo aludiera; de modo y suerte que el regreso, cuando se producía, realizaba una como novedad útil para mantener despierta a la reunión. Viejos y jóvenes iban y venían así, penetraban en las habitaciones y salían de la noche, indiferentes, pero adheridos al ritual.

El velatorio transcurría en medio a la respetuosa consideración de esas gentes de intuida religiosidad. Pero la tristeza se hallaba ausente, tanto por tratarse de muertos extraños como por la familiaridad de los vivos con el peligro.

En la cocina, sobre su hijar e insensible a la charla, dormía Gabino, envuelto en un poncho. Sobre el catre de María Fabiana, quincho de por medio con el velatorio, reposaba también la huérfana, ajena al desamparo.

Cansada de matear, doña Fe resolvió dar una vuelta por la ramada junto a cuyo

fogón llenaba su guardia el Ñato. No lo encontró. Andaría, sin duda, recorriendo los fosos, el corral o los cercos de pencas. En la noche, el cielo retinto pululaba en lucecitas. Estrellas y luciérnagas se confundían. Dejóse estar doña Fe largo rato, mirando aquel silencio enorme que descendía del firmamento. Sus ojos, alejados de la reunión, habían recobrado ya la sensibilidad y podían penetrar en las tinieblas sin mayor esfuerzo.

Se encaminó al rancho donde descansaba la niñita. Sus pasos opacos trataron de no perturbar el sueño. La otra puerta, mal cerrada por un cuero, filtraba una vislumbre de candiles pálidos. Hacia ella se dirigió para reintegrarse a la conversación. Iba llegando al centro del cuarto, cuando escuchó un rumor de voces apagadas entrecortando un respirar anhelante. En eso, la voz de su hija Martina pronunció hondamente un apodo familiar: ¡Ñato! Al propio tiempo, doña Fe, que avanzaba a tientas, se llevó por delante a la pareja, olvidada de todo aquello que no fuera el cariño que los unía en una charla apasionada; a un paso de la muerte, casi rozando las palabras triviales, como entredormidas, del velatorio.

—¡Linda manera e velár a los finaos! ¡Y con un guacho, talmente! —habló doña Fe, procurando no alzar la voz.

—¡Eh, mama! ¡No peche! —protestó, murmujeante, la Martina.

—¡Caminá, cebáte unos mates! —cortó la voz ya más levantada de la madre, a tiempo que se volvía hacia el patio—. Y vos... —iba a retar al Ñato, pero éste acababa de hundirse en las sombras.

Doña Fe alzó los hombros en un movimiento impreciso. Su aparente despreensión ante el traspié de la muchacha era el reflejo de una inconsciente sujeción al imperativo de los sentidos acuciados para restablecer el equilibrio roto por la matanza de tanto cristiano. También ella en su tiempo... Era la ley de las poblaciones fronterizas; el tome y traiga de la vida y de la muerte.

Cuando Martina alcanzó el mate al primero de la rueda, nadie advirtió que en uno de sus dedos se ensartaba aquel preciado anillo de cola de iguana.

CAPÍTULO III

Los muertos, que no harían ya sombra en el suelo, según la gráfica expresión de doña Fe, quedaron en definitivo reposo bajo la tierra abierta a menos de dos cuadras de la posta. Se había elegido un claro dentro del cardal que cubría el costado de una loma próxima a la Cañada de los Quebrachos Viejos, con el propósito de disimular las sepulturas a la profanación de los malones tanto como a la mirada de los viajeros. El maestro de posta trató siempre de diseminar las tumbas de quienes por fuerza debieran ser allí enterrados, evitando formar un camposanto que habría influído penosamente en el ánimo de los viandantes y puesto un sello fúnebre a la Esquina del Lobatón. Bastaba ya con el escalofriante deambular de las luces malas en noches tormentosas.

Ningún nombre figuraba sobre las cruces de ese refugio a cielo abierto, velado a canto de pájaros.

El entierro, sencillo de pobreza, contó con la circunstancial devoción de aquellas gentes, capaces sólo de rezar el bendito, y eso no todas. La ceremonia se redujo a la ofrenda del puñado de tierra que cada cual arrojó sobre los despojos antes de que el afanoso atropello de las palas estableciera una definitiva separación entre su sueño y el mundo de los vivos. Sobre sendas cruces de palo y ramilletes de chinitas y verbenas erguíase ahora el recuerdo efímero de sus personas. En cuanto a la tragedia en sí, era otra cosa; su memoria quedaba pegada a la tradición de la comarca, junto a otras más o menos horripilantes.

Aquella sencilla ceremonia tuvo escasa duración, la indispensable para llenar un cometido de conciencia. María Fabiana prefirió dejar a la niñita a cargo de doña Fe. Más adelante, cuando el tiempo madurara la confianza necesaria al corazón de la criatura, llegaría la oportunidad para mostrarle el retazo de campo donde aposentaban los restos de su madre.

Regresó al cabo el fúnebre acompañamiento cuya marcha cerraba Cantalicio, la pala al hombro y las botas del muerto dificultándole el andar. Quedábanle algo estrechas, pero ya se ablandarían, "como sotretas en la deligencia..."

Aquel mismo día la vida en la posta recobró su ritmo habitual, como un muelle que se recupera. Sobre la paz de los muertos quedaba murmurando el susurro de los cardos movidos por el viento.

Harto, sin duda, de escenas desagradables, el Ñato andaba esa noche con ganas de divertirse. Vió pasar por el patio a Cantalicio, como pisando sobre huevos y se aproximó cautelosamente a doña Juana, entretenida en sacudir unos ponchos ahí cerca.

—¿Sabe, ña Juana? —le habló, simulando temor.

—¿Qué?

—Que áhi anda el finao, penando... sin duda. Mire, vea... vealé las botas —señaló.

—Pero ¡si ej'el Cantalicio, hombre! —rió la mujer.

Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Una carcajada le respondió desde el alero. Con todo, parecía ésta más un desahogo a la súbita intranquilidad provocada por el anuncio del Ñato que un festejo a su insólita ocurrencia. Picada, doña Juana habló no bien se lo permitieron.

—Tené cuidao, no se te aparezca la viuda.

—Y, no... a lo pior. Pero se me hace que ha'e venir descalza... eso, sí —replicó el muchacho con la rapidez de un quite, aludiendo esta vez a las botitas de que habíase despojado a la muerta—. A mí me daría miedo e que vinieran esta mesma noche con reclamos.

Cantalicio tenía fama de ser medio tilingo. A la tarde siguiente, María Fabiana se acercó al enterratorio impulsada por un sentimiento de piedad. Su sorpresa no fué poca al ver removida la tierra en el túmulo correspondiente al muerto.

—¡Los perros! —pensó.

Mas al acercarse, vió asomando una de las botas amarillas.

—¡Le tuviste miedo, Cantalicio! —habló como para sí la muchacha.

Era evidente que, sorprendido el hijo de doña Juana por el rumor de los pasos, habíase alejado a ocultarse. La muchacha giró la vista en torno, mas no alcanzó el sitio donde sin lugar a dudas habíase echado Cantalicio. Y optó por regresar a las casas, dispuesta a mantener en secreto su descubrimiento.

Algo más de una semana retuvieron en el lecho a la criatura. Un amago de congestión pulmonar le había provocado alta fiebre, consecuencia de aquella noche pasada bajo el aguacero junto a su madre muerta. El encierro entre gente extraña, luego de la espantosa tragedia cuyo recuerdo la despertaba por las noches con terribles pesadillas, conspiraba contra los esfuerzos de doña Fe y sus medicaciones. Turnábase ella con María Fabiana en el cuidado de la enfermita, constituída ya en el eje de todos los desvelos. A veces, pocas, llevada por la curiosidad que no por otros sentimientos, acudía doña Juana y, con ella, alguno de los hombres mataba sus ocios en charlar a María Fabiana, que iba tomando cada vez más en serio su papel de madre adoptiva.

Por fortuna, fueron espaciándose insensiblemente los llantos de la huérfana y sus reclamos por que se la reintegrara junto a la madre. Las mujeres habíanse visto precisadas a ensayar sucesivas mentiras para conformarla. Era indudable que el corazón de María Fabiana iba ganándose poco a poco su confianza y afecto. Hasta que un día, mediada la mañana, pudo sacársela para que tomara aire y sol detrás de las casas. Era, a esa hora, el sitio más cordial para la reunión de todos. Junto con la fiebre había ido cediendo la natural hosquedad de la niña. A la par de los colores, su sonrisa hacíase presente en ocasiones. Y fué ése el día en que, acercándose don Facundo Ortiz, había preguntado:

—¿Ande está la gringuita?

No se la nombró ya de otro modo, ignorantes del verdadero apelativo como se hallaban los moradores de aquella posta perdida en las orillas del desierto.

La criatura, sin separarse mucho de María Fabiana, atrevióse a ensayar unos pasos en el patio. El recelo y la debilidad consecuente a la fiebre soportada, limitaron su curiosidad. A quienes se acercaban los miraba con interés no exento de temor. La presencia de algún perro, movíala a echarse en las faldas de la muchacha. Hasta que la atención de quienes se hallaban reunidos, fué repentinamente solicitada por el brusco tropel de los perros, ladrando hacia el camino. Uno de éstos, al rozar a la criatura, provocó su caída, y el susto consiguiente dió con ella nuevamente en la cama.

Dos gauchos acababan de llegar desde el norte. Vecinos, a tres leguas de la posta, acudían en busca de yerba, harina, azúcar y, de paso, vino, que se anticipaban a probar en el mostrador de la Esquina.

La atención de la posta se volcó inmediatamente hacia los recién llegados. Podían traer noticias, aunque no era difícil que vinieran en su procura. Al apearse los hombres, un suave tintineo de espuelas nazarenas llenó el patio con sugestión de masculino regocijo. Acudió, también, María Fabiana, que acababa de tranquilizar a su muñeca. No era ajeno a su curiosidad el deseo de obtener noticias acerca del reciente asalto a la diligencia. Ansiaba y temía la vuelta del padre de esa niña, del hombre cuyo retrato pendía ahora en su cuello. Cada jornada hacía menos probable el regreso y concretaba en su ánimo la decisión de reemplazar a la finada en el desamparado corazón de la criatura. Pero aquellos hombres, llegados en busca de los vicios, ignoraban lo ocurrido. Dejáronse estar breve rato y, temerosos por sus familias, se alejaron rumbo a sus ranchos.

Veinte días transcurrieron sin que asomara por la posta diligencia alguna. Anoticiados del luctuoso suceso los de abajo, las galeras que acostumbraban a pasar por la Esquina del Lobatón debieron optar por el Camino del Norte, más seguro y

tranquilo. La última diligencia, procedente de arriba, había pasado hacia Rosario la víspera del ataque; y, como por razones obvias, no existía regularidad en el recorrido de los vehículos, nada extrañaba ese intervalo de veinte días en que la posta viérase privada de la compañía de pasajeros y noticias.

Visto desde la Esquina del Lobatón, el Camino del Sur se estiraba unas cuadras para ondular después en amplias curvas con la marcha lenta y cautelosa de una víbora, como su acecho, pleno de amenazas y horrores. Era el tramo que conducía a la Esquina de Ballesteros. Toda la ruta, escalofriante, sugería el trazo reptado sobre un suelo polvoriento a campo traviesa; imprimía en el espíritu la desazón constante de un peligro a punto de cuajar.

Dos semanas más sin noticias de las diligencias llegaron a alarmar los ánimos. Pero un mediodía algo caluroso escuchóse de improviso el toque de clarín con que ciertos mayorales acostumbraban a prevenir de su llegada, a fin de que se fueran echando al corral los caballos de refresco. Debido al forzoso descanso, éstos se hallaban casi gordos.

La posta se animó de inmediato. ¡Por fin hacíase presente la galera! Iba a reducirse, ya que nunca se desvanecía del todo, la incertidumbre acerca del tránsito por el camino del Sur. De todas maneras, su presencia era ya promesa de una temporaria tranquilidad en esa ruta. Repitióse, a poco, el toque de corneta y pudo verse, coronando una loma próxima, la silueta, envuelta en polvo, de la diligencia. Por el toque, conocieron que venía a cargo de Nicasio Gauna.

El maestro de posta se hallaba en ese momento bajo el alero, ocupado en remendar un mate de calabaza. Aunque sorprendido por el grato anuncio, se incorporó sin apremio y, como si murmurara algo mientras sus entrecerrados ojos escrutaban el horizonte cercano, el pucho del cigarrillo que apagado pendía de su boca, tembló en los labios carnosos. Curiosidad circular la suya, vagaba sobre la lejanía para finalmente asentarse en la distancia breve de un soleado pajonal, como vuelo de pájaro cansado.

—¡Ñato! ¡Cantalicio!... —llamó, por fin—. Muenten y acerquen la tropilla.

Miró otra vez hacia el camino que traía la diligencia y, con tiempo de sobra para terminar su tarea, sentóse nuevamente en el cajón. Por descuido de uno de los muchachos, caído el mate con cebadura, habíase rajado y perdía agua. En tales condiciones, no era posible utilizarlo y, hasta que Nicasio Gauna trajera unos cuantos de repuesto, había que remediarse a lo pobre. Para el caso vino que ni de encargo la vejiga de una oveja carneada dos días antes. Una vez lavada ésta, había introducido don Facundo el mate en ella, abierta lo indispensable su boca y se disponía a sujetar el todo con un tiento. Una vez oreada la vejiga, procedería a recortar el excedente. Y el mate quedaría listo.

Casi junto con los viajeros, estuvo en la posta la tropilla. Venían los animales apotrados, frescos, con pocas ganas de trabajar. Entraron al corral de palo a pique y cerco de tunas. No faltó el que ensayara una sentada simuladora de recelo.

—¡Oigalé al potro! Ahura sí... esto se va a poner divertido — gritó el Ñato.

—En cuanto encomience el viaje se le van a acabar las delicadezas —previno el hijo de doña Juana.

—¿Vaj'a dir, Cantalicio? —le preguntó el otro.

—Y..., ¡qué rimedio!... Me manda el máistro.

Se detenía en ese momento la diligencia. Apeados los postillones, fuéronse aquietando las yuntas, luego de estirarse y mear todo el cansancio acumulado en las leguas recorridas poco menos que a media rienda. Un poco sobones a causa del prolongado descanso impuesto por la interrupción del tránsito en la zona, exhalaban acre sudor que iba cribando el suelo como lloviznando de fatiga. Uno a uno fueron quedando en libertad y revolcándose para dejar sobre ese mismo camino el cansancio que le debían.

Entretanto habían descendido los pasajeros. Viajaban tres mujeres y cuatro hombres. Su primer impulso fué estirar las piernas. Desde el alto pescante un salto ágil puso al mayoral en el suelo. María Fabiana llegaba en ese momento con el mate, cebado en un jarro, que brindó al hombre.

—¿Cómo le ha ido e viaje, Nicasio?

—Lindo, no más, graciaj'a Dios. A usté la hallo donosita, como siempre.

—Será e contento, por ver a loj'amigos sin atraso.

—Lo mesmo me pasa a mí. Pero este mate e jarro...

—Esperando los que usté traiga, a la güelta'el viaje. Se nos quebró el último que quedaba. No tendrá más remedio que acomedirse, Nicasio...

—Siendo pa usté y mi compadre (llamaba así a don Facundo), tuitos los que quiera.

—¿No sabe que Dios me trujo una niñita, Nicasio?

—¡Oh..., y de ande? —abrió los ojos el hombre.

—Cáida'el cielo, se me hace...



Y contó a Nicasio la tragedia de la que él sólo había tenido vagas referencias.

Nicasio Gauna era el mayoral de una de las diligencias, que obsequiara a María Fabiana aquella su primera y única muñeca, siendo entonces un modesto postillón. Contaba ahora alrededor de treinta y cinco años y aunque trataba a la muchacha desde pequeña, jamás habíala tuteado, por simple ocurrencia originada en la simpatía que su misma desgracia y menguada estrella habíanle inspirado desde un principio. Era ésta, por otra parte, una modalidad suya que le abría consideración. No costaba mucho a Nicasio Gauna hacerse respetar. Como gaucho recio, cordial y persuasivo, era dueño de un coraje tranquilo, sin alharacas ni desplantes. No se podía predecir la extensión de su paciencia, pero cortada ésta, era más difícil aun establecer cuánto habría de durar su enojo. Aquella vida frente a la constante amenaza del salvaje y a la hostilidad frecuente de la naturaleza y de las bestias, habíale ido sobando, como a tantos, el carácter y patinando el corazón de reflexiva entereza. Guapo: tal podía ser la palabra definidora. Resultaba difícil en aquellas soledades y circunstancias establecer quién no lo fuese, aun ocasionalmente. El solo hecho de vivir allí o de correr sobre sus huellas los riesgos del Camino del Sur, constituía ya título suficiente, porque el sentimiento pareciera encallecerse, y amortiguar todo miedo un constante roce con el peligro. A Nicasio Gauna se lo consideraba, además, por su frecuente contacto con gentes del Rosario, Villa Nueva o Córdoba, trato que le otorgaba cierta preeminencia al lado de aquellas condenadas a compartir un medio salvaje.

En su condición de dueña de casa, doña Juana se aproximó a los viajeros mientras ponía en movimiento a Gabino, que se dejaba estar vichando, oculto detrás del horno. Chúcaro con los forasteros, no obstante la relativa frecuencia con que arribaban a la posta, costaba trabajo vencer su natural desconfianza. Érale necesario a doña Juana saber quiénes almorzarían allí, debido a la escasez que acusaban los estantes de la Esquina a causa de una prolongada interrupción del tráfico. Las postas, según las circunstancias y posibilidades de sus dueños, eran fonda, almacén o, simplemente, albergue.

Una señora mayor bajó, entumecida por la forzada inmovilidad en ese carruaje que apenas admitía holgadamente una media docena de pasajeros, pero que con frecuencia recibía más de lo tolerable. Fué como si con ella hubiera descendido la ciudad —cualquiera ciudad— con todo su refinamiento y todos sus remilgos. Traía esta señora un susto mayúsculo, a causa de haberse enterado en la posta precedente, del asalto a la diligencia.

—¡Qué horror! —exclamaba con ligero acento extranjero y visible tribulación—. ¡Qué horror! Lo que aun nos falta por recorrer, ¡oh Dios! ¿Cómo permiten ustedes?

—Y de áhi, ¿cómo habríamos de impedirlo? —opuso alguno de la posta.

Dueños de casa y forasteros miráronse con curiosidad y no disimulado recelo. Una rubia ladina parecía dispuesta, no obstante, a olvidar las angustias e incomodidades pasadas. Algo pesaba en esa desaprensión la compañía de un hombre joven con quien se había amistado durante el viaje y que se le acercó pronto a conversarla. Un matrimonio, en cambio, se apartó del grupo. Ella caminaba con cierta dificultad a causa de su notoria gravidez, que en vano procuraba disimular.

—¿Tendremos que dormir acá?

—Creo que no. Me aseguró el mayoral que haríamos noche en la Cruz Alta. Espero, sí, que almorzaremos...

—Bueno, querido; no olvides el pollo.

El marido se apresuró a satisfacer sus deseos, pidiendo a doña Juana un pollo guisado con arroz, para el almuerzo de su mujer; y, de ser posible, con algo de tomate y papas. Pero que no fueran a ponerle nada de ajo...

—Se lo pagaré bien; es un antojo de la pobre —miró de reojo a su esposa—. Y usted sabe...

Doña Juana se rascó la cabeza.

—Me lo va a decir a mí —replicó, sin mayor interés—. Polloj'hay y gallinas; pero de arroz, carecemos, y de asaite... ¡ni se diga! Hace tanto que no pasan las carretas que hasta hemoj'olvidao el color de las papas...

—Señora, por favor —interpuso la joven.

—...por eso no hay quien se anime a preparar esos potajes... —continuó la mujer, sin prestarle atención.

—Pero, señora, ¡póngase en el caso!

—¡Me lo va a contar a mí!... Nojotros no sabemos comerlos sino sancochaos —repitió con frialdad—. Ocasiones las mujeres de po'acá, olvidamoj'hasta de comer, cuantimás loj'antojos...

—Lo venimos pidiendo en vano desde la salida de Villa Nueva —interpuso el marido.

—¡Parece mentira —terció la rubia, que había ido acercándose—. Parece mentira que entre tanta mujer no haya alguna capaz de guisar un pollo!

—No hay que ser tan indolentes, m'hijita —apoyó desde su asiento la señora vieja, que oyó las palabras de la rubia—. ¿Cómo no siembran ustedes maíz, alfalfa, ¡qué sé yo!, verduras, aunque más no fuera?

—En todo el camino no he visto un solo sembrado —se estremeció el joven, otra vez junto a la rubia.

El maestro de posta escuchaba, también, algo apartado del grupo. Le cosquilleaba la respuesta.

Hasta que habló:

—En este camino, señora, no se siembra otra cosa que... muertos —apuntó con calma don Facundo Ortiz.

Todos se volvieron, hincados por idéntica zozobra.

—Pa la güelta e la diligencia, la esperamos, señora —se interpuso doña Fe—: ansina noj'enseña tanta cosa como ha 'e saber usté. Le acomodamoj'un catrecito en la pulpería o ande guste y, si no es muy delicada, puede dejarse estar tuito el tiempo que le parezca...

—¿Yo? ¿Volver? ¿Cruzar de nuevo este pavoroso Camino del Sur? ¡Ni que estuviera loca, hija mía!

Todos rieron de buena gana ante los aspavientos de aquella dama. Pero en muchos viajeros se escondía un inconfesado malestar.

—Que ya están pelaos los pollos, dice ella —acudió Gabino desde la cocina—. Pero 'ice que tendrán que comerlos, ansina, sancochaos no más.

Era el mensaje de doña Juana al matrimonio.

—¡Hijos del país! Desidiosos... —insistió otro viajero, sin cuidarse de que lo oyeran—. ¡No saben guisar un pollo!

María Fabiana, recostada contra el cepo del corral, aunque sin perder de vista a la Gringuita que miraba con curiosidad a toda esa gente desde el vano de una puerta, había escuchado los comentarios. En eso, un tropel de caballos dentro del corral giró la atención de los forasteros hacia ese lado. Uno de los yeguarizos puerteaba precisamente, encarando al campo. Pero un lazo "dentrador", manejado por el brazo ágil y robusto de la muchacha, con un solo voleo, ensartó las manos de un alazán en certero y oportuno pial. El caballo, trabado en plena carrera, dióse vuelta sobre el tuse, arrastrando un trecho a María Fabiana, cuyos pies descalzos araron surco en el suelo polvoriento.

—Usté —preguntó a uno de los forasteros, aunque dirigiendo su ironía a todo el grupo, luego que el Ñato se hizo cargo del resto de la tarea—, usted, ¿es capaz de hacer esto?

—¿Yo? ¡Qué esperanzas! —rió el aludido, mientras todos se miraban asombrados.

—Güeno; estamoj'a mano —sonrió, a su vez, la muchacha.

Y, sin detenerse a escuchar respuesta, cruzó el patio hacia la cocina, llevándose consigo a la Gringuita.

—Ahora sí que nos quedamos sin el pollo —reprochó la señora antojada.

María Fabiana, que había advertido su gravidez, llamó a Nicasio Gauna. Ramona acababa de pelar y despostar tres aves; de una de ellas se hizo cargo la muchacha. En el patio se acomodaban ya los forasteros para iniciar el frugal almuerzo tal cual la suerte se lo deparara.

—No se apure por seguir viaje, Nicasio. V'y a ver si le doy en el gusto a la señora esa. Demientraj'entreténgamelos con el asao. ¿O piensa dir maj'allá e la Cabeza'el Tigre? —se interesó María Fabiana.

—¡Uf! Hay tiempo e sobra pa llegar con sol alto. Digo... si no se dejan estar por demás, almorzando. ¿Qué le parece?

El mayoral usaba con ella una ostensible cortesía. "Sírvase", "Venga, m'hija". "¿Cómo le va yendo?", "Hasta la güelta, si Dios quiere...", eran en él expresiones corrientes, en consonancia con ese: "Usté era ansina e chiquita cuando Dios la trujo a la Posta..." con que acompañaba el gesto de su mano como una caricia extendida a escasa altura del suelo, cada vez que su acendrada ternura lo llevaba a recordar tiempos idos. Y a María Fabiana se le humedecían los ojos, vuelta de improviso a su memoria la tragedia que arrebatárale al padre, cuanto más distante en el tiempo más nítido en su corazón.

Nicasio Gauna solía expresarse con aparente indiferencia, aunque la calidez de su voz afirmaba una devoción jamás usada con otras mujeres, aun con aquellas que solían brindársele, cautivadas por la prestancia de su apostura. Aparte de un arraigado sentimiento de piedad, en esa especie de instintivo respeto tenía mucho que ver el origen de la joven, en el que adivinaba el mayoral una considerable diferencia, inhibitoria de cualquier aventura por parte de quienes habíanle dado hospitalidad en aquellas soledades, sin cuidarse poco ni mucho de averiguar qué parientes podían quedarle a la muchacha.

—¿Sabe, María Fabiana, que vez pasada un hombre se acordó e su padre?

Aparentemente, era el único que se interesaba por indagar su origen. La novedad, imprevista, hízola volverse con interés.

—¿Ah, sí?...

—Un forastero que andaba e paso por

la Pulpería e los Gallegos, se acordó que lo había conocido a don Alvaro Cruz, en los pagos de Cañuelas; por comprar o comprando unos vacunos tarquinos. Pero no me supo decir de qué pago era criollo don Alvaro...

—Yo he perdido laj'esperanzas, Nicasio. Quedará muy retirao ese pago.

María Fabiana no tenía ambiciones. Muertos sus padres y criada en la indigente soledad del Camino del Sur, habíase conformado ya con la pobreza.

—Yo no —opuso el hombre—. Si en mis manoj'está, tenga por seguro e que la golveré a su familia. Vez pa...

Un llamado de doña Juana cortó su confidencia.

—¡Mande, señora!

La pregunta de ésta era impertinente.

—¿Le dió mi marido el papel con loj'encargos?

—No, doña Juana; usté sabe que siempre se deja estar hasta el último, por si se ofrece algo más...

No era la primera vez que sus interrupciones en aquellos apartes separaban a los amigos. La mujer de Ortiz no miraba con buenos ojos sus confidencias con la muchacha. Creyó Nicasio intuir la razón de esa vigilancia; pero se lo había callado. El hombre optó por alejarse de la cocina. Era allí, a pesar de la amistad que lo unía con Ortiz y con casi todos los moradores de la posta, un forastero y no se consideraba con derecho a oponerse a las disposiciones de aquella mujer, a quien sabía egoísta y calculadora. Ni convenía a la tranquilidad de María Fabiana. Sacó su cuchillo y cortó una presa del asador, porque tenía que viajar y no era el caso de quedarse sin almuerzo.

—Yo lo hacía pellizcando en la cocina... —se dirigió a él, con intención, uno de los viajeros.

—Un poco e mazamorra vieja, nada más —respondió el mayoral, como si no alcanzara la intención, pero aludiendo sin duda a la fría hostilidad de doña Juana.

Algunas galletas traídas en la diligencia hacían más pasables a los forasteros ese asado de carne oreada. La de oveja, carneada cuando se esperaban las galeras, reservábase, por lo general, para puebleros delicados. Con todo, los ojos se volvían insistentemente a la cocina, de donde tenían que llegar alguna vez los ansiados pollos. Los gauchos, en cambio, no despreciaban el asado y pronto quedaron en el hierro algunas garras y huesos por todo recuerdo. El *Norte* y el *Sur*, únicos perros de la posta, miraban relamiéndose a la espera del turno.

Hasta que llegaron las aves, servidas por Martina en una fuente de estaño. Seguíala María Fabiana, portadora de una ollita de barro con el pollo dentro. El pollo para la señora antojada. En un insospechado esfuerzo de buena voluntad, la muchacha había logrado guisarlo, sustituyendo el arroz con trigo y el aceite con grasa, más unas rodajas de cebolla milagrosamente aparecida en un cajón de la cocina. Había logrado la indispensable sugestión para calmar el antojo de esa pobre señora, que lo recibía jubilosamente. Algo de pimentón, coloreando el guiso, disimulaba la falta de tomate.

—¡Oh! Pero usted..., ¿cómo no me lo había dicho? —estalló la alegría de la forastera—. ¡Gracias! ¡Mil gracias!

María Fabiana se limitó a sonreír.

—Ocasiones, loj'hijos del páis no somos tan enteramente... —dejó caer doña Fe, dirigidas sus palabras a la señora vieja.

—La verdad. ¿Quién podría quejarse, después de las pruebas que acaban de darnos? —generalizó ésta justicieramente.

A media siesta, contrariando sus propios deseos de echar un sueñito, Nicasio Gauna dió el toque de corneta anunciador de la partida.

—¡Eh, hombre! ¿No ve que nos pueden sentir los indios? —protestó la rubia, que no las tenía todas consigo.

—No le haga juicio, moza —respondió Gauna—. El campo está quieto.

Quería significar que no se advertían ni se habían advertido durante el camino señales denunciadoras de la presencia del salvaje en la extensión del desierto hasta ese momento recorrida. Con lo que todos los espíritus volvieron a la tranquilidad. Cumplidas las elementales despedidas, fueron tomando asiento en el carruaje los viajeros. Se acomodaron en la berlina la señora vieja y uno de los hombres. En el interior, el matrimonio, la rubia y el mozo. Iban holgados, porque los asientos eran amplios y hasta habrían cabido otros en caso de apuro.

El mayoral se despidió a su vez, y en tanto trepaba al pescante, los ojos de la señora joven se volvieron a María Fabiana. Sus manos se estrecharon en mutua comprensión. Movíase ya la diligencia, cuando advirtió la muchacha entre sus dedos un billete nuevo de diez pesos "bolivianos". Se quedó mirándolos. Eran bien bonitos: en una de sus caras estaba dibujado un gaucho mateando y en el centro, con el caballo de la rienda, aparecía otro "pelando la pava" con una moza que majaba maíz en un mortero de tronco, aparentemente distraída. Cuando María Fabiana levantó la vista, ya los tiros afirmados hacían





correr la diligencia, que dejaba tras de sí penachos de camino. El vehículo pareció vacilar algunos minutos sobre el horizonte. Se perdía para reaparecer al cabo de un rato, como si el deseo de quienes se apuraban por llegar a destino y el de quienes hubieran querido retener a la diligencia unas horas más, agitara violentamente ese distante mar sobre el que vacilaba su desdibujada silueta. Que, a poco, sólo fué un recuerdo aquerenciado en las retinas.

Junto a los residuos del almuerzo, que las gallinas picoteaban, las palabras definitivamente apagadas de los viajeros quedaron como tiradas en el patio. Iban a flotar aún por unos días en la memoria de aquellas gentes.

—"Me gustaría aprender a bailar el gato"... —había dicho la rubia ladina.

—"Y a mí, acompañarla" —habíale respondido el mozo ese que no le sacaba el cuchillo de la garganta.

—¡Le buscaba el lao del lazo y me la traiba apurada, como a vaquillona en el aparte!

—¡Mozo alarife! Yo lo vide cuando medio me la tomó e las paletas como pa soliviarla...

—¡Ah, ja! Se habían ganao detrás e la diligencia.

—¿Usté los vido? ¡Ja, ja, ja! Güeno... ¿Y la vieja? Esa iba muerta e miedo. Puro: "¡Qué horror, qué horror!" no más. Y "¡tuito lo que nos falta por llegar, Virgen Santa!"

—¡Oh! Y la señora'el pollo, ¿ande me la deja? ¡Pobrecita! Venía ya cargada por demás...

—La que me ha dejao pensando ej'esa señora vieja: "¡Hijo'el páis... deusidioso!" ¿No haberá querido faltarnos?

—Cuando a los puebleros les da por balaquiar, no hay que hacerles juicio.

Como hojarasca llevada y traída por el viento, las palabras de aquellos forasteros, desfalleciendo en su propia trivialidad, penetraban lentamente en el pasado, abierto como una zanja para recibirlas. Pero habían tenido la virtud de ocupar un sitio preferente en el tiempo sin apremio de esos seres que se quedaban una vez más frente a sí mismos.

Quince días más tarde pasó otra diligencia, una de tantas que nada traían que pudiera interesar a aquellas gentes. Eso que a menudo ocurría: llegar, hacer alto el tiempo meramente indispensable, para seguir luego, acuciados por extraño reclamo. Tal una hoja seca, un manojo de paja voladora que, tras de detenerse un momento ante el obstáculo —árbol, poste, osamenta— siguen arrastrados por el viento sin dejar el menor recuerdo ni siquiera ese aroma de otros pagos que suele adherirse a las personas y a las cosas. Y se alejaban dejando cada día más cavado el desamparo.

CAPITULO IV

—¡Mamita! ¿Por qué no vamos a la luna?

María Fabiana volvióse sorprendida ante el deseo formulado por la Gringuita. Mas no le sorprendía tanto el despropósito como el dictado de "mamita" que la criatura acababa de adjudicarle.

Hacía un rato que la luna, redonda y enorme como una ubre, traspusiera el horizonte limpio. Sobre su disco aun dorado se dibujaba un retazo del mangrullo y tres hojas de tuna, nítidos como el trazo de un grabado chinesco, que adquirían por obra y gracia del oro lunar una fugaz categoría. Aun era temprano, a pesar de que en la posta como en todos los ranchos la gente acostumbraba a recogerse casi con las gallinas. Pero María Fabiana, aprovechando que la tarde se presentaba tibia y serena, había quedado en el patio a fin de contemplar la salida de la luna, espectáculo siempre admirable durante el plenilunio. Admirable y allí cargado de sugestiones.

Ese día la muchacha lo había pasado en el campo, buscando leña. Otras tareas que cumpliera concluyeron por fatigarla, y cierta melancolía que acostumbraba a embargar su ánimo habíanla impulsado a eludir toda compañía que no fuera la de aquella niñita en cuyo cuidado iba poniendo, como en una hucha, toda la ternura de su corazón. No obstante, la causa principal de ese alejamiento era otra. Por la tarde, aprovechando un momento en que María Fabiana se hallaba sola, Cantalicio, ya de regreso, habíasele aproximado.

—¿Y de áhi, prenda? —la interrogó.

—¿Y de áhi, qué...?

—Quiero enterarme'e su propia boca si entuavía no ha cambeao de parecer.

El mozo no la tuteaba ya, resentido por anteriores desvíos y en el temor, casi certero, de que éstos se repitieran.

—Mirá, Cantalicio: dejémonos de andar por las ramas y hablemos claro.

—Claramente he hablado yo, asigún colijo. No inorás que,

dende mocita, te he querido; y, áhura que mi mama es gustosa, te oferto otra vez que nos casemos.

Casamiento era, en aquellas soledades, una palabra inapropiada. Los curas estaban lejos y la oportunidad de realizarlo mucho más. Sin embargo, para aquellas gentes habituadas a elegir como quien aparta una vaquillona en el rodeo, la palabra casamiento encerraba la idea de matrimonio con todos sus compromisos. Un pagaré sin fecha. Y como María Fabiana resultaba intocable para aquellos hombres sobre cuyo tono sexual gravitaba una suerte de inhibición morigeradora, Cantalicio no se habría atrevido jamás a proceder con ella usando el expeditivo sistema de la frontera.

—Mi mama es gustosa —repitió el hombre en apoyo de su proposición.

—Ella será gustosa, pero... no es mi mama.

—Y... no le hace —insistió, sin comprender, el hijo de doña Juana.

—Cantalicio: yo no me vi'a casar, cuantimás que tengo a la Gringuita. Buscá otra moza. Ahí'stá la Julia; no es mala.

La Julia era una de las hijas de doña Fe, más joven que Martina.

—Ansí será, pero no es de mi agrado.

Tuvo María Fabiana que echar mano, una vez más, del pretexto con que en otras ocasiones había salido del paso:

—La finadita no me lo perdonaría... ¿No le tenés miedo vos?

—Algo e rispeto, no digo que no; pero, ¿asunto a qué viene ella en la ocasión?

—Demasiao lo sabés, Cantalicio.

El postillón sólo conocía los escrúpulos de la muchacha, magnificados por una autosugestión que, en ocasiones, le venía muy a mano.

—Se hará su gusto, entonce...

Con esas palabras dió fin el pretendiente a su frustrada proposición.

La entrevista había dejado en el ánimo de la muchacha amargura y desabrimiento. No convencida aún de si acabarían en eso las exigencias de Cantalicio, estaba resuelta, empero, a franquearse con el maestro de posta. El la comprendía más que su mujer; sabría despejar la situación, terminar con el asedio del importuno. No obstante contar éste con el decidido apoyo de su madre.

Sentada ahora sobre un trozo de madera y con la niñita abrazada a ella, su imaginación vagaba en otros mundos. Por momentos, apretaba con fuerza a la criatura, como si quisiera convertirla en carne de su carne; tan pronto una laxitud inopinada daba la impresión de raro abandono.

Comenzaba a reprocharse la frecuencia con que su pensamiento volvía al recuerdo del hombre cuyo retrato pendía de su cuello, encerrado en el relicario. De la lucha entre el tácito y extraño compromiso con la finada y aquella inclinación que acariciaba sin osar confesárselo, eran muestra evidente los raros y contradictorios impulsos entre los que golpeaba su afecto hacia la niña.

Razonable era que María Fabiana se viera solicitada. Requerimientos había tenido varios y Cantalicio no era una excepción en el desahucio. No podía afirmarse que fuera linda. Pero era una de esas mujeres a quienes difícilmente se olvida. Esbelta sin exagerada estatura, sus facciones guardaban en el filo de la nariz aguileña y en la decidida saliente de sus pómulos cabal expresión de energía, suavizada, no obstante, por unos ojos de indefinido tono cambiante y por ello profundamente sugestivo. Y envolviendo todo ese conjunto armónico, el permanente fluir de una extraordinaria simpatía obraba como aglutinante de aislados atractivos. Cuando se concentraba en sus escasos recuerdos, avara de un destino inenvidiable, los ojos agazapábansele en las cuencas, perdidos en lo hondo de una pena sin definición. Y, entonces, María Fabiana era realmente adorable.

—¡Mamita!

Como si lo ocurrido no bastara a su desconcierto, acababa la criatura de otorgarle un carácter que ella, en toda su ilusión, nunca habríase atrevido a soñar.

Por toda respuesta se abrazó a la niña en un prolongado beso.

—La luna, Gringuita, queda por demás retirao de acá... tanto como los sueños que el tatita Dios nos sabe mandar de noche.

—¡Ah! —hizo la niñita, sin mayor convencimiento.

—¡Vamonoj'a dormir; puede que El noj'haga llegar hasta la luna!

—¿El puede, mamita?

—Y... es capaz, no más, m'hija.

Sorprendida, a su vez, por haberla llamado así, la levantó y estrechándola contra su pecho, llevósela al rancho. Antes de

entrar, echó sobre el campo la temerosa mirada de los pobladores en la frontera. El plenilunio era propicio a los malones, y el indio, volvedor. Lo que otros ojos bendecían como espectáculo magnífico, éstos contemplaban como signo fatídico.

La noche, más que a recogerse, incitaba a velar; su claridad, a cazar vizcachas. Y los grillos se esforzaban por hacer más soportable el silencio. Era entonces cuando se preguntaba María Fabiana hasta cuándo habría de durar su confinamiento en la posta. Intuitivamente habíase hecho conciencia en ella que pertenecía, por su condición, a otra categoría de gentes. Sólo un profundo sentido de reconocimiento hacia quienes habían acogido su desgracia, era capaz de gravitar sobre un creciente aunque inconfesado anhelo de volver a lo suyo. Vagamente, como entre sueños, recordaba la estancia de su padre; con raro imperio tornaban a su memoria imprecisas escenas anteriores al derrumbe. Pero a su madre no lograba localizarla en el recuerdo, ni siquiera en forma borrosa. Es que ésta había muerto cuando María Fabiana era aún muy pequeña. Suponía que algún pariente habría de quedarle, aunque jamás le llegaron noticias de su existencia. Sin embargo, alguien a sus espaldas se interesaba más de lo necesario.

Esa noche un caldo magro y charque de yegua asado no regalaban, por cierto, los estómagos. Ni un piche ni un huevo de ñandú para variar la lista de su menguado alimento. Alguien habló de salir a caza de vizcachas, pero todo quedó en proyectos, no obstante que la carne de este roedor, convenientemente adobada, constituye siempre un manjar.

Anticipada en la cena, doña Juana cobijaba bajo el alero su despecho. Cuello y cabeza ocultos en la sombra, sólo un murmullo denunciaba la confidencia. Cuando María Fabiana atravesó el patio hacia la cocina, la rozó su encono.

—¿Quién la ve tan delicada y no es más que una guacha talmente? —rezongó por lo bajo.

—No le haga juicio, máma. El día menos pensao va a dir a parar en los toldos.

Cantalicio respiraba por la herida. En el brillo de sus ojos, una amenaza indefinida, que ni él mismo habría acertado a concretar, se desvanecía en la palidez del plenilunio.

Dentro de la cocina agonizaba ya la jornada. Con la penumbra imperante rivalizaban candiles humildes, y la escasa luz de los espíritus más que hartos de trabajo, abrumados de infortunio y de pobreza, menos alcanzaban a iluminar aquella velada de la que parecían querer huir todos los moradores de la posta. La suave holganza del campo, bajo ese enorme palio de luz blanda, tenía algo que provocaba, a poco de contemplarla, una inexplicable congoja.

Un si es no es hermosota, desaliñada, Julia se caracterizaba por la suavidad de sus modales y una clara bondad en la mirada... Deslizábase sin ruido y ello le valía aparecerse inopinadamente, como rezumada por muros y quinchos. Su voz, a tono con esa suavidad, se elevaba rara vez, como si procurara no desentonar. Y esa era, precisamente, su arma de seducción. Tal aparente indiferencia solía exasperar a su propia madre.

—No sé a quién sale, ésta... —le espetó un día durante el almuerzo—. Ni yo mesma ricuerdo hija e qui...

Se contuvo, cuando ya la escupida le caía en la cara.

Quedaron ambas muchachas en la cocina. A ninguna le hacía gracia ese asado de yegua y menos el caldo magro y desabrido. Optaron por tomarse unos mates que acuñaron con tortas fritas de la víspera. Martina, inapetente, se había recogido sin probar bocado.

Tan habituados estaban aquellos espíritus a mantenerse en tensión que, cuando pasaba un tiempo sin ocurrir algo extraordinario en el Camino del Sur, comenzaban a inquietarse en ansias de un estallido que les procurara el indispensable equilibrio. María Fabiana pretendía huir de sí misma y no lograba sino adentrarse más y más en su exclusivo problema dentro de ese pequeño, reducido mundo que formaban ella, la Gringuita y aquel hombre cuya memoria, como un mal misterioso y a la vez ridículo, iba cobrando tamaño de obsesión.

Demoróse todavía un momento en procura de la vela de sebo que necesitaba en su habitación, compartida con Gabino y la Gringuita. Por lo general, salvo lluvias o grandes fríos, solamente las mujeres ocupaban los cobijos; los varones hacían cama sobre el recado. Y el dormitorio del maestro de posta solía habilitarse para los viajeros que, obligados a hacer noche en la Esquina del Lobatón, tenían que aceptar el reparo de sus techos donde anidaban vinchucas y "juanitas".

Iba María Fabiana a trasponer la esquina del alero, cuando alcanzó a oír la apagada voz de doña Fe. Curiosa, detuvo su andar bajo la sombra; palabras escapadas por entre los resquicios del quincho la impusieron de un secreto.

—¡Sonsa! —decía la curandera—. ¿No te alvertí que anduvieras con cuidao?

Martina nada contestó.

—Ya sabés que Juana es más delicada que... Bastante se incomodó ya cuando vino la Gringuita... Güeno... Tomala de una vez.

Los ojos agrandados de María Fabiana miraron la noche pálida. La boca fué abriéndosele como para dar paso a todo su desconcierto.

Martina debió beber de un solo tirón algún brebaje, porque se escuchó el ruido inconfundible de la cuchara volviendo al jarro.

—¡Puah! —hizo la moza, repugnada.

—¡Soj'amarga, eh! —reprochó la madre—. Ahura, dejate e morisquetas y acostate...

María Fabiana seguía inmóvil.

—Este cocimiento... te daré otro más juerte... sabe cocear lindo. No hay que aplicárselo mucho —llegaban ahora las frases truncas.

—Usté es dueña, pero ¿a qué rimediarme e vicio? —habló Martina, al cabo.

—¿Tanto lo queréj'al Ñato?

—Y... ¡mama!

En esas dos palabras se encerraba la fuerza de su apasionada devoción por el hombre. Querer y ser amado. Tal la suprema ley de la frontera.

Gacha la cabeza, como si buscara en el suelo una solución a sus inquietudes, María Fabiana prolongó lentamente la sucinta tarea de acostarse. Pugnaba su oído por volver a la confidencia ya apagada.

—¡Conque... "Rimedios... conocimientos..." —murmuró—. Y de áhi... a lo mejor.

Sin saber por qué, volvió los ojos a la Gringuita que dormía, apoyada su cabecita en la beatitud de infantiles sueños.

—...ta güeno —terminó, como quien toma una resolución, a tiempo que deslizaba sus piernas bajo el poncho pampa.

Y se fué durmiendo enredada en sueños y proyectos.

Pocos días más tarde, María Fabiana halló oportunidad de averiguar el resultado de aquel brebaje.

—Te convido pa que nos bañemoj'en el juncal... Tengo una ponchada e ropa que lavar —propuso a Martina, con aparente indiferencia.

—Mal momento elegiste, ché —repuso la interpelada—. Aguardate unos días más.

María Fabiana sabía ya a qué atenerse y se alejó hacia el juncal en compañía de Julia y la Gringuita.

Llegó, por fin, enero, y contemporáneamente, las carretas desde ambos rumbos, que casi fueron a cruzarse sobre la posta. De esta suerte, los vacíos estantes de la pulpería tornaron a su estado normal. Bebidas, telas, comestibles de primera necesidad aunque no de igual categoría; ropas y alguna indispensable quincalla, venido todo de Buenos Aires y Rosario. Y, desde el lado de Cuyo, vinos, frutas secas, patay de las lagunas de Guanacache, resolvían la ya premiosa situación de la posta y sus aledaños.

Volvieron a frecuentarla los vecinos. Nunca faltaba quien trajera alguna gama, huevos, alones y picanas de ñandú; alguna mulita para regalo de sus comidas. Pero, con frecuencia, muchos de estos regalos seguían viaje a sus ranchos en los que solían acumularse, además, cueros, plumas y astas que habrían de vender más tarde a los capataces de las tropas, traficantes con los centros poblados. Estas visitas servían siempre para el intercambio de impresiones acerca del estado del campo. Todo rastro o indicio que pudiera revelar la presencia de indios bomberos o aun de partidas volantes, precursoras del malón, eran consideradas con el mayor interés.

El verano había llegado con retraso por lo que el calor se hizo sentir más aún a fines de febrero. Por fortuna, los indios no se hicieron presentes en la región y la vida de la posta tomó un ritmo que prestó al Camino del Sur engañoso aspecto de ruta tranquila. Fué precisamente en ese fin de febrero cuando vino de Tierra Adentro aquella extraña visita. Llegó cabalgando un moro. El día que apareció, ya entrada la siesta, el azote del sol dejábase sentir en toda su despiadada crudeza. Cuando asomó por entre los pajonales que en ese rumbo acosaban al camino, el Ñato la divisó.

—¡Oh! ¿Visitas? —comentó para sí.

Sorprendido, volvió la vista al mangrullo donde a esa hora debía estar Gabino. No había nadie. Entonces fué su voz de alarma. Evidentemente, no se trataba de un cristiano, pero tampoco podía establecerse si era o no un indio, salvo por el hecho de no traer lanza consigo. Aunque bien podía ésta venir a la rastra, en un intento de disimulo y obedeciendo a la costumbre indígena de viajar así. Prevenidos como se hallaban los pobladores del Camino del Sur y de la frontera toda, cualquier detalle debía ser cuidadosamente considerado.

El jinete y presunto bombero se dejó estar quieto durante un rato. Hasta que avanzó resueltamente. Y entonces la alarma colocó en sus puestos a los escasos hombres de la posta. Las mujeres se proveyeron de las pocas armas que podían manejar. No obstante, el acceso a las casas permaneció tendido. Gabino acababa de sufrir cabal ataque, en forma de unos



¡Gratis! "María de los Angeles"

la famosa novela de Virginia Carreño y Constanza Menezes que ha merecido el honor de ser llevada a la pantalla por E.F.A., teniendo como principales intérpretes a Mecha Ortiz y Alvarez Diosdado.

Es un obsequio de la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET

a todo comprador de la

COLECCION SELECTA

que es una maravillosa selección de las novelas más famosas de autores de renombre apreciados en el mundo entero. 18 títulos consagratorios. 4.543 páginas de apasionante lectura.

Esta preciosa joya literaria, que ofrece la

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET

no debe faltar en ninguna biblioteca, pues ella brinda lectura sana, amena e instructiva.

Presentamos aquí los títulos de la

COLECCION SELECTA

- **BAZIN R.** — La Boda de la Dactilógrafa.
- **BENTON COOKE M.** — Bambi.
- **BARONESA DE ORCZY.** — La Mujer de Lord Tony.
- **BENOIT P.** — La Calzada de los Gigantes.
- **BORDEAUX H.** — El Corazón y la Sangre.
- **BORDEAUX H.** — Juegos Peligrosos.
- **ORTEGA Y MUNILLA.** — La Señorita de la Cisniega.
- **COPPEE F.** — Pecado de Juventud.
- **COPPEE F.** — Los Verdaderos Ricos.
- **CHABAS J.** — Sin Velas Desvelada.
- **DUNN A.** — Rotorua Rex.
- **HUESTON E.** — Prudencia La Madrecita.
- **HELLER P.** — Vacaciones del Yo.
- **HELLER P.** — La Antigua Corona.
- **BURNETT F. H.** — El Niño Lord.
- **MANIATES B. K.** — Tía Penique.
- **REEVE A. B.** — La Aventurera.
- **SEELIGER E. G.** — El Desfalcador de Millones.

"MARIA DE LOS ANGELES"

ha sido premiada en el primer concurso literario de la EDITORIAL QUILLET, cuyo jurado formaban: Enrique Amorín, Arturo Cancela, Enrique de Gandía, Alvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Láinez.

La COLECCION SELECTA

será un valioso aliado de padres y maestros, ya que sus obras han sido elegidas con un criterio amplio y didáctico, que ayudará a moldear el carácter de sus hijos y discípulos, cultivando, a la vez, su espíritu y nutriendo de elevados conocimientos su inteligencia.

OFERTA ESPECIAL POR TIEMPO LIMITADO

Solamente por tiempo limitado podrá Vd. adquirir esta colección de Obras con el regalo al precio excepcional de:
$ 5.— m/n al contado y 7 pagos mensuales de $ 5.— m/n
Al contado precio oferta $ 36.—.

CUPON - PEDIDO

EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET
Corrientes 1650 — Buenos Aires

Sírvase enviarme una COLECCION SELECTA que pagaré al contado o a plazos (tachar lo que no corresponda), aprovechando la sensacional oferta obsequio de este aviso, para lo cual adjunto $ ......

Nombre ....
Dirección ....
Localidad ....
Provincia o Territorio ....

L. 338

CASANOVA CONQUISTADOR Por IANIRO







buenos chirlos que le propinó su padre y, sin saber cómo, se encontró de pronto en la plataforma del vichadero.

Entretanto, avanzaba el jinete sin apresuramiento. Era evidente que su caballo venía muy cansado. Por ello y hasta por experiencia, la desconfianza de la posta se concretó sobre otros puntos del horizonte desde cuyos pajonales podía saltar, en cualquier momento, la alarida sorpresiva.

Con acento aun quebrado, el chiquilín avisó desde el mangrullo:

—¡No se devisa más d'ése, tata!...

—Colijo que ej'una india —opinó el Ñato, como respondiendo a la indicación del chico.

—¿India? Y ¿qué andará buscando?... ¡Cuidao, eh! —desconfió doña Juana.

A unos cien pasos detúvose el caballo, que no venía aperado a la usanza de los que habitualmente utilizaban las mujeres indígenas, aunque traía algunas de sus prendas, el collar estribo, por ejemplo. Quien lo montaba vestía chamal pampa, ceñían sus brazos y piernas sendas ajorcas adornadas con plata labrada. Debajo del trapo que, a modo de pañuelo cubríale el rostro de los rayos solares, se advertía la vincha sujetándole el cabello peinado a la moda de las chinas.

Estiró el caballo su cuello como si deseara arrojar de una vez todo el cansancio acumulado en tan larga travesía, supuesto que llegaban desde los toldos. Dejando caer las riendas, la mujer alzó en sus brazos a una criatura, en prenda de paz y lealtad. Y ya no hubo lugar a dudas.

Sobre el mangrullo surgió la figura del Ñato. Era preciso cerciorarse de que Gabino no se había equivocado. Ante una señal del hombre, el maestro de posta se adelantó hacia la forastera. Esta, que no se atrevía aún a dirigirles la palabra, alzó de nuevo en brazos a su niñito.

—Abajándose, paisana... —convidó, entonces, el hombre a la usanza india, mientras ladeaba la boca del naranjero que conservara en sus manos por precaución.

Doña Juana se interpuso:

—No ha'e ser más que por este día —previnole—. Mañana tendrá que dirse.

El maestro de posta se volvió. Una mezcla de contrariedad y lástima se pintaba en su curtido semblante.

—Pero ¡no ves, mujer, que agatas puede con la usamenta! Si parece que viviera e prestao, mesmamente...

En efecto, la china en cuyo rostro se advertían fácilmente profundas huellas de un prolongado sufrimiento y de más recientes privaciones, no pronunció una sola palabra. Como si le faltara el aliento. Como si prefiriera esperar un veredicto de aquellos jueces.

—Abajándose, no más, paisana —insistió don Facundo, en tanto Martina se aproximaba como para infundirle confianza.

Entonces, la mujer, sin hacer uso del collar estribo que llevaba su caballo en el cogote, desmontó por la paleta. Cayó, mejor dicho, con su hijito en brazos, como si se desmoronara. Ortiz volvióse otra vez hacia doña Juana.

—¿No ves, mujer? —parecieron decirle sus ojos.

—¡Ah, ja! Vos que andás de a pie, llevame en ancas... —Hizo ella en un repentino gesto de reproche. Y se volvió a las casas, murmurando su despecho.

—No acabarán nunca de ser sonsos...

La recién llegada se incorporó a medias. Oprimiendo a su hijito contra el pecho, así de rodillas como había quedado, levantó la mirada al cielo e intentó unas palabras que resultaron ininteligibles.

Los de la posta habían ido acercándose y la rodearon. Gruesas lágrimas le caían en ese momento por el rostro curtido; abundancia de llanto represado en años de dolor.

—No puede hablar... —aventuró María Fabiana que mantenía a la Gringuita fuertemente apretada contra sus caderas.

—O no sabrá... —opuso el Ñato, no del todo convencido.

—Se me hace que ésta no ej'india —opinó, entonces, doña Fe.

Brillaron los ojos de la forastera y por un momento se le llenó el rostro de alegría.

—¿De ande viniendo, paisana? —la interrogó don Facundo.

Fué entonces cuando la infeliz abrió la boca para mostrar una lengua extrañamente mutilada. Los presentes no intentaron disimulo alguno a su gesto de horror. Las mujeres, ganadas por natural sentimiento de solidaridad, se le acercaron ya sin prevenciones.

—¿Cristiana? —la interrogó Martina ansiosamente.

La mujer agitó repetidas veces su cabeza en señal de asentimiento. Y, para no dejar sitio a dudas, abrió el chamal que la cubría y alzó del pecho un tosco rosario de madera cuya cruz enseñó a los que la rodeaban.

Ayudada por todos, pudo alcanzar la sombra del alero. Cerraba el grupo Gabino, conduciendo el caballo de la desventurada, cuyo apero había estado contemplando largo rato. Desde las casas, ya incorporada y mientras le alcanzaban un tarro con leche, la mujer señaló insistentemente hacia el desierto. Como no se le interpretara el sentido de sus indicaciones, solicitó en parecida forma papel y lápiz.

Bien pronto estuvo con ellos de regreso María Fabiana que había acudido a buscarlos en la pulpería.

Dificultosamente, trazó entonces la mujer algunas palabras que el maestro de posta, única persona allí capaz de leer, pudo descifrar luego de trabajoso examen. Mensaje trazado con apremio, mensaje de su angustia privada de otros medios de expresión y de intercambio.

—"Larcamón quedó con su caballo quebrado, hoy de mañana..." —leyó el maestro de posta.

—Será el que la trujo e los toldos... —opinó uno de los presentes.

—De juro.

—Pa ese rumbo... —señaló Gabino que todavía conservaba de la rienda el trasijado sillero de la mujer—. ¿Vamoj'a campiarlo? —propuso, resuelto.

—¡Ah, ja! Estábamoj'esperando un comedido —brotó la risa de Julia.

—Mejor va a ser que le bajés los cueroj'al ruano y lo largués que se regüelque —propuso Cantalicio, aludiendo al caballo que había traído la forastera a través de tantas leguas de incertidumbre.

Cantalicio con otros dos muchachos fueron designados para salir en busca del hombre rezagado. Bien armados, sus siluetas se perdían media hora más tarde en el horizonte sobre cuyas brillazones ondulaba la angustia y se diluía frecuentemente la esperanza.

Ya anochecido, torearon los perros, meneando las colas, señal de que los sentidos eran gente de las casas. Los campeadores habían dado con el hombre en cuya busca partieran. Fácil les había resultado

con sólo seguir los rastros del ruano. Allí estaba a la orilla de una pequeña laguna distante cuatro leguas, rumbo al sur clavado. Luego de ayudar al hombre a acomodar los cueros al zaino que para él llevaran, sacrificaron al caballo quebrado, regresando sin demora. El forastero había repuesto sus fuerzas con un poco de charque asado y galleta que, previsoramente, les hiciera llevar don Facundo. No hallaron los gauchos rastro alguno que pudiera preocuparles; el campo manteníase tranquilo.

La nueva de que su compañera había alcanzado felizmente la posta, llenó de alegría a Larcamón y, no obstante su descaecimiento, pudo adelantar algunos detalles a esos hombres en cuya casa habían caído como pájaros baleados.

Alimento y reposo y, más que todo, la alegría de hallarse nuevamente entre cristianos, devolvieron a aquellos infelices gran parte de sus debilitadas fuerzas, que habían ido dejando en prenda de libertad a través de su angustiosa fuga en la desierta pampa cuya dormida extensión sólo despertaba con el rugido del tigre o el ulular del pampero y cuyo indescifrable misterio parecía ocultarse tanto más cuanto mayor era el esfuerzo por hurgar en busca de una revelación.

En el acogedor ambiente de la humilde cocina, rodeados por todos los moradores de aquella posta cuya nadería se agrandaba en cada trance de caritativo asilo, el hombre — Larcamón — comenzó un sucinto relato de sus tribulaciones.

"Como ya lej'alvertí a los mozos que dieron ayer con mi paradero, venimoj' huídos dende los toldos ranquelinos. Hemoj'andao nueve días casi sin descanso, en esos dos pobres caballos que no podían haber sido mejores. Como que eran de la silla del capitanejo Quiñetrú. Casi no conocieron resuello en tamaño viaje y, graciaj'a Dios, no les faltó el agua. De no, ¡cuándo iba a estar yo sentao en esta rueda!..."

Hubiérase podido escuchar el trabajo de una araña, tal era el silencioso interés con que se le escuchaba. Sólo Cantalicio, apostado en el mangrullo, se hallaba ausente.

"Cinco añoj'he pasao entre salvajes —continuó su relato el forastero—. Me había alzao pa los toldos porque, como unitario, no podía seguir viviendo tranquilo entre los cristianos. El ensayo me salió caro. Ahura he perdido hasta las ganas de asomarme al desierto. Cuando llevaba algo más de año entre loj'infieles, cayó a los toldos doña Guadalupe. En el ataque a una deligencia que viajaba entre la posta del Portezuelo y el pueblo de Río Cuarto, la cautivó el capitanejo Quiñetrú, apelativo que quiere decir: "Una sombra", en idioma de ellos. Por supuesto que áhi no más la hizo suya. De nada le valieron a la pobre llantos, ruegos o amenazas; el indio la agregó a su toldo. Sor Guadalupe —como se nombró ella en las pocaj'ocasiones que pudimos cambiar palabra, haciéndome saber que era monja, lo que ya se echaba e ver por sus pilchas—, estaba sentenciada por su hermosura y su joventú. Elegida para favorita de aquel salvaje a quien temblaba su gente y hasta el mesmo cacique miraba con respeto, la pobre monja no tuvo más remedio que llorar su desgracia. Entuavía estoy viendo la mirada de suj' ojos cuando Quiñetrú se la llevó a la rastra."

Larcamón se destosió, menos por necesidad que para acomodar recuerdos y, acaso también para deglutir la congoja que éstos le traían.

"Al día siguiente de su llegada a las tolderías —prosiguió— ya no quedaban dudas de que el capitanejo andaba como ido e la cabeza por la monja. Güeno; ustedes no l'han conocido. Ahura no es ni sombra e lo que supo ser entonces... Y, naturalmente, laj'otras chinas sintieron el calor de la ofiensa. La que mejor andaba con Quiñetrú, la preferida, digamos, no era china e dejarse apartar como vaca vieja. Y se la juró... Ni el mesmo Demonche hubiera sido capaz de inventar algo maj'aparente pa l'ocasión. Con la ayuda e laj'otras mujeres del capitanejo, me la agarró dormida a la infeliz. ¡Claro! Con semejante galope tenía que quedar de cama y a las chinas les jué fácil acercársele, aprovechando e que Quiñetrú se había retirao un momento pa que ella descansara. Una china grandota la tomó e la garganta como pa ahugarla. Pero lo que la otra buscaba era obligarla a abrir la boca. Y esta pobre tuvo que hacerlej'el juego, no más... Cuando quiso gritar, la favorita le dentró un tizón ardiendo en el garguero, revolviéndoselo hasta que lo apagó del todo. Entonces, la soltaron. Había que ver a esta pobre señora corriendo sin tino y casi sin risuello. Cuanto más gritaba, más se le desgarraba la garganta. ¡Y había que ver a loj'indios! Tuitos la miraban como si no lej' importaran sus sufrimientos. No faltó una e las chinas que le gritará: "¡Chiñora bonita, perra huincá!"

"¡Güeno! Tampoco faltó quien juera a darle aviso al capitanejo. Y áhi comenzó lo lindo. La venganza e Quiñetrú jué tremenda. Prefiero no acordarme... Pero el mal ya no tenía remedio. Muchos diaj' anduvo la pobre monja luchando con la gangrena. O, mejor dicho, algunos cautivos, que eran los que buscaban curarla; porque, lo que ej'ella quería dejarse morir, no más... El capitanejo andaba e lo maj'afligido. Pa mi gusto, Dioj'y la salmuera hicieron todo. Pero de nada le valió el curarse, porque, no bien se compuso, el indio se le jué como gato a una torcaza. Y se acabó la monja..."

Los oyentes se volvieron hacia la infeliz mujer, con un gesto de conmiseración. Tenía los ojos llenos de lágrimas y gacha la cabeza. Siguió un rato de silencio. El ronquido del mate arañaba la desazón de los espíritus, como si pretendiera desviar la atención a otros temas. Larcamón se había quedado mirando las brasas del fogón.

—¡Lihué! —pronunció al cabo de un rato, como prendido a un afecto.

Y tornó a callar.

—Y, de áhi... —lo acució uno de la rueda.

—Lihué... quiere decir "Vida", en el habla de ellos —prosiguió Larcamón, sin hacer caso del apremio—. Y ese jué ya su nombre...

Hasta que la insistencia del maestro de posta arreó con las pausas del forastero. Resumía éste, claro está, las incidencias de aquella vida en las tolderías. Contó, así, como había perdido el habla sor Guadalupe. El habla y, a poco, lo único que le restaba. Aquella cruel mutilación no impidió en manera alguna que el capitanejo ahondara cada día más en su locura. Ella habíase visto obligada a ir obedeciendo, sin posibilidad alguna de repulsa; habituándose a conceder en la soledad oscura de su oprobio, donde todo le era hostil, hasta la desbordada pasión de aquel



salvaje. Engendrado su hijo sin el desahogo de la palabra, con la dureza del labio negado en la angustiosa oblación del sexo, recibíalo gota a gota, con amargura interminable, como del vertedero una copa el agua que fatalmente llegará a colmarla, sin poder siquiera gritar su angustia de cristal. Tampoco el grito de sor Guadalupe había hallado eco en la indiferencia de aquellas soledades. Todo ese edificio espiritual de su consagración religiosa habíase derrumbado, con lo repentino, brutal e inevitable de un cataclismo. Como si la carne se vengara así de interminables flagelaciones y abstinencias.

Después de aquella forzada aceptación de lo inaceptable, la dolorosa postración ante tan ruda prueba de la voluntad de Dios. Y, a medida que la simiente entrañaba silenciosa, el prodigioso milagro de una maternal ternura que ya despertaba, generosa de olvidos, corriendo agazapada en la sangre de los conductos vitales.

Luego, el tranco cansino de los días sin tiempo, lacerando de espera su espíritu firme aun ante el torpe avasallamiento de los recatos.

Finalmente, el hijo. Indefinible.

Hasta que, un día, llegó el momento de la fuga. De esa fuga larga, pacientemente madurada; tantas veces frustrada. Cuando ambos cautivos se vieron ante la realidad, habían hesitado. Con la vacilación de todo pájaro que halla inesperadamente abierta su jaula.

Durante largo trecho de su fuga, casi no habían dado resuello a sus caballos. Doña Guadalupe, como la nombraba ahora su compañero, no olvidó en los más angustiosos momentos de esa huída, pasar por dedos y labios las preces del rosario cuyas cuentas, enhebradas en fino tiento de cuero crudo, labrara a través de los interminables días de su cautiverio. Y tuvo éxito su fuga, pese a la asombrada desesperanza de aquellos desgraciados. Hasta la mañana en que el montado de Larcamón, el propio alazán de Quiñetrú, le acertó a una vizcachera y se quebró, arrastrando en su caída al jinete que no pudo evitar el revolcón. Se hallaba demasiado débil para "echar una parada".

Las reservas físicas y morales de la pareja llegaban a su fin precisamente la tarde en que Larcamón observó rastros de vacuno y de animales yeguarizos. Podían éstos llamarlo a engaño, no así aquéllos, que resultaban un indicio de la proximidad de poblaciones cristianas. Por eso, cuando sor Guadalupe, desconcertada por el accidente, le miró como preguntándole: "Y, ahora, ¿qué hacemos?...", él, señalando el norte por parecerle el más seguro, habíala tranquilizado con un engaño:

—Acá cerca, pa este rumbo, hoy mesmo antes de l'oración, tiene que dar con algún poblao.

El hombre deseaba proporcionarle una última posibilidad de salvación. Quedándose junto a la laguna con él, nada ganaría. En cambio, si ella daba con gente amiga, lograrían salvarse ambos. Convinieron en que Larcamón aguardaría un día más. Si el auxilio no le llegaba, Larcamón iba a marchar a pie sobre sus rastros y bajo los designios de Dios. Sor Guadalupe obedeció y su obediencia los salvó. Pudo haberse desviado, sin embargo; ir a perecer de hambre y sed en cualquier pajonal de esa interminable llanura, pero el Dios que ella no había cesado de invocar la llevó como de la mano hasta aquella mísera Esquina del Lobatón.

Finalizado con esto su relato, Larcamón escupió sobre las cenizas y, tras un rato de silencio, se puso de pie con el propósito aparente de estirar las piernas, pero quizás con deliberado ánimo de olvidar ya ese su pasado de miserias y sufrimientos que necesitaba enterrar cuanto antes.

Algunos miraron con curiosidad al indiecito. Lo era sin duda tanto por sus rasgos como por su hurañía.

—¡Había sabido tener cara e persona! —exclamó de pronto Gabino, que venía observándolo desde un rato.

Esta observación del muchachito puso alivio en la penosa impresión que el relato del forastero dejara sobre todos los ánimos.

Doña Juana dejó escapar una mueca de repugnancia que no pasó inadvertida para sor Guadalupe, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Miró a la dueña de casa con más tristeza que reproche.

—Es el hijo del horror... ya lo sé —pareció decir esa mirada, en su afán de justificarse—. Pero es mi hijo...

Y lo estrechó fuertemente, acariciándole una mejilla.

—Ha sido la voluntá e Dios, y no hay güelta que darle... —explicó doña Fe, incorporándose.

El agradecimiento de la monja ensayó una sonrisa caduca.

Ahora, ya en vías de recobrar las casi agotadas fuerzas, iban a quedar allí hasta resolver acerca de su futuro. Comprendían, sin embargo, que su permanencia tendría que ser necesariamente breve. Juguetes de invisible pleamar, arribaban como tantos otros heridos por la vida o, simplemente, náufragos de la travesía. Humana resaca que el desierto reintegraba, por lo general, en lastimoso estado, a costa de una inevitable desintegración moral, habían conseguido salvar su deleznable envoltura, desteñida mortaja de una tragedia irreparable. En sor Guadalupe el cautiverio había interpuesto frente a su introspectiva mirada una a manera de remota penumbra. Como si su vida anterior, la del claustro venturoso, no le perteneciera ya.

A la posta, pequeña, insignificante célula, afluían de tanto en tanto los problemas de gentes extrañas, miserables o no, que por imperio de las circunstancias, buscaban allí una solución a sus afanes. Y lo asombroso: casi siempre la hallaban en ese paupérrimo grupo de ranchos, en la increíble indigencia de sus moradores. El "tú que no puedes, llévame a cuestas" de doña Juana, dicho con resecas palabras de egoísmo: "Vos que andás de a pie, alzame en ances..." concretaba, junto con su desacuerdo, la gran verdad del desierto, la de aquella posta que más necesitaba de ayuda que de menesterosos.

Sor Guadalupe conservaba de los toldos ajorcas y brazaletes adornados con incrustaciones de plata labrada, que lucía en las muñecas y en la garganta de las piernas. Lentamente, como si le costara deshacerse de aquellos recuerdos que la ataban a una época aciaga, fué despojándose de sus alhajas y las repartió entre las mujeres alborozadas. Entre todas, menos la del maestro de posta que, al advertir las intenciones de la ex cautiva, salió de la cocina. No quería regalos de aquella forastera con quien su egoísmo parecía ensañarse.

Pese a las crueldades de la indiada, a la lujuriosa intimidad del toldo ranquelino, aquella desgraciada conservaba aún increíble serenidad; y esta serenidad, que era en su vida como el eco apagado del claustro, refugiábase en la dolorosa expresión de su mirada.

—¿Ande piensa dir áhura? —se atrevió a preguntarle María Fabiana.

El rostro de sor Guadalupe acusó un penoso desconcierto. Alzó los hombros para expresar que ya nada quedaba en su desesperanza que la tornara a las soledosas horas del convento. Y el vertedero de sus ojos vidriados se cerró para destilar la elocuente gravidez de una lágrima.

Entretanto, el indiecito había prorrumpido en llanto por centésima vez en ese día. Doña Fe se le acercó so pretexto de calmarlo. Bien pronto comprobó que la criatura volaba en fiebre, y lo sacó afuera no obstante sus berridos. Preocupada, su madre los siguió.

—¡Ya me estaba pareciendo! —exclamó la curandera, luego de examinar un rato a la criatura—. Si esto no es virgüela, que me corten una oreja.

Doña Guadalupe se inmutó. Con alterado semblante, recobró al niñito y lo observó atentamente.

—¿Usté cree?... —parecieron decir sus ojos, único lenguaje de que podía valerse.

—¡Y no! ¿Que no había virgüela en las tolderías?

La ex monja palideció. Aquella pregunta sin ambages, había dado en el blanco. Larcamón, por inadvertencia o por temor, no aludió durante todo su relato a la peste que comenzara a ensañarse con la indiada y gracias a la cual habían podido ellos materializar su tanto tiempo ensoñada fuga. Antes de que el salvaje echara sobre los cristianos, como acostumbraba hacerlo, la culpa de sus desgracias y plagas, atribuyéndole complicidad con aquel espíritu maligno al que denominaban *Gualicho*, escaparon. Aprovechando la circunstancia de que el propio capitanejo y dos de sus allegados, entre otros, cayeran atacados del mal, habíanse puesto a salvo cuando ya la muerte comenzaba a golpear las puertas de la tribu. Escapados ellos indemnes, ignoraban, sin embargo, que el hijo de Guadalupe trajera consigo el germen del mal.

—¿No les decía yo? Reciban no más a cualisquiera...

Era doña Juana que, recostada contra un poste del corral, saboreaba el inesperado desenlace. La alarma como un escalofrío recorrió la posta, terminando por alejar de ella a esos tres desgraciados.

CAPITULO V

A la mañana siguiente, un toldo de junco se levantaba a orillas de la Cañada de los Quebrachos Viejos. Allí, con los escasos recursos que pudo allegárseles, quedaron en prudente aislamiento. En los días que siguieron, doña Fe no dejó de arrimarse un par de veces, de mañana y de tarde. Comprobó que el mal no había contagiado a la pareja. Pero la criatura no alcanzó a resistir más de una semana. Sobre sus despojos asomó una tarde la pequeña cruz de palo que pudo armar su madre, dando fe de que el Dios de los cristianos velaría por él en adelante.

El toldo, quemado por consejo de doña Fe, fué sustituído ese mismo día con otro, donde los forasteros iban a permanecer durante un tiempo prudencial.

Cerca de un mes duró en total su estada. La madre parecía buscar el menor pretexto a fin de no separarse tan pronto de su hijito, sobre cuya tumba derramaba a diario la inefable caridad de sus

plegarias. Como quien cuida y riega una planta. Larcamón, en cambio, sin otro afán que poner cada vez más espacio entre el maldito desierto y su esperanza, la instaba a seguir hasta el Entrerríos, de donde era oriundo. Palpitaba, de esta suerte, una permanente brega de sentimientos entre la mujer madre, hecha a la tierra donde pare el fruto de sus entrañas, y el hombre trashumante que lucha, ve y palpa la evolución de esa misma tierra a cuyo andar se engrana todo destino. Juntos habían sufrido el cautiverio, unidos fugaron de los toldos, aprovechando la única, exacta coyuntura que se les brindara en casi cinco años. Unidos debían afrontar ahora la lucha con la vida misma. Atados sus destinos con tan rudos lazos, no había tardado la naturaleza, siempre vigilante, en unir sus sexos. Como sólo el dolor es capaz de soldar dos tribulaciones.

Un día, provistos de otro caballo en reemplazo del que fuera sacrificado junto a la laguna que ellos nombraron más tarde "de la Esperanza", emprendieron el viaje hacia lo incierto. Al borde del cañadón, en el luto de esa tierra permanentemente húmeda, quedaba para siempre la vida breve de Pichimanque (el Condorcito) ocultamente bautizado en los toldos por su madre con el nombre cristiano de José. Sor Guadalupe, que no había podido evitar ese hijo del horror, llevaba ahora sobre la conciencia el complejo tremendo de sus votos, quebrados por la pasión brutal de Quiñetrú. Por voluntad de su propio destino.

Su paso por la Posta del Lobatón señalaba en la tarja de días sin número ni nombre del desierto, una muesca más; un nuevo interrogante sobre los labios sin respuesta de su esfinge.

Esa misma noche, María Fabiana, presente en la partida de aquellos náufragos, "soñó fiero". Impresionada por encontrados sentimientos de la humilde comunidad donde integraba un mundo pequeño, demoró bastante en dormirse. Abrazada a la Gringuita, vagó su imaginación por un vasto pago de ensueños. Hasta que la fatiga diluyó su vigilia. Y el sueño comenzó haciéndola defender a la Gringuita contra la decisión de la pareja de desventurados que pretendían llevársela a cambio del pequeño Pichimanque, dormido bajo el túmulo, pero que lloraba desde adentro: "¡Mamá Fabiana! ¡Mamá Fabiana!", mientras hacía oscilar la pequeña cruz de palo. Más tarde, el hombre, Larcamón, arrancándola a ella de los brazos de doña Fe, luchaba por llevársela mientras los demás reían desaprensivos. Sor Guadalupe, recobrada el habla como por encanto, lo instaba a escapar con su presa. María Fabiana se defendía a golpes del hombre cuya cara era ahora la de Quiñetrú. Llegados al borde de una laguna, sor Guadalupe la desposaba con el capitanejo en tanto la Gringuita sostenía el chamal de la forastera, amparando la llama de un cirio que María Fabiana no alcanzaba a descubrir.

Abundante transpiración bañaba el rostro y el cuello de la muchacha. La criatura, oprimida con exceso, gritó asustada. Y, afortunadamente, María Fabiana despertó. Por un rato calmóse la agitación de la moza. Hasta que volvió a reanudarse el sueño.

Ahora, el hombre que luchaba por llevársela en ancas se transformaba de pronto en el viajero cuyo retrato conservaba María Fabiana pendiente del cuello. A él se abrazaba la muchacha amorosamente, besándolo. Pero sor Guadalupe, cambiando repentinamente de actitud y de fisonomía, la arrojaba a tierra donde la golpeaba sin que el hombre hiciera nada por impedirlo. "¡No te has de casar con él, guacha! ¡No quiero otra madre para mi hija!". María Fabiana, descaecida, no hallaba fuerzas para defenderse. Sus brazos caían como cediendo al peso de una fuerza enorme. Hasta que un grito despertó a todos en la habitación, libertando a la soñante de su angustia.

—¡Te haj'empachao de locro, muchacha! — la reprendió doña Fe, procurando calmarla.

Julia le alcanzó un jarro con agua en tanto que Ramona encendía la vela de sebo para que terminara de recobrarse.

—¡Agua fría, no, muchacha, que es pa pior! — atajó doña Fe.

Uno de los hombres que hacía guardia bajo la ramada se acercó al vano de la puerta.

—No es nada... — lo tranquilizó Ramona.

—Nada más que un kilo'e locro que se ha comido ésta... — exageró doña Fe —. Y, claro, ha dentrao a soñar fiero.

Al siguiente día las bromas se ensañaron con María Fabiana. Algo recordaba ésta de su sueño que, lejos de tranquilizarla con relación al mandato de la muerta, había vuelto a exacerbar sus preocupaciones. Las palabras de la finada martillaban con persistencia de gotera su impresionable temperamento. Para distraerla, Ramona instábala a referir su pesadilla, pero la muchacha se encerró en el pretexto de que la había olvidado.

Ramona era hija de unos vecinos al otro lado del río. Solía cubrir cerca de cuatro leguas a fin de llegarse hasta la posta con un pretexto cualquiera. Lograba engañar a doña Juana, o ésta aparentaba enga-

ñarse: "Me ha castigao la mama" o "Ando almareada y, con su licencia, vengo a que me remedee ña Fe..." La verdad era que andaba en busca de un mozo, "porque a su rancho no llegaba uno ni pa remedio". Cuando la mujer de Ortiz la recibía de mal talante, Ramona se acomedía en cualquier trabajo y lograba calmarla. Hasta que cedía a reiteradas indirectas o al hastío que la ausencia de forasteros ponía en los ámbitos de la posta.

Por contagio, acaso, María Fabiana espectadora forzada de la vida en esa pequeña comunidad, miraba pasar horas, momentos e instantes erizados con el sugestivo aguijón de los sentidos. Flaqueaba, entonces, ante el imperioso reclamo de la sangre escociente. Hasta que se recobraba con la amplia serenidad de su buen tino. No en balde acreditaba un respetable linaje.

Apoyada una tarde al muro del poniente, el pensamiento de Julia se hundía en el horizonte, arreado por la inquietud de sus dieciséis años recientes. Desde rato antes y bajo la sombra del único árbol, Cantalicio la observaba. Hasta que se atrevió a acercársele.

—¿Qué estás devisando, Julia? —interrogó a la muchacha.

—Nada se devisa; yo al menos... —replicó ella—. ¡Hace tanto que no pasa una tropa!

Ante la vida, su juventud era una afirmación.

—¡Oh! No hace agatas dos meses que... —opuso Cantalicio.

—Sí, pero esa no traiba mozos.

—¡Ah, ja! Aquí en las casas no haberá naide, sindudamente —reprochó el postillón.

Ella nada contestó. Limitóse a levantar los hombros en una evasiva.

—"El bien no es conocido hasta que no es perdido...", saben decir —reprochó otra vez Cantalicio.

Julia, contenida de risa, se volvió:

—¿Ande está que no lo veo?...

El palpaba el desaire.

—No lo sabrá ver o no quedrá —limitóse a contestarle. Y se retiró desalentado—. Esta va a parar también a los toldos... —terminó a la distancia, murmurando lo que parecía ya en él una obsesión.

Las muchachas no gustaban de Cantalicio. Por si no le bastara ser hijo de doña Juana, su físico poco atrayente lo repelía. María Fabiana habíalo deshauciado, Martina tenía ya su "peor es nada", y Ramona ni le hacía juicio. Por tal motivo, jamás oponía reparos en salir con las diligencias. Contaba el postillón con hallar en otros pagos la correspondencia que en el suyo se le negaba. Dejábase estar en Villa Nueva, en Córdoba o en Rosario, según se las prometiera halagüeñas.

Los días pasaban y, salvo alguna diligencia apresurada, no asomaba nadie. Los gauchos del pago, agotada o poco menos la provisión de la pulpería, casi no se dejaban ver. Demasiado formales para Julia, a veces bebían por demás. Y eso a ella no le agradaba.

Hasta el viento paseaba sus rachas a lo largo de las huellas, rameando hastío.

* * *

Ya comenzado el otoño, llegó por fin la ansiada tropa de carretas. Formábanla dieciséis vehículos cargados casi en su totalidad con vino cuyano, frutas secas, patay, dulces, quesos y otros productos regionales. Algunas carretas habían dejado parte de sus cargas en el camino, reemplazándolas con cueros, plumas y fardos de lana directamente consignados a Rosario.

Pronto difundieron los recién llegados la novedad de que "el campo estaba en movimiento". Se habían observado avestruces y gamas, cruzando velozmente el camino hacia el norte; bandadas de patos en inusitado viaje a lejanas aguadas, cuando cerca de allí las había abundantes, entre otras el propio río Carcarañá, a dos leguas de la posta. No era forzoso, por supuesto, "que los indios anduvieran adentro", expresión muy usada para significar que habían bandeado la línea de protección de fronteras. Podía, también, tratarse de choiqueros o de soldados en viaje o reconocimiento. Pero, cuando hombres como aquellos, curtidos en el tránsito de los caminos fronterizos, eran presa del desasosiego que despiertan los indicios, convenía no echar en saco roto su desconfianza.

El capataz de la tropa, concordante con el maestro de posta, resolvió tomar sus precauciones. Así fué como, circundando las casas, dispusiéronse las carretas con sus pértigos casi tocando el foso, más lleno ahora de verdín y ranas que de agua; los fuegos indispensables, cubiertos para ocultarlos a la distancia. Finalmente, a tres mujeres y un niño que viajaban en la tropa se les aconsejó pasar la noche dentro de las casas. El alboroto que habitualmente provocaba la llegada de una tropa quedó supeditado a las posibles contingencias.

Esa luz que siempre hay detrás de la noche se filtraba por el resquicio de las estrellas, cuyos ojos agolpados parecían columbrar un acontecimiento. Detrás del cerco de carretas parapetadas contra las tinieblas —contra su amenaza agazapada— el cristiano aguardó un ataque posible. Entretanto, llegaban desde la noche esporádicas risas de mujer, contenidas por la mesura espectante de los hombres. El *Sur* frotó las tinieblas con el agudo presentimiento de su aullido. Desde el ámbito pampeano se desgranaba el desaprensivo canto de los grillos, único optimismo tolerado por el grave silencio de aquellos gauchos. Durante horas, el oído vigilante cortó a menudo irresistibles cabeceos de sueño. Con todo, el peligro pareció aletargado. Hasta que, a la hora crítica del alba, un gallo lo echó a los vientos en la punta filosa de su canto.

La angustiosa espera cedió, no obstante, a las elementales precauciones que debían mantenerse por un tiempo. Bueyes y yeguarizos fueron echados al campo, buscando pronto los animales aquellos manchones donde el pasto era más tierno o la grama exuberaba. Bajo la mirada de los rondadores, se aplicaron bien pronto a reponerse del sostenido esfuerzo cumplido en recientes etapas.

Sentados en aperos, en pértigos y hasta en el suelo, el resto de los hombres dedicóse al arreglo y reparación de coyundas, lazos, picanas y toldos; al engrase de ejes y corambre; disposición de cargas y cien otros detalles que constituyen la trama delicada de una tropa de carretas en viaje. El capataz, hombre recio y de pocas palabras, mantenía la disciplina entre su gente; conocedor de su responsabilidad, no la descuidaba. Los forasteros congeniaron bien pronto con los pobladores de la posta y aquella misma tarde se dejaron sentir notas y acordes de un par de guitarras, convidando a la danza. Como que todos ansiaban sacarse de encima, durante unas horas por lo menos, la desazón constante en que vivían; curtida desazón exacerbada por la alarma de la víspera. Ya tarde crecida, se improvisó un baile al reparo de las carretas que habían quedado hacia el naciente, porque aun estaba presente el sol cuando se formalizó la reunión. Por fin, tras de mucho templar y prepararse, los guitarreros puntearon un gato, levantando con él a dos parejas. Luego de discutir detalles que no obstaban al propósito, armaron uno de cuatro. Como si la falta de acuerdo momentánea fuese necesaria para romper el comprensible hielo entre gentes que recién se conocían. El baile, con agilidad y donaire insospechados en tan rústico medio, puso bien pronto sobre aquellas soledades una nota de moderada alegría. Era tan desusada la distracción, por no decir fiesta, en aquella como en casi todas las comunidades enhebradas por el Camino del Sur, que éste pareció inmutado. Las mujeres no pasaban de la media docena, contadas las forasteras, pero aumentaron con las de la vecindad, que fueron llegando con sus hombres o parientes.

La cosa amenazaba prolongarse y los fogones empezaron a llenarse de asadores y el mate a circular sin descanso. Las mujeres y Gabino se turnaban para esos menesteres a los que se agregaban, de tanto en tanto, tragos de caña o de ginebra, lo que terminó con el desgano de algunos indecisos.

Dos hombres montaron a caballo y se disponían a ausentarse, cuando los atajó doña Fe:

—¿P'ande se van yendo? ¿Que no les divierte el baile?...

—Sí, señora. Es que vamoj'al rancho de este mozo, a buscar una guitarra.

Salieron los dos hombres hacia el norte. El rancho de Celestino Arriola quedaba casi a cinco leguas de la posta, pero el motivo bien valía las diez que iban a galoparse.

Don Facundo y el capataz de la tropa no descuidaban la atención del campo, por otra parte afianzada en la vigilancia de los rondadores. Quienes descansaban, tantearon ensayando la sugestión de un dentre. Y, al insinuar los guitarreros un *triunfo*, acudieron varias parejas. Hasta que, como quien da el ¡vamos! rompió este canto:

Yo me voy para el norte,
y me voy solo;
señora, yo me voy solo.

Una vuelta después, el envite:

Si usté gusta seguirme,
me avengo a todo,
señora, me avengo a todo..

Alternaba el zapateo de los hombres, enredándose en el donaire de las faldas afanosas por extender la sugestión de un abrazo en los giros, con inconsciente elegancia.

Y ya no fué necesario que a nadie se lo animara. Porque el baile siguió rodando a impulsos de un creciente entusiasmo.

Le tocaba esta vez a Julia conformar a los materos. Doña Fe, que venía observando en uno de los forasteros marcada inclinación hacia su entenada, se comidió a darle un consejo:

—Cuando quedrás conocer a la moza con quien pensaj'acollararte, pedíle que te cebe mate unos cuantos días. Y me vaj'agradecer el consejo...

El mozo, que no era quedado, necesitaba sin embargo abreviar los trámites de ese trato en cierne.

—¿Me alcanzará el tiempo, doña? Pronto vamoj'a seguir viaje...

—No es juerza que sea en esta Esquina. Mozaj'hay en tuitas partes... —opuso doña Fe, a tiempo que llegaba la muchacha con el siguiente mate.

—Es que... si no ej'acá... —insistió el forastero, mirando a Julia cada vez más decidido.

La muchacha, exuberante, repleta de juventud, se remecía entera, contenida por su propia madurez. Diríase el fruto de un gajo agitado por el viento. Había escuchado Julia desde el fogón ese cambio de opiniones que aparentaba ignorar y, por decir algo, interpuso:

—¿Hasta qué hora me van a tener acarreando el cimarrón?

Insinuaba, así, su deseo de bailar. Doña Fe aparentó no comprender.

—Hasta que maduren las brevas... —saltó su picardía.

—No quiero dejar el corazón en otros pagos —miró a Julia el forastero—. ¿Qué le parece, moza?

La oración comenzaba a arrinconar parejas y la muchacha entregó el mate a la curandera. Algunos sentados en los pértigos; otros, recostada la compañera contra las ruedas, se jugaban al azar una querencia breve. Amor trashumante que deja siempre en los apeaderos agridulce sabor.

Como las otras, María Fabiana también había bailado, sin perder de vista a la Gringuita, cuyos ojos atónitos seguían la fiesta llenos de asombrada curiosidad. El imperativo fisiológico, acuciado en la circunstancia, haciale olvidar por ratos la infundada pasión que, prendida al recuerdo del viajero aquél, iba adquiriendo en sus sentimientos consistencia de mito. Ello había ido creándole, no obstante, un raro complejo inhibitorio: no dar hijos que pudieran suplantar a la Gringuita en su corazón. Una insospechada protección, tironeando sin sentido ni control su temperamento joven e impresionable.

Venía entre los carreteros un gaucho apuesto. Habíale estado contemplando desde un ángulo del cuadro formado para el baile. Hasta que se decidió a convidarla cuando los guitarreros iniciaban una chacarera. María Fabiana, para quien no pasara inadvertida la devoción del forastero, dejaba que sus ojos escaparan con harta frecuencia en busca de los de ese gaucho que sabía dosificar, sin lugar a dudas, la tónica del amor enternecido. Y ya no la dejó más. Pronto, los oídos de la muchacha escucharon embelesados palabras de miel, halagüeñas y tentadoras.

Junto a la rueda en que ella se apoyara, el hombre acercaba cada vez más su palabra al oído de la moza. Y tanto, que sin mediar otra razón que la de su albedrío, la besó de pronto junto a la boca. Breves segundos tardó el rebote, pero llegó. Y en forma de un sonoro guantazo; cruzando la atónita cara del atrevido. Los ojos se volvían sorprendidos, cuando la reacción de la moza, tan inopinada como el castigo, viró de golpe.

—¡Oh! Perdóneme. No haga juicio... —habló su arrepentimiento.

Y le acarició repetidas veces la mejilla, mirándolo con lástima.

Pudo más en el ánimo del forastero, para reprimir sus entusiasmos, la caricia que el guantazo. Y eso salvó a María Fabiana, porque desconcertó al hombre que era orgulloso y gustaba, sobre todo, de resistencias, cuyo imprevisto relajamiento lo desarmaba.

Y le volvió la espalda. Enhorabuena. Porque, sin sospecharlo él, jamás había estado María Fabiana tan cerca de caer.

Si los indios se hubieran decidido a llevar esa madrugada un ataque a la Posta del Lobatón, habrían tenido para entretenerse. Mientras unos uncían los bueyes en el desgano de la mala noche, otros dormían aún, aferrados por el sueño. Bultos imprecisos denunciaban el abandono de las libaciones. Bajo el silencio del amanecer, Julia había quedado como una horqueta de palo tirada entre los yuyos. Cuando, recién asomado, el sol llegó a despertarla, conservaba todavía la sonrisa de un recuerdo mordido entre los labios, y un pétalo de ceibo sobre su rendida doncellez.

—¡Lástima que no se animaran loj'indios anoche, antes del baile! —se lamentaba don Facundo al despedirse del capataz de la tropa.

—¡Lástima! ¿no?... —replicó éste—. Con tanta gente como había en la posta, era robo pa'nojotros. ¡Y hasta les regalábamos los mamaos!

Se alejan ya las carretas, la tropa toda, que ansía llegar a destino cuanto antes. Que quisiera llegar sin haber partido hacia lo incierto de ese Camino del Sur cuajado de siniestras sugestiones; ahorrarse, en suma, la angustia de un viaje que se desearía transformar en vuelo y no era sino, solo y fatalmente, una enervante deriva a lo largo de las horas.

Detrás, como un punto de sutura entre lo cumplido y lo porvenir, la Posta quedaba nuevamente engarzada en su soledoso abandono.

CAPITULO VI

Hombres y mujeres se habían divertido en forma de no olvidar por un tiempo las saboreadas delicias de aquella reunión al raso, que más aparentaba un desafío a la acechanza del desierto.

Durante buen rato los madrugadores quedaron contemplando la silueta cada vez más pequeña de la tropa sobre el horizonte; algún ahogado suspiro de mujer puso la sugestión de un romance fugaz en la tira del camino que se iba sin llegar. Hasta que, borradas del campo las siluetas viajeras, el desamparo quedó dueño una vez más de aquella Esquina y Posta del Lobatón.

Desganadamente volvieron a su curso habitual los reducidos menesteres. El comentario al pasado baile interrumpió, no obstante, algún trabajo a medio comenzar.

—¡Alarife el hombre'e la carreta mora! —expresaba una de las mujeres, aludiendo al pelo del cuero que techaba el vehículo.

—¡Oh! ¿Y qué me dice e la morena que viajaba en la carreta delantera? —opinaba a su vez uno de los mozos en representación del sexo fuerte—. ¡Esa sí, que era donosa! ¡Pucha!...

—Asujetámelo, ché... —pidió otra de las muchachas—, de no, vamoj'a quedar sin hombres.

—Los demás, como si no juéramos del pago —protestó, por centésima vez, Cantalicio.

—Entuavía está en tiempo. De un golpe, no más, puede garronear a las carretas.

—¡Ah, ja! Y el trabajo pa el mes que viene, ¿verdad? —volcó de pronto su acritud doña Juana, más que aburrida del comentario, dolida del escaso interés que su hijo despertaba entre las muchachas.

—No hagás juicio, mujer, que ansina andan las conversaciones como perro que no halla ande echarse —rió doña Fe.

Vino la siesta a tumbar sobre cujas y aperos a casi todos los trasnochadores. Pero el oído avizor de don Facundo, en duermevela a la sombra del corral, descansaba apenas.

Indiferencia o abandono. Quizá fatalismo. Había en ese olvido mucho de inconciencia que se explicaba por el constante roce con el peligro. No obstante, pasó la siesta sin novedades y llegó la oración, luego de una desganada tarde. Se toldaba el cielo.

—Anoche, a estaj'horas, ardía la cosa... —recordó alguien en un bostezo.

—¡Y no!... Pero ansí ha quedao la pulpería. Se han tomao un barril de carlón y no quedan más de tres limetas de caña y dos porrones de ginebra —puntualizó don Facundo.

—¿Se han tomao? Noj'hemos... taita —rectificó, sonriente, María Fabiana.

Pasaba la cena como desabrida de ausencias. El maestro de posta, regresado de su habitual recorrida, observaba caviloso la obscuridad.

—¡Ahí'stá, otra vez, la luz mala! —comentó desde la puerta, mirando hacia el poniente.

—Haberá que aventar a los muertos, no más; y bien lejos —propuso su mujer.

—No, Juana —opuso don Facundo—. Los finaos saben ser aquerenciaos y no se van a dir a dos tirones; ojála te llevés laj'usamentas para la otra banda'el río.

Una lechuza chistó largo en la noche.

—¡Cruz, diablo! —se alarmó Julia, santiguándose.

—Ansina sabe pasar, talmente, cuando está por suceder una desgracia. Yo esta noche no duermo, ojála me peguen un palo en la nuca... —avisó el Nato que esa noche se hallaba de turno.

—Aviaos estamos, si le pegáj'al ojo... —protestó Martina.

En el patio, uno de los perros —el *Sur*— roía concienzudamente un hueso hurtado en la cocina. De pronto, sus orejas y hocico apuntaron con insistencia hacia el naciente, hasta que, dejando el hueso, púsose a ladrar imitado de inmediato por su compañero el *Norte*, desde la dirección del mangrullo.

Era evidente que alguien se acercaba. Como tratando de contener el avance de los perros, una voz enronquecida quebró la obscuridad:

—¡Ave María Purísima!

La sorpresa apagó toda charla. Alguien se acercaba.

—A ver... ¿estamos tuitos? —inquirió alguno en voz baja.

—¡Ave María Purísima! —repitió la misma voz, acosada por la furia de los perros.

—¡Alto! ¡No te mováj'o te quemo de un trabucazo!

Era la palabra de don Facundo que mentía. Porque sólo un facón empuñaban sus manos. Pero los posibles efectos del trabuco, a la distancia en que el desconocido se hallaba, habrían de impresionarle

más que ninguna otra amenaza. El recién llegado se detuvo en seco.

—¿Indio o cristiano? —llegó desde las sombras otra voz acezosa.

—Cristiano...

—¿Qué anda buscando a estaj'horas? —lo apuró el maestro de posta.

—Han avanzao la Cabeza'el Tigre... Loj'indios.

—¿Cuándo? A ver... muestre la cara. Pase pa adentro —le ordenaron.

Los ojos de varios fusiles agolpaban su amenaza. Pasó un momento antes que la escasa luz de los candiles mostrara la maltrecha figura del forastero.

—¡Pero si ej'Almirón —exclamó por fin el Ñato. El recién llegado respiró, entonces con fuerza.

—El mesmo —dijo. Y penetró en la cocina.

En el silencio condolido que siguió, pudo escucharse el rumor de las moscas amontonadas en una colgante rama de la cumbrera, como enjambre de abejas sorprendido por la tarde. En el asador se enfriaban restos de un asado de capón. Los ojos del hombre se fijaron en ellos con avidez.

—Tome asiento —le señaló doña Fe una cabeza de vaca, junto a las brasas.

No había obedecido aún el forastero, cuando la mano de María Fabiana le estiró un amargo. Silenciosamente, el hombre comenzó a sorberlo. Sus manos así como sus ropas mostraban desgarramientos lacerantes.

—Así que... —lo animó el maestro de posta, en cuyos ojos duraba la alarma.

—Han avanzao la Cabeza'el Tigre... —repitió Almirón como un eco de su evidente congoja—. Ayer, a l'oración. Yo estaba en el jagüel. No alcancé a dentrar.

Martina reanimaba las brasas para calentar los restos del asado, a fin de que el forastero repusiera sus perdidas fuerzas. Entretanto, una de las muchachas le ofreció algo de mazamorra con leche. Nuevamente aplicado al alimento, el hombre tornó a su mutismo. Era evidente que la tragedia lo había desconcertado.

—Al ñudo no alvirtió el capataz de la tropa que el campo estaba en movimiento —recordó doña Juana.

—¿Cómo lej'habrá ido a las carretas? —comentó uno de los postillones, agachándose a encender en una brasa el cigarrillo de chala que, parsimoniosamente, armara recostado en el horcón central del rancho.

—¡Vaya a saber! —apoyó el maestro de posta, evidentemente preocupado en la observación de la noche, desde el vano de la puerta.

Julia habíase mantenido expectante, sin que nadie reparara en ella. Incorporada de pronto, fué a ocultar en la sombra el velo de lágrimas que, no obstante su esfuerzo, comenzaba a bañarle las ojeras.

—Güeno, aparcero, áhura cuéntenos cómo sucedió eso...

A don Facundo, hombre curtido en tantas tribulaciones, le costaba poner el dedo en la llaga. Se resistía a lastimar el apenado corazón de aquel hombre, pero ansiaba saber.

Almirón se pasó dos o tres veces el dorso de la mano izquierda por los labios poblados de recios bigotes. Miró en torno, como pidiendo algo.

—¡Sírvase un negro! —le brindó uno de los muchachos el cigarrillo que le estaba haciendo falta para iniciar el esperado relato.

—Poco tengo que referirles —comenzó—. La cosa me agarró en eso que estaba por sacar agua'el jagüel. Tuita esa tarde había alvertido movimiento en el campo, pero no créi que estuvieran sobre las casas. No me habían dao tiempo a pensar, cuando reventó sobre de nuestras cabezas la gritería e los salvajes. El caballo se me alzó con el alboroto. Jué una suerte, porque era tordillo blanco y se devisaba lo más bien en las sombras de l'oración. Cuando me ganaba en el pajonal, vide que lo siguieron. Y ya sentí el llanto'e las mujeres y algunos pocos tiros que medio alcanzaron a parar a loj'indios. Al rato, no más, habían rodeao las casas, y... Pa qué les vi'a contar. Tendría que suponerme la mitada e la tragedia aquella, porque ya no se veía nada. Gritoj'y lamentos, mesturaos en el correr de los caballos. Nada podía remediar y vide que lo mejor era hacérmeles perdiz. Gané el campo antes de que me devisara alguno de aquellos salvajes. Cuando iba alejándome, alcancé a ver un indio que se me venía derechito en su caballo. Dios no quiso que llegara y el flete se le dió güelta, no sé si en una vizcachera o en un tronco tirao por áhi. Sabe Dios... Cuando cayó lo abarajé en mi caronero y, de dos puñaladas bien adentro, lo despaché al otro mundo. El caballo del indio se me alzó y no pude aprovecharlo. ¡...ta que es fiero ver morir a los compañeroj'y no poder darlej'una mano!

"Gateando, apampao, me juí diendo pa el lado del bajo e los Quebrachos Viejos; está pantanoso por demás. Dende allí alcancé a devisar que el juego iba terminando ya con la Esquina.

"Me tendí en el suelo, porque estaba rendido. Hoy de mañana no me atreví a moverme. Al mediodía, colegí que los salvajes se habían alzao. Tenía pensao azotarme al Carcarañá, cuando recordé que podía llegar a estas casas. A cada rato, el miedo me apampaba pa seguir gateando cuando no pa atravesar cardalej'o trechoj'enllenitos de cepacaballo. Ansina me ven que ya no me queda un retazo sano en el cuero. Alcancé la posta, después de un día y una noche sin probar bocao..."

—Milagro sería que no se hubieran topao con la tropa e carretas... —observó doña Fe.

—La trenzada hubiera resultao linda, porque esa tropa llevaba mucha gente —expresó el Ñato convencido.

—Y se hubiera salvao la posta —apoyó Almirón.

—Esta noche, cada cual con suj'armas debajo e la cabecera —ordenó don Facundo—. Mañana iremoj'a devisar cómo ha quedao la Cabeza'el Tigre.

Esa noche la vigilancia fué reforzada. Bien temprano y previo un prudente examen de los alrededores, tres hombres dispusiéronse a salir con Almirón hacia Cabeza de Tigre. Pero fueron abandonando la posta de a uno, en diferente rumbo para no denunciar su propósito a posibles bomberos; como quien se propone regresar pronto. En la posta sólo quedaba el Ñato a cargo de aquellas estoicas mujeres.

El polvo del camino hubiera denunciado su presencia en él y rumbo de marcha, por eso resolvieron cortar campo, perdiéndose en los pajonales que aproximaban el horizonte. Pronto la Esquina del Lobatón se hundió en el temeroso silencio de los abandonos. Un viento inopinado comenzó a soplar y la tolvanera consiguiente fué poniendo sucesivos embudos de polvo en el rumbo de las rastrilladas.

Un explicable desasosiego movía las escasas actividades de la posta que podía ser igualmente víctima de un ataque, pero el sentimiento de solidaridad ante el peligro que encadenaba a las poblaciones del camino así como el afán de llegar a tiempo de salvar alguna vida, era más fuerte que todos los temores. Y las mujeres incluso, habrían considerado denigrante que, por cuidarlas, dejaran sus hombres de acudir en ayuda de los vecinos.

Serían las nueve de la mañana —la posición del sol indicaba esa hora— cuando alcanzaron la cañada de los Quebrachos Viejos desde cuya banda norte era posible, era dable observar las inmediaciones de la asaltada posta. Avanzando separadamente, trataban los hombres de no denunciarse, tendidos casi sobre el costillar de sus caballos, a la usanza indígena. Nada se advertía, sin embargo, hacia la Esquina de Cabeza de Tigre, sobre la que planeaban algunos caranchos y cuervos, cuya presencia constituía por sí sola un fúnebre anuncio. El grupo continuó su marcha luego del necesario resuello. Su avance hacíase cada vez más cauteloso y las conjeturas, más diversas. Resolvióse, por fin, que Almirón se adelantara, en razón de su mayor conocimiento de la posta asaltada. Detrás iba el resto, disperso y a la expectativa.

Al cabo de un rato, con insistentes señales, Almirón ya cerca de las casas, hizo tomar el galope a sus compañeros: el peligro había desaparecido. No obstante, dos de ellos permanecieron a caballo, recorriendo los contornos, en previsión de una posible sorpresa, mientras los otros ponían en aquella desolación su interrogante. El tintineo de las nazarenas despertó el silencio del patio sin torcaces. Ignorantes de la tragedia, chingolos y caseritas cantaban a la vida desde el vecino cardal y, en las alturas tranquilas, el grito del tero sonaba desacorde en el hueco abierto por la alarida del salvaje y los ayes de sus víctimas. Acuciadas por el misterioso atractivo de la sangre, llegaban algunas gaviotas desde el Carcarañá, mezclando su chillona albura al negro parsimonioso de los cuervos ya instalados desde temprano o, acaso, desde la víspera.

Apartados, sin atreverse a abandonar el pajonal, los perros aullaban lúgubres. Si optaban por cambiar de sitio, lo hacían lentamente, como entumecidos, con el rabo entre las piernas y dejando escapar por sus entreabiertos colmillos quejidos de impotencia. Hasta que los silbos de Almirón fueron a devolverles la confianza. Los rabos en actividad, pero presto aun el recelo, ensayaban ahora un mero ladrido ante la presencia de extraños.

Ninguno de los ranchos había quedado indemne. Horcones y cumbreras escapados a las llamas, erguían al lado de ellos sus carbonizados muñones, para testimoniar la saña del salvaje. En algunos muros de chorizo el barro aparecía tiznado.

Sobre el naciente y a medio quemar, se dejaba caer al suelo, sostenida por una tijera, la mitad del alero de juncos, como el ala estirada de un pollo que se despereza. Detrás del caído reparo, surgió colgado de los palos el primer cadáver. Pendía el infeliz de la horqueta de un parante, a través del corte que le habían practicado en uno de los calcañares. Tal una res. Por varias lanzadas había manado abundante sangre, ahora coagulada. Los ojos, casi en blanco, parecían mirar al revés, desde el otro lado de la muerte. Horrorizado, Almirón lo reconoció en seguida.

—¡Pobre don Andrés! Debió morir peleando. Como güeno...

No se equivocaba. Allí cerca, uno detrás del corral y el otro junto al pozo, los cuerpos de dos indios se hinchaban al sol. Testimonios de la bravura con que el maestro de posta había defendido su gente y su casa. La mujer apareció degollada juntamente con un niño, al pie del mostrador de la pulpería. Algunos rastros de las desgarradas vestiduras denuncia-

ban el paso del ultraje sobre sus carnes maceradas.

Faltaban dos mujeres jóvenes. En vano buscó Almirón sus huellas. Hasta que le fué preciso desistir. En las habitaciones desmanteladas, transformadas ya en aposento de la muerte, las moscas rondaban junto a los cadáveres una eternidad de silencio. Sobre la abertura de la deshecha cocina, algo que pudo ser cortina de trapo, mecida por el aire hacía más impresionante el desamparo. Era el suyo un desmayado abanicar la soledad.

La presencia del hombre mantenía expectantes a cuervos y caranchos cansados ya de revolar y a quienes su impaciencia levantaba en esporádicos aleteos. Lo que fuera pulpería se hallaba destruído; el alcohol dejó huellas de su paso en los maltrechos estantes, en las botellas rotas y en el tufo de bebidas desperdiciadas que las moscas pretendían aprovechar.

Los hombres procedieron a cavar sendas fosas para sepultar a las víctimas que fueron bajando a la tierra, una por una. Ignorados en la vida y en la muerte, retornaban al anónimo definitivo.

Sus nombres, como el color de un trapo a la intemperie, estaban fatalmente condendos a desteñirse en el tiempo. Sus nombres... si es que alguien había reparado en ellos alguna vez.

En cuanto a los indios muertos, estos fueron alejados de la posta, a la cincha de los caballos. Se contaron hasta cuatro, pero huellas diversas evidenciaban que las bajas del salvaje habían sido mayores. Heridos, se los llevaban sus compañeros aunque sólo alcanzaran con vida pocas leguas más.

La triste ceremonia llegaba a su término cuando fué interrumpida por la lejana y aguda advertencia del clarín. Denunciada la proximidad de la galera, el lugar se pobló de un reconfortante optimismo Aquellos gauchos, no obstante su hábito de la soledad, recibieron con satisfacción el anuncio de la inminente compañía.

A la distancia, Nicasio Gauna —mayoral de la diligencia que llegaba— sospechó que algo anormal ocurría en la posta. Palos y horcones, quebrando la simetría del conjunto a que él se hallaba acostumbrado, lo alarmaron, y su sorpresa ante la desaparición de ciertos detalles y aspectos, ahuecando el grupo de ranchos, le atragantaron de incertidumbre. Cuando los pasajeros lograron advertir la magnitud de lo ocurrido, ya estaban sobre el desastre. Y al pisar aquel suelo ensangrentado, se agruparon contra la diligencia como ovejas acorraladas. Pero ya Nicasio Gauna saludaba a los ocasionales moradores, devolviendo con ello a los viajeros una relativa calma.

* * *

Entretanto, la Esquina del Lobatón aguardaba el regreso de los exploradores. A la sombra del alero mataban la tarde las mujeres.

Prácticamente solas, esperaban sin apremio y no por eso había variado su inconmovible fatalismo. Es que aquellos gauchos, sus mujeres y hasta sus niños, a todo lo largo de la frontera pavorosa, estaban conformando inconscientemente la más dolorosa, la más humana y anónima de las epopeyas, cuya trascendencia deslizábase por el Camino del Sur, por ese imperfecto carril hecho para que el tiempo corriera a lo largo de todos los infortunios.

Gabino iba y venía, incapaz de soportar esa parsimonia de los mayores que se apuntalaba en el trabajo manual y en la charla para él insubstanciosa. La Gringuita, alarmada por las conversaciones de la víspera, se mantenía junto a María Fabiana, negándose a jugar.

—¡Güeno... —había avisado el Ñato, ya a caballo—. Vi a devisar, a bombear, como saben decir loj'infieles. No sea que les dé por venirsenoj'al humo! Y, usté, aparcero —recomendó a Gabino—, cuidao con las mujeres.

—...tá bien. Vaya tranquilo... —había contestado el muchacho, con importancia, hinchado de orgullo el pecho ante la confianza puesta en él.

—Y, si en caso hay novedades —habían terminado las recomendaciones del Ñato—, priéndalej'un tizón a esas pajas que están áhi; que, en cuanto devise l'humareda, me vengo de un hilo...

Aludía a un montón de paja y restos de quincho cambiados el mes anterior. Rieron todas, confiadas en la seguridad de sus palabras.

De tanto en tanto, trepaba Gabino el mangrullo a observar. Y para no perder de vista al Ñato. Lo que no impedía que, a su vez, alguna de las mujeres se diera una vuelta por las dependencias.

* * *

En Cabeza de Tigre los pasajeros de la diligencia, entre los que se contaban una señora de edad y su hija, fueron poco a poco aventurándose por los carbonizados restos del asalto. El asombro y la conmiseración llenaron los comentarios de aquella gente cuya mitad jamás había atravesado el desierto ni experimentado de cerca la angustia de sus múltiples acechanzas.

Alguien pidió agua y uno de los postillones se comidió a pescar el lazo que había caído junto con el balde al fondo del pozo, tal vez por torpeza de los indios, y que luego no se atrevió ninguno de ellos a rescatar. Ponía ya el comedido el extremo del lazo en la roldana de algarrobo, ante la curiosa expectativa de las viajeras, cuando un grito de mujer subió, desgarrador, desde el nivel mismo del agua. La sorpresa y el temor, exacerbados por la tragedia de la víspera, que asaltaba los sentimientos a cada paso, puso en el ánimo de aquellos aun más encallecidos, una inexpresable desazón. Vacilantes, sin atreverse a admitirlo, permanecieron como enclavados junto al brocal, hesitando entre asomarse al pozo o rehuir toda intervención.

Pero, nuevamente, esta vez más conciso y apremiante, vino el ruego.

—¡Socorro! ¡No puedo más!

Nicasio Gauna llegaba en ese momento. Se aproximó al brocal.

—Somos cristianos... ¡tenga pacencia! —trató de calmar a la infeliz mujer.

—¡Por lo que más quiera, socórrame! —insistió la voz desde abajo.

—¡Aguántese un poquito más... doña!

Volvía corriendo, en ese momento, uno de los hombres con otro lazo. Fuertemente amarrado descendió el más liviano, libre de espuelas y demás trabas. Los otros se agolpaban ahora alrededor del brocal, como mariposas en un charco

—¿Ande está?

—Aquí...

Pregunta e imprecisa respuesta subieron desde el fondo del pozo como burbujas.

—¡Ya la hallé! Vi a sujetarla bien pa que ustedes la suban... —avisó el mozo desde abajo.

Luego de un rato y tras no pocos esfuerzos, asomó a la vida aquella desgraciada. Mostraba en su rostro las huellas del sufrimiento y el hambre, y llegaba entumida por largas horas pasadas en ese estrecho hueco. Aparentaba unos treinta años de edad. Sentada en el suelo, Almirón se dispuso a quitarle las ataduras.

—¡Había sido la Delfina!... —exclamó el hombre.

—Ya lo ve, Almirón —contestó ella con voz desfallecida.

Y, como si la vista del único sobreviviente varón a la tragedia hiciera renacer el terror que había vivido, Delfina Vargas se echó a llorar amargamente. Los circunstantes guardaron un respetuoso silencio.

Cuando pudo alimentarse, fué preciso recurrir al agua del jagüel.

—Hay un finao allá abajo.. —acababa de explicar el mozo, recién izado desde el fondo—. Agatas pude hacer pie en su lomo.

Instada a hablar una vez recobrada, refirió la mujer lo que habíale ocurrido desde el momento en que cayera sobre esa posta la injuria del salvaje. Su relato fué entrecortado por breves sollozos o por silencios durante los cuales se tomaba la cabeza como si pretendiera evitar a los oyentes algo de la angustia que había dominado sus terribles horas en aquel encierro.

Contó que, advertida como todos del ataque y aterrorizada por ayes y alarida, sólo atinó a ocultarse en el pozo en una de cuyas paredes había hecho practicar el maestro de posta una abertura en sentido horizontal, fácil de disimular y donde podían ocultarse hasta dos personas. Al descender, el lazo que ella no había podido sujetar porque le quemaba las manos, terminó por deslizarse y, vencida por su propio peso, había caído sobre dos metros de agua, salvándose milagrosamente. Valida de los poyos usados para preparar el refugio, modificación de los antiguos carabancheles, había logrado escalar a duras penas el escondrijo cuyo inventor no tuviera tiempo de utilizar. Sobre la abertura, un manojo de incipientes cortaderas disimulaba la entrada.

Haría cosa de media hora que se mantenía quieta, cuando la sobrecogió el chasquido brutal de un cuerpo sobre el agua. El eco, en sucesivas modulaciones, fué es-

capando como por una chimenea hasta desaparecer en el aire. Finalmente había quedado todo en silencio y, durante las interminables horas que siguieron, el atormentado cerebro de la infeliz mujer había visto desfilar las más grotescas y espantosas escenas. Con la tardía luz que le llegara tras las horas angustiosas había ido perfilándose la informe silueta del desgraciado cuya cara estaba hundida en el agua así como la mitad de su cuerpo. Un líquido viscoso, sangraza tal vez, se había extendido sobre el agua una vez quieta, dibujando extraños arabescos tornasolados. Aquella misma tarde la sed comenzó a atormentarla. ¿Beber? Sólo el barro quitado a las paredes del refugio que vertían escasas gotas había logrado mitigar en algo su desesperación. Le horrorizaba la idea de tener que acercarse al muerto para saciar la sed. Colocada como se hallaba en incómoda postura, corría el peligro de caer de cabeza y ahogarse. El balde y el lazo habían caído con ella.

El sueño le hizo olvidar las cavilaciones que comenzaban a golpearle el cerebro. Este reposo, entrecortado por sucesivas pesadillas, por el frío y la incomodidad de su postura, hízole creer que la luz del nuevo día era la del anterior, aunque le extrañó que un disco de sol iluminara la espalda del muerto. "Debe ser Olegario...", habíase dicho, presintiendo. Horas más tarde parecióle escuchar voces, mas diversas tentativas por observar la boca del pozo habían resultado vanas. Hasta que el rodar de la diligencia, cuyo rumor le llegara con singular claridad, habíala recobrado. Y más tarde las voces junto al brocal, arrancándole gritos de socorro y, a poco, ese desconocido que la llamaba.

—Nunca hubiera podido salir de allí sin la ayuda de ustedes... — terminó, moviendo la agachada cabeza —. ¡Virgen mía de Luján: habías sabido ser gaucha!

Fué necesario imponerla, a su vez, de lo ocurrido en la posta.

Extraído del pozo, dióse sepultura al peón.

Casi todos los viajeros se hallaban ya en sus asientos, cuando se acercó Almirón, portador de un par de botitas.

—Laj'hallé, ricién, debajo'el catre — explicó a Delfina —. Como la cuja hecha pedazos estaba caída encima, no la alvertimoj'hoy de mañana.

—Eran de la Dolores... — recordó la mujer. Y sus ojos inquirieron acerca de su suerte.

Almirón bajó la vista, apenado. Ella comprendió.

—¡Pobrecita! Es demasiado linda...

Y, ahogando un sollozo, se incorporó a la diligencia.

Sobre Cabeza de Tigre volvieron a agitarse las alas de cuervos y caranchos, no bien la soledad se hizo cargo del lugar. Pero el festín había terminado. Y con el sol las aves fueron alejándose en círculos cada vez más amplios.

A una legua de la posta, la diligencia y sus acompañantes dieron con la tropa de carretas que acababa de hacer alto para pernoctar. Aminorando el mayoral su marcha, se cambiaron saludos, noticias y advertencias. Como dos barcos en alta mar.

CAPITULO VII

—¡Chúaa...! ¡Chúaj'ah! ¡Chúaj'ah! — azuzó Gabino al *Sur*, su perro favorito.

Acababa de asomar en la ceja del pajonal una liebre gorda. Verla el perro y salir como flecha disparada, fué todo uno. El *Norte* lo siguió al punto garroneándolo casi. Y los tres desaparecieron detrás del pajonal. Gabino quedó un rato mirando, en la esperanza de que las alternativas de la persecución le permitieran gozar sus emociones.

Sonando a lo lejos, el clarín de Nicasio Gauna lo devolvió a la realidad y reunióse a las mujeres que se acercaban al camino. Por opuesto rumbo, apareció el Ñato. Próximo al corral, su caballo tomó el tranco.

—Viene la 'deligencia — advirtió, por si no habían escuchado la corneta.

Entrando al corral, se dejó caer al suelo con el cojinillo; quitó las cabezadas y dejó a su caballo en libertad de revolcarse.

Minutos más tarde entraba al patio la diligencia.

—¡Pucha que ha andao perdido, Nicasio! — abarajó María Fabiana al mayoral sin darle tiempo a que descendiera del pescante.

—¿Me habrán echao de menos, verdá? — replicó su sonrisa envuelta en optimismo.

—¡Y, no! Cuatro meses largos, esperándolo...

—Ya lo hacíamoj'en algún cardal, comido por laj'hormigas y los caranchos — se interpuso doña Fe, haciéndose la atribulada.

—¡Epah! ¡Cruz, diablo! — descolgóse Gauna del pescante —. Mire, señora, que yo tengo la carne más dura que guay serrano.

El contacto rígido de sus manos encallecidas selló la cordialidad que los reunía. Ya en tierra, los viajeros seguían esas chanzas con curiosidad y asombro. Les resultaba inconcebible risa tal, fresca aun la sangre de cristianos inmolados. Pero les fué preciso convenir que la sensibilidad de esas gentes había encallecido a golpes de permanente sobresalto. Tanto ellos como los moradores de la Esquina se observaban, sin recelarse, pero con el ánimo prevenido. Gentes desconocidas entre sí, difícilmente volverían a encontrarse. Como polvo que el viento arrastra en las huellas, los forasteros pasaban sin dejar rastro en la posta cuya alma llegaban a conocer recién cuando la tragedia se cebaba en sus desprevenidas flaquezas.

Las mujeres acudieron en ayuda de Delfina Vargas. Arrebujada en un poncho que le facilitara Gauna, venía tiritando bajo su húmeda ropa. Doña Fe aconsejó que se la acostara; husmeaba la fiebre como quien presiente una tormenta, y se propuso ganarle de mano. Se lo previno a la mujer de Ortiz, cuya cara, por cierto, no expresaba satisfacción.

—¡Ah, ja! ¡Ahura que hay que preparar cama a tuita esta gente!... — murmuró, trasudando su eterna disconformidad.

En ese momento llegaron los perros. Bocas y pechos ensangrentados denunciaban el resultado de la cacería.

—Se la comieron, ¿eh? Perros canallas... — los recibió la amonestación de Gabino —. ¡Ya les vi'a sacar las garrapatas!.. — amenazóles.

Los perros, henchidos sus cogotes y orejas del parásito, huían a la solícita preocupación del muchacho y, cada vez que lograba arrancarles algunas, provocaba tras del pasajero dolor una grotesca mueca de repugnancia en el animal favorecido. Por ello, ante un gesto de Gabino, escaparon a ocultarse detrás del corral.

Robándole unos minutos a la tarea en que todos debían colaborar, María Fabiana se aproximó a Nicasio.

—Aquí lo quieren saludar, don Gauna... — mostróle a la Gringuita que caminaba a su lado con visible timidez.

—¡La porra que hemos crecido! — exclamó el mayoral, levantando en vilo a la pequeña —. Ahí le traigo unas zonceritas... — agregó luego de estrecharla contra su pecho.

—Siempre habla e zonceritas... y después se hace ver con cosas güenas — rectificó María Fabiana.

—De usté también m'he acordao... Falta ver si le doy en el gusto.

Mostrábale ahora un primoroso mate trabajado en madera de retamo.

—Tiene que curarlo con leche y al otro día con cebadura. Sabe ser muy sabroso, ansí, el amargo.

Lo había encomendado a un tornero del Rosario, llevándole el trozo de palo, cuyo perfume trascendía ya.

—Viniendo e sus manos... — iba a agradecer María Fabiana, cuando vió pasar cerca de ellos a Cantalicio —. Me voy — explicó —, ya me va a llamar doña Juana.

El mayoral había comprendido. Pronto le llegaron las últimas palabras de la reprensión: "Nojotras echando los bofej'y la niña e charla..."

Movió Gauna la cabeza, pensativo.

—¡Cada vez que nos devisa conversando, ella nos corta el habla. Uhmjú!

Lo incierto de la situación a lo largo de la futura jornada obligaba a demorar el viaje hasta aclararla. Tendría, gracias a ello, oportunidad de hablar con la muchacha y, en todo caso, despejar las dudas que la inexplicable actitud de doña Juana despertaba en su espíritu. Los indios continuaban "adentro" y era prudente no aventurarse a transponer el Carcarañá, operación siempre morosa y que oponía desventajas a las diligencias.

* * *

—Una noche, como quiera se pasa... — contestaba la señora viajera a una pregunta de Ramona acerca de cómo habían descansado —. ¡Uhy, qué fresco se ha puesto! — agregó, saliendo al patio en procura de sol y reparo contra el aire ligero del Sur.

A más de fresca era alegre la mañana, adecuada para disipar las tristes impresiones de la víspera. Lo resuelto por Gauna llevó tranquilidad a algunos espíritus, otorgándole, de paso, mayor autoridad.

Fueron reuniéndose en el patio viajeros y dueños de casa. Mientras unos cimarroneaban, el resto se aplicaba al mate cocido, con o sin leche y pan casero, cuando no galleta de piso. Era el mejor desayuno que podía ofrecerse a los forasteros en esa larga travesía.

Delfina Vargas, ya casi repuesta, se hallaba, también, en la reunión. Repartiendo "buenos días", llegó último a la rueda un joven atildado.

—Menos mal que tuitoj'hemos madrugao este día... — lo recibió don Facundo como si no se refiriera a él.

—Es que le tocó una cuja muy dura y no pudo dormir, seguramente — se interpuso doña Fe.

—Para decir verdad — replicó el aludido, restregándose los ojos —, me dormí tarde. Las vinchucas no me dejaban conciliar el sueño; ni los perros con sus ladridos...

—Siempre que cae un pueblero roncador, torean los perros — advirtió el Ñato —. Y las vinchucas lo acosan.

Sin hacer caso, el joven fué a sentarse en una tabla dispuesta en tres apoyos no muy seguros, sobre el central de los cuales hallábase ubicada Ramona. Desde allí, púsose el forastero a observar a Julia que hacía correr el mate. Ella lo había notado, aunque aparentaba no advertir la atención de que era objeto. Cuando le llegó el turno del mate, él fingió no acertar con la calabaza y allegó sus dos manos en una exagerada precaución que llevó sus dedos afanosos a la caricia disimulada sobre las manos ásperas y rechonchas de Julia. Ponía en práctica, sin duda, el consejo de otro pueblero, antes de emprender via-

Fe! "A las chinas, en el campo, no hay que andarles con vueltas." y que corroboraba el refrán aquél: "A la mujer y al barro... por el medio." Alguien, advirtiendo el hábil trabajo, expresó, sentencioso:

—Será aplicao al sueño; no discuto, Peto, ¡cuando se recuerda!...

Ya las muchachas habían cambiado, disimuladamente, impresiones con Julia, que "se dejaba arrear". Con la cabeza media gacha, tomó disimuladamente un aire de "caída" que dosificaba con harta inteligencia. Y terminó por sentarse junto al pueblero.

Luego de algunas frases triviales para ponerse a tono, contestadas con monosílabos, como cuadraba a una chinita ingenua, el mozo aventuró, por lo bajo, un manido requerimiento:

—¿Tiene novio, usted?

—¿...?

—Que si tiene novio.

—Yo... soy casada. ¿Y usté?

—Todavía no me he acollarado —repuso el joven, por no quedar en blanco.

Martina habíase aproximado por detrás con su mayor disimulo. Alguien alcanzó al forastero un jarro con mate cocido, que éste recibió, incorporándose a medias. Y Martina aprovechó para hacer rodar hacia el centro el tronco que servía de apoyo a la tabla. Quedaba el asiento, de tal suerte, a merced de Ramona y Julia. El pueblero no había advertido la maniobra como tampoco quienes con él charlaban en ese momento.

—¿Viene dende muy lejos? —le preguntó Julia, en arrastrada confidencia y echando mano de una candorosa sonrisa.

—Desde Buenos Aires. Voy a Córdoba, a estudiar...

—¡Había sabido ser corajudo!

—¡Bah! ¿Y por qué?

—Mire que largarse solito dende tan lejos...

La señora mayor alcanzó la ironía. Y, previendo algo más pesado, le previno:

—Mire, Goyo, que en el campo, los dormidos velan con un ojo...

Pero el desaprensivo muchacho no hizo caso de la advertencia. O no midió su alcance. En ese momento se pusieron de pie, una tras otra, Julia y Ramona.

—Entuavía tengo que... —alcanzó a decir la primera, cuando la tabla, libre del contrapeso de las muchachas, describiendo una amplia trayectoria, dió por tierra con el estudiante.

—¡Oh!, ¿se hizo daño? —acudieron en contenida risa las mismas que acababan de jugarle tan mala pasada.

—¡No! ¡Qué esperanza! —levantóse Goyo, avergonzado, sacudiéndose la ropa.

Y llegó a tiempo la agria amonestación de doña Juana, desde la cocina:

—¡Ya ej'hora e que se sosieguen y respeten a la gente! —corrió a las chinitas.

Afortunadamente, una falsa salida de los perros desvió la atención general hacia el otro lado del camino.

* * *

Esa mañana de otoño, el sol atemperaba la fría caricia del viento sur, inesperadamente suave. Creaba cierto optimismo en los espíritus y agilidad en los seres.

Cuando María Fabiana, llevando a la Gringuita en ancas de un overo maceta, se acercaba a la Cañada de los Quebrachos Viejos, Nicasio Gauna, que ya la había divisado, levantó la cabeza. Terminaba en ese momento de pasar el lomo de su cuchillo por costillares y panza de su caballo, a fin de escurrirle el agua del reciente baño. Se agachó luego, buscando una mata de paja colorada donde atarlo del cabestro. Enjuagó manos y cuchillo, pasó éste por sus botas de potro y lo envainó. María Fabiana estaya ya a punto de apearse.

—Me le vine a doña Juana que anda atareada —explicó la muchacha.

—Entonces, la convido a que hablemoj'a gusto y sin bomberos —repuso el hombre—. Ni que noj'hubiéramos apalabrao...

Se refería a la insólita vigilancia que la mujer del maestro de posta ejercía sobre ellos desde tiempo atrás.

—Estoy a su mandao, Nicasio —replicó la moza, mientras buscaba, a su vez, en dónde atar el caballo.

—Prieste el cabestro... —se adelantó el mayoral—. Aquí, juntos, noj'harán sombra. Podemoj'asentarnos.

Con la Gringuita sobre sus faldas y sin más preámbulos, el hombre entró en materia.

—Dende aquella ocasión en que quise hablarle'e su padre, poco noj'hemos visto. Agatas dos veces...

—Eso es.

—Luego anduve enfermo —prosiguió el mayoral—, por eso me perdí un tiempo.

—¿Algo e cuidao?

—Nada, hija, graciaj'a Dios. Sino que, demientra andaba e balde, tuve oportunidá e llegarme hasta La Caledonia. ¿Ricuerda que le contaba, este año pasao, que había hallao un forastero en la Pulpería e los Gallegos? Ah, ja... le conté que el hombre había conocido a don Alvaro Cruz.

—Ansina es... —asintió la muchacha en un suspiro.

—Como le decía... Si el hombre no me había equivocao, allí me sabrían dar razón de su padre.

—¿...?

Los ojos de María Fabiana inquirieron ansiosos.

—Y, di, no más, con las noticias que buscaba. Don Alvaro Cruz supo ser estanciero muy mentao en el pago e Pergamino. Tenía un campo de ocho leguaj'atravesao por la Cañada e Rojas. Hasta había alquirido un tarquino y algunas vaquillonas, pero agatas pudo ocuparse de ese plantel cuando tuvo que ausentarse pa Córdoba, ande acababa de morir la esposa, su mama, Fabiana... Venía e güelta, viajando con su única hijita, en la mesma tropa e carretaj'ande traiba el equipaje, cuando... lo mataron loj'indios. A usté le han contao muchas veces, hija, cómo jué aquella desgracia...

La palabra de Nicasio Gauna había ido apagándose, ahogada por la emoción y el deseo de no mortificarla. Luego de un corto silencio, el hombre concretó:

—Ahura falta que hallemoj'el campo, la estancia que supo ser de su padre; y en qué manoj'está. Y que Dios diga la última palabra.

—Usté manda, Nicasio.

—Pero con su licencia. De no ser por sus derechos, ni juicio le haría al asunto, que no me interesa. Esto quería decirle, María Fabiana. Y decírselo sin vichadores —terminó, levantándose—. Ña Juana parece que no se duerme.

—Es que Cantalicio me anda pretendiendo.

—¡Ah, muchacho alvertido! —rió el mayoral. Y al cabo de unos segundos, como si recapacitara, preguntó con un raro acento en su voz:

—¿Y usté...?

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia, Nicasio!

—Perdone, hija; me hacía falta que usté mesma lo dijera...

—Ya se está haciendo tarde —advirtió María Fabiana, incorporándose.

El mayoral alzó la vista y comprobó que la mañana alcanzaba a su término.

—Sí —aprobó—. Ya deben ser las doce; no sea cosa que ña Juana me la rete...

Cuando llegaban a las casas, el sol marcaba ya un mediodía radiante.

—¿Ande anduviste metida tuita la mañana? —recibió a María Fabiana su madre de adopción.

—Acá y... allá en la Cañada.

—Siempre que hay algún trabajo, vos te perdés —la retó doña Juana. Y viendo que detrás de ella llegaba Nicasio—: O ¿andáj'alzada? —le escupió su sospecha, sin ambages.

—¿Alzada, yo? —replicó airadamente María Fabiana—. No ofienda'e vicio, señora. Y si le estorbo...

Calló de pronto. Quedóse mirándola, como si recapacitara. Hasta que optó por retirarse, fija la vista en el suelo. Era la primera vez que la huérfana reaccionaba así.

Pero habíase ya interpuesto don Facundo Ortiz.

—No olvide, señora, que esta moza es nuestra hija y que no tiene p'ande devisar —reconvino a su mujer.

—Parece tuito lo contrario —repuso intencionada y molesta, doña Juana.

—Nunca, que yo sepa, te ha dao motivo pa que le faltés. Ahura, si querés que busque otra querencia...

—Pa lo que me aflige.

El incidente había tenido la virtud de despertar la aparente indiferencia del mayoral, que escuchaba callado.

—Entuavía me va a poner en el caso de alzármela... —murmuró desde la puerta de la cocina. Y escupió como quien tira lejos una mala idea.

María Fabiana fué a cobijar su pena detrás del horno.

—No le hagás juicio, muchacha —la consoló doña Fe, que había seguido detrás de ella—. Esa debe andar ida e la cabeza...

No cabía en su cerebro otra explicación. Nunca habríasele ocurrido suponer un entendimiento entre Nicasio y María Fabiana; pero, como nada obstaba a ello y la costumbre del desierto lo autorizaba, dió en pensar que, a lo mejor, esta incidencia podía traer un sorpresivo desenlace.

—A lo mejor... Cosas de una, no más. Porque cuanto más se lo tironea, más porfea el ternero pa la teta...

Y, llevando a María Fabiana de la cintura, se reintegró a la cocina.

Dentro de la pulpería los viajeros rodeaban a un extraño personaje. Había llegado éste al filo del mediodía, montando un caballejo que parecía moverse gracias a milagro. Acusaba una cumplida centuria su rostro curtido, como plegado a plancha, y el antiquísimo sombrero requintado dejaba ver la frente cuyas arrugas recordaban esas sinuosas líneas paralelas que deja la gradación del mar sobre la arena. En su amplia melena blanca no se habría hallado un solo cabello oscuro y, junto a ese dechado de estereotipadas intemperies, el par de ojillos negros "entuavía se comedian a devisar...", según su afirmación.

Nicasio Gauna llegó que ni de encargo para presentarlo.

—Dichosos loj'ojos que lo ven, don Gaudencio —solivió el mayoral su sombrero al estrecharle la mano.

—Tamién los míos tienen esa dicha —repuso el viejito con voz atiplada y parsimoniosa.

Gauna lo conocía por haberlo encontrado más de una vez en Cabeza de Tigre, haciendo acopio de caña y provisiones.

—¿Qué de güeno lo trai por estos pagos?

—De güeno, muy poco, aparcero... ¿O no se han enterao del malón de loj'otros días a la Cabeza'el Tigre?... Antier, como ej'el costumbre mío, me dejé cair en busca e viciojy provista. Y ¿qué hallé? Pues la posta quemada. Sí, señor, como me oyen. Le bajé el rebenque a mi chuzo y no paramoj'hasta el rancho. ¡Sí, señor!

Para ahuyentar malos recuerdos, el viejo apuró su vaso de caña y dejándolo después parsimoniosamente sobre el mostrador, se pasó con fruición la mano sobre sus caídos bigotes.

—Pero, vea... No estábamoj'anoticiaos del estropicio, don Gaudencio —interpuso el maestro de posta, haciendo una guiñada significativa que los presentes interpretaron de inmediato. Habría sido tarea larga el explicar a un anciano de esa edad los pormenores de la reciente tragedia. Era caridad y prefirieron dejarlo en ilusión de la primicia. Ausente por momentos, el viejito parecía alejarse hacia recuerdos donde ninguno de los contertulios hubiera podido acompañarlo. Era evidente que su arribo a Cabeza de Tigre había coincidido con su abandono por los indios y precedió a la llegada de Almirón y sus acompañantes.

—Y usted, señor, ¿no tiene miedo de andar solo por el campo? —lo interrogó la joven viajera.

—¿Miedo, dice? De ande, hija... Ah, ja —aclaró, luego de mirarla bien—, si usté no había sabido ser de este pago, pues...

—No, señor; soy viajera.

El viejito, como si no hubiera oído la aclaración, continuó con su pensamiento:

—¿Por qué iba a tener miedo e morir aquí u dos leguaj'allá? A mij'años, lo mesmo da un sitio que otro... —Y se hizo servir otra copita de caña—. ¿Gusta, moza? —ofreció a la joven.

La viajera agradeció y otro de los forasteros, que deseaba escucharlo, interrumpió:

—Pero debe ser muy feo eso de morir lanceado por indios tan sin alma.

Durante un momento, el viejo gaucho permaneció callado. Parecía abstraído en busca de un argumento con que probar lo que se proponía responder. Hasta que, levantando con cierta dificultad las aldas de su poncho y luego sus ropas de color indefinido, mostró sobre la rugosa piel de su costado y junto a las costillas, un largo desgarrón cicatrizado muchos años atrás.

—¡Ah, ja! Un lanzazo e mi flor —observó don Facundo, mientras toda la rueda se empeñaba en examinarlo.

—Me lo hizo un indio retacón... una vez que noj'avanzaron en los campos del finao Goresito, junto a la laguna e Mlincué.

—Habrán peleado fuerte —dijo uno.

—Sí, señor; peliamos lindo. Pa defendernos. No éramos melicos, pero le andábamos cerca. Algunos la sacaron pior que yo.

Cuando un rato después y junto al fogón, el viejito lidiaba con una presa de oveja, insistió murmurando:

—Y entuavía me defiendo...

Una mueca que quiso ser risa extravióse en su desdentada boca que, por ratos, se escondía entre los blancos bigotes.

Pasada la siesta, don Gaudencio rumbeó hacia el nordeste. Su rancho, según afirmó, quedaba en la otra banda del río, que le era necesario transponer. Se ausentó tan parsimonioso como había llegado. Aparentaba no tener prisa, ni por llegar ni por morirse.

Desde diferentes rumbos volvieron las parejas que habían salido a reconocer, una el vado del Carcarañá y otra los alrededores. Ambas regresaban sin hallar novedad; no habían cortado rastro alguno ni observado movimiento en el campo.

María Fabiana comentaba en el patio con la joven viajera los relatos del anciano. La madre de ésta se acercó en compañía de Martina.

—¿Cómo es posible que estos hombres soporten privaciones semejantes y afronten tamaños peligros? —decía la señora—. ¡Que permanezcan así, indiferentes, frente a la muerte; que no le huyan!

—¡Oh!... ¿y de áhi? ¡Pa qué estamos nojotras!... —respondió Martina, convencida.

Entre meditabunda y pasmada, la forastera se llevó una mano a la mejilla.

—Tiene razón, mujer —dijo al fin—. Tiene mucha razón.

María Fabiana habíase quedado pensando, gacha la cabeza, como agobiada por algún problema.

—¿Usted es casada? —la sorprendió de pronto la joven forastera.

—No, niña, soy mocita —replicó María Fabiana. Y, adivinando el porqué de la pregunta, agregó—: Esta criatura es de una finada que descansa áhi no más... —señaló su mentón hacia el cardal.

—¿No estuvo enamorada alguna vez? —insistió la forastera.

—No sabría'ecirle. Ocasiones, se me hace que... Pero, no. ¡De ande!...

La viajera miró en derredor como si buscara un hombre a quien reprochar su falta de interés frente a una mujer tan donosa y que rebalsaba simpatía. Sus ojos tropezaron con Nicasio.

—Ahí tiene un hombre. ¡Lindo gaucho! —comentó con aparente indiferencia.

—Lindo y güenazo. Pero ej'algo así como un padrino mío —explicó la muchacha—. Me conoce dende que yo era ansí e chiquita —bajó su mano extendida. Y a sus ojos asomó una sonrisa cordial.

La viajera suspiró. Miraba ahora la pampa inmensa, abierta como una perplejidad. Era ya la oración, esa hora de recogimiento sin preces, de exaltación sin palabras. Hora sin minutos, hecha sólo de momentos en sucesiva gradación de ánimo y colores. Gravitación de infinito, a cuyo amparo el recelo se aproxima apampado, esperando la oscuridad para manifestarse.

Viéndola abstraída, María Fabiana no se atrevió a importunarla. Por fin, como vuelta de un sueño fugaz, la joven hizo chasquear los labios y sonrió. Y ambas se dejaron arrear lentamente a las casas por el andar modoso de la noche.

Bajo el alero tropezaron con dos sombras.

—Entonces, tendremos que dirnoj'antes de que dentre el invierno. De no, va a ser duro eso... —convenía la voz de Almirón.

—¡Y, no! Pero nojotros solos... —opuso débilmente la mujer, ya decidida.

—Don Facundo me ha prometido darnoj'una manito.

—Ansí ej'otra cosa. Podemos dirnos mañana mesmo.

De esta suerte quedaba sellado el destino de Delfina Vargas. Unida al único hombre sobreviviente de Cabeza de Tigre, ayudaría a reconstruir la posta y a mantenerla. Casi sin solución de continuidad, renovaban la lucha impuesta por el destino esos forzados de la vida, en el desierto. Constante lucha entre el amor y la muerte. ¿Quién o qué obligaba a esas gentes a vivir allí, justamente al borde de la amenaza? Estaba en sus manos alejarse del peligro, buscar en zonas más seguras la subsistencia y la tranquilidad. Pero, como a los pájaros nacidos en jaula, cohibíales la libertad de huir hacia lo desconocido. Prisioneros de esa libertad, ¿qué los retenía? La tierra, tal vez. Como el árbol, que sufre lo mismo aquí o más allá el azote del pampero y nunca sueña en mudar de arraigo.

—No... si son volvedores. Como laj'hormigas —opinó casi alegre doña Juana, al enterarse de lo resuelto por la pareja.

Pero, cuando supo que dos de los muchachos irían a ayudar en la reconstrucción de la posta, ya la idea no le pareció tan buena. "Que se jueran de una vez... pero sin llevarse nada".

—Noj'haría falta otra yunta —sugirió Almirón, aludiendo a la posibilidad de que alguna otra pareja se animara a compartir las penurias en Cabeza de Tigre—. La Ramona no se atreve...

Ramona no quería. Porque le constaba que al Ñato no iba a sacarlo de allí. Era el hombre de confianza de don Facundo Ortiz.

Doña Juana buscó en seguida con la vista.

—Ahí tenés, che —propuso a María Fabiana que estaba de pie junto a la puerta—. Ahí tenéj'a Cantalicio. Se me hace que harían güena yunta.

Las muchachas se miraron. El Ñato se rascó la cabeza y escupió a las cenizas con desgano. Unicamente el aludido sonrió, alisándose los ralos bigotes. Su madre lo miraba, ansiosa por acuciarlo con ojos que parecían decirle: "Animáte, zonzo, hacéle un dentre". Pero, cuando volvió la vista hacia la puerta, María Fabiana había desaparecido.

—¡Se voló la paloma! —rió Gabino que estaba en todos los golpes.

—Vos, tragáte la lengua —lo reprendió su madre fastidiada, al tiempo que le propinaba un disimulado torniscón.

—¡Pucha, mama! No pellizque tan juerte... —se quejó el muchachito. Y salió mohíno, por la misma puerta.

—Se va detrás de la paloma... —vengóse Cantalicio. Pero nadie festejó su pulla.

Aclaraba cuando Nicasio Gauna, fingiendo acomodar un equipaje, se acercó a María Fabiana. Las sombras protegían su confidencia.

—Pa este otro mes ya estaremos de güelta. No bien llegue al Pergamino, largo la deligencia con otro y me voy pa los campos de La Espuela. Y en el otro viaje, Dios quedrá que no sea e vicio.

La muchacha estrechó su mano en silencio. Y entró en la cocina.

Asomaba el sol cuando la diligencia se puso en marcha. Los ojos y el corazón de don Facundo fueron siguiendo su rastro de polvo, hasta que dió con el paso del río. A su vez María Fabiana desde el mangrullo divisaba el vado. Al maestro

de posta le pareció un siglo el tiempo empleado por los viajeros en transponer el obstáculo. Recién cuando un penacho de polvo anunció la reanudación de la marcha por la banda norte, siempre algo más segura, el maestro de posta respiró tranquilo y la muchacha descendió del mangrullo. El campo también estaba quieto.

Martina y Julia encararon el patio del norte, el vano de las puertas, como encandiladas de ausencia. Otro tanto le ocurría a María Fabiana y hasta a don Facundo, quienes solían experimentar esa suerte de desazón a poco de partir la diligencia. "No alcanzan a calentar una pieza, cuando ya lej'están cosquillando laj'asentaderas y se alzan a buscar acomodo en otro lao. Es que — terminaba la curandera glosando el viejo proverbio preferido de Cantalicio—: "el bien no es conocido hasta que no es perdido".

—¡Ya le pegaron por la otra banda! — dió el hombre la noticia. Y fué como si un aire hubiera puesto a tono los espíritus.

Al día siguiente, por la mañana, Almirón, Delfina Vargas y sus dos acompañantes rumbearon hacia el naciente. La posta de Cabeza de Tigre habría de resurgir en breve plazo. Como un renuevo sobre el campo quemado. Y una vez más la Esquina del Lobatón quedó "lo mesmo que un cojinillo caído en el camino". Tal le resultaba al Ñato la soledad que, a cada nueva ausencia, volvía a achicar la posta.

CAPITULO VIII

Hace largo rato están dos gauchos en la Esquina; en su pulpería. Uno, de mediana estatura, fornido, mirada amplia y tranquila, se halla de pie junto al mostrador sobre el que algunas moscas aprovechan el morado desperdicio de recientes libaciones. El otro, flaco, largo, esbelto, agáchase estirado, como suspendido del trasero. Acodado sobre las tablas, alarga la confidencia hasta rozar sus ojos con los del interlocutor. Diríase un par de figuras de cera en cuyos rostros una preocupación hubiese estereotipado algún difícil problema. Resulta imposible ahondar en la aparente inquietud de esos dos hombres que hace una hora se encontraron luego de un mes largo de no verse. Hasta que el flaco, por vía de descanso, cambia de postura, elevando la recostada mitad de su cuerpo, y recita parsimonioso:

—Créame, aparcero; se me hacía que la vaquillona empastada era la picasa.

—No — responde el otro, apurando el resto de sangría que le queda en el vaso—, jué la overa vieja; una que ya no daba leche. ¡De ande, vaquillona!...

Su mano izquierda limpia a conciencia el poblado bigote con gesto despacioso. Saca, después, la manijera de la guacha que pende del facón — esa guacha que un amigo del Entre Ríos le dejara de recuerdo, "van pa los doj'años..." — y tras del "ya está pago" con que detiene el gesto de su amigo sobre el tirador, ámbos se disponen a abandonar la pulpería mientras, detrás de las rejas, don Facundo procede a enjuagar los vasos usados.

La estrecha abertura de acceso se ha oscurecido unos segundos, hasta que, eliminada la obstrucción de sus cuerpos, vuelve a penetrar toda la luz de afuera, como agua de un canal. Poco rato más tarde y tras de unos momentos en vaga observación del horizonte y acomodo de los aperos, parsimonia que más sugiere un ritual, ambos se alejan hacia la nada de esa pampa donde se ocultan sus respectivos ranchos, nó sin dejar antes a don Facundo "memorias pa todos".

Satisfechos, como sincronizando idéntico propósito, levantan el brazo derecho del que penden sendos rebenques, y ambos caballos toman el galope a una leve inclinación de los torsos anticipados; obedientes más a una sugestión que a un estímulo. El horizonte se encargará pronto de deglutir sus respectivas siluetas. Pero antes, como los pájaros grandes, han mirado el círculo enorme de la llanura ilímite; como ellos, la han contemplado, acaso sin penetrar su esencia.

Desde el borde del corral surge, entonces, la figura de Ramona que se ha dejado estar allí dos horas, asoleándose como una iguana. El rumor del doble galope acaba de ponerla en pie.

—¡...que los tiró! — murmura, divisando.

Antes de que prosiga su soliloquio, la voz de Julia recién asomada, corta en seco el desahogo procaz.

—A mí, tamién, se me jueron — protesta, sobradora—. Tarde piaste, hermana...

Ramona se reintegra a las casas, más disgustada por haberse dejado sorprender en sus sentimientos que por la ocasión perdida. Julia queda sola, frente al campo silencioso.

—Endeveras, ¿eh?—murmura, entonces, para sí—. ¡Que los tiró e las patas!

Sus ojos siguen tras de esa ilusión momentánea. Y en la aspereza restregada de sus manos se desgranan ahora los minutos muertos.

Falta poco para que el otoño ceda paso al invierno. Transcurre esa época en que ambos parecen luchar como ancho río y mar enorme. Y en la barra virtual del tiempo inestable, chocan indecisos el calor y el frío. La jornada se va en largos silencios donde sobrenada el desconsuelo. Al hombre le resulta imposible erguirse espiritualmente ante el agobio del cielo desparramado sobre la enorme pampa siempre enigmática. Y esa gravitación redunda en somnolente apatía, en indiferencia ante el rigor de la vida. Foráneos trashumantes y desaprensivos puebleros mal interpretan la razón de tal indolencia. Vivir a la orilla de esa ruta amarga, sobre ese camino de machos, se hace penoso.

El viento comienza a sollozar en los quinchos y el Camino del Sur se despelleja como víbora en pelecho.

Fuera de esas cuatro paredes de chorizo; de aquellas tunas entrelazadas casi, desde el tronco al palo a pique, y el claudicante mangrullo que se esfuerza por divisar empinado sobre sus chuecos sostenes, la vista no halla dónde apoyarse, cómo apuntalar el pensamiento que suele envolverla. Y se va, de una hebra, hasta el confín del horizonte, sobre cuyo enigma huidizo dilúyese, por lo común, en una perenne conjetura.

* * *

La lluvia estaba ausente desde hacía largo tiempo. Por fin, tras del proceso madurativo correspondiente, el cielo quedó una tarde cubierto y ceñudo. La oración llegó propicia para el juego de los relámpagos. Con el último bocado se fueron recogiendo todos en la posta, a la que ya habían regresado los ayudantes de Almirón.

Uno de los postillones, que hacía guardia bajo la ramada, se hallaba intrigado. Desde un rato, a cada pantallazo, venía observando cierto bulto sospechoso que se movía, a tiro de bolas, entre el pajonal.

No pudo con la sospecha y se levantó de junto al fogoncito, entrando en la oscuridad.

—¿Ande vás? — lo interrogó Cantalicio, en voz baja.

—Vide una sombra; anda como bombeando.

Agazapado, esquivó a su vez a la denuncia del relámpago, palpó en su cintura el facón. Y se fué achicado, apampándose. A tiempo de erguirse, ya sobre el pajonal, vió otra vez la sombra que, como si descubierta, vacilara.

—¡Salí pal limpio, indio sotreta! —alcanzó a gritarle Romualdo.

Y, efectivamente, salió. Pero con el característico brinco de una gama. El animal, corrido por la tormenta, había dado inopinadamente con la posta. Riendo de su chasco, el postillón se volvió a las casas.

—¿Y?... — lo interrogó Cantalicio por lo bajo.

—Era un cacique — respondió el otro —. amargo el indio, che; no quiso pelear.

Cantalicio lo amagó con un palo. Ambos, nerviosos más de tormenta que por otro motivo, permanecieron largo rato sentados junto al fuego, al que se hizo necesario cubrir porque el viento comenzaba a esparcir las chispas. Inopinadamente, cesó éste; no los relámpagos.

Ya a plena tarde había llovido un poco. Chaparrones esporádicos despertaron a lo largo del camino ansiosa expectativa de suelo reseco. Y en el tenue polvo oloroso a campo exhausto, que el castigo del breve aguacero había levantado en las huellas, quedó una perspectiva de inminentes bendiciones. Más de diez días amagando tormenta bajo un calor que superaba en mucho a la temperatura normal, había cargado de electricidad la atmósfera, sobrecarga aflorante ya en el desasosiego de los animales y condensada en una sospechosa quietud de la naturaleza durante los tres últimos días. Quedó como que las nubes no querían o no podían descargar. Luego de ese chaparrón, el cielo continuó huraño, en ceñudo grisáceo que nada prometía.

Los relámpagos jugaban ahora con la noche, poniendo fugitivas várices al cielo. De improviso, un breve chubasco que apenas alcanzó a durar un minuto, cayó como por error. Nuevamente la calma, acentuada para alertar, en inexplicable desasosiego, los ánimos despiertos. Dentro de las casas, a excepción de los niños, nadie dormía.

Los relámpagos continuaron su juego. Si el relincho de algún caballo suelto no bastara a denunciar su presencia, la luz intermitente, limpiando el campo de tinieblas, dibujaba en fugaces trazos su silueta. Detrás de ellos fueron llegando truenos opacos. Diríase que remotos pagos entablaran por sus bocas un gigantesco diálogo de voces graves. No mediaba aún la noche cuando todo quedó en suspenso. Las várices dejaron por un rato de atormentar al cielo y hasta los truenos languidecieron, agotada su charla de titanes. Una quietud, por momentos extraña, comenzó a gravitar sobre los campos que despedían ahora un inusitado olor a bestias en celo.

El hombre percibía en su epidermis lo irreal de semejante quietud, cuando inopinadamente un rayo desgarró el taimado silencio de la noche. Rayo violento que fué, recto, a herir la encogida soledad del campo desprevenido. Y, de inmediato, pareció que, por contraste, el silencio hubiera crecido en amenazas. Pero, bien pronto, otro rayo equivalente contestó al

primero; y, sin tiempo a apagarse la detonación, otro más tornó pavoroso el cuadro ya inquietante. Dos minutos escasos y un enorme toldo de nubes se rasgó en el esfuerzo enceguecedor del cuarto rayo, que pareció haber caído muy cerca de la posta. Quebradizo, el llanto de la Gringuita se ahogó contra el pecho de María Fabiana.

Luego del estruendo, la pulsación del silencio, percutiendo en las venas del hombre para marcar el transcurso de cada segundo de espera. Pausa breve y otro, más alejado aunque no menos violento, cayó con fragoroso estrépito y se fué, dando tumbos por el cielo, a despertar pagos distantes. Transcurrieron los segundos. Torsos agachados esperaban envueltos en la angustia. La tregua parecía hecha ex profeso para agudizar el espanto. Instantáneo, el chasquido de una cuerda arrancó a la guitarra del Ñato un magnífico desgarramiento, sorprendiendo a los cobijados en la cocina. Con los miembros recogidos, aguardaban los ánimos el instante del próximo sacudimiento. Una de las mujeres dió en pensar "cómo lo estarían pasando Almirón y la Delfina", cuando un nuevo rayo, seguido de tres más en un tiempo sin minutos, desarticularon la calma desconcertante de aquella tormenta seca, durante la cual no se acertaba a establecer qué era más espantoso: si el estallido del rayo o el sosiego absoluto en que quedaba la tierra entre uno y otro castigo. Era como si cada rayo partiera en dos la bóveda celeste; y entre ese rasguido de cien telas y el estallar del trueno, transcurría la agachada angustia del hombre, iluminada por enceguecedor relámpago, como para sumir aún más aquellas míseras humanidades en un redondo estremecimiento de leguas.

Entretanto, echábase de menos al viento. Fuerte olor a ozono penetraba desde el campo, empujado por los refusilos desorientados. En la oscuridad de los ranchos, la palabra estaba ausente. Durante las treguas, algunos pollos escapados al dormidero bajo el mangrullo, reclamaron su derecho al reparo de las habitaciones; y desde abajo de los catres subía lento un persistente olor a perro mojado. Nueva sucesión, ahora de tres rayos, ocupó el tiempo de dos minutos cabales.

Como si desde el corazón de la posta atribulada se desparramara en ondas sucesivas, el tremer celeste agrandábase por concéntricos espantos para finalizar desmayando en horizonte de rezongos. Y, otra vez, la calma exacerbante.

Ni un solo grito de mujer se atrevía con el silencio y resultaba éste tan espeso que habría sido difícil cortarlo con un llanto. La luz del relámpago mostró a Romualdo y a Cantalicio dentro de las piezas donde los intervalos sin dimensión hacían más atroz la espera del ánimo, apeñuscado ya hasta lo indecible. Y, al gradual alejamiento de cada retumbo, florecía un nuevo interrogante de otro por suceder. Durante uno de ésos respiros, el lejano mugir de una vaca llegó como reproche hasta los hombres amedrentados.

Bajo esa noche picasa de fluorescencias, a cuya luz intermitente las lagunas parpadeaban alborotadas de pájaros entredormidos, la posta desaparecía apampada en la quietud pavorosa de los campos, sobre los cuales ni una gota de agua había caído desde el comienzo de aquella tormenta seca.

Y llegó todavía la más espantosa de las llamaradas, prorrumpiendo en frenético chasquido. Fué un relámpago de luz violenta y, sin solución de continuidad, el estruendo brutal deslizándose hasta el impacto. Tras de ello, aquel olor a azufre sobre toda la población.

Cuando todo hubo callado, bajo un penoso abatimiento, la enrarecida voz del maestro de posta, asomada al silencio, atrevióse:

—¡Centella!... —murmuró.

Quince rayos con sus truenos entreverados al implacable latir de once minutos habíanse acumulado en la angustiosa soledad de aquella noche interminable. Lo increíble en once eternos minutos.

E inopinadamente, también, estallando encima de la apagada voluntad de aquellas gentes, las nubes todas de excedida gravidez cayeron por fin en aguacero sorpresivo, enteras casi, sobre el suelo todavía duro, para estrellarse crepitosas, libres ya del aterrador proceso eléctrico de esa tormenta extraña. Recién entonces, los espíritus, tensos como el tono de una guitarra levantado hasta lo increíble, empezaron a comprender el tamaño de su tribulación. Pero lo inaudito estaba cumplido. La lluvia se aplicaba, ahora, a la tarea de atemperarlo todo. En el patio, las gotas procaces redoblaban sus aplausos.

Sobrecogido aún, el hombre siguió pensando en Dios un largo rato.

Y toda esa noche, la lluvia torrencial acunó el sueño entero de la posta.

A la mañana siguiente, Gabino avisaba que el mangrullo se había venido abajo.

—La centella... —repitieron los labios amanecidos de don Facundo Ortiz.

Bajo la tozudez de un cielo encapotado aún, los pajonales prosternados observaban un mutismo vergonzante; y sobre el camino, los charcos miraban fijamente al cielo. Chaparrones insepultos, había algo de humano en sus pupilas vidriosas. Pero, a cinco días de la lluvia, algunos de ellos exhaustos ya sobre el camino planchado de sol, comenzaron a florecer en cáscaras de barro.

CAPITULO IX

Un azul profundo se hundía en el firmamento diáfano. Al socaire del muro oeste, el Ñato luchaba por "sacar" un estilo que escuchara en la guitarra a un forastero, esa mañana. Junto a él, los ojos descaecidos de Martina, con esa cariñosa tristeza que deja el amor en la mirada, lo contemplaban. Bajo el párpado inferior, arrugado de reincidentes vigilias, una línea oscura subrayaba lánguidas ojeras.

Julia, Ramona y María Fabiana completaban la fila acurrucada al amor del sol. Cerca de ellas, Gabino y la Gringuita jugaban a "enlazar toros".

—Tengo los dedos engarrotaos... —se quejó el Ñato.

Esa tarde en pleno invierno, el frío, a través de los abiertos campos del sur, hacíase sentir sobre los moradores de la posta que, ocupados o no, se solazaban asoleándose. Doña Juana y Cantalicio, recostados contra los cepos del corral, conversaban. Y el resto, pero todos al sol, se ocupaba en algo.

De esas cuatro mujeres jóvenes, sólo Ramona no había hallado en la posta quien se acordara de ella. Su físico exuberante concordaba con una aparente quietud temperamental. Era, sin duda, la más basta y nada alteraba su habitual tranquilidad de agua mansa.

Los conocidos torcedores de María Fabiana, disimulados por la mansedumbre de sus ojos en perpetua sonrisa; la pasión de Martina por el Ñato, y la reciente, fugaz, experiencia de Julia, fresca aún en la permanente humedad de sus labios gruesos contrastaban con la insensibilidad convencional de Ramona. Cuatro mujeres y cuatro problemas, aunque sujetas todas por imperiosas exigencias del sexo a un ineludible destino. Largos silencios abrían en paréntesis el coloquio interior de esas jóvenes sin mañana.

—Estaré condenada a no casarme nunca... —pensaba María Fabiana, clavada la vista en una gallina con pollos que se afanaba por hallarles alimento—. ¡El hombre aquél!... ¿Ande habrá ido a dejar su osamenta? A este otro... lo quiero... ¡con carne y alma! ¡Bah! Ni yo mesma sé 'e que laya lo quiero. Ocasiones... —dejó de pensar como si huyera el confesárselo a sí misma. Al igual que las otras, volvía a experimentar el escozor de la sangre. Entre ésta y el mandato extravagante de la finada, una lucha había comenzado a entablarse. Mirando jugar a la Gringuita, se lamentaba:

—¡Yo que tengo hecho el cuero y el alma pa ser madre!...

—"¡No dice!" —protestó en el opuesto extremo, una vez más, el Ñato, aludiendo al acorde que, en vano, buscaba—. Ej'al ñudo; no dice...

Dejó la guitarra sobre sus rodillas. Julia hizo jugar, entonces, los dedos entre las cuerdas.

—Y qué va a decir, si está templada al aire... —rió la muchacha.

Efectivamente. Rectificada la afinación, el acorde sonó como debía.

—Ya estuvo, tamién... —sonrió el Ñato.

—¡Ah, ja! Graciaj'a mí. Sé templar mejor que vos... —replicó Julia con intención.

—Eso habría que probarlo —retrucó el Ñato.

—Ni falta que hace... —se enroscó Martina.

María Fabiana se retiró a calentar agua para el mate. Al verla entrar en la cocina, doña Juana separóse de Cantalicio y fué, disimuladamente, en su seguimiento. Pero no estuvo un minuto en la cocina y salió de nuevo en busca de su hijo que aun seguía recostado en uno de los cepos del corral.

—Aprovechá ahura que está sola... —lo animó.

María Fabiana se incorporó al entrar el postillón, que se le arrimaba en silencio.

—¿Qué buscás? —preguntó alertada.

Sin decir palabra, Cantalicio le rodeó la cintura y pretendió besarla. Pero María Fabiana, alzando de un poyo el cuchillo con que terminaba de avivar las brasas, le amagó un golpe:

—Te vi'a cruzar la jeta de un planazo —lo amenazó indignada—. Ni el trabajo de aujeriarte el cuero...

Quedó el hombre unos instantes indeciso. Dudaba entre ahogarla con sus manos callosas o caer de rodillas. Hasta que salió corrido. No quiso hablar con nadie y quedó bajo el alero, divisando hacia el campo.

Al rato vió que doña Fe llegaba riendo en busca de su madre. Doña Juana, hosca, le escuchaba. Cantalicio alcanzó a oír sus últimas palabras:

—Por la rendija e loj'abodes sueltos, alcancé a verlos. Estaba enojada, la moza...

—Esa siempre haciéndose la delicada —replicó la mujer del maestro de posta—. Ya le vi'a decir a m'hijo que no le haga tanto juicio.

Doña Fe se retiró hacia la cocina, en tanto su interlocutora iba derecho a tal propósito. Cantalicio no se había movido.

—Andá hacésela pagar —ordenóle imperativa.

Pero el muchacho no se movió.

—¿Que no m'estáj'oyendo?

—¡No puedo, mama!

Doña Juana le arrancó casi el cuchillo que Cantalicio conservaba en su cintura y se lo colocó en la diestra.

—¡Andá, te digo! —repitió.

—Ej'al ñudo, máma... —se rehusó nuevamente Cantalicio.

Y dejó caer su arma, que se clavó en el suelo.

—Entonce, buscáte otra... ¿O crés que no hay mejores!

—No, mama. Es que la Fabiana jiede más lindo...

Doña Juana quedó mirándolo. Bien podía tener razón el muchacho.

En ese momento oyóse la voz de Ramona:

—¡Se divisa una polvadera! —anunció alarmada.

Don Facundo venía desde el corral y asomó el primero por detrás de la pulpería.

—No te asustés, muchacha —la tranquilizó—. Si ej'una arria e mulas. Han de hacer noche en la posta...

Su compañera miraba sin ver. Había en el juego de aquella mujer algo que iba más allá del hipotético logro de la presunta herencia de María Fabiana. Intuía oculto en el corazón de la huérfana un sentimiento que ni la perspicacia de doña Fe lograra alcanzar hasta ese momento. ¡Y acababa de fallarle el tiro!

Al enfrentar la Esquina, el capataz de la arria hizo saber a don Facundo su propósito de continuar viaje. El hombre traía apuro y, como hubieran pasado la siesta junto al río, deseaba aprovechar las horas de luz que aun le restaban para alcanzar Cabeza de Tigre.

—Loj'animales van descansaos y bien comidos —explicó—. Lástima que no sea noche'e luna, porque le pegaría hasta la posta de Arequito.

—No se fíe, aparcero. Mire que viajar de noche ej'asunto serio. Hasta máj'allá e los campos de la Candelaria, por lo menos... —advirtióle don Facundo.

Y con eso se despidieron. Galopaba el capataz a fin de alcanzar la cabeza de su columna, cuando cruzó a dos hombres que viajaban con él. Cambiaron breves palabras. Patrón uno de ellos, iba dispuesto a proseguir el viaje; su capataz, de mayor edad, pero más aplicado a las polleras, se empeñó en pernoctar en esa Esquina. Había advertido la presencia de las muchachas y logró convencer a su patrón. Aparentemente, la llegada de María Fabiana decidió a éste.

Esa tarde se fué entre tomarle el pulso al camino, desensillar, abrevar los montados luego que se revolcaron, y por fin, pastorearlos hasta el momento de encerrar nuevamente. Oscurecía temprano y el frío que ya se hacía sentir dió con todos en la pulpería donde unos tragos de caña pusieron en la tertulia cordialidad y calor indispensables.

De a una fueron entrando luego las muchachas. Apegadas al recelo, como toda gente hecha al roce con la soledad, las mozas se mantuvieron recatadas. Cansados ojos viajeros dejaron caer bien pronto sobre su juventud la urente sombra de un deseo. Una charla trivial fué reuniendo opiniones y comentarios. Noticias de remotos pagos sobre poblaciones nunca vistas ni oídas, hallaban asidero en el interés de aquellas gentes estáticas. Ansia de convivir por breves horas dolores y alegrías de otros seres a quienes se suponía más felices o más acaudalados.

Hasta que el puchero estuvo listo y la cocina se abrió en flor de querencia.

El forastero más joven era un hombre apuesto. Vestía, con cierta elegancia, al uso gaucho, y todos sus movimientos al descubierto de las aldas levantadas de su poncho, ponían en evidencia la singular esbeltez de un cuerpo ablandado en el trabajo y el hábito cotidiano del caballo. No obstante su prestancia, mostraba rara seriedad en los modales.

Casi una hora llevaba observando a María Fabiana cuando se decidió conversarla. Su recato le atraía.

—Parece triste, moza —aventuró el hombre junto a su oído.

—Se le hace a usté, no más...

—Suj'ojos me dicen lo contrario. O estará echando e menos a algún ausente...

—Entuavía no me conoce y ya me está achacando —rió María Fabiana.

—Entonce... —iba a decir su interlocutor, cuando se interpuso Ramona:

—¿Acostaste a tu hija?

—Hace rato... —contestó María Fabiana, sin asignar a la pregunta importancia alguna.

El forastero las miró. Y como se hiciera el silencio, dijo por quebrarlo:

—Ha hecho bien. Está frío por demás.

Efectivamente. Estaba cayendo una helada negra, de esas que no dejan rastros sobre el campo, aunque petrifican el barro en las huellas o al borde de los bañados.

La charla volvió a estancarse. Un mate que le tendiera doña Juana le ayudó a permanecer callado. Hasta que, corrida por esa indiferencia, Ramona se alejó hacia donde se hallaba el capataz.

—Entonce, como le decía —prosiguió el forastero ya libre de importunos—, ¿asunto a qué usar una tristeza que no siente?

—Será culpa e mij'ojos. Saben decir que siempre jueron ansí.

—Saben decir... Y usté ¿no los conoce, acaso?

—Carecemos de espejo. Y a la cañada vamoj'una tal que vez... —rió María Fabiana.

—¡Lástima de ojos tan lindos y... tan chúcaros! —suspiró el forastero—. Habían sabido ser engañadores, como brillazones.

—Puede que en otros pagos tenga más suerte. Ande no haya brillazones.

Con esto, María Fabiana se incorporó para reintegrarse al grupo del que había ido desplazándose. Mirándola alejarse, el forastero la estudiaba. Apoyada ahora en el poste que hacía las veces de marco, la muchacha se puso a indagar en la noche. Parecía buscar en la ecuación de las estrellas una solución al problema de su vida. Disimuladamente, volvió al rato la mirada hacia el rincón donde el forastero conversaba ahora con gente grande.

—¿No le hace juicio al frío? —preguntó una voz a su lado. Era el capataz.

—¿Por qué? El frío ej'amigo e los pobres. Sabe mostrar los dientes, pero rara vez muerde —contestó ella sin volver la cabeza.

—Será muy sufrida, enteramente.

—Y, de áhi... todo cuesta, don. Y, más de todo, vivir.

—Por eso me saben gustar las mozas chúcaras. Lo que cuesta vale, prenda.

—¿Ah, ja? Si es por eso, áhi tiene una muy aparente —le señaló a Ramona que volvía del patio—. Y esa es de las bravas.

Le mentía para azuzarlo. En el otro grupo, el forastero joven, cuyos ojos porfiaban hacia la puerta, inquirió a doña Fe, en circunstancias en que María Fabiana se aproximaba al fogón:

—Esa moza ¿es casada?

Recordaba la alevosía de Ramona.

—No, señor. Es soltera.

—¡Ah!... —hizo él, decepcionado.

—Soltera y... mocita —explicó doña Fe, con intencionado acento.

—¡Ah! —repitió el hombre, esta vez recobrado.

Lo que doña Fe olvidó, adrede quizá, fué explicarle el origen de la Gringuita.

Ese forastero era afincado en el sur. Poseía campos en el Pergamino y se llamaba Suasnábar Cruz.

—¡Ve! —sorprendióse la curandera—. Por poco no son tocayos con la Fabiana. Ella también es Cruz. Pero e primer apelativo.

El mozo sonrió, sin dar importancia a la coincidencia. Y se volvió para atender a una pregunta de don Facundo.

En ese momento chirrió su agonía el último candil, y las escasas llamas del fogón diéronse a tallar angulosos rasgos en los rostros congregados. A la acción difluente de la penumbra que sobrevino, el juego de las luces vacilantes movía los rasgos en esporádicas contracciones, como de músculos irritados por extraña e inconfesada vida interior que aprovechara las medias sombras para aflorar. Y, a medida que la charla se apagaba, el humo de la jornada, sumándose a otros ya aquerenciados en techo y horcones, puso sobre la cocina ese vaho frío y desabrido de toda bazofia.

Al día siguiente reanudaron su marcha los forasteros. Dejaban, también ellos, en el recuerdo de aquellos desamparados algo de su individualidad, de varia persistencia. En el piso del patio, barrido por las rachas heladas de esa mañana de invierno, una ausencia gris se encapotaba sobre la conformidad de sus moradores. Tiritando de frío, Gabino los miró partir desde su divisadero del mangrullo, ya reconstruido y, por eso, más derecho.

Maldormidos, los ojos de Ramona se dejaron llevar enancados a la espalda indiferente del capataz. Ingrata desaprensión que una noche de amor no fué bastante a remecer. La mañana, brumosa y taimada, se afanaba por desdibujar a la distancia los escasos perfiles de la llanura. Y la niebla fué absorbiendo a los viajeros, confiados ahora a la muda baquía de las huellas.

Asomada a su puerta, María Fabiana se iba, por su parte, en largas excursiones mentales. Solía ensoñar tras de forasteros en ruta hacia lejanos pagos, sin que fuera precisamente el amor cebo a sus ansias. Le ocurría esta vez un raro cansancio de cosas y caminos; vejez de sentir.

Junto al corral, las gallinas indiferentes escarbaban la bosta aun tibia, de la que se desprendía un tenue vapor.

Por el horizonte norte asomaron siluetas imprecisas que tanto podían denunciar a una tropilla como a gauchos en viaje. Gabino, apostado sobre el mangrullo, dió la voz de alarma.

—¡Tata! Se devisa gente...

—¿Pa qué rumbo? —se interesó de inmediato el maestro de posta.

—De pa'l norte.

Tardó poco don Facundo Ortiz en hallarse junto a su hijo. La mano del niño localizó en seguida el punto que la agudeza visual del maestro de posta quedó observando durante un rato. El hombre tenía los ojos hechos a horadar distancias y bien pronto logró tranquilizar a quienes, desde el suelo, esperaban con aparente calma.

—Parece una arria con carga e lana —habló, por fin—. Se me hace que son

los Troncoso. El bayo e Diolindo se devisa clarito.

Lejos estaba aún el grupo para poder concretar pelajes y detalles. No obstante, don Facundo había observado uno inconfundible a su vista. Porque, allí donde un indicio escapaba a la sagacidad de otros, él lo advertía de inmediato: ese caballo era de sobrepaso y sus andares diferían de los del resto de la tropilla.

Al cabo de un rato, los viandantes se colocaron a distancia de examen, como para corroborar lo aseverado por Ortiz. Hasta que, finalmente, se detuvieron junto al corral, como una bocha que pierde su impulso. Y la tropilla no demoró en ponerse a mordiscar los tréboles cercanos.

Aquellos vecinos traían lana y plumas de avestruz para vender en la posta o, si se ofrecía, a la primera tropa de carretas que acertara a pasar. En ese caso, quedaban consignadas a la probidad de don Facundo Ortiz; peso y ganancia.

CAPITULO X

Rebrotaba la vida apremiada por la primavera. El viento Sur, bravo, desalmado, áspero siempre, desparramaba los fríos que habían castigado a los moradores de la posta del Lobatón como a los de toda la línea. Desamparo de la pampa abierta ante los vientos como ante el peligro. La línea de fronteras se hallaba demasiado alejada para que su custodia pudiera hacerse eficazmente, los espacios resultaban por demás amplios para taponarlos. Abiertos corredores entre fortín y fortín eran una tentación para el salvaje.

Entre el camino y la línea de protección habían brotado poblaciones dispersas, conatos de estancia a menudo dependientes de pulperos en cuyas esquina se servía a Dios y al diablo. Con todo, el Camino del Sur era el que mayor atracción ejercía sobre el salvaje. Los viajeros, cuando no llevaban caudales, portaban ropas y enseres indispensables al indio. La codicia del pulpero lo beneficiaba.

Amaneció ventoso. Cargante, el viento Norte traía en sus rachas el sello inconfundible del rumbo, fué acentuando su gravitación en los espíritus sufridos que, no obstante el hábito del padecimiento, sentían su lacerante azote. El día se tornó caluroso y, en el camino, las tolvaneras embudaban el aire, jalonando rumbos.

El campo entró en movimiento desde temprano, pero este detalle no había despertado mayor preocupación. Por lo común, resultaba difícil establecer el motivo de tales movimientos. Este, advertido desde las primeras horas, venía del norte arreado por invisible mano. Desde el mangrullo sólo se advertía esa suerte de bruma que flota en el aire, sonsacada a los peladares por el viento.

Mediada la mañana, salieron algunos al campo. Quien, a volver las vacas, quienes a curar un caballo abichado; María Fabiana, a procurar leña de vaca, rumbo a la Laguna del Desconsuelo. Llevaba además, el propósito de darse un baño. Junto a ella, la Gringuita corría y saltaba alegremente. Se cruzaron algunos ñandúes en su rumbo, alto el cuello, las zancadas elásticas y cautelosas. Dos ocasiones se detuvo uno de ellos, estirando y contrayendo el cogote flexible, hasta que terminó por emprender veloz carrera luego de una espectacular gambeta. Por fin se perdieron de vista.

La bolsa que llevaba María Fabiana iba engrosando con la leña de vaca, esponjosa y liviana que hallaban en relativa abundancia. De pronto, la Gringuita se detuvo en seco. Habíale sorprendido un venado que la observaba con temor. Cuando la criatura decidióse a volver junto a María Fabiana, el animal dió un salto y partió como una saeta, rumbo al sur. El pajonal lo obligaba a continuos botes y era su avance como ondulado vuelo. Detrás del macho, tres gamas que pronto le dieron alcance. Su carrera parecía más una danza que una fuga.

En la posta don Facundo se asomaba con frecuencia a divisar. A cobijo del alero, observaba el espacio con detenimiento. Las rachas castigaban los cardales y en una nube de telarañas se deshilachaba el campo, reseco tras de un tiempo sin lluvias. No dejó de inquietarlo esa migración inesperada de gamas y ñandúes. Hasta llegó a pensar en una boleada organizada por los vecinos en campos de algunos ingleses al norte del Carcarañá, bajo a la sazón. Aunque le extrañó que no se hubiera invitado a los de la posta para esa tarea siempre agradable y provechosa. En la sombra de la cocina se estaba más a gusto y allí se reintegró, dispuesto a seguir la compostura de una cincha cuyo palo sustituto de la argolla habíase quebrado.

El resto de la gente holgaba, aplastada. O mataba el tiempo con tareas manuales. Para sacudir su tedio, Julia había trepado al mangrullo.

—¿Qué estás devisando, muchacha? —le preguntó, curiosa, doña Fe.

Julia no se volvió. Unicamente sus hombros se levantaron en gesto indefinido, como en un esfuerzo por quitarse de encima esa subyugante destemplanza.

—Está esperando algún manate o un dotor del lao de Córdoba... —la provocó desde el pozo de balde Cantalicio, que no olvidaba sus desvíos.

En eso, el rumor de una carrera sacó a varios de su holganza. Entre ellos, don Facundo, que volvió a dejar su trabajo. Asomaron en el preciso momento en que un tiro de bolas apretaba contra el suelo la carrera de un ñandú. Las vacas que el Ñato había venido arreando quedaron atrás, junto a las cruces de palo. Todos acudían a celebrar el certero golpe, cuando los llamó doña Juana desde el alero.

—¡Facundo! ¡Vení pronto!

—¿Qué hay? —preguntó éste, ocupado ya en despenar al avestruz que, en mala hora acertara a disparar cruzando el camino.

—¡Vení, pronto! ¡Corré que se oye un ruido grande —insistió la mujer.

Acudió su marido, con el cuchillo todavía en la mano.

—¿Qué querés, "hombre"? —insistió, preocupado, el maestro de posta.

—Sentí... —lo recibió doña Juana, levantando en el índice su alarma.

Ramona y el niño habían acudido también. La atención de todos se concentró en un rumor extraño, parecido al que suele denunciar pedrea detrás del cielo tormentoso y que llegaba, cada vez más claro, hasta los cautos oídos.

—Parece un arreo grandote... Como si viniera del lao del río... —aventuró Gabino.

Llegaba el Ñato con su presa, que dejó tirada en el patio. Don Facundo se dirigía en ese momento al mangrullo. Antes de que colocara un pie en la escalera, lo alcanzó la voz de Julia:

—¡Oiga! Viene un arreo d'este lao del río... Ej'una temeridá de hacienda —señaló con su brazo hacia el noreste.

—¡Ah, ja!

Iba subiendo ya la escalera de palo el maestro de posta. No tuvo necesidad de esforzarse demasiado para comprobar la novedad. Desde el río avanzaba un arreo de miles de cabezas, levantando a su paso enorme nube de polvo. El viento aproximaba el rumor impresionante de esa masa de animales que podía hallarse a media legua de la posta. Don Facundo no dudó ya.

—¡Loj'indios! —gritó desde arriba—. Vienen con arreo.

Y, dirigiéndose a Cantalicio, agregó premioso:

—Andá con el Ñato y echá las vacaj'al corral. ¡Ah, ja! —terminó descendiendo—; ...y mi overo y el pangaré de Nicasio...

Preocupaba a don Facundo el flete que le dejara el mayoral en oportunidad de su reciente paso hacia Rosario. Con una febril actividad, desusada en esas gentes de apático temperamento, cada cual fué en busca de las escasas armas disponibles, completando a la vez elementales medidas de defensa.

Y la posta del Lobatón, ante el inminente ataque, se encerró como el mataco en su cáscara.

A diez cuadras de la posta y en divergente rumbo, María Fabiana y la Gringuita seguían buscando leña de vaca. Hasta ellas había llegado, también, el rumor del arreo, que no les era posible divisar a causa de los altos pajonales. María Fabiana había dudado un momento:

—¿Será la deligencia? —pensó en voz alta, sin mayor convencimiento.

—¿Viene "el hombre", mamita? —preguntó al niña, aludiendo a Nicasio Gauna.

—Y..., a lo mejor —respondió, imprecisa, la mujer.

Siguieron, no obstante, en su tarea. Por la naturaleza de su contenido, la bolsa no les pesaba aunque se hallaba casi repleta. Próximas a la Laguna del Desconsuelo, María Fabiana alcanzó a ver sobre el horizonte que los cardales se esforzaban por limitarle, una gran nube de polvo.

—¡Qué polvadera! —se dijo, atribuyéndola al viento que no cejaba.

Y apresuró el paso hacia la laguna con ansias de darse un baño antes del regreso a las casas. La tentaba el sol cabrilleante sobre el agua y el calor arreciaba. No alcanzaron a dar muchos pasos, cuando la Gringuita, señalando hacia la posta, gritó:

—¡Juego, mamita! ¡Juego!

Y era, en verdad, fuego. Una impresionante columna de humo, a la que el viento no permitía levantarse mucho, oscurecía el campo en dirección a las casas.

—¡Juego! —repitió María Fabiana, como un eco. Escalofriada, no acertaba a establecer el origen de semejante siniestro, pero intuía un ataque de los salvajes. Demasiado fresca en su memoria la tragedia de Cabeza de Tigre no le permitía hacerse ilusiones.

—¡Juego! —repitió, esta vez en un sollozo. Y se dejó caer sobre unas matas de paja colorada.

El incendio avanzaba y era imperioso tomar una resolución. Inopinadamente, dió un brinco, arrebató casi a la niña y, arrastrando con la mano libre aquella bolsa sin peso, huyó hacia la Laguna del Desconsuelo. Era su única salvación. Escaparían, así, al fuego y, tal vez, al indio. Porque un juncal tupido cubría parte de la laguna. Acosada por el viento norte, la quemazón avanzaba. Ya podía escucharse el pavoroso crepitar de aquella marea enloquecida de cardos y pajonales en llama. El humo levantaba briznas y ceniza chispeante, tornando incómoda la respiración; y el calor iba en aumento, abrasándolo todo. Una cuadra mediaba ahora entre las fugitivas y el fuego. Poco menos, entre la muerte y la salvación dentro de la laguna que esperaba como una mano abierta.

María Fabiana tropezó, cayendo a pocos metros del agua. Cuando logró incorporarse, la voz angustiosa de la Gringuita

llamó desde el fango de la orilla, en un chillido:

—¡Pronto, mamita! ¡Pronto!

No le pareció a la muchacha bastante seguridad el agua en la cintura y fué a perderse con la niña entre las ondas cada vez más prietas del juncal. Sobre la orilla, la bolsa que perdiera en la caída, había desaparecido entre las llamas; era ya un montón de inquietas cenizas, encendiendo esporádicas brasas, cuya esperanza se entretenía en mantener el viento.

Entretanto, percutía serenamente el coraje en los latidos de cada corazón espectante dentro de la posta. Cada cual dispuesto a vender cara su existencia, ocupaban todos los sitios vulnerables. Fué Gabino quien se acordó de la niña.

—¡Oh! ¿Y la Gringuita? — preguntó alarmado.

—¡Cierto! La María Fabiana — agregó uno, tardiamente.

—Salió temprano con la niñita, a buscar leña e vaca... — recordó doña Fe.

Pronto su propia defensa les hizo volver el pensamiento hacia más perentorias atenciones. El arreo avanzaba como si fuera a pasar por encima de la posta, arrollándola. A menos de un kilómetro de las casas percibíanse los primeros tropeles. Envuelto en un rumor de mugidos, el peligro se cernía sobre las casas. Un grupo de salvajes surgió improvisamente de entre los animales que, empavorecidos, hacían punta.

"¡Yaaa! ¡Ya, ya, ya, ya!..." alzóse de entre el tumulto su pavoroso grito de guerra, conocido por casi todos los pobladores del desierto.

No esperaba el indio hallar resistencia, pero fueron recibidos a tiros por los cristianos atrincherados. Uno escapó herido de bala. Dos alcanzaron el foso que no lograron o no se atrevieron a franquear. El más fogoso, agitando su lanza, convidaba a los defensores a salir. Gritaba una media lengua premiosa e inínteligible. La descarga subsiguiente lo volteó con caballo y todo.

Entretanto, avanzaba el arreo como aluvión incontenible. Don Facundo comprendió el peligro de semejante alud, imposible de contener a tiros.

—¡Ñato! — llamó a su postillón de confianza, señalándole la marea en avance — Vamoj'a prender juego al campo.

Comprendió el muchacho y lo siguió hasta el fogón.

—¡Déjeme a mí, don Facundo! — se interpuso —. Usté hace más falta en las casas...

Y, sin esperar respuesta, salió apresuradamente. Montando en pelo en su caballo todavía enriendado, requirió de Cantalicio:

—Alcanzáme esos dos tizones más largos — y a don Facundo —: Usté abájeme el puente, don...

Salió al trote, con ambos tizones en una mano, amparándose de las vistas en los palos del corral. Y, al terminarse la cubierta, corrió hacia los pajonales de la parte norte. Agachado, fué encendiéndolos al tranco, sin aparente apremio. Procuraba hacerlo en amplio frente, ya que de los flancos se encargaría el viento que tomaba la posta al sesgo.

Pronto el fragoroso crepitar de la quemazón sumóse al imponente tremor de la marea de vacunos enloquecidos por el fuego. Ardía el campo como yesca y algunas llamas alcanzaron a chamuscarle el pelo al alazán que montaba el Ñato. Dió éste espaldas a la amenaza y tomó el galope. La posta lo esperaba a menos de dos cuadras, pero el arreo y el fuego venían garroneándolo. Inesperadamente, un certero tiro de bolas surgido de ese infierno, dió en tierra con él y su caballo. Detrás, los gritos lujuriosos de un indio, abriéndose paso en el arreo. Pero ya estaba otra vez de pie el muchacho, con su caronero en la diestra y, en la otra, uno de los tizones todavía encendido.

Breve y angustiosa fué la lucha. El indio, a pie, manejaba la lanza con asombrosa habilidad. Hubo un momento en que el cristiano se dió por difunto. Había tomado su mano izquierda la lanza que el indio tiró pronto hacia sí violentamente. Sintió un agudo dolor, pero comprendió que debía jugarse entero hasta su último aliento. Apremiado y en desventaja acababa de tener una idea luminosa. Y no pensó más para ponerla en práctica. Tomó del suelo, arrojándolo a la cara del indio, el tizón que, gracias al viento, se mantenía encendido. Y en el esguince oportuno del salvaje halló el muchacho su salvación. Desviada la lanza, de un salto felino logró el Ñato entrarle su facón hasta lo increíble en el costado. El segundo tiro dió en la hoya del salvaje que cayó de espaldas. Luego, sin detenerse más, el Ñato cortó los ramales de las boleadoras, saltó en su caballo no levantado aún, le cerró las espuelas y de un brinco el alazán salió a media rienda. Junto con él, la marea de vacunos enloquecidos desbordaba por los flancos de la posta, entre el humo y la alarida ya más distanciada, de los indios. Quedaba ahora la posta encerrada en un círculo de fuego, pero a salvo gracias a la falta de pastos y pajonales inflamables en su contorno. La calma renacía en los espíritus y el feliz resultado de la lucha, desigual, pero inteligente, abría en la esperanza de los defensores un ancho paréntesis de optimismo.



Cuando el Ñato dejó su caballo en el corral, comprobó que su mano izquierda sangraba desgarrada. Un tanto pálido a causa de la sangre perdida, fué a sentarse junto al horno, procurando ajustarse la muñeca para contener la hemorragia. Adivinaba el tamaño de su herida y no se resolvía a mirarla. Hasta que, tras de suspirar aguantando los dolores, llamó a doña Fe en su ayuda.

—No se me para la sangre... — habló con voz que procuraba hacer firme.

—¿A ver, che? La pucha que está fiero eso... Se me hace que... — habló la curandera.

—Ansí me parece... — replicó el postillón que acababa de mirarse la mano desgarrada.

Ninguno de los dos había concretado nada, pero ambos se habían entendido.

—Vi a ver si hallo unas telarañas. Saben ser güenas para atajar la sangre... — propuso doña Fe, como único remedio.

Careciase allí de los más simples medicamentos. Debía valerse la mujer de cuanto yuyo sirviera para algo o viniera a mano; de cuanto elemento, ensayado o no, se le pasara por la mente. De asepsia, ni nociones. Pero Dios solía mediar.

Doña Fe se demoraba más de la cuenta. El Ñato vió que aquello no tenía compostura. Dos dedos — el mayor y el índice — seccionados, pendían de un trozo de carne sanguinosa. Uno de ellos conservaba tovía el nervio. Pronto se halló el cuchillo en su diestra. Y la mano sobre el trozo de árbol que le acababa de servir de asiento. El golpe llegó preciso, sin vacilaciones; con la entereza necesaria para separar aquellos dedos ya inútiles.

—¡No! — alcanzó a gritar Martina que acudía en ese momento. Pero fué el suyo un grito que se perdió en la desesperanza de lo irremediable. Doña Fe acababa de enterarla del desgarramiento sufrido por el Ñato en su lucha con el indio. Entrambas se dispusieron a llevarlo a la cocina. Pero, antes, el muchacho quiso arrojar lejos de allí los despojos sangrientos de su mano. En un tranquilo gesto los tomó con la punta del facón, al que hizo describir un arco en el aire para que cayeran junto a unas gallinas que picoteaban por ahí cerca. Lo mismo hubiera hecho con una achura o con un hueso. Más listo que ellas el *Norte*, uno de los perros de la posta, que siempre andaba con hambre, alcanzó la presa en el aire y se la tragó sin masticar. Después, quedóse sobre su cuarto trasero a la expectativa de otra ración, con el apetito brillándole en los ojos pedigüeños.

No pudo el Ñato evitar un gesto de repugnancia y se dejó llevar por las mujeres; pero Martina se volvió desde la puerta, empuñando la mano del mortero para arrojársela al *Norte* que escapó envuelto en aullidos.

Previa una ligadura de la muñeca, doña Fe procedió a lavar la mano con agua hervida, única precaución realizable en aquellas soledades. Enjuagó luego con salmuera, comenzó a cubrirle las heridas con telarañas cuidadosamente extendidas a manera de sutiles capas de algodón. Finalmente, una camisa vieja hizo las veces de venda y arrebujó en muelle envoltura aquella herida. El enfermo quedó echado sobre su cuja con la mano en alto. Entretanto, los demás continuaban en vigilancia, pues el peligro estaba aún latente.

Persistía el desfile de ese oleaje de cabezas sobre el que se elevaba como crestas el espasmo intermitente de los torunos. Prieto de ancas y mugidos, envuelto en nubes de polvo y humo, acuciado por los angustiosos remolinos del malón, alejábase lentamente como tormenta machorra, dejando tras de sí la desesperanza y el infortunio. A cada rato, vacas y terneros pisoteados quedaban atrás, desangrando el lanzazo cruel e inútil. El celo premioso de algún toro se malograba a medio andar por la urgencia de un pechazo de los que buscaban abrirse camino. Y el campo talado por el fuego y la pezuña, fué adquiriendo una nueva fisonomía.

Algunas descargas y luego tiros aislados se escucharon, a poco. Era evidente

que tropas del ejército perseguían al malón y a su fruto. Más tarde se supo que, entre otras, tropas del fortín Las Tunas lo habían sentido, saliéndoles al cruce. Venía el arreo desde los alrededores de La Candelaria y el fortín quedaba aproximadamente unas diecisiete leguas de la posta y más de treinta de los campos asolados.

Gracias a la relativa profundidad de la Laguna del Desconsuelo, pudo María Fabiana escapar a una muerte horrible. Salvadas del fuego, de nada les hubiera valido a ella y a la niñita el agua ante semejante alud de animales enloquecidos. Pero, felizmente, hasta donde ellas se internaran abandonando el escondite de los juncos, el líquido les llegaba al cuello y el arreo no pudo alcanzarlas. Algunos terneros y novillitos arrollados se ahogaron junto a la orilla. María Fabiana mantenía en brazos a la criatura con quien habíase zambullido repetidas veces, a fin de mitigar el efecto abrasador de la quemazón; fué reintegrándose lentamente al juncal donde esperó largo rato a que todo pasara. La prolongada permanencia dentro del agua había ido entumeciendo a esas dos infelices. Un temor latente cubría sus carnes de escalofrío y se las ponía de gallina. Sus cabezas apenas emergían del agua. Los ojos de María Fabiana habían quedado como prendidos al rumbo del viento, lleno aún de briznas y ceniza. Se le iba haciendo cada vez más duro a la muchacha permanecer en el barro del fondo. La tranquilidad en que iba sumiéndose el campo le trajo cavilaciones. Habría que esperar a que el fuego abandonara por completo las matas. Luego ¿estaría aún de pie la Posta del Lobatón? ¿Cómo alcanzarla descalza y entre tanta brasa? Desorientada, sólo atendía a peinar los mojados cabellos de la Gringuita, tan prendida ya a su amargo destino.

—¡Válgame el cielo! ¡Noj'han dejao solas!... ¿Estará Dioj'a la par nuestra, como saben decir? —murmuró María Fabiana, harta de permanecer callada.

Un momentáneo ondeo de los juncos y un leve rumor en el agua allí aquietada, le hicieron volver la cabeza. Lentamente fué subiendo la vista. La presencia espeluznante alarmó sus carnes transidas. Pero no acertó o no le fué dado exteriorizar su angustia. Junto a ella, sobre el caballejo inmóvil que les daba el anca dejando ver apenas un pie estribado en botón pampa, aguardaba un hombre sobre pobrísimo apero. Era, evidentemente, un indio. Y no había advertido su presencia allí. María Fabiana decidióse, por fin, a alzar del todo la vista. Imaginaba en aquel hombre inconfundible rasgos araucanos y por eso mismo se empeñaba en demorar el momento en que sus ojos dieran con la cara siniestra. Luchaban en su voluntad encontrados deseos de dilucidar la torturante angustia y demorar, también, el instante aterrador. Como si escalaran una escarpada angustia, sus ojos dieron por fin con los hombros del desconocido. Y le faltó tiempo para gritar su enloquecido alborozo. Un hondo suspiro echó al aire tostado su inenarrable deseo de comunicarse con quien fuera. Pero ese hombre tenía una barba blanca; eso era todo. Y entonces miró bien. Sin pavor. Con júbilo creciente. Con gratitud. Porque ese viejo era don Gaudencio, inmóvil, expectante. Como aguardando una muerte que ya tardaba en llegarle.

El desconcierto los había privado recíprocamente de advertir sus presencias. En ella, su ocultamiento a ras del agua; en el viejito, la avanzada edad de sus ojos.

Junto a la orilla escuchó María Fabiana el relato de ese hombre parsimonioso y duro como un tala. También a él habíale sorprendido el arreo en medio del campo y, más tarde, el incendio. Salvado milagrosamente de ser arrollado por el terror de los vacunos, fué a refugiarse en la laguna.

Cuando, con María Fabiana y la niña en ancas, rumbearon a la posta, una tiniebla brumosa llenaba el aire; y en las matas ardía aún una que otra brasa. Iban al tranco, sin saber a ciencia cierta qué sorpresas habría de depararles la posta. No se atrevía la muchacha a pensar en la suerte corrida por sus moradores. Sin que nadie le preguntara, dejó escapar don Gaudencio su reflexión favorita:

—Lo mesmo da morirse acá o en cualquier otro pago... —dijo como si respondiera a un soliloquio.

En ese momento, María Fabiana alcanzó a divisar las casas que se mantenían en pie. Su sobresalto la llevó a talonear el caballo que partió inopinadamente al galope.

Llegaban ya a la posta enloquecida de jubilosas exclamaciones. Sobre el borde del camino del sur unas matas de paja colorada a medio quemar formaban un borde de taimería. El caballo metió una mano en la cueva oculta por el borde y se dió vuelta con toda su carga.

Los ojos de don Gaudencio quedaron mirando al cielo. Su boca desdentada, en la que se movía una reseca lengua de loro, se agitó algunos instantes, como si insistiera, temoso:

—"Lo mesmo da morirse aquí... u máj'allá..."

Junto con el grupo acababa de llegar una patrulla de las fuerzas que perseguían a la indiada. Venían a enterarse del estado de los pobladores y a echar unos tragos. Su visita tranquilizó a don Facundo. "Los indios, abandonándolo todo, escapaban lo mismo que liebres; pero muchos habían quedado en el campo, panza arriba como los sapos..."

—Entonce, va a llover... —apuntó Gabino.

A poco, también ellos fueron un recuerdo más en las tribulaciones de la posta. De esa posta que escapara, arañando...

Había oscurecido ya cuando apareció en el horizonte la luna. ¡Qué sola llegaba! Desmejorada y pálida, asomaba como a desgano, harta de salir a escena sin escuchar un solo aplauso; cansada de trepar la empinada escala de los cielos, de comenzar una acrobacia que allí a nadie interesaba. Y era la misma que tantas veces alegrara los campos con su pálida compañía. No había venido a otra cosa...

CAPITULO XI

Nunca se supo qué andaba haciendo ni cómo fué a dar a la Laguna del Desconsuelo el viejito don Gaudencio. A su edad y en su condición, lindera con la miseria, no se hacía visible motivo alguno que justificara tales andanzas, propias de hombres jóvenes, con intereses u ocupaciones definidas. Se supo, sí, que había vivido con un nietito, en la banda norte del Carcarañá. Pero, cuando alguien se llegó hasta el rancho, lo encontró quemado. Y, del niño, ni rastros.

Sin duda, el malón sorprendió al viejito en medio del campo, y trató de escapar al peligro del arreo en un instintivo impulso de defensa, imposible de eludir. La casualidad lo había unido a María Fabiana, acaso en el momento en que, serenado el impulso defensivo, hallábase dispuesto a la entrega, aguardaba el fin.

Quienes solían cruzarse con él imaginaban que el día menos pensado habría de dejar la osamenta en algún pajonal. Pero el destino había dispuesto las cosas de otra manera. Don Gaudencio, en su frecuente deambular, "campeando a la Mala..." fué a dar con ella al borde del Camino del Sur. Sus restos acrecentaban ahora el almácigo de cruces, ya restaurado luego del paso de aquel enorme arreo que, junto con el fuego, dejara un cuadro desolador de campos talados.

Nuevamente erguido, el manojo de cruces mostraba la ineludible hermandad de la muerte, y la que velaba el sueño de don Gaudencio se improvisó con dos trozos de una lanza india hallada días más tarde cerca de la posta.

María Fabiana aprovechó la circunstancia para imponer a la Gringuita de quién reposaba en una de aquellas tumbas. Pero la niña no aceptó la versión que establecía para ella una madre diferente a la que se había habituado a querer. En María Fabiana se había operado ya un cambio que la llevaba insensiblemente a despojarse de su antigua y rara sugestión con respecto a la finada. Otro tanto le ocurría con el padre de la Gringuita cuyo recuerdo iba desdibujándose de sus cavilaciones. Con todo, su corazón no se hallaba aún maduro para nuevos sentimientos y la sugestión se negaba a dejarla del todo. A nadie se le ocurrió pensar en la luz mala. Nadie tuvo oportunidad de observarla. Pero la muerte de don Gaudencio recordó a los moradores de la posta aquella circunstancia y no faltó quienes arguyeran que las luces del camposanto anunciaban sólo el fin de aquellos a quienes el Camino del Sur sentenciaba a muerte violenta. Y la de don Gaudencio, como él mismo lo asegurara tantas veces, lo mismo daba que ocurriera en un lugar o en otro. Como algo fatal y a corto plazo.

Tal un islote en medio de ese mar sin orillas visibles, la Posta del Lobatón emergía salvada milagrosamente al desastre; aunque el incendio provocado por don Facundo Ortiz no había sido la obra de un desesperado, sino rápida inspiración de un hombre sereno. La posta estaba rodeada de un peladal resultante del diario trajín de hombres y bestias, y habría sido imposible que el fuego prendiera allí, aun proponiéndoselo cualquiera. Pasada aquella borrasca, quedaba la posta una vez más como peñasco de esperanza, accesible a toda zozobra en busca de consuelo.

La necesidad que los indios habían tenido de ocultar su presencia y propósitos, fué grande parte en la salvación. También, por causa idéntica, subsistía aún Cabeza de Tigre. Evidentemente, costeando el río desde La Candelaria, en cuyos campos habían incursionado, lograban los salvajes interponer un obstáculo serio, protector de su flanco norte y, al propio tiempo, cerco o manga de contención para el arreo.

Quince días más tarde —mediaba ya noviembre— llegó la mensajería de Nicasio Gauna, emergiendo su desteñida silueta entre la ternura de los renuevos, apremiados por bienhechor aguacero. La alegría del mayoral, enterado de la milagrosa salvación de sus amigos, elevábase en las agudas notas del clarín y el restallante chasquido de su látigo.

María Fabiana, contagiada por el alborozo que su arribo provocara, corrió en busca de la Gringuita y cada vez más con acentuada algazara, ocurría lo mismo. En cambio, al partir los viajeros, la desazón la embargaba durante unos días y su espontaneidad le impedía disimular el estado de ánimo consecuente. Quizá gravitaba sobre su espíritu un ansia inconfesada de huir a la soledosa vida de aquella posta condenada a vegetar enquistada en el desamparo. La presencia de la galera exacerbaba en María Fabiana esa angustia por una vida que suponía me-

jor. Y con ella, Nicasio Gauna, sin desmedro de su apego a doña Fe y al maestro de posta, sus mejores amigos, despertábale trashumantes urgencias. Todo esto en insensible progresión, desde tiempo atrás. Al comienzo habíase manifestado en forma intrascendente, como si un tímido deseo se desvaneciera apenas nacido ante lo desproporcionado de la ilusión. Pero, cada vez más el constante peligro de ese Camino del Sur aumentaba el interés por todo lo que sugería la presencia de las galeras. Así parecía explicarse ella el desasosiego que la embargaba. No se conformaba con seguir siendo un poste más en esa menguada población. Adivinábasele en los ojos, aunque jamás la mínima protesta asomara a sus labios. Lo sorprendente consistía en que no estallara con una rebeldía, o, como en sus hermanas de crianza y de infortunio, en inopinada entrega. Sólo en ocasiones, cuando la vista se le iba por el rumbo en que su padre había vendido cara la vida, y que el maestro de posta le señalara más de una vez, transfigurábasele el semblante y el dolor de un recuerdo jamás extinguido le marchitaba la fresca hermosura de su tez aduraznada. Tal el sentimiento oculto que, desde un tiempo, iba sombreando de pena su natural alegría.

—Debe andar enamorada... —solía decir doña Fe, cuando alguien la sorprendía pensativa. Y, entonces, María Fabiana bajaba los ojos para ocultar un inevitable rubor.

—No ha'e ser de Cantalicio... —terciaba otro, sabedor de los desvíos de la muchacha.

Y, a propósito, una mañana, poco después del malón, había ocurrido lo inaudito: apenas asomado el sol, Ramona pudo comprobar que Julia había desaparecido. Se la buscó hasta en el jagüel, dentro del pozo de balde. La solicitud de Gabino lo llevó a indagar hasta dentro del horno.

Algunas de sus pilchas habían desaparecido con Julia. Y, sin embargo, ningún forastero pasó en esos días a quien echarle la culpa. Doña Fe, sin dejar de afligirse por la suerte de la muchacha, fué hilvanando conjeturas acerca de lo ocurrido. Y esas conjeturas habíanse ido ladeando, a medida que pasaba la mañana, hacia la inadvertida ausencia de Cantalicio, supuesto en la tarea de campear algún animal.

—Y, volverán... —pluralizó doña Fe, en un cambio de pareceres. Y, asociando mentalmente a ambos en la aventura, agregó ya convencida—: ¡No podía errarle, la sonsa... con la oveja más ruin! —terminó, procurando no ser oída por doña Juana.

En su juicio, olvidaba doña Fe que había sido joven y que la muchacha nada tenía de sonsa. Julia había desaparecido, obedeciendo según todas las presunciones, a la misma tensión de los sentidos que padecían las otras. Y como si en el fuero interno de cada morador de la posta estuviera ya formada una opinión acerca del acontecimiento, nadie se afligió. Ni la vida en ese grupo de seres hechos a todas las contingencias dejó de seguir su ritmo habitual.

Los ojos de María Fabiana se fueron derechamente al pescante de la diligencia que se aproximaba. Todo le era en ella tan familiar que, salvo los pasajeros, conocía a la distancia desde el mayoral hasta los postillones y sus montados; el color de las ruedas, caja y accesorios. Algo hasta en sus movimientos al balancearse en los baches del camino la caracterizaban como a una vieja amiga, ingrata si se demoraba para el regreso. Y no era solamente ésa la diligencia que cruzaba el desierto y traía un soplo de forasteras distracciones.

A medida que el carruaje se acercaba, iba María Fabiana estrechando cada vez más a la Gringuita, expectante a su lado. Como si esperara o temiera algo de ese movible pedazo de remotas querencias conducido por Nicasio Gauna.

—¡Ave María Purísima! —gritó más que dijo el mayoral, a tiempo que la galera se detenía.

Rebotando en el "Sin pecao..." de don Facundo.

—¡Qué tal, Nicasio! ¿Cómo lej'a ido e viaje?... —lo recibió en voz alta la muchacha, procurando frenar la evidente satisfacción que le producía su llegada. Otorgaba, no obstante, sinceridad a ese lugar común en que no suele ponerse otra cosa que una obligada trivialidad.

Venían en la diligencia cinco pasajeros, todos varones, ansiosos por despegar la entumida compresión de brazos y piernas. El patio se pobló en seguida de voces forasteras. Y fué grande la sorpresa de María Fabiana cuando advirtió junto a sí al mozo aquél que un mes antes pasara hacia Rosario acompañándose con la arria de mulas cuyanas.

—¿Cómo le va yendo, moza? —alargó él su brazo cuya cordialidad sólo alcanzó la ceremoniosa rigidez de una mano poco habituada a la efusión con extraños.

—Servir a usté...

Brillaba en los ojos del hombre una sonrisa que se esforzaba por aparecer persuasiva, pero que sólo llegó a ser cordial. Al no hallar clima propicio, volvióse a don Nicasio, ocupado en ese momento en desatar los tiros y disponer el resuello de los animales. Conversaba éste, entretanto, con el maestro de posta.

—Allá están. ¡Ah, ja! Como dos pichones de torcaza —respondió el mayoral a una pregunta de su amigo.

Refeíase a Cantalicio y a Julia, a quienes había encontrado en la Posta de Cabeza de Tigre.

—Y... de áhi... bien, no más. Han hecho nido a la par de loj'otros —terminó para completar su informe con una referencia tranquilizadora, destinada más bien a doña Fe, que acababa de arrimárseles.

Entretanto, el forastero había hecho lo propio.

—Me alegre de verlo güeno... —Lo reconoció la mujer, ya al tanto de la suerte corrida por su entenada, aunque no satisfecha con la elección.

—Ansina estoy más tranquila... (¡A la juerza ahorcan!) —terminó in mente, para cerrar todo juicio sobre una cosa que ya no tendría remedio.

La charla se mezcló entre los viajeros diluídos en la indiferencia de aquel patio que tantos extraños había visto pasar. Pronto volcáronse los comentarios hacia el reciente malón, acerca de cuyos pormenores los datos llegados a Rosario eran imprecisos o exagerados. La inesperada y curiosa muerte de don Gaudencio impresionó a Nicasio que solía encontrarlo en las postas o campeando sabe Dios qué cosas. Era, sin duda, "una manía que lo llevaba de tiro...", según el acertado comentario de un vecino de Cabeza de Tigre. Cuando el sol permitió el solaz de la sombra, "a la güelta e las casas", se instaló allí la tertulia. María Fabiana y Martina debieron encargarse de cebar mate, por lo que el forastero no prosperó en su intento de abordar a la primera.

Don Nicasio Gauna se ocupaba, según su costumbre, en revisar arneses y tiros, ruedas y sopandas, a fin de que estuvieran listos para la mañana siguiente. Recién cuando la oración quiso insinuarse, llamó a María Fabiana. Al socaire del carruaje, pusiéronse a charlar, mientras la Gringuita se entretenía con un gatito cerca de ellos. Era evidente su propósito de confiarle algo que le costaba mucho expresar y andaba Nicasio "a las güeltas", sin decidirse. La muchacha, con la intuición propia de toda mujer, presintió que en esas vueltas iba enredándose un corazón y, sin sospecharlo, el suyo experimentó un desacostumbrado sobresalto. Hasta que Nicasio, como venciendo una inexplicable repugnancia, se decidió:

—Usté... este... ¿sabe?... este, María Fabiana: usté va a tener que casarse... Ya está en tiempo —largó de un tiro todo el rollo.

—Y de áhi, claro que sí —replicó ella. Su boca se estiraba como pidiendo rienda a un sentimiento inesperado—. Pero ¿asunto a qué me viene con esas? —terminó luego de un momento utilizado para una instantánea apreciación del problema que se le planteaba, aunque equivocando el rumbo del ataque. Reía, como ofreciéndole ayuda.

—Oh, y de ahi, pa que no se quede guacha tuita la siega..., y perdone m'hija, por eso e "guacha".

—Si lo dispone Dios, ansí tendrá que ser no más.

—¿Que usté no habló con Dioj'entuavía?... —preguntó el hombre, aludiendo a una posible consulta con el corazón. Buscaba, también, la oportunidad de introducir su frase y el argumento decisivo que, sin duda, traía preparado.

—Una prenda e su laya debiera estar acollarada ¡dende cuánta! Como Dios manda, se comprende...

—¡Ja, ja, ja, ja! No alborote, Nicasio. Lo pueden oír loj'indios... —rió la joven—. Y no olvide que la finadita...

—¡Oh! ¡Déjese de amolar con eso e la finadita! Su niña no va'star pior cuidada con que usté se case y tenga media docena e cachorritos.

—¡Epah! ¡No sea loco, padrino! —lo atajó María Fabiana, usando el trato que, a mérito de su devoción, solía otorgarle—. ¡Vaya a saber qué diría mi marido!

—Puede contar con que él acetaría gustoso a la Gringuita —respondió el mayoral.

—Parece que usté lo conoce demasiao —acució María Fabiana—. ¿Ande vive?

—En... ahi lo tiene... vea.

Nicasio buscaba ahora entre el grupo de los que charlaban en el patio a la espera de la comida.

—Ej'aquel mozo, ése del pañuelo celeste... —señaló hacia el forastero que no se atreviera a encararla a su llegada.

Si le hubieran puesto la punta de un cuchillo en la garganta, no habría quedado María Fabiana más desconcertada.

—¡Eso! —gritó casi. Pero, de inmediato, enmudeció.

—¡Oh! ¿Que no le agrada el candidato? Ej'un mozo serio y de posibilidades —esforzóse Gauna por convencerla.

Con un esfuerzo, María Fabiana se recobró:

—Ya anduvo una ocasión por la posta. Malo no parece... y güen mozo, mejorando lo presente —hizo ella la salvedad en rigo—. Pero, de ahi a un casamiento... hay como dende acá a Rosario.

Rosario para la joven encerraba la idea de algo tan inaccesible y remoto como el cielo.

El hombre tuvo un momento de indecisión. Pero volvió a la carga con su reserva de argumentos.

—Puedo asigurarle, m'hija, que hasta conozco ande vive y en qué se ocupa. Ej'el dueño e la estancia La Espuela, que mide cuatro leguas. Dende que la vido a usté, no haya postura.

—¡Oh! No desagere, Nicasio.

—Mire: ¡por esta cruz!

—¿Y él no es capaz de decirme tuito eso, que manda a otro que lo apadrine? ¿Por qué ha e ser precisamente usté, Nicasio, quien me venga a hacer el trato a nombre de otro? Eso no se vido nunca, que yo sepa... —terminó fastidiada la muchacha.

Nicasio Gauna sintió bien hondo el reproche.

—Le aseguro, María Fabiana, que no habrá de arrepentirse —insistió el mayoral, arrastrando las palabras como en un esfuerzo por vencerse a sí mismo.

—Y entuavía me lo pide, Nicasio... ¡usté, padrino! —insistió, sollozando, la muchacha.

—No se aflija, María Fabiana. Yo sólo he querido su bien...

Como si no esperara más que eso, la muchacha rompió a llorar ocultando el semblante entre sus brazos.

El mayoral se inmutó. No esperaba tan decidida resistencia por parte de su ahijada. La había visto crecer. La pena, casi lástima, que su destino le inspiraba, habían crecido hasta encallecer un profundo cariño que no ocultaba. No habría cuidado mejor su porvenir si hubiera sido hija suya. La dejó llorar, porque sabía cuánto necesitaba de ese desahogo. Cuando se recobró, la muchacha continuaba su llanto en silencio. Pegado el mentón al pecho, parecía empeñada en guardar allí su pena.

—¡Tan luego usté, Nicasio!... —repitió la joven como si necesitara grabárselo en lo íntimo del corazón.

—¿Quién habría de aconsejarle, de no?... Yo... nunca vide en ese trato otra cosa que su interés... Y el de la Gringuita —se defendió Nicasio. Pero, en su afán de levantar un cargo velado, que el llanto hacía más amargo, acababa de dar, sin sospecharlo, con el más difícil de sus argumentos.

María Fabiana, a falta de otro, llevó a sus ojos las puntas del pañuelo que cubría su cabeza y, serenada, preguntó:

—...¿de la Gringuita?

En sus ojos vidriados por el llanto aparecía nuevamente la obsesión que ella misma creía desvanecida. Y arguyó:

—La Gringuita... Al principio habría e ser una compaña para el matrimonio. Pero, luego... —aludía a la eventual llegada de los hijos—, luego ¿quién asegura e que el hombre ése no la hiciera a un lao?

—...usté la podría educar —repuso Nicasio, como siguiendo el hilo de un mismo pensamiento—. La niña llegaría a ser mañana dueña de algo e campo, seguramente...

—¡Ah, ja! El se lo iba a dar ¿no?

—Es que esa estancia, María Fabiana, supo ser de don Cruz, su padre. Y ese mozo ej'un entenao de una hermana e don Cruz...

—¡Oh! ¿Y cómo? —se sorprendió la joven.

—Ansí saben ser loj acomodos del destino, m'hija. Tuito lo tengo averiguao. Usté sabe bien en lo que yo andaba. A naide más que a usté le interesa volver a lo e su pertenencia, sin pleitos ni dolores de cabeza. Yo no le veo al lazo otra yapadura.

—¡Ah, ja! Y luego ¿quién les tapa la boca a los que digan que me vendí por una estancia y un arreito e vacas?

—D'eso noj'encargamos don Facundo, ña Fe y yo... a falta de algún otro.

María Fabiana no lloraba ya. Se incorporó lentamente y miró hacia las casas en busca de un apoyo a su angustia. Hasta que divisó a doña Fe. Y como si eso la reconfortara, dejó caer lentamente:

—Ej'al ñudo, Nicasio. Yo quiero a otro...

—No será mejor que éste, que tiene los campos que jueron de don Alvaro Cruz. Que le pertenecen por derecho a usté.

Nicasio Gauna dijo su argumento sin tiempo de medir la respuesta de la joven. Y ello pareció ocultar la impresión que sus palabras le habían causado.

—No le hace... Ya me los devolverá, si es gaucho e ley. Y, si no, usté me ayudará a recobrarlos, ¿verdá, Nicasio? —terminó, apurándolo María Fabiana, con singular entonación en su acento.

—¡Vaya a saber ande quiera llevarla ese otro que usté no me ha nombrao, entuavía! —replicó el mayoral, buscando, a su vez, una definición.

—No será tan lejos del lao suyo que yo lo pierda e vista...

La voz de María Fabiana temblaba al responder así. Y, para que su acento no llegara a delatarla, tomó a la Gringuita y se dirigió a las casas. El mayoral vaciló unos instantes. En sus ojos brilló el contrasentido de una extraña esperanza. Y terminó por reintegrarse él también a la posta.

Antes de que llegara al patio, lo abordó el forastero. Hablaron animadamente. Sus ojos se volvían con frecuencia hacia la muchacha, sentada ya junto a la curandera. Doña Fe había intuído que algo se gestaba; algo girando alrededor de María Fabiana.

—¡Che! Parece que el forastero no ha venido e vicio —largó, como si no diera importancia a sus palabras. Pero la moza comprendió. Y sin más trámite, repuso:

—A lo mejor... Parece que anda ronciándome.

—Y, de ahi... si te gusta. Yo, en tu lugar, agarraba.

—No es que sea desigente, pero...

—...pero no te llena el ojo, ¿verdad?

—Usté lo ha dicho, ña Fe.

—O estaráj'escondiendo la leche y... ténéj'otro —largo sorpresivamente doña Fe.

La moza calló, hasta encontrar el pretexto que la sacara de paso.

—¡Gringuita! —llamó—. ¿Ande se habrá metido esta criatura?

Y se encaminó hacia el mangrullo, seguida por los ojos socarrones de doña Fe.

Ocurrió que, en un momento dado, cuando todos penetraban en la cocina, María Fabiana y Suasnábar quedaron solos. El mozo era hábil y se había dado maña para acorralarla junto al horno.

—En el otro viaje, cuando conversamos, usté no me dió calce —la abordó.

—¿Yo? ¿Y pa qué iba a dárselo? —sonrió María Fabiana.

—Quise hablarle'e mis sentimientos, pero usté...

—Y... hable áhura, si no va a demorarse mucho —replicó la joven, dispuesta a liquidar rápidamente la gestión que había llevado al forastero hasta la posta.

—Sé que don Gauna le ha hablao en mi favor.

—Eso es...

—Me he prendao de usté y quiero apalabrarla en matrimonio.

El hombre, aleccionado por su reciente fracaso, no parecía dispuesto a perder tiempo en circunloquios. María Fabiana contestó:

—Ansí me lo ha hecho saber Nicasio, pero...

—Pero ¿qué...? —habló él.

—Yo tengo una hijita...

—Ya la vide vez pasada. Pero ¿es suya, de veras?

—Mía; sí, señor.

—Yo la hacía soltera. Ansí me habían asegurao, al menos...

—Y, eso no quita. Una ocasión, hizo noche un hombre aquí en la posta. Al otro día, temprano, se jué. No volvió más. Ni a conocer a la guacha... —dijo María Fabiana, agachando ostensiblemente la cabeza.

El forastero recibió el puntazo sin inmutarse. Ella sintió pena por ese hombre. Y por sí misma. Ninguno de los dos merecía semejante ultraje.

A la mañana siguiente, doña Fe se arrimó a Nicasio Gauna que acababa de hacer cambiar uno de los caballos y revisaba la cuarta del que habría de montar el Ñato. Por primera vez, desde su lucha con el indio, iba el mozo a conducir una yunta de la mensajería. Y en su mano izquierda sólo le quedaban tres dedos. Cuando Gauna formulaba a Romualdo algunas indicaciones acerca de su yunta, doña Fe se lo llevó aparte. Desde tiempo atrás, venía observándolo y quería sacarse la espina.

—Dígame, Nicasio, y perdone: ¿usté sabe lo que está haciendo?

—Asigún y lo que sea...

—Usté se está arrancando el corazón pa tirárselo a un forastero. Y ni siquiera sabe de qué laya tiene el genio ni qué madre lo echó al mundo. Todo por unos pesos que el hombre lleva en el tirador.

—Y una estancia con mucha hacienda e la güena —enmendó el mayoral riendo.

—Una ocasión le oí decir a usté que era capaz de alzársela a la María Fabiana.

—Bien puede ser... pa sacársela e debajo e la pata a doña Juana.

—Ese día, usté no bolaceaba, Nicasio. Lo que dijo le salió de bien adentro.

—¿Usté lo vido, ña Fe? —rió el hombre. Y dió media vuelta para cortar una charla que no deseaba prolongar. A modo de despedida, agregó—: Perdone, ña Fe; ya se noj'hace tarde. A la güelta, ¿no? vamoj'a conversar. Pero, cuidemela mucho a la María Fabiana...

El tono de su voz se moduló extrañamente al formular este ruego.

A diferencia de otras veces, la despedida del mayoral fué breve, evidente el propósito de cortar un ¡adiós! que podía traicionarlo. La muchacha, en cambio, puso en su deseo de feliz viaje, el ruego de un pronto regreso. De un urgente regreso. Parecían implorarle sus ojos que no la dejara sola en semejante trance, convencida de que su corazón no habría de resistir por mucho tiempo.

La diligencia comenzó a moverse. María Fabiana se hallaba en el sitio de costumbre, para mirar hasta que el carruaje se perdiera en una vuelta del camino. A través de sus lágrimas, vió la figura de Nicasio Gauna como transfigurada por un sacrificio. Y el desfallecimiento bajó su mano cuando ésta comenzaba a agitarse.

A pocas cuadras de la posta, la rueda delantera izquierda de la diligencia entró peligrosamente en un bache del camino, siempre traicionero. El Ñato, que conducía la yunta de cuartas, lo advirtió. Sorprendido, giró la cabeza y pudo ver que Nicasio Gauna, con la mano libre de riendas, se pasaba por los ojos la punta de su pañuelo. Del que llevaba atado al cuello.

—Alguna basura 'el viento... —pensó el postillón y siguió su tarea.

CAPITULO XII

Diez días más tarde regresaba Suasnábar a la Posta del Lobatón, pero en otra diligencia. Había convenido con Nicasio Gauna su retorno desde Villanueva. El mayoral debía continuar hasta Córdoba.

Suasnábar trajo una carta para María Fabiana. Como el portador prefirió no leerla, fué necesario que el maestro de posta lo hiciera en su lugar, si bien con la dificultad propia de un semianalfabeto. La carta, escrita también por mano inexperta, rezaba así:

"Apreciada María Fabiana. El amigo Suasnábar le lleva esta carta. Haga e cuenta que se la manda don Alvaro Cruz. Siga mi consejo, que nunca supe equivocarla: hágale juicio a don Suasnábar. Yo le respondo. Llevensé a la Gringuita y que loj'acompañe la bendición de su aparcero.

Nicasio Gauna."

Más abajo y a guisa de posdata, como si hubiera olvidado justificarse, agregaba: "Ocasiones, carece hacer de tripas corazón..."

María Fabiana, palidecida, buscó apoyo en uno de los horcones.

—¡Había sabido ser sonso!... —estuvo a punto de exclamar doña Fe, cuando la dificultosa lectura quedó colgando de la sorpresa de todos los presentes. Mas contenida por la simpatía y el respeto que el autor de la carta le inspiraba, y comprendiendo la magnitud del gesto, dijo sencillamente:

—Ansina no más tendrá que ser... Cuando Dioj acomoda las cosas, por algo será.

Y escupió al fogón, para quemar su amargura.

❦ ❦ ❦

—¿Y, de áhi, prenda? A usté le toca hablar, ahura que ya está enterada e lo que dice la carta e don Nicasio Gauna —fueron las palabras con que Suasnábar abordó al día siguiente a María Fabiana.

Había resuelto quedarse el tiempo indispensable para solucionar el conflicto sentimental en que se enredaba cada vez más. La abordó esta vez resueltamente.

María Fabiana necesitaba cambiar el lacerado horizonte del Camino del Sur. Le atraía como un mentado ensueño aquel fantástico Rosario de Santa Fe, entrevisto y magnificado a través de tanto comentario. Tras el penacho de polvo de tantas diligencias en que se habían disuelto sus ilusiones, morían sus esperanzas, para renacer con el próximo viaje. ¿Iba a desperdiciar esta ocasión que de tan generosa manera se le brindaba? Pero, la esperanza de volver a hablar con Nicasio alentaba su reticencia. Le era imperiosamente necesario verlo otra vez, gritarle que mirara lo que hacía, quitarle de los ojos la venda que voluntariamente llevaba y escuchar de sus labios una sentencia definitiva.

—Déme, a lo menoj'una contestación... —insistió el hombre ante su silencio.

—Déme un poco e tiempo... —pidió ella a su vez, luego de pensar un rato.

Suasnábar vióse en la necesidad de prolongar el plazo de su alojamiento y, para tranquilizar a la mujer del maestro de posta, le adelantó la mitad del importe convenido.

Casi un mes más tarde estuvieron de regreso los postillones. Habían dado la vuelta por el Camino del Norte. Deliberadamente, Nicasio Gauna, eludiendo el del Sur, esa amarga ruta de machos, sometióse al "Camino'e las Viejas", como él mismo solía llamarle en razón de las seguridades que ofrecía, por alejado de la zona de los salvajes. Pero, en realidad, no buscaba sino interponer entre la muchacha y su devoción hacia ella todo el tiempo y la distancia que le fueran posibles. Como si temiera una atracción que él mismo no se explicaba.

Esa mañana, con el alba, llegó un vecino en busca de doña Fe. Había salido de su rancho antes de que se ocultara el lucero, porque su mujer, primeriza en trance de alumbramiento, no había encontrado a quién recurrir. Fué así como doña Fe se ausentó en su compañía sin enterarse del regreso de los postillones entre quienes había llegado Cantalicio, aprovechando para ver a su madre. Debía volver a Cabeza de Tigre. Su relevo con otro procedente de la posta de Ballesteros le acababa de facilitar la vuelta antes de lo previsto.

Interrogado por la curiosidad de todos, el Ñato se refirió a su viaje con Nicasio Gauna. Ratificó que, en su presencia, el mayoral había hecho entrega a Suasnábar de la carta dirigida a María Fabiana. Ignoraba, sí, los motivos que hubiera tenido para cambiar la ruta del regreso, pero dejó caer su preocupación, desembuchando un entripado:

—Ahora ya no conviersa como en denantes...

—Dios me perdone, pero a ese hombre le han hecho un daño —sugirió Romualdo, el otro postillón—. Anda como alunao, mesmamente.

—Yo creo que Romo le ha acertao —confirmó el Ñato—. Ahura parece, por mala comparancia, un viejo con el alma cansada.

El maestro de posta se interesó por la vuelta de su amigo. Intuía la disyuntiva en que se hallaba acorralada María Fabiana.

—Pero, en resumidas cuentas, es que ya no pensará volver pu este camino'el Sur o le haberá dao la chaveta e devisar campos nuevos? —se preguntó en alta voz.

—No se acordó, al meno... —repuso el Ñato.

—Yo le oí decir, en Córdoba, que le habían tratao viaje pa trair a unos curas con su carga e copaj'y ornamentos de plata, y qué sé yo... —contó Romualdo.

—¡Ah, ja! Es carga e cuidao —explicó don Facundo—. Por eso, seguramente, lo buscaron a Nicasio. Los curas saben viajar bien forraos.

—Y ¿pa cuándo es viaje? —se interesó Cantalicio.

—Creo que pa este otro mes, cuando se haga la luna. A la mitada'el mes, calculo yo —aclaró el Ñato.

—¿Que estás por dir de postillón? —se interesó la madre de Cantalicio, estirándose para alcanzarle un mate.

—Y... si se ofrece... tal vez... a lo mejor... —fué la evasiva.

—¡Ah, ja! De esta laya quedamos muy enteraos —sonrió don Facundo, a tiempo que se incorporaba, dando término a la reunión.

Su corpulencia tapó el vano de la puerta por un rato. Hasta que salió al patio donde las gallinas cloqueaban una estirada canción de mediodía.

❦ ❦ ❦

Suasnábar emprendió viaje en la misma diligencia con Cantalicio. Regresaba éste en calidad de postillón. Como pesada carga, llevaba consigo el forastero la respuesta de María Fabiana. Hasta mediado el año, habrían de aguardar la vuelta de don Nicasio Gauna y, en caso de que éste no se hubiera hecho presente para entonces, la muchacha accedería al requerimiento de matrimonio. Buscando justificar esta última dilación, ella le había explicado:

—Quiero que, al menos, me apadrine Nicasio... —dijo, sin medir el despropósito.

Suasnábar, a riesgo de sufrir un nuevo desengaño, había aceptado esta nueva esperanza y partió a hacerse cargo de sus intereses.

En la posta de Cabeza de Tigre quedó Cantalicio. Cuando la diligencia reiniciaba su viaje, el estanciero de La Espuela se despidió de todos afablemente.

—Será hasta la güelta...

—Si Dios quiere...

—Que le vaya lindo.

—Adiosito...

Con tales expresiones envolvían sus deseos de feliz viaje. Sólo Cantalicio, que no le había demostrado la mínima simpatía, respondió a su saludo con un socarrón y enconado augurio, que no alcanzó su destino:

—Como no güelva a llover...

Era el desahogo de su inquina al pretendiente de María Fabiana; al candidato de "ese sonso'e Nicasio Gauna".

Cuando Cantalicio dió espaldas a la diligencia ya alejada de la posta, una extraña sonrisa desdibujábase en su cara. A su lado, Julia le echó amorosamente un brazo al cuello, invitándolo a reintegrarse a las casas. Pero, por primera vez desde su ayuntamiento, él la rechazó con fastidio. Era evidente: no podía olvidar a la otra.

EL COLOR BLANCO Y LOS INDIOS



Los indios de Arizona, Nuevo Méjico y el sur de California conservaron en sus primitivas casas de adobe el color natural de los bloques de barro, con el fin de que fuesen menos visibles a los enemigos. Al llegar los españoles, éstos introdujeron en seguida la costumbre de pintarlas de blanco, medida que desde entonces encontró enconada resistencia en los indios.

—¡Ché! ¿Qué bicho te ha picao?... — le reprochó Julia.

Pero su pregunta quedó sin respuesta.

* * *

La diligencia que, a fines de abril pasó por la posta del Lobatón hacia Rosario, dejó uno de sus postillones enfermo. El muchacho, presa de altísima fiebre, no se hallaba en condiciones de seguir viaje y fué preciso buscarle reemplazante, en tanto se hacía cargo de él doña Fe. Gabino, desde el año anterior, realizaba ya viajes cortos en condiciones normales. A él, pues, se encomendó llegar hasta Cabeza de Tigre donde habría de reemplazarlo Cantalicio.

Pero el día en que tal relevo debió realizarse, ocurrió que el postillón no se hallaba en la posta y Gabino tuvo que seguir viaje hasta Rosario. Con gran alegría de su parte.

Según explicó Julia, "Cantalicio había ido por una necesidá urgente hasta la esquina de un gringo Altromonte, a cosa e diez leguaj'al sur de la posta".

Tres días más tarde, Cantalicio estaba de regreso. Parecía venir resentido con su amigo el pulpero. Se afirmaba de éste, que "no era nada trigo limpio". Por de pronto, se le conocían vinculaciones con algunos capitanejos ranqueles. Semejantes relaciones no prometían nunca nada bueno y jamás cristiano alguno había salido de ellas gananciosO. Ni siquiera aquellos más faltos de escrúpulos. Y Altromonte no era la excepción. Costaba ya mucha sangre y dinero a los esforzados pobladores de frontera esa especulación por parte de quienes habían dejado sus escrúpulos muy a la zaga. Almirón, maestro de la posta de Cabeza de Tigre, conocía al extranjero más por su fama que por haberlo tratado. Coligió que el postillón en nada bueno podía andar con semejante amistad, y decidió observarlo. Cuando éste se apeaba de su tordillo palomo, le preguntó como a desgano:

—Y de áhi, ¿cómo le há'ido?

—Bien, no más.

—¿No cortó algún rastro?

—Nenguno... —replicó Cantalicio sin mirar a su interlocutor, ocupado como se hallaba en quitarle los cueros al palomo.

—¿Pu ande anduvo? —insistió Almirón, sorpresivamente.

—Pu allá... en l'Esquina'el gringo — señaló el postillón con la cabeza hacia un sur indefinido.

—¿Cuál gringo?

—Don Altromonte, pues... —replicó Cantalicio medio incomodado por verse en trance de explicar.

—¡Ah, ja! —fué la respuesta, indefinida también, de Almirón, que iba picándose de curiosidad.

Cantalicio, sabedor de la equívoca fama del extranjero, pensó que le convenía clavar una duda en el ánimo de su compañero.

—¡Gringo e porra! Pide una desageración por el kilo e plumas...

—¿De cuálas?

—De ñandú. Y, por las de garza, ni se diga. Ande va a dir uno a ofertarselaj'a naides. Con semejantes precios...

—Dejuramente, unos dos pesoj'el kilo —lo tanteó Almirón.

—Por áhi... maj'o menos —replicó, nuevamente impreciso, Cantalicio.

—Vez pasada, cuando l'última tropa e carretas —mintió Julia en su ayuda, aunque sin saber por qué—, el capataz lo trató e gallego a Cantalicio, porque le pareció caro el precio que le pedía.

—¡Ah, ja! —terció el aludido—. Y al final se llevó las plumas de garza por cuatro riales...

—Ansí que hizo el viaje e vicio... — interpuso Delfina Vargas, que venía de encerrar las pocas ovejas de la posta.

Cantalicio creyó advertir en el tono de su voz una indefinible ironía. Pero le vino muy a pelo la observación para cortar esa charla. Luego de abrevar su caballo, lo echó al corral donde el palomo se revolcó.

La luna en cuarto creciente llevaba recorrida ya la mitad de su camino y aun estaba en comienzos la oración. Al día siguiente era esperada la diligencia. En ella debía ir Cantalicio de postillón.

—Debéj'estar cansao —lo compadeció Julia, más apegada a su hombre luego de esa ausencia de siete días.

No bien hubo comido algo de puchero y mazamorra y confortado sus nervios con unos cuantos amargos, Julia se lo llevó.

—Vamoj'a dormir temprano, ché. Mañana tendráj'otro galope. Y esta vez va a ser hasta el Rosario.

—Vamoj —aceptó el hombre, rodeando con su brazo la cintura de la muchacha.

Afuera, junto al alero, quedaron Almirón y la Delfina Vargas. Descansaban sentados en sendas cabezas de vaca, bajo la pálida compaña de la luna.

—¿A qué dianche habrá ido tan lejos?... — murmuró la mujer.

—¿Cierto, no? — repuso Almirón —. Demasiao galopar por un pucho e plumas.

Y escupió al patio.

Con la creciente sombra se afianzaba la claridad lunar. Y en el campo se corporizó el silencio.

Como si esperara algo, la pareja se dejó estar largo rato.

—¿Viste el sombrero que trujo? — observó, de pronto, el hombre.

Efectivamente. El que hasta entonces usara Cantalicio, sin cinta ni tafilete, era de un color verde amarillento; ese mismo tono impreciso que otorga la edad y la intemperie a las hojas caídas. Ahora había regresado con uno nuevo, de color negro.

—Lo habrá negociao al gringo por plumas o por cueros de lobito. Uno nunca advierte de ande saca plata, pero no le sabe faltar.

Y, con esa duda se retiraron a dormir bajo el alero.

CAPITULO XIII

Balanceándose con su habitual suavidad — poco común en esos carruajes —, la diligencia de Nicasio Gauna rodaba sobre el Camino del Sur. Habituados a la prevención, los ojos del mayoral escrutaban el horizonte sureño, impenetrable y misterioso más que una puerta sellada. ¿Cuántas veces había hecho ese recorrido Nicasio Gauna? Ya tenía perdida la cuenta de sus andanzas. Desde el modesto empleo de postillón, comenzado bajo la vigilante mirada de su padre, hasta el cargo de mayoral, lleno de responsabilidades, habíase hecho a la indiferencia del peligro, a la crudeza de todas las intemperies. Años y riesgos iban ahondando las incipientes arrugas de su rostro. Había en sus ademanes esa suerte de inconsciente habilidad del músico cuyos dedos recorren el instrumento sin que la mirada los acompañe.

Viajaban con el mayoral tres postillones: Cantalicio, Gabino y un muchachón de Cruz Alta, a cargo éste de un ladero de troncos. En cuanto a Gabino, llevaba la yunta de cuartas, marchando a la cabeza Cantalicio con la de guías.

Aun se registraban aisladas incursiones del salvaje que sabedor, por rumores filtrados a través de las pulperías, de los propósitos del general Roca y su proyectado avance, más destacaba sus partidas de indios bomberos en tren de exploración que con misión de maloquear entre las poblaciones. No ignoraba esto Nicasio Gauna, y la presencia de Gabino en Rosario y su próximo regreso en calidad de postillón, lo decidió a optar por el camino del Sur y dejar en la posta al hijo de su viejo amigo, don Facundo.

Pero ocultas razones habíanlo impulsado también hacia esa ruta. Ignoraba qué habría resuelto María Fabiana acerca de su matrimonio, ya que el niño sólo pudo informarle que "entuavía se dejaba estar en las casas..." Había sido necesario que la irrupción de un extraño en sus vidas provocara el revelamiento de un secreto; que la inconfesada ilusión de toda una vida abriera la crisálida donde se hallaba latente. Este hombre curtido había pasado inconscientemente desde un sentimiento compasivo, la ternura paternal, la sincera devoción hasta el interés que lo dejaba a las puertas de una pasión sin escape. Todo lo ensayó por eludirlo todo, sin lograr otra cosa que ahondar el amor de la madurez, acaso el más difícil de sofocar.

Incapaz de resistir al vehemente deseo de ver una vez más a esa mujer que comenzara a cuidar como quien cuida una planta, paternalmente, de puro bueno, para terminar "enamorao lo mesmo que un viejo tilingo", sentía imperiosa necesidad de hablarla, para que "si no se apalabraba de una güena vez con Suasnábar, resolver él las cosas, porque tampoco podía estarse la muchacha aguardando a que un malón se la alzara pa siempre..."

Secretamente rogaba a todos los santos que el estanciero de La Espuela, convencido del desahucio, se hubiera retirado definitivamente. Así, nadie podría achacarle una intromisión que, a sus años, podía aparecer criticable. En estas cavilaciones le sorprendió la rotura del lazo que llevaba a la cincha el caballo de Cantalicio. Había éste cambiado en Cruz Alta el que ensillara en la posta de Arequito, por el blanco palomo de su propiedad. Al cortarse el lazo, el animal salió como despedido, hocicando. Su jinete, sin esfuerzo aparente, logró levantarlo en la rienda y todo no pasó de un apuro. Solamente los curitas se alarmaron, siendo preciso que Nicasio los tranquilizara desde el pescante. Luego de unos reniegos, el postillón se puso a reparar el desperfecto.

En el interior del carruaje, berlina y asientos posteriores, viajaban cuatro sacerdotes, un estanciero de la otra banda del Carcarañá y un comerciante cuyos equipajes se habían acomodado en lo alto del techo. Tres de los sacerdotes pertenecían a la diócesis de Córdoba y el otro — un rubio extranjero a quien ni sus cofrades conocían — viajaba por personales diligencias. Venía muy preocupado y no cesaba de preguntar acerca de la suerte corrida por las diligencias asaltadas. Tratándose de hechos sobre los cuales el olvido había puesto su pátina de piedad, llamaba la atención semejante insistencia, y algunos la atribuyeron al temor magnificado, Dios sabe por qué exagerados relatos.

Obligados comentarios hacían aparecer, de tanto en tanto, por las ventanillas algunas cabezas. A veces se esforzaban por llevar sus miradas hasta el pescante, desde donde el mayoral dosificaba sus recomendaciones. Cantalicio, molesto por el incidente, no respondía a la charla de los viajeros. Hasta que, listos los tiros, la diligencia continuó su marcha. En el inte-

rior de éste, un murmullo de preces acompañó el rumor de los rodados. Alguno que otro bache llevaba unos contra otros a los cuerpos transidos. La nube de polvo copiaba en el aire el rameado camino. De tanto en tanto, los ojos del niño que iba a cargo de una yunta de overos, volvíanse hacia el pescante, buscando la aprobación y el apoyo del mayoral. Cantalicio, en cambio, miraba con inusitada persistencia el horizonte del Sur.

—Este se me está asustando... ¿Haberá visto algo? O le ha dentrao el miedo e repente...

El mayoral, ese hombre que a tantos había manejado, hecho a toda contingencia por haber afrontado tantas y tan contradictorias, no apoyaba su convencimiento sobre ninguna posibilidad. Por lo mismo que, para él, nada pasaba inadvertido, Nicasio prefirió observar al postillón sin mostrar desconfianza.

Debajo del cuero de oveja que le servía de cojín en el pescante, el mayoral conservaba a la mano un naranjero de buen alcance. Y, como los postillones, a través de su cintura el facón caronero que nunca abandonaba. Por otra parte, en el interior de la diligencia media docena de armas largas viajaban por precaución al alcance de los pasajeros, aunque no todos fueran capaces de usarlas. En este viaje, dos de los curas y el estanciero sabían tirar, lo que no habría sido poca ayuda.

El carruaje avanzaba, rodando sordamente en los trechos polvorosos, pero cuando el suelo se tornaba firme, sonaba su tren más de lo que los religiosos hubieran deseado. Tenían oídos tanto relato y tanto embuste acerca de las tragedias del desierto que cualquier incidencia del recorrido se tornaba en alarma.

❦ ❦ ❦

En la Posta de Cabeza de Tigre, aprovechando la muda de los tiros, todos los viajeros descendieron a estirar las piernas. Julia, la mujer de Cantalicio, acogió a éste con muestras de cariñosa alegría.

—¡Quién iba a decir! —pensaba Nicasio, mientras abrazados del talle entraban en la cocina—; así debe ser no más... la oveja más ruin se lleva por delante los lienzos.

Y, al requerimiento del sacerdote, con quien el mayoral había ya agotado su repertorio e iba dando en apodar el Gringo, se volvió.

—Sí, padre... entre ésta y la que viene (que se llama del Lobatón), jué asaltada una diligencia... ya van pa loj'ocho años — se anticipó Nicasio a la adivinada pregunta del sacerdote —. Pero ya casi no se ven indios pu estos laos... —agregó para tranquilizarlo.

—¿Pereció alguna familia? — insistió el sacerdote, cuyo interés tenía ya intrigado al mayoral.

—Por desgracia, sí, señor...

—¿Intervino usted o vió, siquiera, a los muertos?

—No, padre, no los vide, porque yo andaba pa el Rosario. Pero me enteré.

—Así que... ¿todos perecieron? — repitió el viajero, en cuyo acento la pena y la esperanza estrangulaban, por igual, las palabras.

—Una solita escapó, arañando... Ahí' stá en l'Esquina'el Lobatón. Es bien paya, la niñita.

El sacerdote, cuya mirada pendía de los datos del mayoral, se demudó.

—¿De veras? ¿No se equivoca usted? — preguntó ansioso.

—No, padre. Estoy bien seguro y cansao de verla...

—¿Su nombre?

—Nadie lo conoce. La sabemos nombrar la Gringuita. Ahura tendrá unoj'once años.

En ese momento, Cantalicio apareció con un mate en la mano.

—Apuráte, ché... — le gritó Nicasio Gauna, contagiado de la premura del sacerdote por llegar a la posta del Lobatón —. ¡Largá tu palomo y acomodá el overo ese que trae Larcamón!

Pero Cantalicio no pareció muy apurado por el relevo.

—Vi a dir yo, no más... —avisó desde lejos—. Quiero ver a mi mama.

Eran frecuentes en él las visitas a doña Juana, y el mayoral lo dejó hacer. Al fin y al cabo, lo mismo daba uno que otro.

Poco rato más tarde, la diligencia rodaba nuevamente por el Camino del Sur. Trataba Nicasio de llegar a mediodía, liquidar su asunto y proceder en consecuencia. Era preciso despuntar por el sur la Cañada de los Quebrachos Viejos y, después, tomar de nuevo rumbo al noroeste.

La posta del Lobatón se hallaba envuelta en esa somnolencia que precede a la hora meridiana, rondando la cual andaba el sol. No se esperaba por esos días la llegada de diligencia alguna procedente del Rosario. En cambio, era ya el tiempo que viniera la del norte, con gentes de Cuyo o de Córdoba.

Don Facundo, según su hábito, divisaba desde el alero. Echaba de menos a su hijo. Gabino ya tendría que estar de vuelta.

La madre se hallaba ocupada, a esa hora, en acomodar sobre el fogón medio costillar de oveja. A la par, en una olla de barro, hervía, rezongando a borbotones, el maíz para la mazamorra, juntos constituían el almuerzo de ese día. Fuera de Martina que, viciosa, sorbía unos mates, el resto de los moradores digería aburrimiento en diversos lugares. Gravidez caliente, la de ese mediodía sin un soplo, sin un pretexto.

Algunos nubarrones iban llegando perezosamente a la cita invisible. Debajo, la tierra, echada de espaldas, esperaba. El Camino del Sur se bañaba en lejanas brillazones, cuando una torcaz goteó sobre la hora sus soñolientas campanadas: *buhú, buhú, buhú, buhú*... Entonces, todos fueron acercando a la cocina su despertado apetito. La grasa del asado lloraba ya sobre el rescoldo caliente sus motas oscuras. Y comenzó la charla, como si todos hubieran estado mudos hasta ese instante.

—¡Pucha con la postita'el Lobatón! — exclamó Martina —. Parece aburrida e vivir.

—Eso mesmo digo yo — interpuso un forastero que había acudido a la pulpería en busca de los vicios y de unos tragos con qué entonarse —. Yo que venía a entretenerme y loj'hallo como en un velorio.

—Sueño o... soncera; no sé qué será; pero ej'el caso que yo mesma me siento como descaecida — apoyó doña Juana.

—Señal de que va a llover — opinó doña Fe, disponiéndose a pelar una paleta —. Tomá, ché — alargó una presa a la Gringuita —. O preferij'un poco e mazamorra...

Sin motivo aparente, alguien comenzó a recordar el episodio que diera origen a la llegada de la Gringuita a la posta.

—¡Ah, ja! Ricuerdo esa mañana... Había llovido una temeridá la noche antes.

—Sí. Y güen susto nos llevamoj'algunos — interpuso María Fabiana.

—Lo que no me vi'a olvidar nunca ej' esa noche'el entierro e la finadita. ¿Te acordás, Ñato? Cuando golvía Cantalicio con las botaj' amarillas del otro finao..., pero, sí, hombre — interpuso Martina, indiscreta.

El interrogado guiñó un ojo a doña Fe.

—No ricuerdo... — Y miró a doña Juana de reojo.

Esta no advirtió las sonrisas de los presentes o no quiso verlas.

—¿Quién gusta más mazamorra? — preguntó por desviar la charla hacia otro tema.

Pero, con raro empecinamiento, los circunstantes insistieron en recordar algunos casos trágicos ocurridos en la vecindad de la posta. Desfilaron, así, el de la monja, el de la quemazón y el gran arreo; la muerte del viejito don Gaudencio...

Seguía dormitando ese extraño desgano sobre la mansedumbre de aquellas gentes que, poco a poco, fueron abandonando la cocina. Unos sentados, otros echados a la sombra, desparramaron su sueño que, como todos los días esa madrugada, habíase remecido con las últimas estrellas.

❦ ❦ ❦

Tanto Martina como doña Fe tuvieron el mismo pensamiento durante la desgana del almuerzo, pero sin atreverse a empeorar el estado de ánimo general. La víspera habíanse hecho presentes a prima noche aquellas luces malas, de siempre temible agüero, en el pequeño camposanto. La noche sin variantes en la pesadez del ambiente, ausente hasta ese momento su luna, facilitó con la hora escasa de oscuridad que precediera a su aparición en el horizonte, el silencioso deambular de un presagio que no todos alcanzaron a advertir. Ambas mujeres habían preferido callar lo que vieran la noche antes, y se tragaron el desasosiego.

Torearon los perros. Doña Juana se incorporó sobresaltada. Había estado soñando con el viejito don Gaudencio. Aunque algo difusa su figura, ella lo reconocía perfectamente, detenido en el vano de la puerta que parecía dispuesto a no abandonar. Por fin se sentó en el suelo, dejando expedito el paso de la luz. Y fué cuando despertó doña Juana. Porque, efectivamente, ladraban los perros.

Ya estaban algunos en el patio cuando llegó el overo rosado que conducía a Gabino. Alcanzar el patio y descolgarse el muchachito para dar casi con su cuerpo en el suelo, fué todo uno. Justamente cuando asomaba doña Juana. Se incorporó como si las piernas no le obedecieran, con desesperante lentitud.

—¡Oh! ¿Loj'otros?... ¿Y Cantalicio? — preguntó alarmado el maestro de posta. La voz le temblaba en los labios.

—Colijo que ha'estar dijunto... — alcanzó a balbucear el chico.

—¿Cómo? ¿M'hijo? ¡Hable, criatura!... — gritó doña Juana.

—¡Loj'indios, mama!...

Nada más pudo decir el niño, que se echó en el regazo de la desesperada mujer, para cobijar allí su espanto y su tribulación.

Don Facundo, su mujer y el Ñato ensillaron febrilmente los caballos. Bien armados, iban a acudir en auxilio de la diligencia y los heridos. Bien podía ser que el muchachito hubiera exagerado. "En el cañadón, tata... Agatas una legua...", había indicado Gabino entre sollozos. En una fuga sin claudicar, la reacción lo iba enmudeciendo ahora; el terror lo empecinaba ya. Y terminó por ir a ocultarse en la cocina.

—Usté, don Filomeno, cuídeme a las mujeres... — pidió el maestro de posta

al forastero que almorzara con ellos ese mediodía.

—No es que desprecee a las mozas, que mucho valen..., pero, con su licencia, vi a acompañarlo. El baile va estar más lindo, allá.

Quedó resuelto que las tres mujeres con Gabino y el postillón convaleciente esperarían, vigilantes, el regreso.

Se alejaban al galope los que acudían en ayuda de la diligencia asaltada, cuando salió doña Fe de su rancho. Habíase cubierto con un poncho y tocaba su cabeza un aludo sombrero.

—...tá fresca la tarde — dijo Martina, buscándole la lengua.

—Calor hace de sombra, ya lo sé — contestó la aludida —; pero es güeno que loj' infieles nos tomen por machos. Digo... si anda alguno bombeando la posta...

No obstante la gracia que les causara esta ocurrencia de la curandera, hallaron las muchachas muy acertada la idea. Pronto se aviaron de las prendas masculinas indispensables para disimular, siquiera a la distancia, su verdadera identidad. No iba a ser fácil, pues, con semejante laya de hembras, la conquista de la Esquina. María Fabiana subió al mangrullo y los demás, a las órdenes del postillón convaleciente, se ocuparon en cerrar todo acceso a la posta. Cada cual con el arma que se sentía capaz de manejar, aprestóse a la defensa, esperando ansiosos el regreso de los viajeros. Ramona no estaba ya. Había regresado a su rancho tres días antes, en compañía de un vecino allende el Carcarañá.

—¿Habrá muchos muertos? — preguntó, temerosa, la Gringuita.

—¡Vaya uno a saber!... — repuso alguien.

Sobre el silencio consecuente, las nubes seguían acumulando tormenta.

CAPITULO XIV

El ataque a que se refirieron las escasas y entrecortadas palabras de Gabino, había ocurrido de manera sorpresiva. En ese mismo lugar y casi a la misma hora, ocho años antes fué saqueada una diligencia y masacrados casi todos sus pasajeros. A la posta había llegado la Gringuita, único sobreviviente del desastre. Unico de que se tuviera conocimiento.

Y fué, precisamente, al salir de la cañada de los Quebrachos Viejos, esguazada en su despunte sur, donde la diligencia de Nicasio Gauna acababa de sufrir el sorpresivo ataque de una partida de ranqueles, tal vez el último en esa zona del Camino del Sur.

Refrescados ya los tiros, iba la diligencia a retomar el veloz aire de marcha, cuando hizo irrupción aquel grupo de salvajes, desde tres rumbos diferentes, precipitándose contra la diligencia en medio de una infernal e impresionante alarida. El desconcierto subsecuente, hizo vacilar a hombres y caballos. Y, cuando Nicasio Gauna, inmediatamente recobrado, pretendió apurar la fuga a manera de contragolpe y único recurso de salvación, en la emergencia, el blanco palomo de Cantalicio, sin que fuera posible precisar cómo, salió despedido como si hubiera cortado la cuarta. Esta vez no llegó a hocicar; tampoco su jinete hizo por detenerlo o desviar la dirección de la fuga que iba rectamente al grupo mayor de los agresores. Conservaba el hijo de doña Juana su facón caronero en la cintura.

En virtud del impulso que traía, la diligencia continuó su marcha por un trecho, hasta que los indios lograron detener los tiros desorganizados. Táctica peculiar del ranquel, favorecida por la insólita salida de Cantalicio. Evidentemente, éste no huía; iba sin ambages a reunirse al grupo atacante. La sorpresa de Nicasio duró muy poco, mas prefiriendo disipar toda duda, lo increpó:

—¡Parate, maula! ¡No disparéj'o te ardo de un trabucazo!...

Por toda respuesta, Cantalicio hizo un ademán procaz y castigó su caballo, actitud que fué recibida con grandes alaridos de triunfo:

—*¡Ese peñi! ¡Ese huincá toro! ¡Ya, ya, ya..., ya, ya, ya!*

"¡Ese amigo! ¡Ese cristiano macho!" Tal el significado de las aclamaciones con que se le aplaudía.

A Nicasio, que, como todos los hombres de frontera conocía muchas expresiones araucanas, no se le escapó la infamia de su postillón. Lo sabía avieso, pero nunca lo creyó capaz de semejante felonía.

Cantalicio vino a quedar a la altura del pescante. Y, entonces, escuchóse una fuerte detonación: en medio de la sorpresa general, el hijo de doña Juana fué cayendo al suelo, sin proferir un solo grito. El blanco palomo, desorientado y sin jinete, volvió hacia los caballos de la diligencia. Y una pausa siniestra detuvo momentáneamente toda acción.

Poco duró ese alto. A la hesitación consiguiente siguió una bestial alarida; mezclada expresión de despecho y de impotencia se quebró en las gargantas de los salvajes. Y, de inmediato, comenzó una grotesca tremolina en el grupo. Una lanza, la del indio más próximo, salió arrojada por brazo potente y fué a incrustarse dentro de la berlina, haciendo pedazos una ventana. Trozos de vidrio hirieron en el rostro al comerciante.

Entretanto, Nicasio Gauna descendía de su elevado asiento. Estaba resuelto a no dejarse aventajar por esa partida de salvajes merodeadores sobre la que acababa de obtener una ventaja inicial: la caída de Cantalicio, el ostensible entregador. Pero, cuando iba a poner el pie en tierra, un certero tiro de bola dió en su cabeza, tumbándolo. Por la herida comenzó a manar abundante sangre.

Ahora las fuerzas quedaban aparentemente equilibradas, con las desventaja para los cristianos de que ningún indio había sido tocado aún. La alarida que levantó este golpe llevó una momentánea vacilación al campo cristiano: su jefe virtual estaba caído y los indios en actitud resuelta. El postillón de Cruz Alta logró alcanzar la portezuela del lado contrario y empuñó un arma que le alcanzaba el religioso aquel de las preguntas. Simultáneamente partieron dos tiros desde la berlina, alcanzando a herir uno de los caballos cuyo jinete se dejó caer rápidamente al suelo. Otra lanza se clavó en tierra, luego de pasar por entre los rayos de una rueda.

—¡Le erraste, maula! — gritó el estanciero que acababa de echarse el fusil a la cara. Partió el tiro, esta vez certero, y el salvaje cayó herido de muerte entre los yuyos.

Los indios peleaban a gritos, para darse ánimos; los cristianos, en silencio, conscientes de su valer y superioridad moral. Por excepción, una que otra palabra cuando era necesario prevenir al compañero o solicitar su ayuda.

Aprovechando la confusión que el afortunado tiro provocara, descendió uno de los sacerdotes con el propósito de auxiliar a Nicasio Gauna, que permanecía exánime. Era el más joven de los cuatro. Logró arrastrar al herido hasta debajo del carruaje y, suponiéndolo próximo a morir, dispúsose a impartirle la absolución. Extendía sobre el caído la señal de la Cruz, cuando el lanzazo traicionero de un salvaje que llegara arrastrándose, lo tumbó sobre el mayoral, con una grave herida en la espalda. El tiro del postillón, casi a quemarropa, hizo volar los sesos al agresor. Esto casi pasa inadvertido, porque simultáneamente, el estanciero daba por tierra con otro enemigo.

Desde unas cortaderas partió el único tiro que hicieron los ranqueles. Dirigida, afortunadamente por mano inexperta, la bala fué a dar a las nubes y el indio al suelo. El retroceso habíalo golpeado fuertemente, quitándole las ganas de repetir la tentativa.

El doble contraste persuadió a los indios de que los viajeros no estaban dispuestos a entregarse por ningún precio y se alejaron con ánimo de contemplar la situación. Aparte de Cantalicio, las bajas sufridas los desconcertaban. Se les podía oír discutiendo entre contorsiones y lanzadas al aire, sin perder de vista a la diligencia, cuyos viajeros aprovecharon para descender y rodearla, a fin de mejor defenderse. De espaldas al carruaje, prepararon sus armas y concertaron brevemente un sencillo plan de acción. Fué en tales circunstancias cuando advirtieron la ausencia de Gabino y el caballo que montaba.

Más de una hora se mantuvieron los ranqueles alejados del alcance de las balas, sin atreverse a repetir el ataque. Toda esperanza de parlamentar con el cristiano — como ocurriera alguna vez — quedó descartada. Fueron acercándose entre repetidas e inoperantes contorsiones, como si procuraran darse ánimo recíprocamente. Venían a pie, su manera favorita de pelear, y se hacían, por instantes, más peligrosos. Una descarga los detuvo en el momento en que demasiado próximos, imaginaban despachar a sus víctimas. Sus alaridos buscaban aterrorizar a los cristianos que, no obstante su entereza, sintieron helársele la sangre. Pero la descarga había sido de efectos concluyentes: dos cayeron. Muerto uno, el otro herido. El herido, el capitanejo que los animara en la emergencia, fué a caer junto al sacerdote. Sus cabezas, unidas en el trance de la muerte, parecían convidarse.

Pero, en los ojos feroces del indio, luchaba la augustia de no poder ya matar, del odio que no se resigna. El fraile, moribundo, perdonaba. Como si fuera a besar al salvaje, acercóle sus labios al rostro, acaso para que le oyera mejor. Su último aliento derramó sobre el hijo del desierto la infinita piedad de su ministerio: "Ego te absolvo, in nomine P..." Un feroz mordisco del capitanejo, que no alcanzó a cerrarse del todo sobre la mejilla blanca del infortunado fraile, dejó trunca la absolución. Pero la mano cristiana, generosa de olvido, fué deslizándose suavemente sobre el rostro ensangrentado del salvaje, en una caricia de hermano. Y, coincidiendo, al fin, en lo infructuoso del odio, ambas cabezas se juntaron para el último sueño.

Una descarga, seguida de tiros aislados, trajo el alivio de la esperanza a aquellos infortunados viajeros. Acababa de aparecer por un flanco la oportuna ayuda de la posta del Lobatón. Eran pocos, sólo tres hombres, pero llegaban a tiempo de poder gravitar poderosamente en la balanza. Al efecto contundente de la última descarga se unía este pequeño y generoso refuerzo que precipitó la derrota de los ranqueles. Escapaban ahora perseguidos a tiros por la creciente exaltación de sus contrarios. Terminaba de tal suerte, la malhadada

aventura de Cantalicio.

El reducido grupo de auxiliares se unió bien pronto a los afligidos defensores de la diligencia. En los ojos ansiosos aposentaba ya la alegría de verse con vida. Como si recién aprendieran el tonificante valor de una sonrisa.

Llegó don Facundo con su caballo de tiro.

—¡Ah, ja! —exclamó, reconociendo el lugar—. Aquí mesmo jué ande asaltaron la deligencia ande viajaba esa familia e gringos... Hasta hace poco se veía una e las ruedas.

Junto al cuerpo de Cantalicio rezaba sus preces el sacerdote extranjero que tanto se interesara ante Nicasio por los pasados ataques a las diligencias. Un agudo grito de mujer cortó su responso.

—¡Cantalicio! ¡Hijo mío! —se arrojó doña Juana sobre el cuerpo del postillón que comenzaba a ponerse rígido—. ¡Chinito mío! —le habló, como cuando era niño—. ¿Quién te mató? ¡Decime... pa arancarle laj'achuras! ¡Decime, muchacho mío!

—Roguemos a Dios por él... —pidió el religioso y, como si implorara perdón por lo que iba a decir, unió las manos sobre el pecho, levantando sus ojos al cielo—: Roguemos a Dios... porque murió.. como buen cristiano.

Y quienes sabían, callaron.

Los sollozos de doña Juana hincaban en el silencio sobre el que desmayaba la jornada.

Algunos tiros aislados se escucharon todavía. Pólvora gastada al bulto, como ladridos de perros en el desgano de una vigilancia que ya no se justificaba. Al pie de la diligencia, otros atendían a Nicasio Gauna cuya herida continuaba desangrándose. Por cuya vida nadie habría arriesgado un simple tiro de taba.

CAPITULO XV

Palidecía la tarde cuando llegó a la posta la golpeada diligencia de Nicasio Gauna. Dolorida, venía a reclinar su cansancio sobre la insignificancia de aquella pequeña esquina del Lobatón como hubiérase amparado un herido en la débil compañía de una criatura, a falta de auxilio más poderoso. Porque la posta no tenía otra fortaleza que la de su propia debilidad, que la de una rara fortuna en la casi diaria lucha contra toda suerte de adversidades.

Don Facundo Ortiz había tomado a su cargo la dirección del carruaje. En la posta, a la expectativa como se hallaban todos de la suerte corrida por amigos y viajeros, hubo un movimiento de ansiosa nerviosidad. Nada sabían —a no ser la supuesta muerte de Cantalicio— sobre el número y la calidad de las presuntas víctimas. Gabino, poderosamente impresionado, habíase envuelto en un terco mutismo y optaron por no importunarlo con nuevas preguntas. Horribles debieron ser, a juicio de las mujeres, las escenas presenciadas por el muchacho, para llevarlo a tal estado de ánimo.

Don Facundo hubiera querido anticiparse al arribo con un toque de clarín; pero fueron vanas sus tentativas para arrancar a la corneta algo que se pareciera a una nota. De suerte que la llegada fué como en realidad debía: fúnebre y plena de interrogantes para unos y otros. Además del postillón de Cruz Alta, la otra yunta venía a cargo del estanciero, que se comidió. El ladero que dejara Cantalicio, había conducido a Gabino hasta la posta. Fué necesario, pues, organizar de nuevo los tiros. El resto de auxiliares escoltaban al vehículo en cuyo interior se desangraban la cabeza de Nicasio y los cadáveres de Cantalicio y el sacerdote inmolado. Doña Juana ocupaba, junto a su hijo, el asiento del estanciero. Si el fuego del odio fuera capaz de encender los pajonales, el campo todo ya habría estado ardiendo.

Cuando divisaron la galera, un movimiento de nerviosidad agitó a las mujeres en la posta; volaron ponchos y chambergos que disimularan su identidad y hasta algunas se desentendieron de las armas.

—¡Cuidao!... No sea el Diablo y vengan indioj'en lugar de cristianos... —previnoles el postillón que las acompañaba.

Afortunadamente, la razonable advertencia no tuvo confirmación y los maltrechos viajeros lograron, por fin, hacer pie en ese islote de esperanzas que era la Posta del Lobatón.

María Fabiana quedó mirando, indecisa entre ofrecer su ayuda o su respetuosa piedad. Los primeros en descender fueron los dos sacerdotes indemnes, quienes de inmediato recibieron los restos de su hermano muerto. Junto a él, Nicasio Gauna era todavía un interrogante. Varias veces sus compañeros de infortunio le habían auscultado. Hasta que la diligencia se detuvo, latía su corazón, pero era preciso que doña Fe diera su veredicto. Entrecortados suspiros que, más de una vez parecieron estertores, habían hecho temer por su vida. El ansioso "ya se corta..." había aflorado en más de una oportunidad durante el recorrido a los labios de sus atribulados compañeros.

Fué tarea dificultosa bajar el cuerpo de Cantalicio, acomodado a los pies de doña Juana. Los lamentos de ésta y sus recomendaciones de cuidado interrumpían a cada momento la tarea. Quedó, por fin, bajo el alero donde se reanudaron los lamentos de la madre. En tanto unos permanecían a su lado, otros acudieron a la diligencia deseosos de participar en todo. El cadáver del sacerdote quedó sobre un catre de tientos, como si a su jerarquía se le reservara la mayor comodidad.

El último en llegar a tierra fué Nicasio Gauna. Se lo descendió con las imaginables precauciones, porque se encontraba aún sin sentido. A manera de vendaje, le cubría el rostro un amplio pañuelo del religioso que ayudó a dejarlo en tierra y a cuyo cuidado había hecho esa legua de camino.

—¡Vayan a trair otra cuja! ¡No se dejen estar áhí, mirando! —habló el maestro de posta a doña Fe y María Fabiana.

Cortada en seco su curiosidad, corrieron ambas mujeres en busca del catre pedido. Mientras, hubo que apartar a los niños de ese espectáculo. Y a los perros que merodeaban, oliscando la sangre.

Llegó, por fin, la cuja de María Fabiana. Al acostar en ella al herido, cayó al suelo el pañuelo que le cubría y apareció a la vista el rostro ensangrentado de Nicasio Gauna. Los que habían quedado en la posta no lo esperaban y, menos, herido. Érale imposible a aquella gente imaginar al mayoral víctima de los indios y en peligro de muerte.

—¡Aparcero Gauna!... ¡La pucha! —exclamó doña Fe, sin poderse contener.

María Fabiana terminaba en ese momento de acomodarle los pies. Al escuchar ese nombre, la muchacha volvióse como hincada por una lezna. Le fué preciso mirar, acercar su rostro al del herido para convencerse. Hasta que, con la desesperación pintada en el semblante, se tomó con ambas manos la cabeza.

—¡Nicasio! —gritó por fin—. ¡Nicasio mío!... Pero... —miró a los presentes, desorientada—; ...pero ¿cómo? ¡Nicasio!

Hasta que se dejó caer con todo su llanto sobre la cabeza ensangrentada del mayoral.

Doña Fe y quienes a su lado se encontraban miráronse sorprendidos. Jamás habían oído a María Fabiana en semejante tono ni con palabras que trasuntaran otra cosa que una respetuosa simpatía por ese hombre cuya dedicación a ella era de todos conocida.

—¡Nicasio! ¡Vida mía!... —sollozó de nuevo la joven, apartando un poco su cara de la del herido y moviéndola a ambos lados con un gesto dubitativo. Y, encarándose de improviso con el sacerdote que permanecía a su lado, sin cuidarse del respeto que los demás le dispensaban:

—¿Ande está herido? ¿Ande? ¡Dígalo de una vez!...

El interrogado procuró tranquilizarla:

—Sólo tiene un fuerte golpe en la cabeza, pero vivirá, Dios mediante. No te aflijas, hija mía...

La Gringuita había ido aproximándose y presenciaba ahora lá escena desde prudente distancia. Gabino, distraído de su espanto, corría solícito, cumpliendo las tareas que se le encomendaban. Hasta que se acomodó a Nicasio Gauna en la habitación de María Fabiana. Allí le practicó doña Fe la primera curación. Fué preciso que Martina la secundara, ya que María Fabiana, en su afán de procurar alivio al herido, entorpecía las tareas más que ayudaba.

El golpe de bola había abierto una herida de consideración a la altura de la nuca, y la sangre coagulada ya sobre el cabello ayudaba ahora a contener la hemorragia. La curandera procedió a lavarla con gran cuidado, utilizando como en el caso del Ñato, la salmuera. Felizmente, uno de los viajeros traía en su equipaje algodón y yodo, medicamentos de inapreciable valor. Ellos evitaron el uso de las telarañas, que hubiera sido forzoso en caso contrario.

MAPAS EN LOS SUBTERRANEOS



En los subterráneos neoyorquinos se resolvió poner mapas indicadores, fabricados con material plástico, que no necesitan marcos ni cristales. Estos mapas, que indican al pasajero todo lo concerniente a la ciudad, tienen además la ventaja de que su material no es afectado por el calor, el agua, el aceite o el lápiz labial. Sus colores son firmes e inalterables.

Sobre el cansancio general puso la noche un algo de serena frescura. La luna estaba, también, con las gentes. Llegaba oportunamente a derramar su pálida confianza en los campos sobrecogidos. Bajo el rocío descansaba la mole oscura de la diligencia; nadie había pensado en retirar de su techo la petaca de cuero llena de vasos sagrados, custodias y ornamentos. Cosas de Dios, como las consideraban todos, daban a la posta una sensación de seguridad y a nadie se le hubiera ocurrido pensar en que los indios volvieran su encono y su despecho contra la desprevenida esquina.

Frente al pescante, aperos, tiros y arneses —fatiga desparramada— parecían dormir, también, sobre el muelle olvido de tantas tribulaciones.

Junto a los muertos, velaban por turno moradores y forasteros. Al lado del lecho de Nicasio Gauna, la mano de María Fabiana recorría afanosa, intáctil casi, la herida febriciente. Los sacerdotes cubrieron con sus preces los restos mortales del cofrade asesinado. Aquellas oraciones se extendieron bien pronto a todas las víctimas, con lo que la orfandad de la posta pareció sentirse reconfortada.

Involuntariamente, muchos pensaron en el otro velorio, cuando la finadita y su compañero en la muerte recibieron, años atrás, la sencilla piedad del desierto.

Doña Fe lo comentó en voz alta durante uno de los silencios que, en torno a la muerte, dejaban las preces:

—Esto me hace recordar —explicó a los viajeros— el entierro e la finadita y un hombre, muertoj'en el ataque a la deligencia, hará cosa de... ¿de cuánto, che?... —terminó, dirigiéndose a Martina.

—Lo menoj'ocho años, mama... —recordó su hija, luego de un momento.

—¡Pobre Cantalicio! —pensó en voz alta la curandera, a cuya memoria venía el hurto irreverente de aquellas botas que con tanta dificultad calzara el hijo de doña Juana.

El sacerdote extranjero que en ese momento departía con el comerciante, acababa de volverse, interesado en las palabras de doña Fe. Pero, tras de un instante de vacilación, tornó a su charla.

Luego de haber practicado a Nicasio Gauna aquellas curaciones de que era capaz, rivalizando con María Fabiana en solicitud y auxiliada por el viajero que proporcionara el yodo, la curandera pensó en conversar a solas con la muchacha acerca de los sentimientos que la tragedia acababa de revelar a todos. Pero la vió tan afligida que optó por dejarlo para otro momento, limitándose a observarla a hurtadillas. En sus ojos jugaba una sonrisa imperceptible.

—¡Chinita alarife!... —murmuró apenas, con voz cariñosa.

A la mañana siguiente dióse cristiana sepultura a las víctimas del lamentable suceso que bien podía ser uno de los últimos ataques en esa amarga ruta del desierto. Estos muertos fueron a acrecentar aquel almácigo de cruces, como lo denominara don Facundo. A todos los sepultos abarcó el responso que por ellos rezó uno de los religiosos, envueltos en amplio ademán por ese Signo pleno de generosa absolución. Sobre algunas de las cruces de palo, las telarañas habían tejido ya sus tramas de olvido. Una vaca mugió perdida entre el pajonal que un aire desaprensivo traspeinaba. Y los concurrentes, en reducida y silenciosa caravana, se reintegraron poco después a la Esquina del Lobatón donde aun quedaba mucho por hacer.

María Fabiana no quería separarse de junto a Nicasio, ni aceptaba relevo en la tarea de velar su descanso. Doña Fe tuvo que valerse de un pretexto —la necesidad de agua caliente para unos apósitos— a fin de apartarla un momento.

—¡Don Facundo! —llamó, no bien se hubo alejado la muchacha—. Venga.

El hombre se aproximó hasta inclinarse junto a la curandera, que se hallaba sentada.

—Y de áhi... ¿cómo va el aparcero? —preguntó, acompañando sus palabras con un guiño, ya que iban dirigidas más a doña Fe que al herido.

—Regular, aparcero... gracias —murmuró el mayoral sin mover por ello la cabeza.

Fué necesario que el maestro de posta tomara la mano de Nicasio, porque éste no acertaba con la suya.

—¿Vido? —lo interrogó por lo bajo la mujer.

Su interlocutor la miró extrañado. Entonces, doña Fe, cerrados los párpados, se llevó disimuladamente una mano a los ojos.

—¡Ah, ja! —movió por fin el hombre la cabeza, comprendiendo.

—El golpe e la bola debe haber sido machazo...

Los ojos del herido permanecían entornados. Como si en tal forma descansaran mejor. Era evidente que ansiaba la tranquilidad y parecía estar muy lejos de aquellos amigos. Solamente la voz de María Fabiana lograba traerlo a la realidad.

Pidió, sin embargo, un cigarrillo.

—Quisiera pitar, aparcero...

Don Facundo encendió con su yesquero un cigarrillo negro y se lo acercó.

—Tome, don Nicasio —le ofreció—. Sírvase.

La mano del enfermo se movió en penosa búsqueda.

—No veo nada, ña Fe... —se impacientó—. Láveme loj'ojos; hágame esa caridá. Debo e tener muy mucha sangre en la cara...

Ambos acompañantes se miraron desconcertados. Se confirmaban sus temores. Don Facundo llamó aparte a la curandera con un gesto.

—Nicasio mató al hijo e mi mujer... —fué su confidencia—. Me lo contó esta mañana el comerciante ése que va'e viaje.

—¿Qué? ¿Pelearon?

—No. Algo pior... Cantalicio iba a entregar la deligencia a loj'infieles... asigún parece y lo alvirtieron todos. Sindudamente, se anotició e que traiban ese tesoro en cosas de iglesia.

—Siempre supo ser codicioso. Y atravesao...

—¡Y... no! Parece que cuando Cantalicio hacía mención de juir, don Nicasio le pegó el grito: "¡Parate, maula!" Pero no halló obediencia y...

—Y Nicasio lo abajó de un tiro.

—Eso mesmo. Ansina parece que jué la cosa.

—Ña Juana cré que lo mató un indio. No sospecha nada.

—Ni falta que hace. Dejémosla que crea lo que dijo el curita, allá en la cañada. Y... le encargo el secreto.

—¡Oh... y claro, pues!

En eso llegaba María Fabiana con el agua caliente.

—Alguien dejó volcarse la pava sobre las brasas. Por eso me he demorao —se excusó.

—No le hace, muchacha —la tranquilizó doña Fe. Y se dispuso a preparar el apósito.

—Hay que dejarlo dormir... —pidió la curandera cuando hubo terminado su tarea.

Necesitaba tomarse tiempo para la revelación inevitable. Era caritativo preparar a María Fabiana antes de la dolorosa referencia. Pasados los momentos que siguieron a la crisis, la muchacha había caído en una lógica depresión de espíritu. Pero no estaba arrepentida ni avergonzada de su actitud. Al fin y al cabo, aquella su explosión de dolor era tan justificada como la de doña Juana ante su hijo muerto. Amor por amor, los dolores no se miden. Así, por otra parte, lo veían todos en la posta. Y a ella tenía que llegarle la hora, como a todas. Sólo que su mala estrella había elegido un pésimo momento.

Afortunadamente, ambas mujeres ignoraban las penosas circunstancias de la tragedia, gracias a la discreción de los viajeros; y el hecho de haber sido Cantalicio baleado con un trabuco —arma que no usaban los salvajes— pasó inadvertido para ellas, ajenas a esos detalles y sumidas en su dolor.

El primer día, María Fabiana, con el rostro encendido, había dado en hurtar sus miradas; pero lenta, paulatinamente fué recobrándose hasta lograr sus gestos la serenidad a que tenía derecho. Le urgía, ahora, la atención del herido, de ese hombre a quien su orfandad tanta dedicación le debía, a quien aprendió a querer insensiblemente cada vez más, con toda la fuerza de una juventud sana y pujante; al amparo de ese ya desvanecido complejo que la inhibiera por tanto tiempo. Ahora el recuerdo del hombre cuyo retrato pendía ya del cuello de la Gringuita y que había ilusionado contradictoriamente algunos de sus años juveniles; como la ob-

DE LA FOTOGRAFIA



Se ha creado un analizador para fotografía que permite a los aficionados obtener buenas copias, porque precisa con toda exactitud el valor de un negativo y sus grados de densidad y contraste. Este nuevo aparato determina, asimismo, con justeza el tiempo correcto de exposición para la copia y facilita también muchas otras operaciones.

sesión, más fuerte, de aquella madre muerta cuya admonición veía siempre pendiente de sus sentimientos, se habían ido ya lo mismo que el rumor de la diligencia sobre las huellas del Camino del Sur. Por eso, no le había sorprendido su propia, incontenible actitud ante ese hombre herido que representaba hoy todo su mundo. La nube de su extraña timidez acababa de ser barrida y se sentía dispuesta a no detenerse ante ningún obstáculo. Era su reacción pujante, y el golpe que la provocara acababa de ponerla de pie frente a la vida.

Don Facundo meditaba sentado junto al cepo del corral. Por aporreado que hubiera sido el Camino del Sur, nunca tantas complicaciones sacudieron a la posta. Y, en pocos días, en horas, mejor dicho, mayor cúmulo de acontecimientos.

Frente a él pasaron jugando Gabino y la Gringuita, que se mantenían alejados de los forasteros.

—¡Ché, vení pa'acá! —detuvo a su hijo.

—Mande, tata...

—¿Vos viste cuando el indio ése le descargó a Cantalicio el trabucazo que lo abajó el caballo? —lo interrogó en voz baja.

—No, tata; jué don Nicasio. Cuando le gritó...

—Has visto mal, Gabino... Hacé memoria. Jué un indio grandote...

Le refusilaron los ojos al chico.

—¡Ah, ja! —contestó, reflexivo, al cabo de unos instantes—. Ahura me acuerdo. Jué un indio, ansina como usté'e grandote...

Y, guiñando un ojo, retornó a sus juegos con la Gringuita.

—Ché, ¿qué te dijo el tata? —lo recibió su curiosidad.

—Nada... que si lej'había dao agua a los caballos. ¿Cuándo habré dejao que perezcan de sé?

Esa noche don Facundo fué abordado por el padre Kemmer. Así se apellidaba el religioso aquel tan interesado en pasadas tragedias de que fuera teatro el Camino del Sur.

—Don Nicasio, a quien acabo de acercarme —dijo—, no se halla en condiciones de ser molestado y, posiblemente, ni recordará. Es cierto que su estado no me inspira temores, a pesar de lo violento del golpe recibido. Conservo esa bola para llevármela como un triste recuerdo de este viaje y me estremezco al pensar lo terrible que hubiera sido la herida del mayoral al no haber tenido su sombrero puesto y tanto cabello debajo.

—Saben ser de piedra bola y, como no laj'usan retobadas... —explicó don Facundo—, ande golpean no perdonan.

—De piedra es ésta y golpeó bien fuerte. Sin embargo, confío en que Dios lo sacará con bien...

—Pero, la vista, padre... ¿no se fijó?

—¿En qué?

—Y, de áhi... que no ve nada.

—¿Quiere decir que ha quedado ciego?

La pena que se pintó en los ojos del maestro de posta era suficiente respuesta.

—Hoy de tarde lo alvertimos por la curandera —agregó a manera de complemento—. El cré que es la sangre que l'ensucea loj'ojos.

—Confiemos en que Dios le devolverá la vista. Tengo en Rosario médicos amigos, que lo atenderán con la mayor solicitud. Volvamos, ahora, al asunto que me trajo a esta posta...

—Usté dirá, padre... ¿cómo era su apelativo?

—Kemmer. Pero llámeme padre Federico, le resultará más fácil.

—¡Ah, ja! Sí, señor...

—Hace alrededor de nueve años; mejor dicho, a fines del sesenta y ocho... tuve oportunidad de realizar un viaje por este camino. Regresaba de Rosario con mi familia, cuando un numeroso grupo de indios asaltó la diligencia en que viajábamos. El que no resultó muerto en el ataque, salvó por misericordia de Dios. Nunca supe de la suerte corrida por mis compañeros de viaje. Ignoro aún quién me llevó hasta la posta de Arequito, porque allí pasé un mes entre la vida y la muerte. Cuando, ya convaleciente, pude viajar a Buenos Aires, no logré obtener el nombre ni las señas de mi salvador. Más difícil aun me resultó averiguar acerca de la suerte corrida por mi esposa y por mi hijita, entonces de tres años de edad. Cuando estuve en condiciones de recorrer el camino, ya la memoria de esa tragedia habíase mezclado con el recuerdo de otras más recientes y hasta los parajes que se me indicaban no coincidían con mis apagadas referencias. Acudí a las fuentes oficiales, con análogo resultado y hube de renunciar, finalmente, a encontrarlas, ya que con desesperante unanimidad se me aseguraba, por quienes decían conocer el hecho, que mi esposa y la niñita habían perecido.

"Amargado entonces, sin poder arrancar de mi corazón la profunda pena que su desaparición me dejara, liquidé mis bienes y entré en religión. Ahora poco, me enteré en Rosario, de uno de cuyos colegios soy maestro, que se preparaba este viaje a Córdoba y, lograda la necesaria licencia, me lancé a través de la pampa por este Camino del Sur donde el corazón me anuncia que he de hallar quién sepa proporcionarme las ansiadas informaciones. Esa es la única razón de mis insistentes preguntas a don Nicasio Gauna durante este viaje tan desgraciadamente interrumpido. Por eso le ruego a usted, don Facundo, me informe si sabe algo referente al asalto de la diligencia en que perdí a toda mi familia. Ahora que he vuelto a recorrer este tramo del camino, casi me atrevería a decir que ello ocurrió cerca de la Cruz Alta.

El infortunado religioso en quien, por momentos, aparecía el padre de familia, quedóse mirando al maestro de posta. En sus ojos la ansiedad no se daba punto de reposo.

Don Facundo empezó por carraspear. Sin ello, parecíale imposible entrar en materia o hilvanar recuerdos.

—Creo... —comenzó parsimonioso— se me hace que... tal vez pueda sacarlo e dudas, padre Federico...

—¡Ah! —suspiró su interlocutor, sin poder contenerse.

—Creo ¿no? Porque, a lo pior... no resulta acomodao el dato a lo que usté anda buscando.

Los labios del religioso temblaron en silenciosa impetración.

—Dígame, señor cura, ¿de qué laya era la señora que supo ser su esposa?

—Era rubia, alta y delgada; tenía los ojos azules y contaba veintiocho años de edad. Mi hijita....

—...también era rubia, ¿no e'ansí?

—Sí, igual que la madre. ¡Dios mío! Pero ¿cómo lo sabe usted? —murmuró el sacerdote, acongojado.

—Usté mesmo me lo va a decir, ahurita no más. Aguardesé acá, padre.

El infortunado viajero tuvo que apoyarse en el horcón. Las esperanzas que comenzaba a acariciar no se concretaban aún.

—Poca fortuna sería, luego de tanta angustia, que todo quedara en simple ilusión; que se tratara de otra criatura, de una simple coincidencia —murmuró.

El maestro de posta, con su habitual parsimonia, regresaba ya. Se detuvo un momento en el umbral de la cocina....

—Pasen pa'dentro. No se dejen estar áhi en la puerta —ordenó a las muchachas que le seguían.

—Ahí'stá la niña. Más paya no puede ser... ¡Y no permita Dios que le haya errao! —habló la voz grave de don Facundo.

María Fabiana y la Gringuita se habían aproximado unos pasos. Aguardaban, la primera con una doble tristeza en su mirada; cohibida la niña, que algo presentía.

Sólo dos candiles alumbraban la cocina, y doña Fe, comedida, acercó un tercero. Las ansiosas pupilas del sacerdote devoraban la escena. Se acercó a la niña, agachóse un poco y la tomó por debajo del mentón. A medida que sus ojos iban achicándose en un esfuerzo por concentrar no memoria, sino ternura, el corazón le golpeaba con más fuerza. Los que habían ido congregándose en la cocina esperaban, impacientes, la decisión que habría de arrebatarles aquella criatura que tanto cuidaran como a flor rara y delicada. Porque su presentimiento no aceptaba otro desenlace. Hasta que habló, por fin, la atropellada emoción del padre Kemmer:

—Es ella, sí; no cabe duda —movíase su cabeza en gesto afirmativo—. Son sus mismos ojos de cielo, su boca llena de gracia. ¡Hija mía, querida! —gritó casi, rodeándole el cuello con el brazo—. ¡Alabado sea Dios!

El infortunado padre había caído de rodillas y sus lágrimas humedecían el rostro de su hija. Como un hecho consumado que es imposible discutir, los presentes asintieron con un gesto que clavaba en el suelo sus ojos apenados.

María Fabiana había palidecido. De entre las manos se le iba aquel cariño que entrañaba en su existencia tanto como si de sus entrañas hubiera aflorado a la vida. El destino la reintegraba, es cierto, a su libertad; la finadita no podría ya exigirle el celibato a que se creyera atada. Pero su mala estrella la golpeaba por segunda vez en dos días. Amarga ruta esa la de su suerte.

—Es tuito lo que le queda e su gente, padre... —fué, entretanto, la revelación de doña Fe.

La Gringuita no comprendía ni aceptaba tan inesperado parentesco. Fué desprendiéndose de los brazos de su padre y se reintegró al regazo de María Fabiana.

—Ya lo ve, padre... —se disculpó la joven. Y, luego de un momento en que su mirada vagó sin rumbo aparente, se atrevió—: Ansí que usté había sabido ser el taita...

Mientras su rostro se cubría de rubor, la muchacha fijaba en el religioso sus ojos profundamente interrogantes. Pero esa inquisición no obedecía a sus derechos de madre adoptiva, sino al deseo de recordar rasgos de aquel rostro que tenía delante. Sacó por fin del pecho de la Gringuita el relicario que la acompañaba desde el día en que se desvanecieran sus ilusiones de niña. Y, como si se rindiera a la evidencia, habló lentamente:

—Ansí que... güeno. Alguna vez tendría que venir a llevársela.

Rompió de un tirón la cadenita y tendió al asombrado padre el relicario. No le engañaban sus ojos. Demasiadas veces, durante los primeros años, había contemplado ese retrato, para olvidarlo. Sin dificultades abrió el sacerdote la joya, de cuyo interior extrajó la fotografía de su hija. Debajo de ésta, apareció una miniatura de la madre. María Fabiana alcanzó a verla.

—¡La finadita! —exclamó, mirando en

derredor, mientras estrechaba fuertemente a la Gringuita. Recordó que los niños eran dos, pero no se atrevió a preguntar por el otro.

Silenciosas lágrimas bañaban el rostro del religioso que no terminaba de contemplar el relicario. Sus ojos iban de éste a la Gringuita, que lo miraba a hurtadillas.

Sentados alrededor del fogón, todos escucharon el breve relato de doña Fe.

—La finadita, su esposa, descansa dende hace más de ocho añoj'en el camposanto que usté vido hoy de mañana. Una de las sepolturas a las que lej'echó su bendición, es la de ella... Jué enterrada lo mejor que se pudo. A la Gringuita, áhi la tiene. Era l'hija e tuitos nojotros...

"Aura le vi'a contar como llegaron a la posta.

"Una mañana, luego de llover casi tuita la noche, ese hombre —señaló a don Facundo Ortiz— salió a campear. El Ñato, que se había adelantao, pegó la güelta alarmao porque vido una cosa blanca que se movía en el suelo..."

Y, así, pausadamente, refirió los pormenores del hallazgo, del velorio y del entierro, que sólo el padre y los viajeros ignoraban.

Cuando dió fin a su relato, los ojos del padre Federico parecían mirar a lo más profundo de su espíritu. El silencio respetuoso de todos, esperó que hablara. Pero se puso de pie, aproximóse a la puerta y, tras de santiguarse, entró en la noche sin que nadie osara seguirlo.

❦ ❦ ❦

Con el sol, llegóse a la cocina el padre Kemmer y pidió al maestro de posta que lo acompañara hasta el camposanto. Deseaba conocer la sepultura donde descansaban los restos de su esposa. Y allí lo dejó rezando don Facundo que se retiró sin que el forastero lo notara. Una hora larga pasó junto a esa tumba, el hombre cuya vida truncada para el mundo, parecíera que recién comenzaba a serenarse.

—¡Las cosas que habrán tenido que decirse! —murmuró doña Fe, al divisarlo regresando a un paso en que parecían gravitar leguas de camino.

—¡Y no! —afirmó Martina, junto a su madre—. La ausencia ha sido larga...

El padre Kemmer regresaba ahora tranquilo. Como si aquella meditación junto a la que en vida fuera su esposa, hubiera dejado en su espíritu la indispensable tranquilidad para encarar la vida desde el nuevo aspecto de su destino. Fué a reunirse con sus cofrades, quienes se congratularon por el término de tan afanosa búsqueda. El padre Federico era un temperamento reservado y tranquilo. Acaso el drama de su vida había incidido en su carácter, adaptándolo a las exigencias de la severidad religiosa. El eclipse de su familia puso límite a toda ambición, a todo arraigo con el mundo. Y el mundo le recordaba ahora que no se lo deja tan fácilmente...

Desde la puerta de su rancho, contemplaba María Fabiana el grupo formado por forasteros y habitantes de la posta. Iban en dirección a las vizcacheras, porque el marido de la finadita había querido conocer cuanto detalle se relacionara con los últimos momentos de su infortunada esposa. Parecía deleitarle el sorber la hiel de su amargura a través de esa suerte de vía crucis en que se hallaba empeñado.

Desde lejos, María Fabiana revivía el hallazgo.

A poco sintió que el enfermo se volvía en la cama, buscando algo, y se acercó presurosa. En la pieza reinaba una suave penumbra. La joven tomó la mano de Nicasio y la fué oprimiendo cariñosamente, como si no acertara a interrumpir sus sufrimientos. Sus ojos se encontraron con los del enfermo. Algo que no lograba explicarse había notado ya en ellos: algo cuya extraña gravedad barruntaba.

—¿...tá'ahi, María Fabiana?

—Sí, Nicasio. Hasta que no se haya compuesto e la herida, no me haré a un lao de usté...

—¿Y después?

María Fabiana permaneció callada. No se atrevía a responder lo que su corazón le estaba gritando.

—¿Habré soñao o estaba ido e la cabeza?... —se preguntó el mayoral en voz alta—. ¡Se me hace qûe le oí llamarme de lindo!...

María Fabiana le sonrió. Buscaba responder con una mirada al requerimiento de aquel hombre en quien ya tenía puesta la pasión de su vida. Pero él seguía a la espera de una contestación.

—¿Recuerda lo que me dijo anteanoche, m'hija?

—Sí..., y me parece que lo acaban de repetir mij'ojos.

—No los vide, muchacha.

—Se me hace que le anda buscando la güelta pa que otra vez se lo diga... Que lo quiero. Que siempre lo quise. Que lo estoy queriendo cada hora más... ¿No ej'eso, Nicasio? ¿Ansí le gusta?

—Ansí quería escucharla, muchacha. ¡Me hace tanta falta saber que no ando ido e la cabeza! Acérquese, m'hija. Es de vicio que noj'andemos mezquinando; pa eso nos queremos...

Escasamente una vara los separaba. Pero los brazos del mayoral, alargados para estrecharla, erraron en el espacio. Tuvo así María Fabiana la brutal confirmación. Sus manos llegaron a tiempo para ahogar el grito que iba a escapar de su pecho. Y pese a la espantosa realidad que acababa de palpar, no obstante su desconcierto, María Fabiana fué al encuentro de su tan anhelada dicha.

—¡Vidita! —alcanzó a decir Nicasio.

Ya la joven lo estrechaba fuertemente con un abrazo en que se confundían la desesperación y la vehemencia. Contenido el sollozo que pugnaba en su garganta, lo besó apasionadamente. Lo besó con el ansia por tantos meses reprimida, pero no logró evitar que sus lágrimas cayeran sobre el rostro del enfermo.

—¡...tás llorando, María Fabiana! —advirtió Nicasio. Era ésta la primera vez que la tuteaba.

—Ansí de mucho sé quererte —lo imitó ella. Y se puso a acariciarlo con la suavidad que le infundían su pena y el deseo de no lastimar su pobre cabeza herida.

—¿Me echabas de menos, muchacha?

—¡Ah, ja!

—¿Me esperabas?

—¡Y no!...

—¿Dende cuándo?

—Dende siempre. Dende que entré a quererte, Nicasio...

En esos transportes estaban, ajenos a todo lo que no fuera cariño en la intimidad silenciosa de aquel rancho, cuando se escuchó el saludo de Doña Fe.

—Y de áhi ¿cómo ha amanecido el enfermo? —preguntó desde la puerta, con un ligera inseguridad en la voz.

—Bien, gracias, ña Fe. Vayan dentrando tuitos. Hay lugar de sobra.

La curandera se inmutó. Estaba ella sola, tapando el vano de la puerta. Pero hizo como que no advertía el error del mayoral.

Después de examinar detenidamente la herida y observar con el disimulo que ella sabía hacerlo, pidió a la joven que fuera en busca de agua hervida, a fin de practicar al enfermo la necesaria curación. Quedó escuchando el mayoral hasta que María Fabiana se hubo retirado lo suficiente. Y entonces habló a la curandera:

—Oiga, ña Fe. Tengo como una humadera en loj'ojos. No veo nadita... Ej'al ñudo que andemos queriendo engañarnos. Pero no le vaya a decir una palabra a María Fabiana...

—De esta boca no ha'e salir. Pero eso bien puede ser de la fiebre; no ej'el caso de alarmarse ante de tiempo —trató de engañarlo.

—No se haga ilusiones, doña. Si Dios no me la compone, esta vista se acabó...

En eso entraba la joven con la pava de agua que dejó sobre un cajón y volvió a salir, tomando con disimulo a doña Fe por un brazo.

—No sé ande pusieron el algodón... —dijo para que la oyera Nicasio.

Apartadas de la puerta, hablaron ambas mujeres.

—¿Ha visto, ña Fe? —le habló en voz baja—. Está ciego...

—¿Quién? —simuló ignorancia la otra.

—Nicasio, pues.

—Pero ¿qué me querés decir, muchacha?

—Que don Gauna está ciego e la vista... Que no me devisa ni a un jeme e distancia.

—Bien puede ser la fiebre, che...

—¡De ande! Si ya hace dos días que está lindito... la cara fresca.

LA QUIMICA Y LA ALIMENTACION

La química, esa maravillosa ciencia que todo lo transforma y convierte, creó un compuesto de óxido de calcio y anhidrido fosfórico, cuyo resultado es aumentar el contenido de calcio y fósforo en los alimentos elaborados. Este nuevo compuesto, que es un polvo blanco, muy fino, se le conoce con el nombre de hidroxifosfato de calcio.



—Y... será del golpe, entonce. Cuando cierre la herida...

—Pocaj'esperanzas me quedan, ña Fe. Si Dios no lo rimedia... y ahura Dioj'está en Rosario, ¿me compriende?

—Sí. Haberá que llevarlo, no más.

—No le vaya a decir nada ¿oye?...

—¡Ah, ja! ¡Aura sí que me han fregao!... "No vaya a decir nada." ¡Güen encargo pa una vieja!... Esta vez me ganaron de mano — murmuró.

Y, dejando a María Fabiana sin comprender, se reintegró a la pieza donde el enfermo esperaba que le practicaran el lavado de su herida.

❦❦❦

Quedó resuelto que el padre Kemmer volvería a Rosario juntamente con el herido y su hijita, a quienes acompañaría María Fabiana.

—Hará bien en llevárselas con usté a las dos. Aunque vamoj'a quedar más tristes que invierno llovido... Son tres cristianos que, en adelante, van a tener que vivir unidos como bolas potreadoras.

El viaje del religioso, su propósito esencial, ya estaba cumplido. Los otros proseguirían hasta Córdoba, a cuyo objeto se iba a proceder el canje de diligencias, pues don Facundo deseaba acompañar a Nicasio Gauna y dejarlo en manos del médico que habría de proporcionarles el padre Kemmer. Tan fuerte traumatismo había determinado en el mayoral la ceguera que ya no resultaba un secreto para nadie y que podía o no ser definitiva. La capacidad del cirujano y mucho de azar iban a decidir la suerte del mayoral y el futuro de su felicidad. El padre Kemmer estaba resuelto a agotar todos los medios a su alcance para conseguir la curación del hombre a quien María Fabiana había atado ya su existencia.

—Una vez que, Dios mediante, don Nicasio recobre la vista, volveré para llevarme los restos de mi finada esposa —dijo el sacerdote—. Quiero que descanse en Rosario, donde espero que nos quedaremos todos...

—¡Oh! Ansí la posta va a estar de más... Porque usté ya se va alzando con todo — expresó tristemente don Facundo Ortiz.

Pero, en su fuero interno, culpaba a la vida y al destino. Quería a esa posta como a algo propio. Y, en verdad, lo era. Era su obra, el puntal de civilización que se aguantaba aún contra todos los infortunios; arrecife sobre cuya ostensible debilidad Dios no había pronunciado hasta ese momento su sentencia: "Aquí, también..."

Fuera de la posta, nada le interesaba, porque nada le pertenecía. Ni siquiera un eventual retazo del camposanto.

—Hace unos días que no se deja ver la luz mala... —observó don Facundo viendo a la oración prosternada ya sobre los campos.

—Parece que han dentrao a sosegarse... — aventuró en voz baja María Fabiana.

—¡Dios te oiga! —rogó el Ñato.

—¡...y el diablo se haga sordo! —remató, desde el pozo, doña Fe.

Efectivamente, consumada la tragedia en la Cañada de los Quebrachos Viejos, nadie había vuelto a advertir luces sobre el camposanto. Aunque lo malo, lo funesto no eran precisamente las fosforescencias que, a menudo, se advertían encima de las tumbas; era su esporádico paseo en función de advertencia.

CAPITULO XVI

Antes de partir con opuesto rumbo, los sacerdotes quisieron dar cumplimiento a un deber de religión y de conciencia. Había en la posta quienes vivían al margen del matrimonio, y la unión de María Fabiana con Nicasio Gauna les proporcionó la necesaria oportunidad para enderezar lo que torcido creciera.

—Esta moza y yo hemos determinao casarnos, padre — había expresado el mayoral de la diligencia, sosteniendo su ceguera en el brazo trémulo de María Fabiana —. Ahura, más que nunca, me hace falta un apoyo...

—¿Y a mí? —rió, nerviosa, la muchacha—. Si él precisa recostarse ¿qué diré yo?

Todos aplaudieron la resolución de la pareja. Acaso doña Juana, si hubiera estado en condiciones de oponer su voluntad, habría inventado reparos. Mas su hijo ya no existía. Y Cantalicio había sido siempre el hijo de su corazón. Gabino, el de su carne...

El padre Kemmer propuso al maestro de posta que santificara su unión con doña Juana. Ella se alzó de hombros. De todas maneras, igual habría de vivir en lo sucesivo; ayuntada o casada como Dios manda. Le daba lo mismo.

—Entonce, casémonos... Total, más te va a doler un pinchazo que la bendición — la animó su hombre.

—Si es tu gusto... —asintió la mujer, sin mayor convencimiento.

—Y ¿ande nos dejan a nojotros? —reclamó Martina que estaba cebando mate.

—Cuanto más, mejor —aprobó uno de los religiosos.

—Hace falta saber qué dirá el condenado —preguntó riendo el padre Kemmer.

—A ése déjelo e mi cuenta —replicó en el mismo tono la mujer—. Lo tengo bien trabao...

La ingenuidad de María Fabiana necesitaba aclarar previamente un escrúpulo de conciencia que acababa de presentársele. Llamó aparte a la curandera.

—Hágame el servicio, ña Fe. Dígame la verdá: loj'hijos de ciego ¿saben salir ansina, cieguitos no más?...

—Y... ¡vaya uno a saber! A lo mejor... —repuso, sin mayor convicción la interrogada.

—Porque, de no... iba a pedirle ese remedio que usté sabe dar en ocasiones.

—¡Di an... —iba a desmentir a la muchacha, cuando recordó que su hija habíalo usado con éxito. Pero, recobrada, repuso:

—¡Ah, ja! Yo soy curandera, pero no adivina. Nada se pierde con hacer la prueba. Si te le animáj'ahura vaj'a tener l'ocasión...

Y se alejó riendo maliciosamente.

María Fabiana fué a recostarse contra el cepo del corral. Había dejado a Nicasio en la cocina. Podía, pues, dejarse estar un rato consigo misma. A veces, le hacía falta y, ahora, con más razón. Sus ojos, prendidos al lejano confín del poniente, fueron vidriándosele. Hacia es rumbo habíanle señalado más de una vez cuando niña el lugar donde su padre rindiera la vida por salvar la suya.

—¿Qué 'staj'haciendo áhi, muchacha? — le sorprendió la voz de don Facundo.

—Devisando, tata —contestó. Y, sobre los talones, volvióse para ocultar en el pecho de aquel hombre bondadoso, su padre adoptivo, la congoja renovada.

Habíanla curtido ya los golpes de ese camino que le tocara en suerte. Más amarga no había podido ser con ella esa ruta de machos.

—¡Camino e varones!... — murmuró, repitiendo lo que en más de una ocasión habíase escuchado en la posta a forasteros.

—¡Si hasta las mesmaj'hembras se amachan cuando se ofrece! — glosó el hombre.

Entre el espacio que dejaban libre corral y pulpería, habían brotado algunas espigas gauchas, como una sugestión del fruto. En el trajín de la descarga o al paso de una tropa de carretas, algún pie se afirmó rudamente sobre las bolsas de trigo destinadas a humildes tahonas del interior y la rodaja de la nazarena rasgó el vientre grávido de la bolsa que sangró, de inmediato, simiente sin destino. Luego vino el apretar de aquellos granos a pezuña y ruedas en la tierra húmeda. Y, por los resquicios del plano mal unido de las carretas, el azar fué sembrando trechos del camino en tiernos asomos de mieses.

Ante el milagro de esas semillas, comprendió María Fabiana que la pampa, entonces inhóspita, era capaz de germinar con el tiempo otra cosa que la alarida del salvaje; de reflejar algo más que el rojo de las heridas, trasunto de cuya sangre aparecía todas las tardes en el ocaso como un permanente alerta. Tuvo la intuición del porvenir, fe en los hombres de la raza. Asoció urgencias, tantas veces reprimidas, a esa misma ley que acuciaba las semillas a darse en flores y frutos. Y comprobó que nacía en ella también, una esperanza que no tenía por el momento sino el color indefinido de esos brotes. Aferrados a la tierra que ignoraban cómo cultivar, no habían sido los hombres fronterizos, sino precursores, jalones de una trágica conquista. Pajueranos condenados a aguantar el cimbrón de los malones, de las inclemencias y del infortunio.

—¡Ah, ja! — oyérales decir más de una vez —. Somos como los güeyes en las carretas. No sabemoj'abrir otros surcos que las güellas del camino. Sendaj'ablandadas con sangre. Que otros vendrán a aprovechar.

La ceremonia de los casamientos no podía tener allí otra solemnidad que la del acto mismo. Ni celebración alguna. Demasiadas heridas sin restañar, frescas aun, se hallaban latentes. Pero tales actos ataban a los desposados a compromisos de los que se habían supuesto desligados. Sólo María Fabiana y Nicasio entraban al sacramento con la timidez de los no iniciados.

Los niños, creyéndolo un juego, pretendieron que ese los incluyera en la ceremonia.

—No... si esto no es chacota — los contuvo doña Fe.

Cuando quisieron acordar, todos estaban casados.

—Tuitos bien maneaos... como ovejas pa la esquila — había dicho la curandera—. Menos mal que yo soy viuda; de no...

Con la última bendición, partió la galera que iba hacia Córdoba, a completar el truncado viaje de los religiosos. Después de almorzar, haría lo propio la de Nicasio Gauna. Por primera vez, a cargo de otro.

❦❦❦

Cuando, dirigida por don Facundo Ortiz, arrancó camino de Rosario la vieja diligencia, pareció como si un penoso desgarramiento sobrecogiera a toda la posta.

—¡Ché, María Fabiana! —llamó, acudiendo junto al carruaje, doña Fe.

—Te olvidás la receta... —pretendía desvanecer la tristeza de los viajeros, poniendo en aprietos a la recién casada. Y, de paso, cobrábase la indiscreción de la muchacha...

—No me va hacer falta... — agradeció ésta, con quebrada voz.

Algunas manos agitaron desconsolados



adioses. Fuertemente tomado de doña Juana, Gabino miraba cómo se consumían aquellos últimos instantes. Los adioses se ahogaron, modosos, en el traqueteo de la partida. Nadie reparó en cómo el muchacho tragaba, silenciosamente, la amargura de ese alejamiento. Hasta doña Fe, empeñada en desechar penas, participaba de la nerviosidad que embargaba a todos. La mujer del maestro de posta, sin poder contenerse, ocultó su rostro en el negro pañolón que la enlutaba, y penetró llorando a la cocina. La muerte de Cantalicio parecía haberle ablandado, por fin, el endurecido corazón a aquella mujer fría y calculadora. La muerte de su hijo; o, acaso, el fin de algo más hondamente arraigado en su corazón.

Ya estaba la diligencia a más de dos cuadras. Al coronar la pequeña loma, sonaron un momento los cascos sobre el suelo duro, y afirmados los tiros, la galera se dejó caer alegremente acunada por un prometido rodar de leguas.

Doña Fe, emocionada, escupió al suelo su amargura.

—¡Bah! La vida... Güena basura... —murmuró.

Y, levantando en alto una vieja damajuana que conservaba en la mano, la estrelló contra el suelo.

—¡Que la tiró! —remató entre dientes.

Junto a ella, Gabino, sin una lágrima, no apartaba los ojos del horizonte. Hasta que la diligencia sólo fué un punto brillante en su retina. Cuando se apagó como una brizna, parecióle a Gabino que sobre ese horizonte había transcurrido una enormidad de tiempo. Sus cansados ojos pestañearon antes de volverse.

❦❦❦

Detrás del carruaje, con su eterna actitud defensiva se apampaba a su vez la posta, lo mismo que perseguido charabón que ha agotado sus gambetas y trata de pasar inadvertido.

Tanto ella como sus moradores comenzaron a adquirir para los viajeros esos imprecisos contornos que otorgan el tiempo y el recuerdo. A poco, la nube de polvo levantada por la diligencia en el Camino del Sur, desvaneció todo asomo de personalidad. Nadie había querido mirar hacia atrás, como obedeciendo a un tácito convenio. Y la Posta del Lobatón, curtida de intemperie, de adversidad y de años, desapareció por fin, hecha horizonte en la sosegada indiferencia de la pampa. Un árbol solitario a la orilla de la cañada de los Algarrobos Viejos, fué siguiéndolos largo rato, con la fija atención de una lechuza.

Dentro del carruaje, sorda congoja se atragantaba en los ajustados sollozos de María Fabiana y la Gringuita, bajo la discreta mirada del padre Kemmer. Escondían su emoción como un perro su hueso; para desenterrarlo cada vez que, a hurtadillas, les fuera dado gustarla. Roerla en angustioso silencio de pobres.

Nicasio Gauna, encerrado en las tinieblas de su aislante ceguera, no hablaba una palabra. Por ratos, se ceñía a la reconfortante compañía de su flamante esposa, pero iba contemplando en visión intuitiva bache por bache, vuelta por vuelta, detalle por detalle de esa ruta, amarga como la chilca, que tan bien conocía, que como a tantos desventurados, habíale tocado en suerte.

Detrás, el Camino del Sur desvanecíase a la distancia. Un campo verde horizontal, cerrándose sobre la ruta como el mar sobre la estela de un barco, ocultaba sus secretos. Y la pampa, multiplicada sucesión de horizontes trágicos, disimulaba infinidad de cicatrices, prietas ya, como labios sellados por un juramento.

A la zaga, con la lengua de un palmo, el *Sur*. Atado a la diligencia por su irreductible fidelidad de sombra.

CAPITULO XVII

Cuando doña Juana salió al patio, el campo detrás del cual había desaparecido la diligencia, mostrábase indiferente como la calma superficie de una laguna. Y había en esta otra calma que rodeaba a la posta un ancho y cruel desamparo; la congoja atragantada de un definitivo abandono. El gato, indiferente señor de toda soledad, era el único ser que no experimentaba la dolorosa punzada.

La mujer del maestro de posta, atraída por la intimidad de ese patio donde el sol congregaba tantas veces a propios y extraños, dió vuelta las casas. Olvidó un instante el abandono en que se acababa de hundir la posta. Pero bien pronto, el silencio de ausencia que enfriaba ya ese rincón amable, la tornó a la realidad.

A un extremo del corral, sintiendo esa orfandad y apremiados por quitársela de encima, estaban el Ñato y la Martina. El acababa de ensillar su moro y alisaba en el anca un resto de matra para asiento de su prenda.

Palideció doña Juana, comprendiendo. Pero de sus labios apretados no salió el mínimo reproche. Dió espaldas al matrimonio y se alejó de allí.

Doña Fe observaba callada. Levantó los hombros en un gesto comprensivo que le era habitual.

—Y ¿pa qué pago vaj'a llevar a m'hija? —se adelantó, no obstante, a la debida explicación.

El mozo señaló el noreste.

—Pa sus mesmos pagos, ña Fe. Allá vamoj'a esperarla, si gusta...

En eso asomó doña Juana detrás de la cocina.

—¿P'ande están por dirse? —fué su pregunta, dirigida más que a la pareja, a doña Fe.

—Hemos determinao, la Martina y yo, dirnoj'ande nos dejen criar guachoj'a gusto... —respondió, incisivo, el Ñato.

Amargada tardíamente, la mujer del maestro de posta los dejó. Comenzaba a medir la angustia de sentirse aislada. Y, gacha la cabeza, se dirigió a la cocina, buscando evadirse de sí misma.

Salía de la esquina en cuyo mostrador rumoreaban las moscas, cuando se vió precisada a esquivar un tiro de bolas que le rozó la cabeza. Gabino, sin saber cómo entretener su ocio, le había tirado al gallo giro con esas boleadoras de su confección.

—¡Eso es, rompeme la cabeza! Sólo eso me faltaba. ¡Camine, vaya y tráigame una leña e vaca, su pedazo e vago! —le gritó enojada.

Entonces, por primera vez en su vida, Gabino le faltó al respeto.

—¡Oh! ¡Déjese de amolar, también!... —replicó con evidente malhumor. Y fué a recostarse en uno de los postes del corral.

Es que ese niño ya no estaba con ella. Su espíritu había seguido a la diligencia. Como el perro *Sur*.

—También vos... —rezongó amargamente la vieja.

Fin de "EL

El rumor de un sobrepaso la distrajo del revés que ya le amagaba.

El Ñato, tras un indefinido gesto de despedida, se alejaba con la Martina en ancas. Iban rumbo al vado del Carcarañá. Hacia Santa Fe. "Ande pudieran criar guachoj'a gusto..." Aquerenciado al Ñato, los seguía el *Norte*.

En la puerta de la cocina, doña Juana se cruzó con el gato. Enarcado el lomo y la cola enhiesta, final de un desperezo, el animal le prodigó su cariñoso maullido. Un puntapié que lo hizo chillar agriamente, fué la recompensa.

Con el despecho anudado en la garganta, la mujer refugióse en un rincón de la cocina. Prefería no ver semejante deserción; y la que barruntaba como preparándose. Allí se dejó estar largo rato. Sombría, empacada.

Cuando, por fin, salió, llevaba la cabeza descubierta y el cabello en desorden. Empuñaba su diestra un largo tizón ardiente.

—¡Me van a dejar sola! ¡Ja, ja, ja! Ahurita verán... —gritó enardecida.

Y, haciendo correr el tizón a lo largo de quinchos y aleros, corrió dando fuego a las casas de la posta. Pronto aquellas viejas y rudimentarias construcciones ardieron enloquecidas.

Cuando doña Fe advirtió la obra de esa infeliz extraviada, ya era demasiado tarde para contenerla.

—¿Qué'stáj'haciendo, pedazo e bruta? —le gritó—. ¡Paráte, Juana!

La mujer se detuvo unos instantes para responderle:

—No hago otra cosa que ganarle'e mano, ché. Antes de que m'eche'e menoj'ella, también...

Y acompañó sus palabras con una agria y siniestra carcajada, que por unos instantes llegó a acallar el fragor de aquel incendio.

—Prestáme que te ayudo —le quitó de pronto el tizón doña Fe. Así alcanzó a salvar del fuego a la cocina, y distraer la atención de la incendiaria. Ambas se habían puesto a mirar cómo las llamas terminaban con la Posta del Lobatón. Gabino, cobijado en los brazos de doña Fe, miraba aterrado la obra de su madre.

En un descuido de doña Juana, su compañera arrojó el tizón a la zanja.

—¡Lo que no pudieron loj'infielej'en veinte años, viene y lo hace ahura esta loca en dos minutos! —murmuró la curandera.

Hasta que el fuego comenzó a ceder por falta de combustible. Doña Fe se aproximó a la mujer del maestro de posta que seguía contemplando su obra con ojos extraviados.

—Se van tuitos. Quieren abandonarme... —rezongó la infeliz.

—Sosegate, mujer —le habló, entonces, con estudiada calma su amiga—. Entuavía no estás sola. Te queda tu hijo.

—¡Miente, sotreta! ¡El también quiere dejarme!

Doña Fe, sin inmutarse, puso una mano sobre el hombro de aquella desgraciada e insistió:

—Te queda el último perro, Juana... Entuavía no m'ido yo.

Sus palabras descendieron buscando el tono confidencial de su lealdad insospechada. Doña Juana se volvió con asombro. Un hondo sollozo sacudió su cuerpo y, con el pañolón, cayeron al suelo sus últimos arrebatos. Lentamente, se fué recobrando.

Ambas mujeres, sin hablarse ahora, continuaron mirando cómo se descolgaban al suelo, hechas brasas, las últimas tijeras. Cómo iban apagándose, canonizados ya, los últimos horcones. Horcones ellas también en la desolación que se perfilaba.

De la Esquina y Posta del Lobatón sólo quedaba ahora en pie lo que había sido cocina y corazón de la posta. Pero ese corazón, envuelto en nubes de humo y cenizas, latía aún para defender la vida del reducto que fuera amparo y albergue de tanto desvalido.

Los ojos de Gabino, desmesuradamente abiertos, interrogaban a las mujeres que se dejaban estar mirando el desastre.

—Cuando güelva el tata... —murmuró, por fin.

Lo que hizo que ellas, desgaritadas, se preguntaran, como despertando:

—Y ¿áhura?

—Y, de áhi... áhura...

Los hombros de Juana Irigoin se levantaron, entonces, por primera vez, como esforzándose por sostener todo el peso de su desgraciada responsabilidad.

Ya había oscurecido. Esa noche pareció que los grillos iban a holgar, porque el silencio había ganado las ruinas.

Acurrucados como tres pichones guachos, aquellos seres esperaban bajo las estrellas. Soñaban, acaso, con un milagro.

Inesperadamente, Gabino volvió la mirada hacia el campo. Enmudecieron sus labios; no habrían podido articular palabra alguna. Cuando aquello estuvo más cerca, ya no dudó. La luz mala se les acercaba sin apremio, mas con la inexorabilidad de un plazo angustioso. Llegaba el grupo en forma de algo fosforescente e impalpable. Parecía el ojo irritado de un puma. A poco, se concretó la dirección: iba rectamente al sitio en que se hallaba doña Juana. Se le antojaba a él...

Entonces, la alarma de Gabino llegó a su colmo. Relacionó la amenaza de la luz mala con los estropicios ejecutados por la autora de sus días. Y, así, su angustia alcanzó a romper la mudez que le inhibía.

—¡La luz...! —logró avisar.

Ambas mujeres se volvieron sobresaltadas. Ya estaba próximo aquello y no acertaban a ahuyentarlo, la superstición podía más en ellas. Y, cuando la fosforescencia llegó a menos de dos varas, doña Juana se irguió, temblorosa. La luz se detuvo, entonces. Pero el terror fué más poderoso:

—¡Cantalicio! —gritó su alarido. Y cayó redonda al suelo.

Desplazada la luz por el movimiento del aire, describió una curiosa pirueta y terminó por alejarse a través de los pajonales.

Gabino, entretanto, manteníase con la cara en el regazo de doña Fe. Hasta que la mujer decidió alejarse de allí. No le era dado establecer si doña Juana se hallaba o no muerta. Habríale sido necesario examinarla y, por primera vez, se apoderó de ella el recelo. Esa mujer fuerte que con tantos difuntos había tenido que ver en su vida, no se atrevió a moverla del sitio donde había caído.

Tomó a Gabino de un brazo, lo arrastró casi y fué a ocultarse con él dentro del corral.

En su tribulación, aquellos dos seres, echados ahora sobre el suelo blando, alzaron la mirada al cielo lleno de estrellas. Y escucharon inmóviles. Desde la enorme bóveda oscura iba descendiendo una voz que no palpaban los sentidos: la desconcertante voz del silencio.

Sobrecogidos, esperaban el alba.

Cuento, por
Gladys B. Eisha
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO



DEJARON las cucharas en los platos llenos, olvidaron los jarros de oscuro vino que rodeaban el centro de la mesa limpia.

Ninguno se fijó en el andar de la cocinera cuando retornaba a la cocina. Todas las miradas siguieron a la forastera que cruzó el jardín, subió la angosta escalinata y se introdujo en la primera puerta, mientras una mujer de más edad, que descendió con ella del viejo *cabriolet*, quedóse del lado de afuera, al parecer, aguardando a que la joven regresara.

Era evidente que don Víctor no esperaba tal visita. Lo revelaba el eco de sus sorprendidas palabras, que podían oírse desde el ala opuesta del chalet, donde los peones se reunían para comer.

El cochero que condujo a las desconocidas, fustigó los caballos, que trazaron un círculo en la tierra blanda del patio, arrastrando el vehículo sobre las huellas que dejara; después se perdió a lo lejos en el polvo de la carretera.

Junto con el tañer de la campana, los hombres abandonaron automáticamente los bancos puestos al costado de la mesa larga y angosta, marcharon con paso lento a cumplir con sus tareas, llevándose consigo la excitante revelación de lo que fugazmente oyeran.

Una ligera brisa levantó las nubes en el horizonte, y el cielo se cubrió rápidamente. La lluvia comenzó a azotar con fuerza y los hombres que se alejaran volvieron presurosos con las herramientas de labranza sobre sus hombros, donde la tela gastada de sus camisas fuera sustituída por un colorido remiendo. Entraron en los talleres, agrupándose en la herrería. El forjador dejó el martillo que blandiera sobre un hierro candente y se reunió al círculo de ociosos, y el capataz, viendo que el carpintero lo seguía, juzgó mejor retirarse, y así lo hizo. Lola, la mulata cocinera, llegó con una cesta de bollos calientes. Todos miraron el apetitoso contenido.

—¿Qué hay de la forastera? —preguntó uno de los presentes.

Lola meneó la cabeza con expresión contrita y se alejó sin decir lo que sabía.

—¡Negra terca! —murmuró con rabia el curioso.

La lluvia había amainado, apareciendo el arco iris, que semejaba una herradura en el cielo, otra vez despejado. Los brotes estaban más erguidos en los jóvenes tallos, y los surcos que comenzaban en el terreno alto parecían converger en un mismo punto, formando un ondulante declive.

Cuando don Víctor llegó a esos campos infestados de toda clase de alimañas, parecía un desatino pensar que alguna vez serían tierras cultivadas. La labranza comenzó con el desmonte, siguiendo las obras de canalización: los arados abrieron surcos y se plantaron los postes para las alambradas. Luego, los árboles que ahora bordeaban la magnífica propiedad. Después fué edificado el chalet donde vivía don Víctor. Los techos empinados se divisaban desde lejos, lo mismo que la rueda gigantesca del molino, que giraba como un símbolo de la monotonía. El año de la primera cosecha la uva fué transportada en carros tirados por mulas hasta la bodega, donde se vaciaba en las cubas, para ser pisoteada por los propios pies de las robustas hijas de los contratistas. Más tarde, sobre la despareja callejuela, se hizo el camino macadamizado. Los camiones relevaron a los pesados carros, y los puentes, de dudosa resistencia, se construyeron de sólido material.

Los años de paciente trabajo habían rendido el fruto del esfuerzo. Además, don Víctor era considerado como el mejor partido para las hijas de las madres casamenteras; pero él no había reparado ni en los violentos colores de los vestidos que las jóvenes usaban para atraerlo.

Habían pasado más de veinte años

CLELIA LLEGA

desde el día en que patrones y jornaleros se reunieron para paladear el vino de la primera cosecha bajo un rústico techado, precisamente donde ahora se erguía la importante bodega. En esa lejana oportunidad, don Víctor les habló de su novia, una joven castellana que esperaba impaciente su regreso.

—Cuando finalicen los trabajos de plantación —habíales dicho en aquel entonces— me ausentaré unos meses para casarme.

No obstante esta pretérita afirmación, el hombre continuaba soltero, como si le faltara el tiempo para emplear en fines sentimentales.

Esa mañana, como de costumbre, antes que ninguno de sus peones, don Víctor se encontraba en los viñedos tomando nota de las zonas afectadas para ordenar su reparación. Regresó en su automóvil. pues hacía mucho tiempo que no montaba en su mula, a la que nunca había podido acostumbrarse del todo.

Detuvo el vehículo frente a su despacho y penetró en la clara y confortable estancia, situada del lado izquierdo del edificio, cuya vecindad con la bodega le facilitaba una astuta vigilancia. La criada entró con la bandeja del desayuno, que dejó sobre la mesa. Permanecía don Víctor en el escritorio hasta después del mediodía, cuando los peones, a los que diera la comida mediante un descuento en sus salarios, abandonaban la mesa para reanudar las tareas de la tarde. El patrón no escatimaba recursos en procura de acrecentar sus ganancias, y su vigilancia impedía que los subordinados bebieran con exceso y resultaran menos útiles en las horas de trabajo. En esa sigilosa tarea, de su propia inventiva, lo sorprendió la bella viajera que entró por la puerta lateral del despacho de don Víctor, como si conociera la casa y sus costumbres.

El solterón levantó la cabeza, inclinado sobre sus libros de cuentas, y, como deslumbrados, pasóse las manos por los ojos mientras murmuraba:

—¡Pero si es Clelia! ¡Clelia, que ha venido!...

La joven, inmóvil, le sonreía.

—¿Es que estoy soñando?

—No, no sueña. Yo también me llamo Clelia, como mamá. Estamos aquí de paso —agregó con volubilidad la muchacha— y ella quiso darle una sorpresa.

—¡Eres su hija! ¡Su hija!... —balbuceó el hombre.

La madre había abierto la puerta y aguardaba en el vano.

Don Víctor vió a la mujer pálida y de rostro ajado, que parecía no atreverse a entrar, y murmuró como a su pesar, con voz extraña, sintiéndose, por vez primera, terriblemente viejo y vencido:

—¿Como está usted, señora?... ◈



EL PUGILISTA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 18)

—Todo el mundo te llama Joe —reprochó Genoveva, mientras el ascensor se ponía en marcha—. ¿Por qué no te llaman señor Fleming? Esta familiaridad me disgusta; no es del todo correcta.

Joe pareció no comprender. Contemplaba al ascensorista con aire pensativo.

—¿Qué tienes, querido? —prosiguió Genoveva, ahora con un tono afectuoso, cuyo poder conocía por experiencia.

—¡Oh, nada, nada! Pensaba solamente en algo, en un deseo.

—¿En qué, pues?

La voz de la joven se hizo más tierna todavía. Sus ojos amantes brillaban con mayor seducción, con lo que los espíritus menos sensibles que el de Joe hubieran cedido. Sin embargo, éste permaneció sin mirarla, absorto en sus pensamientos. Luego, deliberadamente, mirándola con fijeza, clavó sus pupilas en las de la muchacha.

—Desearía —dijo— que fueras esta noche a verme luchar. Sí, una vez; sólo una vez, que, además, será la última.

Genoveva esbozó un gesto de repulsión mientras dejaban el ascensor, que ya habíase detenido; y a tiempo que salían a la calle, tuvo nuevamente la visión de la misteriosa rivalidad que venía a interponerse entre ella y el hombre que amaba. Entonces, realizando un gran esfuerzo para atraerse el corazón de Joe, para hacer inclinar la balanza a su favor de manera decisiva, le preguntó con calma:

—¿Es ése, verdaderamente, tu deseo?

—Sería —dijo Joe— el mayor orgullo de mi vida.

Luego, ¿era en ella más poderoso el amor que su natural timidez? ¿O lo era la atracción del ring y de la lucha que iba a conocer por primera vez, y cuyo llamado sonaba a sus oídos, rompiendo la estrecha monotonía de su vida rutinaria en la confitería de los Silverstein? Lo cierto era que sentíase sacudida por un inusitado escalofrío de audacia.

—En ese caso —dijo simplemente—, iré.

Joe no había imaginado que la joven accedería. Sintió cierto embarazo y repuso riendo:

—No esperaba que accedieras. Ya sabes que habitualmente las mujeres no son admitidas en esas reuniones.

—¿Quieres decir que es imposible? —preguntó ella con vehemencia, temiendo ver perdida su audaz determinación.

—¡Oh!, yo lo arreglaré. Pero, sinceramente, no creía que consintieras en ir.

Pasó un tranvía. Subieron, y Joe, rebuscando en sus bolsillos, extrajo el dinero necesario para el pago de dos pasajes.

II

Uno y otro eran hijos del pueblo. Tenían el aspecto dominical y ligeramente torpe de un matrimonio de obreros acomodados.

A despecho de su humilde origen, ambos habían sabido conservar, moralmente, una altura superior a la común de su clase.

Genoveva era la hija única de un empleaducho anémico, de pecho hundido, que, finalizado su trabajo, sintiéndose incapaz de actuar como corresponde hacerlo entre hombres, permanecía casi siempre encerrado. Era un ser dulce y tierno, sujeto sobre todo a la vida de familia.

Durante todo el día la muchacha quedaba en la casa en compañía de su madre inválida, a quien cuidaba. Nunca habíase mezclado a las diversiones y juegos más o menos brutales y groseros de los otros chicos de la calle.

Huérfana a los doce años, había sido recogida por un matrimonio judío: los Silverstein, que tenían una confitería muy acreditada. Esos extranjeros educaron a Genoveva, que se pagaba su sustento y sus vestidos trabajando en la tienda. Por la noche, dormía arriba, en el departamento de sus patrones. Para éstos, la muchacha era especialmente útil los domingos, pues siendo judíos, imponíase respetar el reposo sabático, y ella atendía por sí sola el negocio, cuyo cierre hubiera deparado esos días una fuerte pérdida.

Era en esa tranquila y modesta tienda, en la que transcurrieron seis años de su vida, donde la niña habíase desarrollado. No tenía amigas: las únicas que pudo haber tratado la disgustaban por sus malos modales y su descaro. Por grande que fuera su instinto social, en tales condiciones le era más agradable permanecer sola consigo misma. Tampoco habría consentido, en sus horas libres, charlar con los jóvenes del barrio, y mucho menos en pasearse con ellos del brazo como acostumbraban hacer, pasados los quince años, la mayoría de las muchachas de su misma condición.

Por eso, al hablar de ella, ese mundillo enfaldado la llamaba desdeñosamente "cabeza de muñeca"; envidiaba su belleza, no le perdonaba su reserva, pero tampoco le rehusaba cierto inconsciente respeto.

"Durazno a la crema..." la nombraban por su parte los muchachos, entre admirativos y burlones, pero sólo entre sí, a media voz, cuando ella pasaba. El mismo oscuro respeto la elevaba a sus ojos y sentíanse intimidados por su belleza. A través de un padre endeble y una madre impedida, reaparecía en ella la pureza de un viejo linaje americano. Su piel, de una blancura perfecta, se coloreaba a impulsos de una corriente de sangre rosada, y todo la hacía parecerse en verdad a la crema de la leche, al fruto más delicioso. Dueña de una dulce voz, tenía facciones regulares y una silueta delicada y esbelta. ¿A qué desconocido atavismo se vinculaba aquella maravillosa flor abierta — como suele ocurrir no se sabe por qué — en una baja capa social? Genoveva sabía vestirse con corrección y buen gusto, ayudada por sencillos recursos. En la soledad en que vivía, sin ningún confidente para su innata ternura, sentía dormir, confundidas en su interior, la amante y la madre. Alguien debería, fatalmente, llegar alguna vez para despertar ese doble sentimiento; y sin que se diera cuenta de ello esperaba al elegido.

Fué entonces cuando apareció Joe.

Entró a tomar un "ice cream" en el negocio de los Silverstein una calurosa tarde de domingo. Genoveva hallábase atendiendo a otro pequeño cliente, un chiquillo de seis o siete años que, muy seriamente, estudiaba sus preferencias frente a una vitrina, en la que había maravillosos bombones junto a una etiqueta que indicaba: "Cinco por cinco centavos".

Había oído la voz del muchacho pedir: "Un *ice cream*, por favor...", preguntando: "¿De qué clase?" sin volverse para observar al que hablaba. No era su costumbre prestar atención a los jóvenes, pues éstos la miraban de una manera que la incomodaba, causándole desagrado sin que supiera exactamente por qué. Sus modales bruscos y audaces, a menudo descarados, le chocaban. El hombre no había aún despertado su imaginación y ella tampoco intentaba comprenderlo. Le hubiera sido muy difícil dar una respuesta a quien le preguntara la razón de la existencia del sexo masculino sobre la tierra.

Sólo en el momento en que vertía en el vaso la habitual cantidad de crema helada, sus ojos se detuvieron, al azar, en el rostro de Joe, con lo que experimentó, de pronto, una sensación de agrado y satisfacción. Un instante después, fué él quien la miró; pero ya Genoveva había bajado la vista y se volvió hacia el grifo de la soda desde donde, no pudiendo evitarlo, lanzó a hurtadillas otra mirada sobre Joe mientras el vaso se llenaba. En esa fracción de segundo alcanzó a ver que los ojos del muchacho atisbaban con fijeza el instante de cruzar sus miradas; y tampoco aquello le desagradó. Causábale asombro experimentar tanto placer en presencia de un hombre, mas pensaba: "Es un buen mozo" inocentemente, esforzándose por rechazar aquel poder de atracción cuya fuerza le era inexplicable.

"Pero, ¿es realmente buen mozo?", preguntábase al colocar el vaso sobre el mostrador que la separaba de aquel enigmático cliente y recibir el dinero. Escrutó por tercera vez aquellos ojos esquivos mientras se respondía: "No, no lo es, exactamente. Es hermoso".

Tampoco encontraba satisfactorio ese adjetivo, pues de todos los hombres bien conformados suele decirse que son hermosos, y el término le parecía trivial para expresar lo que ella sentía. Pensaba que no se cansaría jamás de contemplar a Joe, quien experimentaba, por su parte, la misma turbación.

Aunque mejor preparado que la muchacha para comprender el papel recíproco de los sexos, aquél no se había aún detenido seriamente a pensar en la mujer. Por primera vez su imaginación despertaba, como había despertado la de Genoveva, y si ésta no hubiera mantenido en todo momento la mirada baja o evasiva, él mismo habría rehuído, pero para volver en seguida a su primera contemplación. Estaba rojo y su aire era infinitamente desdichado mientras hacía jugar la cucharilla y Genoveva, ya recobrada, le hablaba con dulzura, de cualquier cosa, envolviéndolo cada vez más en su encantador hechizo.

Joe se decidió por fin a sorber su helado, con lo que no le quedaba ya pretexto para permanecer en el local. Con gusto hubiera pedido un segundo "ice-cream"; mas como no se atreviera, salió, y tras dejar a Genoveva soñando despierta, se alejó por la calle, como un sonámbulo.

Durante toda la tarde la muchacha permaneció pensativa, comprendiendo que estaba enamorada. Por su parte, Joe hacía consideraciones más extensas. La confitería y su bonita vendedora, de pie detrás del mostrador, se le aparecían continuamente, mas la sola idea de volver allá causábale miedo y vergüenza. Diez, veinte, cien veces se repetía: "No, no... Yo no soy un hombre afortunado en el amor, y no debo pensar más que en el ring. Sólo en el ring..."

Recién al cuarto día de la semana, ya entrada la noche, se decidió a penetrar en el negocio, como por azar y adoptando un aire despreocupado, aunque todo en su actitud delataba su desorden íntimo; mostrábase torpe y tímido, y hasta hubiérase pensado que sus piernas se negaban a sostenerlo.

Por el contrario, Genoveva, si bien presa de intensa emoción, aparecía calma y serena. Joe pidió un helado con voz apagada, y tras recibirlo, rápidamente, sin agregar una palabra, se marchó.

Genoveva estuvo a punto de llorar. ¡Cuatro días de espera para recibir tan pequeña recompensa a su amor! Aquel muchacho sería muy gentil, sin duda, pero esta vez había obrado enteramente mal.

No obstante, apenas acababa éste de alejarse cien pasos, cuando ardía ya en deseos de volver atrás, poseído por un ansia irresistible de

EL TETRACLORURO DE CARBONO

Cuando se emplea el tetracloruro de carbono como desgrasador y para la limpieza a seco, es necesario tener muy en cuenta que en el lugar haya una buena ventilación, pues si se usa en ambientes cerrados donde la concentración pasa del uno por diez mil, resulta venenoso.

ver de nuevo a la muchacha y pensando que nunca en adelante podría vivir sin ella.

Se aseguraba que cuando volviera a verla le pediría que fuera del brazo con él, en cuanto tuviera una hora libre, a dar un paseo por el parque de la ciudad, con lo que comprendería que deseaba casarse con ella. Y así lo hizo.

Se encontraron muchas veces, reuniéndose de ordinario al caer la noche, y yendo como los demás enamorados a sentarse en un banco del parque público, uno al lado del otro. Joe tenía el sencillo aspecto de un trabajador y, como Genoveva, gustaba hablar poco, sin abusar de las usuales palabras de amor, aunque sus ojos expresábanse por ellos, reflejando la claridad de las estrellas. Así, poco a poco, iban tomando conciencia de sus corazones.

El joven hacía lo posible por comportarse con galantería. Al andar por las calles, tenía cuidado de marchar del lado de la calzada, dejando a Genoveva el extremo opuesto, pues había oído decir que era cortés obrar de aquel modo. Si el tiempo amenazaba lluvia y la joven llevaba paraguas, era él quien lo sostenía. En cambio, nunca había aprendido que es de buen gusto enviar flores a la dama de nuestros pensamientos; y a modo de obsequio, comenzó a ofrecer frutas a Genoveva. Las frutas eran, según él, un regalo útil. Se comían con agrado, mientras que las flores se utilizaban en los entierros.

Hasta que una tarde apareció Genoveva con una rosa prendida en sus cabellos, y por primera vez en su vida Joe se interesó por las flores. Contempló largamente a la rosa, con la misma admiración que sentía por los cabellos a los que se mezclaba, pensando que era tan bella que no podía ser más apropiada a la gracia de la joven.

Comprendió entonces lo que eran las flores; les cobró tanto amor como a Genoveva, y al día siguiente envió a ésta un ramo de violetas. La comparación había sido tan espontánea, que desde entonces no dejó un solo día de obsequiar flores a su amada.

La señora Silverstein no había tardado en descubrirlo todo. Cierta vez, como se encontrara frente a frente con Joe, le echó tal furiosa mirada de sus ojos, que parecían bolillas de lotería, que el joven, asustado, salió precipitadamente, mientras la señora Silverstein, sola con Genoveva, daba riendo suelta a su indignación maldiciendo a los boxeadores en general y a Joe Fleming en particular.

Intervino entonces el señor Silverstein, tratando de calmar a su esposa, que, según decía, amaba a Genoveva como una madre y tenía el deber de velar por ella. La muchacha no alcanzaba a comprender toda la ensordecedora diatriba de la judía, que lanzaba un torrente inagotable de palabras. Sólo comprendía que Joe, su Joe, era Joe Fleming, el conocido boxeador profesional. Y he aquí que eso era horroroso, imposible, demasiado ridículo para ser creído. ¡Oh! Su Joe de ojos claros, de piel de muchacha, era un vulgar boxeador. A decir verdad, nunca había visto ninguno, pero se lo imaginaba como una especie de bestia humana de ojos de tigre y frente deprimida.

—¡Una joven respetable como tú frecuentar a un "peleador"! —aullaba la señora Silverstein. Pero ¿te das una idea de eso?

El judío comenzaba a irritarse también.

—Digan lo que digan es un muchacho bueno y honrado. Además tiene un oficio provechoso.

—¿Provechoso, eh? ¿Tú que sabes? —gritó la señora Silverstein, fuera de sí—. Sí, ¿qué sabes? ¿Es que acaso concurres a esos lugares sin que yo lo sepa? ¡Responde! ¡Sí, responde!

Por primera vez, Genoveva vió a Silverstein resistir la cólera de su mujer. El judío no cedía.

—Sí —repitió—: un muchacho bueno y honrado. Cuando murió su padre, él era todavía muy joven, pero en seguida comenzó a trabajar en el telar de Hansen para sostener a seis hermanos y seis hermanas más jóvenes aún, de los que es un segundo padre. Es él quien da el dinero para el pan y la carne y paga el alquiler. Gracias a él sus hermanitas y hermanitos concurren bien vestidos a clase, comen buen pan y buena carne, y tienen una madre gorda y feliz que semanalmente, todas las tardes de sábado, recibe de él diez dólares llena de orgullo por su buen hijo Joe.

Silverstein se había desatado y no existía ya manera de contenerlo.

—Por la tarde va al club a boxear. Y ¡qué bello, qué bello cuerpo tiene! "Ach" "Gott" ¡Qué bello cuerpo! Posee más fuerza que un buey, más agilidad que una pantera, una incomparable serenidad y unos ojos que lo abarcan todo en un segundo. En el taller de Der Hansen ejercítase con sus compañeros y los vence. En el club, puso fuera de combate a "El araña" con un golpe maestro. Inclusive gana dólares, muchos dólares. ¿Qué hace con el dinero? Se lo entrega a su madre. ¿Descuida acaso su trabajo por el box? ¡No! Trabaja durante el día y pelea por la noche, en los clubes. Compró una linda casa para su madre y la ha pagado con sus puños. Todo lo ha pagado así: el piano para sus hermanas, los cuadros de las paredes... En las peleas apuesta sobre sí mismo, lo cual es una buena señal. Cuando un hombre apuesta sobre sí mismo, se puede confiar en él sin temor.

Aquí Silverstein se detuvo comprendiendo que su vehemencia lo había traicionado. Su mujer maldecía y echaba chispas contra los que iban a perder su dinero a los clubes de box, mientras el judío intentaba apaciguarla jurando que no perdía jamás, que ganaba invariablemente; y eso gracias a Joe, por quien siempre apostaba.

Pasado el primer instante de sorpresa, Genoveva aceptó el hecho consumado, pues hallaba mil escusas para Joe que, a despecho del terrible descubrimiento que acababa de hacer, seguía siendo digno de su amor.

Al día siguiente no le hizo ningún reproche. Solamente le exigió la promesa de que, una vez casados, renunciaría al ring, a lo cual asintió Joe llevado por su gran amor por la joven, aunque para sus adentros pensara cuán difícil le sería cumplir aquel compromiso.

Lo hubiera querido, sinceramente. Mas la existencia imponíale necesidades materiales: el mantenimiento de su madre y sus hermanos, su propio matrimonio y los probables hijos que llegarían. Debería además asegurar a Genoveva una suerte digna de ella, digna del amor que le profesaba; y todo iba a constituir, evidentemente, una carga demasiado pesada para su solo jornal de obrero.

Ambos permanecieron juntos esa vez más de lo acostumbrado durante su noviazgo, ahogando en una vaga beatitud sus impulsos sexuales. La caricia de los dedos en un brazo; la larga presión de las manos entrelazadas; el roce de las caras en un estremecimiento y la ocasional unión de los labios en un beso, les producían una turbación infinita.

A veces, acometía a Genoveva una loca ansiedad de rodear a Joe con sus brazos y abandonarse amorosamente en los suyos; pero en seguida rechazaba ese pensamiento como algo condenable y prohibido, como una inconveniencia inaudita.

Más difícil resultábale a Joe resistir los aguijones de la carne y sus extraños deseos, de los cuales el primero era imponerse a Genoveva usando con violencia su fuerza de hombre. Así, cuando tras largos y sinuosos rodeos llegó a aprisionarle el talle, sintió el impulso de estrechar aquel abrazo hasta hacer gritar de dolor a la muchacha.

No era, sin embargo, de los que se complacen con el sufrimiento de otros seres. Aun en el ring, jamás golpeaba a su adversario con intención de herirlo. Combatía lealmente, y su única mira era la de acostar al rival en la lona durante diez segundos. Peleaba, pues, sin ningún deseo de lesionar; si resultaba alguna herida, era sólo por accidente.

Pero con Genoveva no sentía lo mismo. Sin que acertara a explicarse por qué cuando le cerraba la muñeca entre su pulgar y su índice, hubiera deseado apretar en torno de aquélla hasta reventar la carne y los huesos. Y era entonces cuando descubría en su naturaleza abismos de brutalidad cuya existencia nunca había soñado.

En una ocasión, al retirarse la joven, la abrazó con brusquedad, reteniéndola duramente. Un grito de sorpresa y dolor le devolvieron la razón y permaneció en su sitio, lleno de vergüenza, pero estremecido por una especie de júbilo indefinido, inexpresable. También Genoveva temblaba. En medio del sufrimiento que habíale provocado la esencia misma del macho, sentía ella también una indecible delicia.

En ese momento, sin que se explicara su naturaleza ni su origen, había conocido el pecado.

III

Aquella noche Genoveva había ido secretamente a casa de Joe.

Ayudada por Lottie, una hermana de su novio que se hallaba en complicidad con ellos, habíase puesto debajo de las enaguas unos pantalones del muchacho, cuyas piernas, demasiado largas, replegó aquella en los bajos.

Luego ambas mujeres descendieron a la cocina donde las esperaba Joe, el rostro iluminado de alegría, cuyos ojos resplandecieron de amor al ver aparecer a la joven.

—¡Bien, muy bien! —dijo—; así está perfecto. Ahora Lottie, recógele la falda con alfileres. Aquí tienes una gran capa que te cubrirá toda; pruébatela Genoveva. La pedí a un compañero del taller que accedió gustoso a prestármela. Es un hombre pequeño, por lo que me parece que te irá a las mil maravillas.

La ayudó a ponerse el mencionado abrigo que le sentaba como si hubiera sido cortado a su medida por el mejor de los sastres; y habiéndole encasquetado una gorra y levantado el amplio cuello de la capa, ocultó totalmente los cabellos de la muchacha. Las puntas del cuello abotonado por Joe cubrían las mejillas de Genoveva y hacían desaparecer su mentón y su boca en oscuras profundidades. No se le veían, mirándola muy de cerca, más que los ojos que brillaban en la sombra y la naricilla que sobresalía ligeramente. Así vestida, la joven echóse a andar por la habitación. Tan bien cubierta estaba, que sus pies y el extremo de los pantalones sólo aparecían cuando un paso más largo que el otro desplazaba el ruedo del abrigo.

Joe no pudo contener la risa al contemplar su obra.

—Un hombrecillo resfriado —dijo—, que se ha envuelto con el mayor cuidado para no tomar una gota de frío. Eso pareces, Genoveva.

—¿Llevas dinero? —preguntó Lottie. Esta noche tendrás una magnífica ocasión de traer un buen botín.

—¿Y por quién debo apostar? —dijo con simpleza Genoveva.

La frente de Lottie se contrajo.

—¿Por quién? —exclamó colérica—. ¡Por mi hermano, diablos! ¡No hay nadie que por él no apueste diez contra seis!

—Es natural —respondió dulcemente la joven—. Deben perdonarme, pues estoy un poco turbada, y además no sé nada de eso.

Consultando su reloj, Joe advirtió que era la hora de partir. Lottie se arrojó entonces sobre su hombro, cubriéndolo de besos en las mejillas; besó también a Genoveva y los acompañó hasta la puerta de calle rodeando con un brazo la cintura de su hermano.

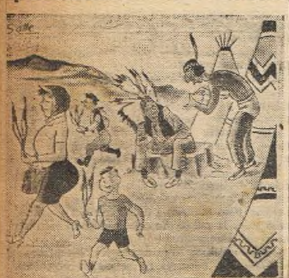
—¿Qué significa "diez contra seis"? —interrogó Genoveva mientras se alejaban y el ruido de sus pasos resonaba en el aire helado.

—Significa —repuso Joe—, que se me considera el más grande campeón. Soy el favorito. Cuando un espectador apuesta seis dólares a

BUENA PESCA Por C. RODRIGUEZ



¡ATENCION! Por SOLLE



—Si sigues dejando que se lleven recuerdos tuyos, pronto vas a dejar de parecer un gran jefe.

que seré derrotado, hay otro que apuesta diez a que seré el vencedor. ¡Eso es!

—Pero —protestó ella—, si te consideran el más grande campeón, ¿cómo hay otra gente que hace apuestas contra ti?

—He ahí —dijo él riendo—, lo que constituye justamente la atracción del encuentro y la de las apuestas empeñadas. Siempre existe el riesgo de un buen golpe por parte del adversario que ha sufrido menos caídas, o bien el de un accidente al favorito.

Y agregó gravemente:

—Aquí abajo, todo está lleno de riesgos.

Genoveva, asustada, se apretó contra su novio como si pretendiera protegerlo de un eventual peligro; pero Joe, recobrados su buen humor y su confianza en sí mismo, se apresuró a tranquilizar a su compañera.

—Ya verás todo eso de cerca, en seguida. No te asustes sin motivo, pues los comienzos son a menudo desconcertantes. Los primeros rounds con Ponta tienen algo de terrible. Es ahí donde él se destaca. Pelea salvajemente, golpeando a diestra y siniestra, sordo como un torbellino, y casi siempre domina en el acto a su hombre. Así ha vencido a numerosos adversarios más hábiles y, en realidad, mejores que él. Lo principal es aguantar el comienzo. Ya me verás resistir y dejarlo hacer. Luego atacaré a mi vez, y entonces se desencadenará el infierno. Observa bien, y cuando me veas arrojarme sobre él, será la señal de que me tomaré la revancha y lo tendré en mis manos.

A través de una oscura calle, llegaron hasta un edificio en cuyo frente un cartel indicaba un instituto de cultura física, según la ordenanza de los reglamentos policiales. Era el club. Joe se apartó de Genoveva, diciéndole:

—Paséate a lo largo y lo ancho de la calzada, distraídamente, con las manos en los bolsillos. Es cosa de dos minutos.

Marchó hacia el inspector, que se hallaba de pie en la puerta, charlando con el policía de servicio. Los dos hombres lo saludaron familiarmente.

—Tengo ahí —les dijo— un amiguito que he traído conmigo. ¿Quieren dejarlo pasar?

El inspector y el policía asintieron moviendo afirmativamente la cabeza, y Genoveva entró con Joe sin que éstos se hubiesen vuelto siquiera a mirarlos.

—Ya ves —dijo Joe mientras subían por una escalera interior—. Tienen muchas atenciones conmigo. Ni se han fijado en ti. Aun cuando hubieran descubierto que eras una mujer se habrían desvivido por serme agradables.

La introdujo en una habitación que tenía el aspecto de una oficina y se marchó, dejándola sentada en una silla desfondada y polvorienta.

Cuando regresó, cinco minutos después, venía envuelto en una larga "robe" y traía los pies calzados con zapatillas. Ella corrió hacia él, toda trémula, acurrucándose contra su pecho mientras él la abrazaba con delicadeza.

—He hecho lo necesario —le dijo, tranquilizándola—, para que puedas ver la lucha sin que te molesten. Todo saldrá bien.

—¡Oh! Si tiemblo de este modo no es por mí. Es por ti por quien temo — contestó ella.

El la miró con asombro. Un prodigioso espíritu de mujer estallaba en sus ojos con insospechada gloria. Aquella tímida muchacha, había cobrado, en lo que a ella concernía, una fuerza repentina, y afrontaba sin miedo la reprobación que recibiría si su identidad era descubierta. ¡Ese sacudimiento de emoción que la recorría era sólo por él!

La estrechó largamente, en silencio. Luego murmuró:

—¿Qué, es por mí por quien tiemblas?

Un golpe seco resonó en ese instante sobre la puerta, y una voz más seca aun gritó:

—¡Vamos, vamos! ¡Rápido, Joe!

Eso lo volvió a la realidad.

—¡Pronto, Genoveva! Un último beso... Ten confianza en mí. Esta noche pelearé como nunca lo he hecho, porque sé que tú estarás allí mirándome.

Ella lo siguió hasta un corredor cercano donde se separaron y donde instantes después, conservando aún en los labios el calor del beso de despedida de Joe, se sintió arrastrada por un oleaje de gente que se atropellaba sin reparar en ella. Muchos entre ellos, para mayor comodidad, se habían despojado de sus sacos y levantado las mangas de sus camisas. Con aquella gente, entró en la sala que hallábase repleta, formando un verdadero enjambre.

La sala, mal iluminada, parecía un granero, a través de cuya atmósfera impregnada de humo de tabaco, las cosas adquirían extrañas formas. Genoveva sentíase a punto de ahogarse. Aquello era un jaleo de graves voces masculinas, entre las que sobresalía el tono penetrante de los pequeños vendedores de programas y soda, y la voz de un "crupier" que invitaba a los aficionados a hacer su juego sobre Joe Fleming a diez contra seis. Era monótona, y Genoveva la encontraba falta de entusiasmo. La joven se estremeció. Un nuevo temblor apoderóse de ella y la sangre afluyó a su rostro cuando pensó que estaba sola en esa guarida de hombres, prohibida a las mujeres. Había quebrado, para llegar hasta allí, las rutinarias reglas sociales; y por el riesgo de esa aventura desconocida, novelesca y temible, se había opuesto a la tiranía de la señora Grandy. (1)

Un momento antes no pensaba más que en Joe; ahora se espantaba por sí misma.

Maquinalmente, empujada por otros, subió una media docena de peldaños que conducían a un pequeño palco, que estaba ya tan colmado que el aire era allí materialmente asfixiante. Apenas habíase instalado cuando, pasados unos instantes, apareció una joven que acercándose a ella, le dijo con voz ruda e imperiosa:

—¡Eh, usted! ¡Venga conmigo!

Genoveva obedeció y salió tras su guía pisándole los talones; y seguida a su vez por otro hombre que parecía tener la misión de cuidar de ella, volvió a descender los peldaños, justamente hasta las cuerdas del ring, el cual notó que se hallaba recubierto por una lona acolchada.

Abriéndose camino entre la multitud de espectadores, el joven la condujo a una habitación situada al nivel del cuadrado, en un extremo del salón, y una vez en su interior le dijo:

—Ahora no se mueva de aquí hasta que yo o el propio Joe vengamos a buscarla.

Y señalándole un agujero en el tabique, agregó:

—Por ahí lo verá usted todo.

IV

Genoveva corrió hacia el orificio y vió ante ella el ring, que se extendía en toda su longitud.

Estaba vivamente iluminado por varios picos de gas recién encendidos, y que colgaban del cielo raso, sobre él. En cambio, sólo veía una parte del salón, que permanecía oculto en una brumosa penumbra. En la primera fila de espectadores, ocupando sus sillas, distinguía a unos hombres que empuñaban lápices y hojas de papel; supuso que eran los reporteros de los diarios locales. Había uno, particularmente próxima a ella, que mascaba chicle.

En la fila de atrás se hallaban alineados los bomberos, venidos del cuartel más cercano, y los guardias de uniforme. El jefe de policía de la zona, un hombre todavía joven, estaba en la primera fila entre los periodistas.

Más lejos, mezclado con el público, reconoció sorprendida al señor Clausen, el encargado de sección con el que había tratado la tarde de ese mismo día. Sí, era el propio Clausen, grave y digno, con su cara de niño blanca y rosada, y sus grandes patillas. Algunas butacas más

(1) Prototipo americano de la pequeña burguesa de ideas estrechas y convencionales.

allí descubrió a Silverstein, excitado de antemano.

Aplausos dispersos saludaron entonces la llegada de algunos jóvenes, en mangas de camisa, que trayendo cubos, botellas y toallas inclinándose para pasar debajo de las cuerdas, y atravesaron el ring yendo a instalarse en uno de sus ángulos, opuesto al sitio en que se hallaba Genoveva.

Un hombre de robusta apariencia que venía con ellos tomó un taburete y sentóse de espaldas a las cuerdas. La muchacha notó que éste tenía las piernas desnudas, que calzaba zapatillas y llevaba puesta una gruesa chaqueta de lana blanca. Casi en seguida, otros jóvenes hicieron su entrada al ring de la misma manera, siendo éstos recibidos por un cerrado aplauso del público.

En ese grupo, que fué a situarse en el extremo más próximo a ella, Genoveva vió a Joe. Cubierto aún con su "robe", tomó él también un taburete y se sentó a un metro escasamente de la joven que podía distinguir los cortos rizos de su cabellera castaña.

Luego apareció un señor de extraordinaria altura, que vestía frac negro, llevaba una espesa peluca y un cuello postizo muy almidonado, y que a su vez avanzó hacia el centro del ring. Levantando una mano para pedir silencio, dijo:

—Señores, les ruego que dejen de fumar.

Su invitación fué recibida con gruñidos y silbatinas, y nadie obedeció, lo cual llenaba de indignación a Genoveva. En el preciso momento en que el señor del frac negro hacía su pequeña exhortación, la joven vió a Clausen que tenía un fósforo entre sus dedos, encender con toda tranquilidad su cigarro. En ese instante le cobró odio. ¿Cómo podría su Joe batirse en esa atmósfera asfixiante? Ella misma, que sólo hacía un momento que esta allí, apenas podía respirar.

El anunciador aproximóse a Joe que se levantó, dejando caer su "robe" y avanzó hacia el centro del ring, desnudo, a excepción de los pies calzados con zapatillas, y de un breve pantalón blanco.

Genoveva bajó los ojos. Estaba sola en su escondite en donde nadie podía verla y, no obstante, su rostro había enrojecido de ardiente vergüenza ante la bella desnudez de su amado. Luego volvió a mirar, esta vez deliberadamente culpable, con el placer absoluto de contemplar una cosa prohibida.

Sí, culpables debían ser las palpitaciones de su corazón y el impulso que todo su ser experimentaba hacia Joe; pero tan delicioso era el pecado, que no hubiera tenido valor para negar aquel goce a sus ojos.

En vano la afectada pequeña burguesa que había en ella le hacía enérgicos reproches. Estaba ya poseída por el viejo pecado original y las fuerzas instintivas de la naturaleza. El atavismo materno y el de todas las madres que habían precedido a la suya, la conmovían oscuramente y sentía elevarse en su seno el clamor de los futuros hijos. Entonces, llena de orgullo, levantó la cabeza resuelta con desesperación a pecar hasta el fin.

Nacida en medio de una civilización en la que vestirse constituye una costumbre, consideraba esto como inherente a la condición humana. Jamás se había imaginado a través de los vestidos las formas del sexo masculino y el hombre era para ella un bípedo cubierto de ropas, con dos manos y una cara, y un cráneo calvo o peludo.

Siempre que pensaba en Joe, era un Joe vestido el que se le aparecía, de ojos azules y mejillas frescas como las de una mujer. Y he aquí que, de pronto, surgía éste desnudo a sus miradas, hermoso como un Dios, bajo el resplandor de las luces. Sí. Aunque esta comparación le parecía un sacrilegio y una blasfemia, Joe tenía en ese momento algo de Dios. Simultáneamente, comprendía la estética de una desnudez hermosa como la de él, cuya piel era blanca y satinada cual la de una mujer, sin veIlosidades que alteraran la pureza de su brillo. ¡Oh! ¡Qué soberbio era Joe así! ¡Qué perfección la de sus líneas! ¡Cómo pregonaban juventud sus labios entreabiertos por una sonrisa!

Joe sonreía al público, pues el anunciador, posando familiarmente la mano sobre su espalda, había exclamado:

—¡Joe Fleming, el orgullo de West-Oakland!

Los aplausos y los hurras estallaron como un trueno, mientras, mil veces multiplicados, llegaban hasta Genoveva los amistosos gritos de: "¡Bravo, Joe! ¡Viva, Joe!"

Joe saludó, regresando a su esquina y sentándose en el taburete, a dos pasos apenas de la escondida muchacha que lo veía nítidamente, y menos que nunca descubría en él el tipo de boxeador. Encontraba sus ojos demasiados dulces y de mirar demasiado fino; su cara demasiado fresca y traviesa; su cuerpo demasiado esbelto y frágil. No había nada de bestial ni de brutalidad en su persona; parecía más bien una fina porcelana, a la que había que manipular suavemente, con precaución, pues al primer golpe se hubiera roto en pedazos. Faltábale a Genoveva el ojo experto del conocedor para juzgar sabiamente la amplitud del pecho de Joe, sus fosas grandemente dilatadas que denotaban la solidez de sus pulmones y su potencia respiratoria; la resistencia y flexibilidad de los músculos bajo su envoltura de raso, y toda esa máquina de destrucción que se encerraba en él.

A su vez, llegó el turno de John Ponta. Ayudado por dos de sus segundos se despojó de su chaqueta de lana blanca, y adelantóse hasta el centro del ring.

Genoveva se horrorizó de su aspecto. El sí representaba el prototipo del boxeador: la bestia de frente baja, de ojos negros y brillantes como granos de azabache, de nariz achatada y boca áspera de labios gruesos. Su mandíbula era cuadrada: su cuello semejaba el de un toro, y sus cabellos cortos y espesos le parecían a la espantada Genoveva las púas de un puerco espín. Tan curtida era su piel, que se la veía negra, como la de un africano. Su cuerpo estaba revestido de un largo vello, que en el pecho y la espalda se enredaba como los pelos de un perro; tenía un tórax voluminoso, piernas rechonchas, y sus músculos sobresalían como gruesos nudos. Además hallábase lleno de cicatrices y asperezas, desprovisto de línea y esbeltez, desfigurado, en fin, por el mismo exceso de su fuerza.

—¡John Ponta, del club Atlético West-Bay!

Aunque tuvo como Joe aplausos y aclamaciones, éstos fueron mucho menos nutridos, y era evidente que el primero contaba con la simpatía de la multitud.

Sobrevino entonces un silencio, en medio del cual se elevó una voz que gritaba:

—¡Arriba, Ponta! ¡Cáele encima y devóralo!

Aquella exhortación fué recibida con gruñidos y pullas que desagradaron a Ponta, quien contrajo la boca con una huraña mueca, y regresó a su taburete.

Daba la impresión de un animal sin inteligencia y sin espíritu, que esparciera el terror en torno de sí como una amenaza viviente, como una bestia dañina a la que se quisiera mejor encerrada tras los barrotes de una jaula que corriendo en libertad. Sabía bien que resultaba antipático; y como una fiera acorralada por los fusiles de los cazadores, miraba con fijeza al público.

Su mirada cayó justamente sobre Silverstein en el momento en que éste vivaba a Joe con profunda alegría. El hombrecillo se espantó de lo que había hecho; la voz se le cerró en la garganta y se encogió sobre sí mismo como si hubiera visto abrirse ante él la boca de las hornallas del infierno.

Este pequeño intermedio tragicómico no pasó inadvertido a Genoveva, que habría estado a punto de reirse, si esa misma mirada que Ponta paseaba a su alrededor no se hubiera cruzado con la suya un instante después. Sintió frío en la espalda y, como el hombrecillo, replegóse sobre sí misma, retrocediendo en su escondite.

Cuando volvió con presteza a pegar su ojo al orificio del tabique, alcanzó a ver las pupilas de Ponta detenerse largamente en Joe, y medirlo con insolencia. El bruto parecía arder y consumirse en su propio odio. Joe levantó sus ojos azules de chiquillo alegre hacia aquellos ojos sombríos, y Genoveva pudo ver que, de pronto, su cara se contraía.

Una vez más se adelantó el anunciador escoltando a un tercer personaje de rostro jovial, que estaba en mangas de camisa.

—Eddy Jones —dijo—, que dirigirá el encuentro.

—¡Viva Eddy! ¡Bravo, Eddy! —gritaron los espectadores, aplaudiendo, por lo que Genoveva comprendió que aquel hombre era, como Joe, querido por el público.

Los segundos ayudaron a ambos boxeadores a colocarse los guantes. Uno de los que estaban con Ponta examinó previamente los de Joe, a lo cual siguió una animada discusión. El árbitro llamó a los dos grupos al centro del ring, donde Joe y Ponta se colocaron a ambos lados de Eddy, adelantando sus guantes, rodeados por los segundos, que habíanse pasado uno al otro el brazo sobre el hombro y se inclinaban en círculo con el cuello tenso.

Eddy Jones les hablaba, y todos le oían con atención hasta que, habiendo concluido, regresaron a sus puestos, y el anunciador se dirigió al público con estas palabras:

—Señores, Joe Freming y John Ponta se batirán a fondo. No se declarará match anulado y las vueltas serán inmediatas. —Y agregó enfáticamente: —¡Los adversarios continuarán la lucha hasta el límite de sus fuerzas!

Después de saludar, pasó por debajo de las cuerdas y saltó del ring a la sala. Siguió un momento de general agitación mientras los segundos se retiraban a su vez en la misma forma, llevándose baldes y taburetes.

Sólo quedaron en el ring los dos boxeadores y el árbitro.

¡Sonó el gong! Ambos adversarios avanzaron uno hacia el otro con paso rápido, el brazo derecho extendido, para efectuar el saludo de práctica.

Casi en el acto, Ponta comenzó a accionar salvajemente sus puños a diestra y siniestra. Con un veloz salto hacia atrás, Joe evitó el ataque mientras, como un bólido, el otro se precipitaba sobre él. La lucha había comenzado.

Con una mano crispada sobre su pecho, Genoveva observaba transtornada por la brutal rapidez del ataque de Ponta y el número de golpes que dirigía, pensando que Joe iba a sucumbir inevitablemente. La cara de su prometido desaparecía por momentos detrás de aquel revuelo de guantes, y ella sólo escuchaba la resonancia de los golpes, cada uno de los cuales le producía en la boca del estómago una dolorosa repercusión.

Ignoraba que aquel ruido provenía de los guantes al chocar entre sí, y que los dos campeones no sufrían daño alguno.

De pronto advirtió que la lucha había entrado en una nueva fase. Ambos hombres habíanse entrelazado en un fuerte abrazo sin cambiarse un solo golpe.

Aquél era, como Joe le explicara, un "clinch", del cual Ponta, semiasfixiado, intentaba en vano soltarse, pues su rival lo atenaceaba con fuerza.

—¡Separados! —gritó el árbitro.

Joe aprestábase a obedecer cuando, liberada apenas una mano, el otro intentó atacar rápidamente aunque sin lograrlo, pues el joven volvió a apretar con no menos celeridad.

Genoveva vió entonces que la palma de uno de los guantes de Joe aplastaba la boca y el mentón de Ponta y que, al oirse por segunda vez la orden del árbitro, aquél rechazaba violentamente la cabeza de su adversario y se despegaba con un breve movimiento.

Hubo entonces una corta pausa, durante la cual Genoveva contempló a su enamorado de pies a cabeza replegado sobre sí mismo, la pierna izquierda adelante, las rodillas ligeramente dobladas y la cabeza gacha, protegida por los hombros. Con los puños en guardia en posición reglamentaria estaba presto al ataque o la defensa; y ella distinguía bajo su piel blanca la tensión de los músculos que parecían verse vivir.

Nuevamente la ofensiva partió de Ponta. Volviendo a su táctica habitual, precipitóse lleno de furia sobre Joe que, pensando sólo en cubrirse, dobló un poco más las rodillas y, con puños, codos y antebrazos en sólido bloque, detuvo los golpes. Estos caían sobre él cerrados como una granizada, y hacían temer a Genoveva por la misma vida del joven; aunque recibíalos sin moverse, con sabia elasticidad, balanceándose alternativamente de atrás hacia adelante o de adelante hacia atrás, como un árbol bajo la tempestad.

Presas del entusiasmo los espectadores comenzaron a aclamar.

Por entre las manos que se batían, Genoveva vió a Silverstein subido a su silla, gritar su júbilo y su admiración mientras todas las gargantas rugían:

—¡Bravo, bravo Joe!

Entonces comprendió que lejos de ser demolido por aquella andanada, Joe salía perfectamente librado de la batalla. De vez en cuando emergía del torbellino de puños de su adversario, para desaparecer nuevamente bajo su ráfaga inútil y feroz.

V

Sonó el gong. Parecíale a Genoveva que el combate había durado media hora por lo menos, aunque su novio le hubiera advertido que cada vuelta no se prolongaba más de tres minutos.

Al toque del gong, los segundos haciendo irrupción en el ring corrieron hacia Joe, de nuevo en su rincón.

El descanso era de un minuto. Una vez sentado sobre el taburete vuelto a su sitio, uno de sus segundos, inclinándose entre las estiradas piernas del joven, se las levantó una tras otra; y haciéndolas luego descansar sobre sus rodillas se las masajeó con vigor. Joe se sostenía con los brazos extendidos sobre las cuerdas y la cabeza echada hacia atrás para favorecer la expansión de su pecho. Con la boca muy abierta, aspiraba a pleno pulmón el aire fresco que le proporcionaban sus otros asistentes abanicándolo con sus toallas, mientras el manager le bañaba cara, hombros y tórax, sin dejar de deslizarle en voz baja algunos útiles consejos.

La misma operación tenía lugar con Ponta en el otro extremo del ring.

Todo fué cumplido con tal rapidez, que Genoveva pensó que el descanso reglamentario había sido injustamente cortado; que del minuto concedido no habían transcurrido en realidad más que algunos segundos.

Otra vez sonó el gong. Los ayudantes desaparecieron a través de las cuerdas con todos sus accesorios mientras ambos pugilistas volvían al centro del ring. Como siempre, brutal, John Ponta retomó su ofensiva de derecha a izquierda con tal ímpetu, que, aunque contenido por Joe, lo obligó a retroceder varios pasos, precipitándose entonces sobre él como una fiera montaraz.

Joe debió realizar un esfuerzo para conservar el equilibrio, descubriéndose durante un segundo en que uno de sus brazos avanzó involuntariamente y la cabeza quedó fuera de la protección de sus hombros. Ponta, que lo acorralaba, vió suya la ocasión de asestarle un terrible "swing" en la mandíbula descubierta; pero ya el joven habíase agachado y el puño derecho de su rival pasó sin tocarlo por encima de su cabeza.

Apenas se había aprovechado de ello para recuperar su aplomo, cuando ya el otro puño de Ponta abatíase sobre él en un golpe capaz de lanzarlo fuera del ring por sobre las cuerdas. Por una fracción infinitesimal, su agachada fué más veloz aún que el directo, y el puñetazo, rozándole la curva de la espalda, fué a dar en el vacío.

Una vez más el infatigable bruto volvió a la carga y avanzó su derecha. Ahora Joe se apresuraba a refugiarse en la seguridad de su "clinch", por lo que Genoveva, los nervios intensamente distendidos, desfallecida de emoción, lanzó un suspiro de alivio.

El público había vuelto a aplaudir locamente. Silverstein, sobre su silla, gritaba y gesticulaba fuera de sí. El mismo Clausen aullaba de entusiasmo entre los demás, con toda la fuerza de sus pulmones.

Una vez roto el "clinch", la lucha prosiguió por parte de Ponta, a quien Joe contenía, retrocediendo, parando el huracán de puños, deslizándose alrededor del ring y, finalmente, sorteando siempre el peligro.

Rara vez conseguía colocar un golpe, pues su adversario era tan hábil para la defensa como para el ataque. Joe no esperaba por su parte anular directamente la enorme y poderosa vitalidad del monstruo; su juego consistía, como ya lo había prevenido a Genoveva, en dejarlo agotarse en inútiles esfuerzos. No obstante, ésta se impacientaba viendo retroceder constantemente a su enamorado. Le disgustaba que no reaccionara más enérgicamente y ardía en deseos de asistir a su revancha sobre el bruto que lo acosaba.

Empezaba ya a desesperar, cuando Joe, en un instante propicio, pegó con violencia en la boca de Ponta. El golpe fué formidable. Vió su cabeza revolverse espasmódicamente, y el rojo de la sangre caliente expandirse sobre sus labios. Otro impacto semejante y Ponta hubiera quedado en la lona; pero éste, intensificada su furia por el dolor y los aplausos de los asistentes, se arrojó contra Joe con nuevos asaltos de duplicada violencia obligándolo una vez más a recurrir al "clinch".

La situación tornábase crítica para Joe, no obstante que Genoveva y los restantes espectadores lo creían ya seguro, pues no había logrado apretar su toma lo suficiente como para inmovilizar a su rival. Por el contrario, Ponta, cuyo mentón calzaba sobre el hombro de su adversario, consiguió zafar el brazo derecho, asestándole con el puño libre un terrible golpe en el dorso, justamente a la altura de los riñones.

Joe sintió rotundamente el impacto. El público gruñó despechado y en ese instante sonó el gong.

Pasado el veloz minuto de descanso, el match prosiguió.

En el lugar donde fuera golpeado, la piel blanca del muchacho habíase tornado escarlata. Aquella mancha sangrienta adquiría el tamaño del guante que la había producido, creando en Genoveva tal espanto y fascinación que no podía resistirse a mirarla. Persecución de uno, fuga del otro, recomenzaron los cuerpo a cuerpo, y Ponta, pese a los esfuerzos de Joe, logró por tres veces, en el transcurso del round, repetir el impacto en los riñones, con lo que el joven sufría horriblemente.

Siguió luego otro descanso y se inició el cuarto round que no arrojó resultado alguno. Por fin, en la quinta vuelta, Joe tomó ventaja. Apoyado contra las cuerdas fingió intentar un "clinch"; mas en el preciso momento en que el otro levantaba los brazos para apretarse a su cuerpo, retrocedió un paso golpeando en el vientre de Ponta que se le ofrecía sin protección.

Luego, con la velocidad del relámpago, lanzó otros cuatro pesados golpes a los flancos de su adversario que dejó caer brazos y hombros, tropezó y titubeó como si fuera a hundirse, partido en dos.

Ponta, empero, intentó enderezarse. Joe, a su vez, aprovechó ese instante para descargar un directo a la mandíbula que, al no dar en el blanco, sólo alcanzó la mejilla de aquél que cayó hacia su costado.

El público comenzó a patalear y todos los espectadores vociferaban, aullando como un solo hombre:

—¡Lo tiene! ¡Lo tiene!

Genoveva sentía que aquél era el principio del fin. Tampoco conteníase ya.

Cada macizo golpe asestado por Joe le causaba alegría.

Lo que guardaba en ella de dulce y de tierno había desaparecido.

La increíble resistencia de Ponta no había dicho sin embargo la última palabra. Estaba nuevamente de pie; y así como antes, convertido en una bestia montaraz, persiguiera a Joe, Joe lo perseguía ahora: cercándolo, tratando de asestarle en la mandíbula un impacto fulminante que lo pusiera definitivamente fuera de combate.

Pero ahora había recuperado su sangre fría. Cuando el directo partió de Joe, se arrojó de cabeza, como zambulléndose en una súbita agachada, tal como lo hiciera su enemigo en las vueltas precedentes para evitar su propio castigo. Apenas el puño violentamente lanzado fué a dar en el vacío, el enamorado de Genoveva perdió su aplomo por el tremendo impulso, giró sobre sí mismo y sintió la izquierda de Ponta abatirse de lleno sobre su cuello descubierto. Jadeante, la muchacha vió entonces a su prometido, los brazos colgando a lo largo de su cuerpo, vacilar, tratar en vano de enderezarse, y luego caer blandamente al suelo como un saco vacío.

El árbitro hizo cesar la lucha. Inclinado sobre Joe comenzó a contar los segundos acompañándose con movimientos de una mano que subía y bajaba alternativamente. La concurrencia, tan exaltada hacía poco, habíase tornado de pronto impasible como la muerte. Ponta, que saludaba, a fin de recibir las muestras de apro-

EL NITROGENO Y LOS CEREALES

En la Estación Agrícola de Michigán, Estados Unidos, se comprobó que aumentando la cantidad de nitrógeno a los sembrados de cereales se triplica la producción. Tal comprobación, en estos críticos momentos de escasez de alimento, es realmente halagüeña.



bación que le eran debidas, sólo halló un silencio general, helado como el de un cementerio.

Aquello era notoriamente injusto. Sólo su adversario, golpeara quien golpeare, recogía los votos del público; y él, Ponta, que desde el comienzo del match dominara la lucha, no había recibido una palabra, un gesto de aliento. Su odio hacia Joe crecía en él. En sus ojos brillaba una oscura llamá, y agazapado cerca del enemigo caído, con el codo derecho echado hacia atrás, y el puño tendido, ardía en deseos de atacar tan pronto como el árbitro hubiera contado los segundos reglamentarios y Joe comenzara a incorporarse..., si se incorporaba. Tan amenazante era su actitud, que aquél debió hacerlo retroceder y colocarse entre él y el hombre postrado.

—...cuatro, cinco, seis... —contaba Eddy Jones.

Con la cara pegada a la lona, Joe se retorcía débilmente, logrando con un esfuerzo apoyarse en las rodillas. Luego, sosteniendo por las manos y con una pierna replegada bajo su cuerpo, trató de levantarse.

—¡Apúrate! ¡Apúrate! — gritaron varias voces en el salón.

—¡Por el amor de Dios, apúrate! — gritó a su vez con voz cálida, pero estrangulada por la emoción, uno de los segundos de Joe, de pie detrás de las cuerdas.

Genoveva echóle una mirada y vió que tenía la cara pálida y tensa por la angustia mientras contaba juntamente con el árbitro, por lo bajo.

—...siete, ocho, nueve...

Los segundos caían uno tras otro y el tiempo pasaba. Al noveno, cuando Eddy contenía otra vez a Ponta, presto a arrojarse contra su presa, Joe se puso por fin de pie y se recogió sobre sí mismo, en guardia.

Estaba débil, pero tranquilo, muy tranquilo. El árbitro retrocedió y Ponta se precipitó hacia Joe que, con sucesivas agachadas, evitó las acometidas del bruto que, no obstante, echando espumarajos de rabia, lo acorraló prontamente en una de las esquinas del ring bajo un diluvio de golpes.

Joe estaba débil, extremadamente débil; pisaba mal y se tambaleaba de atrás hacia adelante como un hombre ebrio o semidormido, con la espalda contra las cuerdas. No tenía escapatoria.

Seguro de su triunfo, Ponta se detuvo durante una fracción de segundo y simulando atacar con la izquierda, lanzó en cambio el puño derecho.

La serenidad salvó a Joe que apeló nuevamente a su recurso supremo: el "clinch".

Ponta se debatió perdidamente para librarse de aquel pulpo que lo paralizaba.

—¡Separados! —ordenó el árbitro.

Lejos de obedecer, Joe oprimía más.

—¡Haga que me suelte! ¿Por qué no lo hace soltar? — jadeaba Ponta, casi asfixiado. Eddy Jones repitió su orden:

—¡Separados!

Intentó desprender a Joe que no se daba por aludido.

—¡Suéltelo, Joe! ¡Suéltelo!

Y sin embargo no lo soltaba. Sentía durante la tregua así obtenida, que recobraba poco a poco las fuerzas, que su cerebro se esclarecía y disipábanse las telas de araña que nublaban su vista. Sostenerse así durante dos o tres minutos aún, sería su salvación. Genoveva comprendió que en el "clinch" Joe era invencible. Pero, ¿por qué entonces el árbitro pretendía, como en ese momento, hacerle soltar su presa? ¿Había tomado, pues, secretamente, partido a favor de Ponta? ¡Oh! ¡Qué canalla era aquel Eddy Jones, con su cara alegre!

El despecho hacíale crispar las manos y clavar las uñas en las palmas hasta gritar. Eddy Jones, en efecto, aferrando por los hombros a ambos rivales los había desprendido violentamente. Para acabar de separarlos pasó con rapidez entre ellos y los rechazó hacia uno y otro lado.

Apenas libre, el bruto demoledor se lanzó sobre su adversario que, al instante, repitió la toma volviendo a apretarlo contra su cuerpo. Sin dejarse atrapar a su vez, Joe hacía su juego admirablemente y lo seguiría haciendo hasta que fuera necesario. Ponta había llegado al colmo de su exasperación. Volvía a debatirse con el rostro congestionado, buscando en vano un recurso para alcanzar a Joe, sacudiéndolo por momentos furiosamente.

—¡Muérdelo! —se burló en el silencio la voz aguda de Silverstein—. ¿Por qué no lo muerdes?

Todo el mundo oyó la humorada y la sala en pleno, olvidando por un momento la angustia que sufría por su favorito tan a mal traer, estalló en una tumultuosa risa, casi histéricos.

—¡Muérdelo, Ponta! — gritaron varias voces —. ¡Arráncale una oreja! ¡Devóralo! ¡Trágatelo crudo! ¡No lo vencerás de otro modo!

A despecho de su emoción, Genoveva tampoco pudo evitar la risa. Fué ese un alivio, al menos momentáneo para la opresión que la ahogaba. Sentíase débil, enferma, excedida de horror por lo que había visto y lo que ahora veía. Agazapada en su escondite sentía decaer totalmente su anterior entusiasmo. El box, con todos sus atractivos, volvía a serle extraño. ¿Qué oscuro placer podría hallar en aquel espectáculo innoble de gente allí reunida? Y Joe, ¿qué satisfacción encontraría en ese grosero despliegue de fuerza física, en esos bárbaros abrazos, en esos golpes más inhumanos aun?

Aquello era, sí, mejor que lo que ella podía ofrecerle... La vida reposada, las dulces alegrías del amor y sus caricias. ¿Cómo iba él a dudar entre el corazón y el alma que se le entregaban y aquel maldito box, aquella vil e incomprensible sirena que lo atraía sin cesar? Genoveva veía en ello un pasmoso misterio.

El gong había vuelto a sonar y los asistentes de ambos pugilistas cumplían ahora sus tareas. El joven, pálido, saltando con rapidez las cuerdas, sostuvo a Joe, ayudándole a andar hacia su rincón, donde los otros segundos lo atendieron agitadamente, frotándole piernas y muslos, palmeándole el abdomen, extendiéndole con los dedos la cintura de la malla para facilitarle la respiración. Genoveva veía expandirse y bajar el pecho desnudo de su prometido. Pensaba que producía un jadeo semejante al de su propio pecho cuando le tocaba correr un tranvía. Pero, ¡cuán extrañamente más poderosos eran los espasmos rítmicos que levantaban el tórax de Joe!

La acritud del amoníaco, cuyas ardientes emanaciones aspiraba Joe de una esponja, llegaba hasta ella y le mordía en las narices.

Le vió hacer unas gárgaras, después sorber un limón, mientras las toallas lo abanicaban enloquecidamente para enviar a sus pulmones un oxígeno más puro que le ayudara a volver a la lucha, recuperado, refrescado por las esponjas deslizadas sobre su ardida piel, y el agua de los baldes y las botellas vaciados sobre su cabeza.

CAMPEON DE PIPA



Los fumadores de pipa afirman que el dorado vicio del tabaco alcanza su mayor delectación cuando se fuma en esos adminículos que tantos adeptos tienen. Y como no podía faltar en esta época de reinas y campeones, acaba de consagrarse campeón de fumadores de pipa un señor que se mantuvo fumando durante ochenta y ocho minutos sin renovar la provisión de tabaco en la pipa.

VI

El gong anunció el sexto round y los dos hombres, el cuerpo todavía chorreando, fueron uno al encuentro del otro.

Ponta ansiaba "tener" a su hombre, a tal punto que ahora, prevenido, avanzó hacia Joe sin precipitación.

Pero éste había revivido: detuvo varios golpes bajos, castigó a su vez a Ponta, enviándolo, tambaleante a buena distancia.

Su primer movimiento fué el de seguirlo y repetir la acción, más absteniéndose prudentemente, se conformó con cubrirse y bloquear el torbellino de golpes que el suyo había desencadenado. En apariencia, la lucha se reanudaba en forma similar a la de sus comienzos: con Ponta en el ataque y Joe a la defensiva. Pero la situación, en realidad, se modificaba. Las cosas estaban lejos de marchar del todo bien para Ponta. Sus feroces asaltos erraban el blanco o lo alcanzaban mal; y rara vez su puño llegaba hasta Joe. Este, por el contrario, pegaba poco, pero casi siempre sobre seguro.

Ponta había atemperado su natural brutalidad, comprendiendo que no podía abandonarse ciegamente a su instinto de destrucción. Joe se hacía ahora respetar. Luego, repentinamente, sobrevino con el noveno round un completo cambio en el combate. La concurrencia lo advirtió inmediatamente y tampoco se le escapó a Genoveva. Joe tomó la ofensiva. Fué él quien en otro "clinch" consiguió descargar su puño en la espalda de Ponta, castigándole duramente los riñones. Ponta, en cambio, no conseguía librarse. Estando cara contra cara, aquél le lanzaba ya formidables "uppercuts" al estómago, ya ganchos a la mandíbula, ya directos a la boca, hasta que viendo a Ponta replicar convertido en torbellino, no insistía más; saltaba prestamente a un costado, en guardia.

Dos rounds, luego tres, se sucedieron sin que Joe lograra desgastar completamente el empuje de su adversario. Se empleaba incansablemente en perseguir a su turno, sin ninguna tregua, a aquella enorme fuerza que se debilitaba.

Hacía preceder cada uno de sus ataques con un golpeteo del pie izquierdo sobre la cubierta del ring: Tap... Tap... Tap...

Nadie dejaba de oírlo. Entonces un salto hacia adelante, un golpe descargado, o bien muchos, y otro salto atrás. Y de nuevo el tap, tap, tap.

Siempre que Ponta intentaba reaccionar, Joe se cubría. Después, tap, tap, tap, y reanudaba la persecución.

Ante este juego, Ponta debilitábase poco a poco. Para el público, en adelante la suerte estaba ya echada.

—¡Bravo, bravo, Joe! — gritaba la multitud en éxtasis ante su idolatrado campeón, mientras las pullas caían sobre Ponta.

—¡Se te ha dicho bien que lo devoraras; no lo hiciste y ahora él te devorará a ti! ¡A los que apostaron a tu favor les han robado su dinero!

En el minuto de descanso los segundos de Ponta se multiplicaron, esforzándose, con una confianza a cada instante disminuida, por reanimar a su hombre; mas no escapaba a Genoveva, el ojo pegado a su mirilla, que sentíanse alicaídos. Desde su escondite escuchaba al joven pálido decir a Joe, a media voz:

—De verdad que lo tienes esta vez. Pero no te apures; tómate el tiempo necesario. Yo ya lo he visto pelear. Siempre tiene un golpe de reserva para el fin, un golpe inesperado. Lo he visto ya "knock out" y continuar aún pegando. Eso ocurrió con Mickey Sullivan. Mickey lo había derribado seis veces, volviéndolo a tirar cada vez que se levantaba. La séptima, creyendo que Ponta estaba terminado, descuidó su guardia. Al instante siguiente, los ojos fuera de las órbitas por el asombro, se preguntaba qué le había ocurrido. Era Ponta que le había asestado un golpe tal en la mandíbula que Mickey Sullivan quedó tendido en la lona. Ten mucho cuidado, Joe; que a estas horas no haga lo mismo contigo. Comprende que eso sería terriblemente tonto. Por supuesto que he apostado por ti, y estoy seguro que vencerás. Pero hasta tanto no tenga mi dinero en el bolsillo no podré decir que he ganado.

—Sí, sí, ya sé — repuso Joe, meneando la cabeza —. No lo tengo seguro aun, pero lo tendré. Al menos, así lo espero.

Cuando sonó el gong para otro round, Ponta apareció totalmente mojado por sus asistentes, y adelantóse por el ring seguido de uno de ellos, que empuñaba una nueva botella de agua y pretendía derramársela sobre la cabeza. Ante una imperiosa orden del árbitro de abandonar con urgencia el cuadrado, aquél obedeció precipitadamente, soltando así la botella que rodó sobre sí misma y dejó escapar por su cuello el agua gorgoteante.

Genoveva había podido leer en la cambiante fisonomía de Joe todas las etapas sucesivas del match. Su cara conservaba al principio del encuentro su aire encantador y travieso. Cuando la avalancha de golpes descargada por Ponta tornóse más temible, veíase triste y sombría; y habíase angustiado después en los "cuerpo a cuerpo", mientras Joe se jugaba el todo por el todo. Ahora, salido ya del apuro, recuperado el dominio de la pelea, su cara habíase transfigurado de tal modo que espantaba a Genoveva.

El hombre de acero ya entrevisto por ella había reaparecido. Frente de acero, boca de acero, ojos de acero, veía en Joe algo de arcángel exterminador, impasible instrumento de los decretos de Dios.

Ponta trataba aún de utilizar su método favorito de precipitarse en torbellino, pero ya no tenía ninguna efectividad. Joe, en cambio, lanzaba rápidos "uno-dos" con los que, acosado el otro sin descanso, retrocedía ante él.

El décimo tercer round finalizó con una inminente derrota de Ponta. Acorralado en uno de los ángulos del ring, cayó de rodillas. Trató de incorporarse y apelar al "clinch", pero este recurso le falló. Luego, habiendo recibido cuatro directos al estómago, se hundió, literalmente, con la boca arriba, en los brazos de sus apurados ayudantes.

Joe volvió a su rincón y dijo a su pálido compañero:

—Ahora es mío.

—Opino lo mismo — repuso el otro —. Está corrido. A menos, siempre que un golpe imprevisto... Desconfía hasta el fin, Joe.

Apenas hubo sonado el gong iniciando la décimo cuarta vuelta, Joe se lanzó como una catapulta y cayó sobre Ponta casi sentado todavía sobre su taburete en medio de sus segundos.

Grotesco y heroico a la vez, resoplando y gimiendo, los ojos vidriosos, con apariencia de no mantenerse en pie y el paso oblicuo de una bestia acosada, aceptó la lucha.

En lo que dura un guiño, fué puesto en fuga por Joe, que volvió a su persecución. El desenlace se aproximaba. Con el puño levantado, semejante a una maza, disponíase a aplastar a su adversario derribándolo "knock out", cuando su pie resbaló en la lona mojada.

Relampaguearon las abatidas pupilas de Ponta, que se aferró a la oportunidad inesperada que se le ofrecía. Hizo acopio de sus últimas fuerzas y mientras Joe oscilaba, le asestó en el extremo del mentón un golpe rápido, certero.

Cayó hacia atrás. Genoveva vió distenderse sus músculos y percibió el choque de su cabeza contra el suelo. El clamor frenético del público cesó como por encanto. El árbitro, inclinado sobre el inerte cuerpo de Joe, contaba los segundos. Agotado por el tremendo esfuerzo que cumpliera, también Ponta hallábase en un deplorable estado. Una vez descargado su puño, había oscilado por reflejo del golpe, doblegándose sobre sus rodillas aunque, consiguiendo incorporarse sin embargo y mantenerse así, balanceando el cuerpo para reencontrar el equilibrio. Sus piernas temblaban, respiraba con dificultad, jadeando. Sólo aferrándose ciegamente de las cuerdas evitó otra caída, mientras aguardaba que Eddy Jones contara el fatal y último segundo que iba a proclamarlo vencedor. El anuncio de su victoria no obtuvo ningún aplauso de la multitud aterrada. Si alguno de los pocos que apostaron por él se hubiera dado a expresar en voz alta su júbilo, habría sido apuñaleado. Ponta retiróse, pues, en medio de un completo silencio, sostenido bajo los brazos por sus segundos y escupiendo al público su odio, calladamente.

Joe permanecía donde había caído. Sus compañeros acudieron en su busca para sentarlo en su rincón mientras, advertida con rapidez, la policía contenía violentamente al público que trataba de invadir el ring.

Genoveva observaba, pegado el ojo al agujero del tabique. No estaba singularmente preocupada por lo ocurrido. Su prometido había sido puesto "knock out" y su simpatía por él compartía su contrariedad. Pero eso era todo. Desde su punto de vista personal, hasta experimentaba una cierta satisfacción. El box, tan grato a Joe, lo había traicionado, y éste le pertenecería con mayor seguridad en adelante. Habíale explicado a menudo en qué consistía un "knock out", y no ignoraba que con frecuencia quien lo ha sufrido necesita cierto lapso para volver en sí. Sólo comenzó a asustarse cuando oyó a los segundos reclamar un médico y cuando, tomado de pies y hombros y conducido fuera del ring, Joe desapareció del campo de su vista.

No habían transcurrido dos minutos cuando abríase la puerta de la habitación donde se hallaba Genoveva y el pugilista era colocado allí, sobre el piso polvoriento, la cabeza apoyada en la rodilla de uno de sus hombres.

Nadie habíase ocupado de ella. Se aproximó hincándose junto a Joe, que tenía los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Empapados de agua y sudor, los cabellos se le pegaban en largos mechones sobre la cara.

Le levantó una de las manos; era asombrosamente pesada, y a ella le pareció también trágicamente inerte. Entonces echó una rápida mirada a las personas que se hallaban a su alrededor. La inquietud aparecía en todos sus rostros. Uno de los hombres profería en voz baja horribles juramentos. Reconoció a Silverstein. Al advertir la presencia de Genoveva, el judío avanzó hacia ella. Colocó su mano sobre uno de sus hombros y se lo oprimió entre los dedos, con simpatía. La enloqueció aquella muda presión y sintió, de pronto, que su cabeza giraba. Sucedióse en ese momento un gran tumulto y apareció un nuevo personaje.

—¡Afuera todos, todos afuera! — gritó éste de entrada.

Algunas de las personas presentes obedecieron en silencio; otros se quedaron, ávidos por saber.

—Y usted, ¿quién es? — dijo el recién venido a Genoveva —. Por lo que veo, es usted una mujer.

El joven que la había acompañado a su llegada y que ella reconocía bien, intervino respondiendo en su lugar:

—Es su prometida.

—Ajá..., ajá. ¿Y éste? — preguntó el hombre, que era el médico, señalando a Silverstein.

El joven intervino por segunda vez:

—Es su patrón. Déjelo.

El médico se arrodilló, gruñendo. Pasó la mano sobre la húmeda cabeza de Joe, gruñó nuevamente y se puso de pie.

—Este no es asunto mío — declaró —. Llamen a una ambulancia.

Genoveva sintió que a partir de ese momento perdía la exacta noción de las cosas. Como en medio de un sueño, notó que Silverstein pasábale el brazo alrededor de la cintura y que la sostenía como si estuviera a punto de desvanecerse. Las caras que la rodeaban le parecían irreales. A su oído llegaban fragmentos de conversaciones que la aterrorizaban. El joven que la había ayudado hablaba con los reporteros, que trazaban en sus libretas no sabía qué. Oyó vagamente a Silverstein preguntarle:

—¿Desea usted que su nombre figure mañana en los periódicos?

Ella sacudió la cabeza. Luego otros rostros hicieron irrupción en el cuarto y vió que colocaban a Joe sobre una camilla, tras lo que Silverstein adelantóse hacia ella y le abotonó su amplio abrigo, subiéndole el cuello alrededor de la cara. Poco después, sintió el frescor del aire nocturno, y alzando los ojos, vió por encima de su cabeza las estrellas claras y frías.

Afuera había un coche. Subió a él y se aplastó sobre una banqueta. Silverstein se hallaba a su lado y también Joe, las cobijas echadas sobre su cuerpo desnudo. Un hombre de uniforme azul le hablaba dulcemente, pero ella no le entendía. Los cascos de los caballos resonaron sobre el pavimento y tuvo conciencia de que rodaba hacia cualquier parte, en la noche.

Luego luz, voces, olor de yodo...

Pensó que debía ser el hospital. Las voces

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)

EL HOMBRE DE ARRIBA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 11)

guien hubiera estado allí buscando algo.

Bajó trotando la escalera, aferrándose a la barandilla con ambas manos para sostenerse. Quedaba una comprobación más por realizar. El cerrojo, en la parte de adentro de la puerta de salida. Si Mr. Davis había abandonado la casa caminando con sus propios pies, indemne, la puerta estaría abierta aún. No había modo de cerrarla desde afuera.

Llegó a la puerta, el cerrojo estaba bien cerrado, completamente corrido en su encaje.

No había la menor sombra de duda ahora. *No había salido vivo de aquella casa.* Y, lo que era más probable, ni siquiera había salido de ella.

Se arrastró por los oscuros escalones hasta la puerta del sótano. Se detuvo, quedó escuchando. Pudo oír un pesado pie que golpeaba sobre algo. Una y otra vez. No como cuando se camina, sino como cuando se aplana o se nivela algo.

Quedóse allí, temerosa de moverse. El debió oírla. El ruido cesó. Hubo un silencio cauteloso; cada uno de ellos, separados por la puerta, prestaba atención al otro; ninguno de los dos hacía el menor ruido.

Por fin ella golpeó la puerta con las palmas de las manos, asustada.

—¡Jerry, abre esta puerta! ¡Déjame entrar!

Oyó algo pesado arañar el suelo, como si lo arrastraran. No podía decir qué era, si la pata de una silla, o algún instrumento de largo mango.

Batió la puerta nuevamente, frenética.

—¡Jerry, por amor del cielo, abre la puerta!

Súbitamente la puerta giró hacia atrás, y él apareció. Maniobraba con sus manos, frotándoselas furtivamente contra los flancos, como para limpiarlas. Se quedó allí, en su camino, como para impedirle entrar.

—Déjame entrar — pidió con voz estrangulada.

—¿Quién te apura? — preguntó fríamente —. ¿Qué te parece si tomamos un poco de café? ¿No como hoy?

Pero se hizo a un lado y la dejó pasar.

—*¿Puedes?* — dijo acusadoramente, mientras pasaba tambaleando junto a él —. *¿Puedes* tú, después de lo que...?

—Por supuesto que puedo — dijo, insensible —. ¿Por qué no?

Comenzó a armar un cigarrillo, encendió el fósforo con la uña del pulgar. Ella vió la uña, estaba negra debajo, junto a la carne, como si hubiera estado cavando tierra fresca...

Miró en torno; el sótano hablaba. El sótano contaba la horripilante historia. De modo mucho más elocuente, mucho más veraz que él, si ella le hubiera preguntado.

Estaba oscuro, pero había la suficiente luz para ver. El crimen necesitaba muy poca luz para ser revelado. Una lámpara polvorienta colgaba contra la pared, al extremo de un alambre, y a su luz mortecina ella pudo ver la historia que el sótano le contaba.

El catre no estaba en el mismo lugar del día anterior. El lo había cambiado de sitio, lo había llevado de una pared a la opuesta. Y bajo él había ahora en el suelo una extraña sombra, que sobresalía un poco en un extremo. No era una sombra causada por la lamparilla, se dió cuenta; sobresalía por debajo del extremo del catre más cercano a la luz, y no por el otro extremo, como habría ocurrido con una sombra normal. De modo que quizá fuese un parche húmedo del suelo, donde la tierra había sido cavada y aplanada luego nuevamente. Ella no tenía una vista tan aguda como antaño.

En el rincón había una pala, que ella solía emplear arriba, que no había estado allí antes. La había usado a veces para palear la nieve que se apilaba junto a la puerta, y la última vez que la viera tenía un color rojizo, desde el filo hasta el cuello, a causa de la oxidación. Ya no lo tenía más. Una línea oscura y ondulada dividía la hoja, como si hubiera sido introducida en la tierra húmeda poco antes.

—Hace frío aquí, ¿eh? — dijo él con brutal fruición —. ¿Por qué tiemblas?

Sus dientes castañeteaban.

—¿Dónde está? — preguntó —. No está arriba, en su cuarto.

Tenía los ojos fijos en aquel remiendo sombreado, bajo el catre.

—Ya sé que no — repuso —. Salió de la casa. Lo vi irse. Tenía la puerta del sótano abierta un poquito.

—Pero nunca se va sin esperar su agua caliente.

—Bueno, esta vez lo hizo. Toma, dejó algo para ti. — Hurgó en sus bolsillos y sacó un arrugado trozo de papel —. Lo puso sobre la mesa de la cocina. Yo lo alcé y lo traje aquí conmigo.

Estaba escrito en lápiz y decía:

"Mrs. C... No regresaré esta noche; puede cerrar la puerta de entrada. — Mr. D."

Lo miró, acusadoramente.

—Esa no es su letra. Yo he visto su letra.

El se encogió de hombros, satíricamente.

—Quizá sus manos estuvieran demasiado entumidas con el frío para escribir como otras veces. Lo oí soplárselas mientras estaba allí.

Dejó caer la nota en el suelo. Sólo tenía una pregunta más que hacer.

—¿Cómo pudo cerrar la puerta por adentro, *después* de salir?

—Yo la cerré, después que él salió. Para que nadie más pudiese entrar.

Ella asintió para sí misma, como si hubiera esperado esa respuesta, antes que él se la diera.

Señaló. Con el dedo extendido, helado.

—Esa, allí abajo, es una sepultura — dijo huecamente.

El se volvió a mirar, como si la viese por primera vez.

—Oh, sí, eso — dijo volublemente —. Sí, ya sé que lo es. Ese es Rags, él está ahí abajo. Lo sepulté hace poco. Creo que se me fué la mano al golpearlo.

Un perro de tres pies de largo en una tumba de seis pies, pensó Mrs. Collins.

El sonrió, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Di con una tubería de agua bajo el piso del sótano — dijo —. Tuve que comenzar de nuevo en otro sitio, después que había empezado. Por eso la sepultura me salió el doble de largo.

Ella seguía apuntando rígidamente el dedo, como si hubiera perdido la facultad de moverlo. El debió bajarlo brutalmente de una cachetada, por último; si no, habría permanecido eternamente de ese modo.

—¿Entonces dónde está el perro, si te parece que no está ahí? — gruñó —. ¿Dónde está, ya que eres tan inteligente? No lo ves por aquí, ¿verdad?

Ella no contestó a eso. Era demasiado fácil. El lo había echado de la casa, probablemente, por anticipado, para que el animal no lo delatara. Los perros suelen comportarse extrañamente... cuando se encuentran con alguna cosa enterrada.

El comenzó a pasearse febrilmente de un lado a otro, como si se sintiera irritado por su tácita acusación.

—Bueno, no te preocupes —berreó—. Saldré de aquí. Estoy más tranquilo ahora, ellos han perdido el rastro. Me iré esta noche misma, apenas oscurezca lo suficiente.

—Creí que habías dicho no poder irte sin dinero.

—Tengo algo ahora.

Se detuvo, sacó algo de entre sus ropas con una especie de criminal ironía, y dejó que ella le echase una fugaz ojeada. Después lo guardó nuevamente. Parecía mucho, parecían muchos cientos de dólares.

—Sé de quién es —fué todo lo que le dijo—. Sé lo que has hecho.

El le sonrió.

—Comenzó a ser lo que tú piensas —dijo—, pero no fué así. Ese perro idiota le salvó la vida. Hice funcionar la estufa, pero el muy tonto comenzó a gemir fuera de la puerta cuando olfateó el gas. Debió escurrirse tras de mí sin que yo me diera cuenta. Lo arrastré abajo conmigo nuevamente y le rompí la crisma. Antes de que pudiera subir nuevamente a concluir lo empezado, el viejo se había despertado y apagado la estufa. Le oí salir de la casa. Subí allí, después, y... hallé el dinero.

Mentiras, todas mentiras, inventadas a medida que hablaba.

—Sé lo que has hecho —seguía diciendo—. Sé lo que has hecho.

Lo siguió hasta la puerta aquella noche en que se fué. No para darle su bendición de despedida, sino para cerrarla tras él para siempre.

—Nunca vuelvas aquí, Jerry —le dijo—. Te di refugio cuando viniste, porque eras el hijo de mi propio padre. Mataste a un hombre antes de que te encerraran. Mataste a otro al escapar. Ahora acabas de matar a un tercero, en mi misma casa. Tienes demasiada sangre encima ahora, para que te perdone. Recuerda, si tratas de venir aquí nuevamente...

—Aleluya —se burló. La puerta se cerró. Se había ido.

* * *

Antes de que hubiera transcurrido media hora sonó un golpe. Pensó que era la policía, buscándolo, pero cuando abrió la puerta cautamente, una o dos pulgadas, era él, de regreso otra vez. Desde la oscuridad exterior su respiro le abanicó el rostro, pálido y jadeante, como el de un animal perseguido en busca de un agujero donde meterse.

—Déjame entrar. Tienes que dejarme entrar. Están todos como moscas, rodeándome. No puedo eludirlos, no puedo escaparles. Casi me...

Trató desesperadamente de evitar que entrara. El mayor peso del hombre empujó lenta, implacablemente, desde afuera, la puerta, y con ella su figura silenciosa y forcejeante.

Se escurrió por la puerta, y ya no valió la pena tratar de mantenerla cerrada.

—Ciérrala, ¿qué te pasa? — susurró. Corrió el cerrojo que las manos de ella se negaban a tocar. Después se recostó con la espalda contra la puerta, por un instante, enjugándose la frente con el dorso de la mano—. Yo me arreglaré, sólo tengo que ocultarme un poco más y esperar. No saben acerca de ti. Ni siquiera están seguros de que yo esté aquí, en el pueblo. Es, simplemente, que el rastro llegaba hasta aquí, y aquí lo perdieron.



—Lamento tener que hacer esto, pero hoy no he podido conseguir carne en ninguna parte.



—Yo no sabía que era tu madre, querido... ¡Creí que se trataba de un hipopótamo de goma!

—Te dije que no volvieras.
Su mano abierta le azotó el rostro.
—Cierra el pico. Vuelve a tu propia pieza y quédate allí. Yo me hago cargo de esto ahora. ¡Si intentas cualquier cosa, te liquido como si fueras uno de ellos!
Algo que él sostenía en la mano chasqueó metálicamente en la oscuridad. No pudo ver lo que era. No era necesario. Ella sabía.
El le dió un empujón. Mrs. Collins volvió a su propia pieza y cerró la puerta suavemente tras de sí. No encendió la luz. Se quedó sentada en la oscuridad, escuchando. Había una ventana, pero no le servía. Hacía veinte años que pasara para ella definitivamente la época de saltar ventanas. Habría caído al suelo, habría yacido allí indefensa, y él...
Le oyó ir hasta la puerta trasera, cerrarla, guardarse la llave, para que ella no pudiese salir por allí. Después regresó otra vez a la puerta de entrada. No bajó ya al sótano. Sabía que Mr. Davis no iba a regresar, sabía que estaba seguro quedándose allí arriba toda la noche. ¿Quién podía saberlo mejor que él? Le oyó extender algo sobre el piso, en el *hall*, junto a la puerta de entrada, y acostarse encima.
Permaneció sentada, esperando. El que es viejo tiene paciencia.
Una vez oyó el frote de un fósforo contra la madera, y por un segundo o dos se filtró un débil resplandor a través de las hendijas de su puerta. Después fué una bocanada de humo lo que se filtró. Había armado un cigarrillo, para aliviar sus destrozados nervios. Esa era su debilidad. Podía matar gente, sin escrúpulo, pero no podía pasarse mucho tiempo sin aquellos pequeños cilindros que armaba enrollándolos.
No se movió. Permaneció sentada, simplemente, en la oscuridad. Podía esperar. Tenía toda la noche.

❦ ❦ ❦

Estaba nuevamente en movimiento, en la oscuridad que precede al alba, lo mismo que todos los días de aquellos años precedentes. Pero esta vez su misión era distinta. Nada de agua caliente para llevar al segundo piso. Mr. Davis no estaba más allí. Mr. Davis nunca volvería a estar allí. Mr. Davis yacía en el sótano ahora, quieto, inmóvil.
Tras ella la puerta de su habitación estaba estrechamente abierta. Le había llevado mucho tiempo abrirla sin que crujiera, sin que hiciera el menor ruido. Largos y cautelosos minutos empujándola un poco, deteniéndola; empujándola otro poco más, deteniéndola. Pero tenía mucho tiempo. Ahora se arrastraba con lentitud de caracol a lo largo del piso, con las manos y las rodillas, hacia la puerta de entrada, invisible en la fuliginosa oscuridad.
En el silencio reinante pudo escuchar su pesada respiración, y eso la guió. Estaba estirado a lo largo ante la puerta, como una especie de cerrojo humano, impidiéndole la salida, impidiendo la entrada de nadie.
Lastimaba achatarse de ese modo y arrastrarse hacia adelante; hacía doler, pero a ella no le importaba. Sus faldas crujían un poco, ella se detenía, esperaba, para asegurarse de que él no había oído. Después proseguía.
Más cerca, más cerca cada vez, pulgada a pulgada. Casi estaba junto a él ya. El había enrollado su chaqueta y la había puesto bajo los hombros y la cabeza, a modo de almohada. Pudo ver el blanco de las mangas de su camisa atisbándola débilmente desde la sombra. Eso la guió también; eso y la pesada, ruidosa respiración.
Había llegado. No podía acercarse más sin tocarlo. Podía distinguir mejor las cosas ahora, sus ojos estaban más acostumbrados a la oscuridad. Y la oscuridad misma comenzaba a adelgazarse un poco: la aurora estaba en camino.
Aun durante el sueño mantenía el revólver fuertemente apretado en el puño. Estaba apuntado hacia la puerta, listo para ser utilizado instantáneamente. Habría podido apretar el gatillo aun antes de que sus párpados se hubieran abierto por completo. No habría podido quitárselo aunque lo hubiese intentado, pero, además, no quería eso, no era eso lo que perseguía. Nunca había tenido un revólver en su vida, no habría sabido cómo usarlo, él se lo habría quitado en seguida nuevamente.
Miró sobre el piso, alrededor de él, con la cara a pocas pulgadas de distancia de las gastadas tablas. Había una cosa diminuta, arrugada, blanca, junto a él. Era el cigarrillo que fumó antes de irse a dormir. No era eso lo que quería.
Entonces lo vió. Estaba al otro lado de él, en el estrecho pasaje que quedaba entre su cuerpo y la puerta. Nada más que un pequeño cuadrado chato, un librillo con un borde blanco. Se había olvidado de guardarlo. La pequeña bolsita de tabaco con un hilo corredizo, que le había visto usar, y que estaba sepultada en algún sitio de la chaqueta, arrollada bajo la cabeza; no podía alcanzarla. Pero era esto lo que ella quería, esto lo que debía tener.
Tres veces su brazo se estiró, tembloroso, tratando de arquearse sobre él y llegar al otro lado, para alcanzar el librito. El ángulo era demasiado agudo, no podía doblar el brazo hasta lograr la posición adecuada. Lo sostenía a una fracción de pulgada sobre su cuerpo dormido, casi rozándolo, tembloroso de miedo. Si él hacía el más leve movimiento en sueños...
Hizo un nuevo intento, inclinándose esta vez sobre él con toda la cabeza y el hombro. Las puntas de sus dedos lo tocaron, lo alzaron. Después casi perdió el equilibrio, porque sólo se apoyaba con una mano en el piso, mientras la otra cumplía aquella otra parte de la tarea. Pudo sentir cómo sus músculos tensos amenazaban claudicar, arrojarla de plano sobre él.
Se inclinó hacia atrás, desviando la caída justo a tiempo; luego tuvo que quedarse allí un momento a descansar, acurrucada junto a él.
Después se volvió lentamente, y se deslizó por el mismo camino que había venido. Lejana parecía su puerta, pero la alcanzó por fin, sin ser descubierta. La atravesó en cuclillas, y una vez al otro lado se puso en pie. Cerró suavemente la puerta, y apoyó la cabeza contra ella, exhausta.
En su mano sostenía un librito de papel de fumar. Eso era todo lo que ella había deseado, eso era todo lo que había ido a buscar allí, donde la muerte dormía.

❦ ❦ ❦

Metía repetidamente la mano en los bolsillos, y siempre la sacaba vacía.
—Estaba seguro de que me quedaba aún —le oyó ella murmurar—. Debo haberlos extraviado en la corrida hasta aquí.
Se había olvidado del que encendió antes de dormirse sobre el piso.
Comenzó a caminar de un lado a otro, tras las ventanas, cuyas cortinas estaban cuidadosamente corridas. Ella estaba junto a la cocina, dándole la espalda, aparentando no darse cuenta. Podía esperar. Tenía todo el día.
Finalmente él no pudo soportarlo más.
—Tengo que conseguir papel de fumar o me volveré loco. Ve a la tienda, haz tus compras como de costumbre, y compra papel también. Si te dicen algo, diles que es para el viejo.
Hacía horas que esperaba eso. Se movió sin prisa hacia la puerta, con la cara desviada, tratando de no demostrar demasiada ansiedad.
Súbitamente la mano de él cayó sobre su hombro, clavándola en el sitio en que estaba.
—Espera un minuto. —Estrechó sus ojos—. ¿Cómo sé que puedo tenerte confianza? Me avisaste que estarías de parte de ellos si yo volvía aquí...
Ella soportó pasivamente la mano que la aferraba.
Súbitamente algo pareció ocurrírsele a él. Sonrió.
—Ya lo tengo. Tráeme ese libro de oraciones que tienes en tu pieza.
Lo trajo.
El se lo quitó con una mirada de soslayo.
—Pon tu mano sobre esto y jura que si te dejo salir no dirás a nadie a quien encuentres, sea quien fuere, policía o no, que yo estoy aquí. Comprarás tus cosas simplemente, y regresarás derecho aquí, sin detenerte.
Pudo sentir cómo se le desmoronaba el corazón.
El cerró el puño, lo echó hacia atrás, amenazadoramente.
—¡Jura, te digo! —gruñó.
Mrs. Collins puso la mano sobre el libro y lo miró a la cara, sin pestañear.
—Juro que no diré a nadie que tú estás aquí. Compraré mis cosas, simplemente, y regresaré derecho aquí, sin detenerme.
—Eso te frenará — arrojó el libro a un lado —. Yo te conozco. Eres muy estricta en cuanto a religión y otras tonterías semejantes.
Mrs. Collins se movió tranquilamente hacia la puerta de entrada, quedóse esperando. El la siguió, descorrió el cerrojo, con la otra mano los días a la misma hora. Volvió la esquina, la puerta.
Ascendió lentamente la calle, con la cesta de las compras bajo el brazo, igual que todos los días a la misma hora. Volvió la esquina, la casa desapareció de su vista, pero ni siquiera entonces se apresuró. Ascendió una cuadra más y entró en el almacén donde siempre compraba.
Había dos hombres de pie junto al mostrador, hablando con el dueño, cuando ella entró. No compraban nada, estaban parados, simplemente, hablando en voz baja, como si estuvieran haciendo preguntas. Nunca los había visto antes. Ambos vestían ropas comunes, pero había algo agudo, penetrante, policíaco, en las miradas con que se volvieron a recibirla. Parecían cazadores profesionales de hombres.
Uno de ellos concedió permiso, mediante una seña, al dueño, y éste acudió a atenderla, mientras ellos permanecían donde estaban, esperando que él terminase.
—Buenas, Mrs. Collins — la saludó.
Ella habló en voz más alta que de costumbre, en una voz que llegaba hasta el extremo opuesto de la tienda.
—...y una lata de sopa. Y... ah, cierto, un librillo de papel de fumar.
El almacenero sonrió. Tenía que soltarse su bromita:
—No me diga que a *usted* se le da por armar los suyos, Mrs. Collins!
—No, por supuesto que no — repuso ella con tranquila dignidad.
La sonrisa del almacenero se desvaneció, y

una mirada de sorpresa apareció en su semblante, como si se le hubiera ocurrido un pensamiento tardío.

—Ahora que pienso en ello, no sabía que Mr. Davis fumara tampoco. La primera vez que lo oigo. Yo tenía entendido que era un abstemio...

—Lo es —repuso ella con voz clara y cristalina—. Nunca toca un cigarrillo.

El tendero se rascó la nuca.

—Pero si él no fuma, y usted no fuma... ¿Quién más hay en la casa, salvo ustedes dos?

No contestó. No era necesario. Se volvió y miró fijamente a los dos hombres que estaban más lejos, junto al mostrador, bebiendo ávidamente cada una de sus palabras. Ellos la miraron con igual fijeza.

De súbito ambos se movieron velozmente, pasaron rozándola, salieron del almacén y se alejaron por la calle. Mientras esperaba que el almacenero le envolviera sus compras oyó un silbato sonar débilmente a la distancia. Se escucharon pesados pasos, que iban y venían por la calzada, afuera, pero Mrs. Collins no se volvió a mirar.

Cuando emergió del negocio, un minuto o dos más tarde, una mano cayó sobre su hombro, deteniéndola. Uno de los dos hombres a quienes había visto dentro de la tienda estaba de pie allí.

—Será mejor que espere hasta que termine —le dijo—. Será mejor que no vuelva inmediatamente. Podría lastimarse, Mrs. Collins.

Parecía saber su nombre, y el sitio donde vivía.

No le contestó. Debía ser un detective, y ella había jurado no decir nada a ninguno de ellos. Un juramento es un juramento; eso es lo que la diferencia a uno de los asesinos y los criminales, la obligación de ser fiel a su palabra, una vez que se la ha empeñado. Aunque uno la haya empeñado a un asesino.

El detective llamó al tendero, y le encargó que cuidara de ella.

—Vea que se queda aquí un par de minutos, ¿quiere? Es probable que haya algún alboroto allá, cerca de la esquina...

Había algunos hombres, allá en la esquina. Estaban procediendo extrañamente. Se movían hacia adelante uno detrás de otro, estrechamente ceñidos a la pared. Se movían hacia adelante, medio acurrucados, como si se prepararan para saltar. El detective fué a reunírseles

Ella siguió debatiéndose, tratando de soltarse del apretón del almacenero, bien intencionado, pero testarudo. A él podía hablarle, sin embargo, no era un policía o un detective

—Déjeme volver a mi casa. He hecho una promesa. Me está haciendo quebrar una promesa.

—Ya oyó lo que él dijo. El sabe lo que conviene.

Súbitamente estalló un tiro, en algún sitio invisible, más allá de la esquina. Nunca había oído un tiro antes. Vida pacífica había sido la suya. Fué más violento que el chasquido de un látigo. Más violento aun que esos petardos gigantes que los chicos encendían el cuatro de julio.

Se retorció frenética entre las manos del comerciante. El se olvidó de aferrarla fuertemente por un instante, con la boca abierta de miedo ante los hechos dramáticos que se desarrollaban a tan pocos pasos de distancia. Mrs. Collins se liberó, comenzó a correr a lo largo de la calle, alejándose de él.

El tendero era pesado y corpulento. Dió unos pocos pasos desanimados tras ella, después se dió por vencido, la dejó ir. No quería acercarse demasiado a la línea de fuego, tampoco.

Un segundo disparo sonó antes de que ella arribara a la esquina, en feroz respuesta al primero.

Dobló la esquina, se lanzó como un dardo por la calle siguiente, la calle familiar que conducía a su casa. Pudo verla allá adelante, con una pequeña nubecilla de humo suspendida en el frente, como si la chimenea no tirase bien. En los portales y detrás de los setos había hombres acurrucados, pero Mrs. Collins se había escurrido por entre ellos antes de que la viesen siquiera.

Tras ella sobrevino una pausa azorada. Después quebró el silencio una voz que gritaba:

—¡Alto el fuego! ¡Tráiganla aquí nuevamente! ¡La matará!

Siguió corriendo, sin prestar atención. Tenía muy poco camino por recorrer ahora. No había corrido tan ligero, no había corrido tanto desde que era una chica. Pero una promesa sobre el Libro Santo era una promesa. Había jurado volver derechito allí, y allí volvería, derechito. Ni todos los revólveres, ni todas las balas, ni todos los policías del mundo podían impedirle cumplir su juramento.

Hubo otro disparo. Venía de su propia casa, de adelante, no de atrás. Algo le golpeó en el hombro, haciéndoselo arder, como si una abeja la hubiera picado. Tambaleó y cayó. La caída la angustió más que el objeto que la golpeó. Se sonrojó, avergonzada.

—¡Una mujer de mi edad, caerse en la calle de este modo, delante de todo el mundo! —se lamentó—. ¿Qué pensará la gente?

Detrás de ella la misma voz que había oído antes rugió, furiosa:

—¡Agárrenlo por eso! ¡Tiren a matar! ¡Sin cuartel!

Y entonces se oyeron tantos tiros todos a la vez que ella no pudo ya contarlos, ni distinguirlos uno de otro. Permaneció tendida, del mismo modo en que había caído, con los ojos fijos en su propia casa, pocos pasos más allá. La puerta giró abriéndose lentamente. Pero nadie salió. Quedó de ese modo simplemente. En el umbral, estirada, yacía una mano. Se abrió y de ella desprendióse un revólver. Después de eso la mano no volvió a moverse, permaneció inmóvil.

La lluvia de disparos cesó y todo estuvo tranquilo nuevamente. Muchos hombres vinieron corriendo y se inclinaron sobre ella. Los miró y dijo entrecortadamente:

—Por favor llévenme a mi casa. Está ahí no más, adelante. Prometí volver derecho a ella... y debo guardar mi promesa.

La alzaron suavemente y la llevaron. Cubrieron algo que yacía más allá de la puerta, adentro, para que no lo viese. Pero ella sabía qué era, de cualquier modo.

Les susurró:

—Pónganme en el sofá, en la sala. —Después, cuando lo hubieron hecho, les indicó que se acercaran más. Se inclinaron para poder oírla. —Mr. Davis. Abajo, en el sótano, justamente debajo del catre. Tendrán que llevar la pala. Por favor, háganlo en seguida. No lo dejen permanecer en semejante lugar, no está bien.

Alguien dió una orden, lúgubremente, en voz baja, y oyó cómo dos o tres hombres descendían en tropel los escalones del sótano. Mrs. Collins cerró los ojos y exhaló un suspiro de satisfacción. Por lo menos él no tendría que quedarse allí ahora...

Vino un médico y le examinó el hombro.

—Se mejorará —le dijo—. No es más que una mala lastimadura.

Le puso una venda y le aconsejó que tratara de dormir.



—Veo que los ruegos de Anita a San Antonio se han cumplido a medios...

Repentinamente un confuso murmullo de voces en el *hall* la despertó. Los hombres habían subido nuevamente. Uno de ellos asomó la cabeza y dijo inexpresivamente al capitán de los detectives, que estaban junto a ella:

—No, señor. No hay nada más que un perro. Su cráneo ha sido aplastado con una pala.

Alguien lo apartó a un lado y apareció Mr. Davis en el portal, mirándolos fijamente. Traía un paquete en forma de libro fuertemente apretado bajo el brazo, como si fuera sumamente precioso. Sus mejillas tenían un reflejo plateado, como si hiciera varios días que no se hubiese afeitado.

Se acercó a ella, asustado.

—Mrs. Collins, ¿qué hay? ¿Qué ha ocurrido aquí? Todos estos hombres... Y oí tiros mientras venía de la estación...

Sus labios se movieron, incrédulos:

—El no lo... Entonces usted se fué *de veras*, como él dijo...

—Me fuí ayer a la mañana, antes del alba. Quería estar seguro de llegar allí a tiempo, antes de que esta Primera Edición se me escapase. Hasta salí sin esperar el agua caliente para afeitarme. Le escribí una pequeña nota a usted, para que supiera, pero mis manos estaban tan entumecidas que apenas podía sostener el lápiz en ellas.

Después añadió:

—Fué la cosa más extraña. Encontré la estufa encendida en mi cuarto. Supongo que la habré encendido yo mismo, mientras estaba medio dormido, y que después me olvidé. La apagué en seguida, acordándome de lo que casi pasó el día antes. Y justo antes de despertarme, soñé que oía a un perrito gemir por allí cerca...

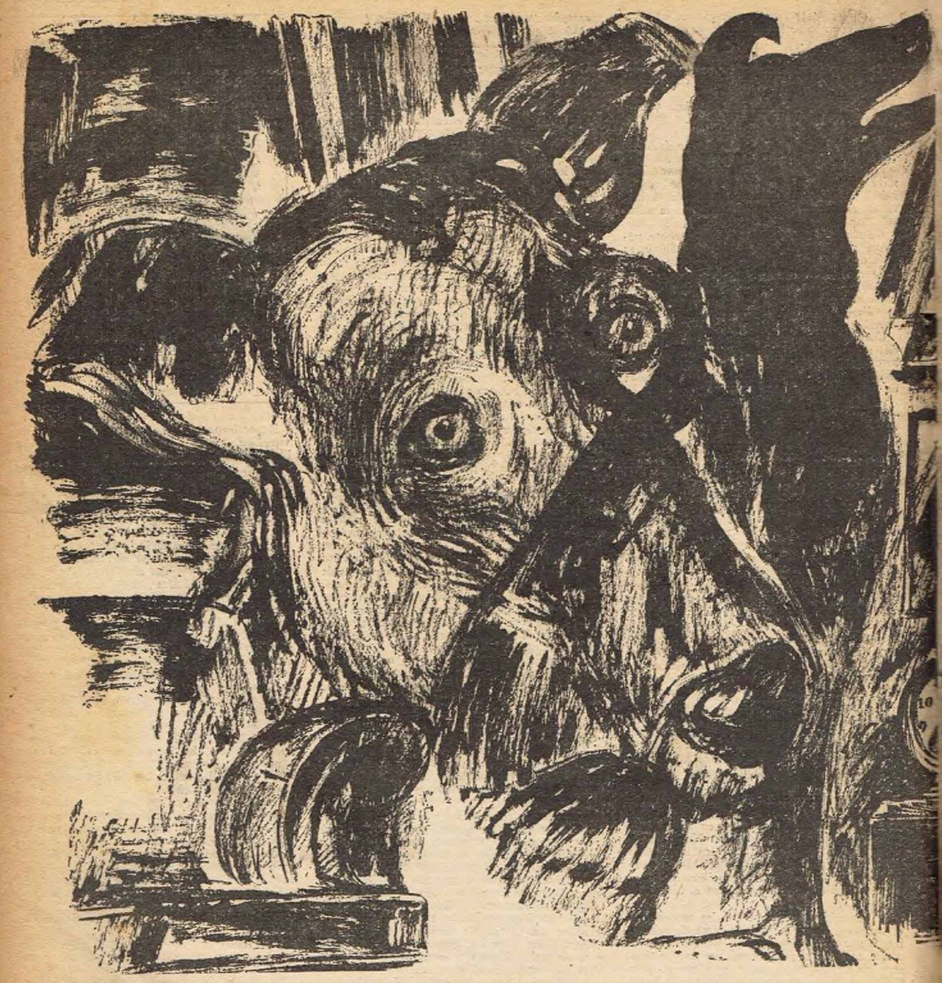
Ella volvió la cara, consternada, al jefe de detectives.

—Era todo verdad —dijo, contrita—. Hasta la última cosa que me dijo era verdad, y yo no le...

El capitán le puso la mano en el brazo, consolándola:

—No se aflija demasiado. Así es cómo ocurre. Hasta cuando dice la verdad nadie le cree a un asesino. ◈

EL HOMBRE DE ARRIBA, de William Irish, forma parte de un volumen de cuentos del mismo autor, que con el título de "Si muriera antes de despertarme", publicó la Biblioteca de Bolsillo, de la Editorial Hachette, de Buenos Aires



Mi perro Sahib tenía unos ojos maravillosos color de ágata. Unos ojos terribles, fríos e inmóviles como dos faros en la noche. Dos faros obsesionantes. Al menos, para mí.

Porque Sahib me vió cometer la única acción villana de mi vida.

Yo era ayudante de Alvarez, el contador, y lo odiaba. Ambicionaba su puesto, su posición social, su poder. Quería tratar de una manera infame a los subalternos, como él. Cruzarles el espíritu a latigazos. Gozar, viéndolos sufrir, envilecidos y esclavos, sin osar el gesto de rebelión por miedo a perder el empleo.

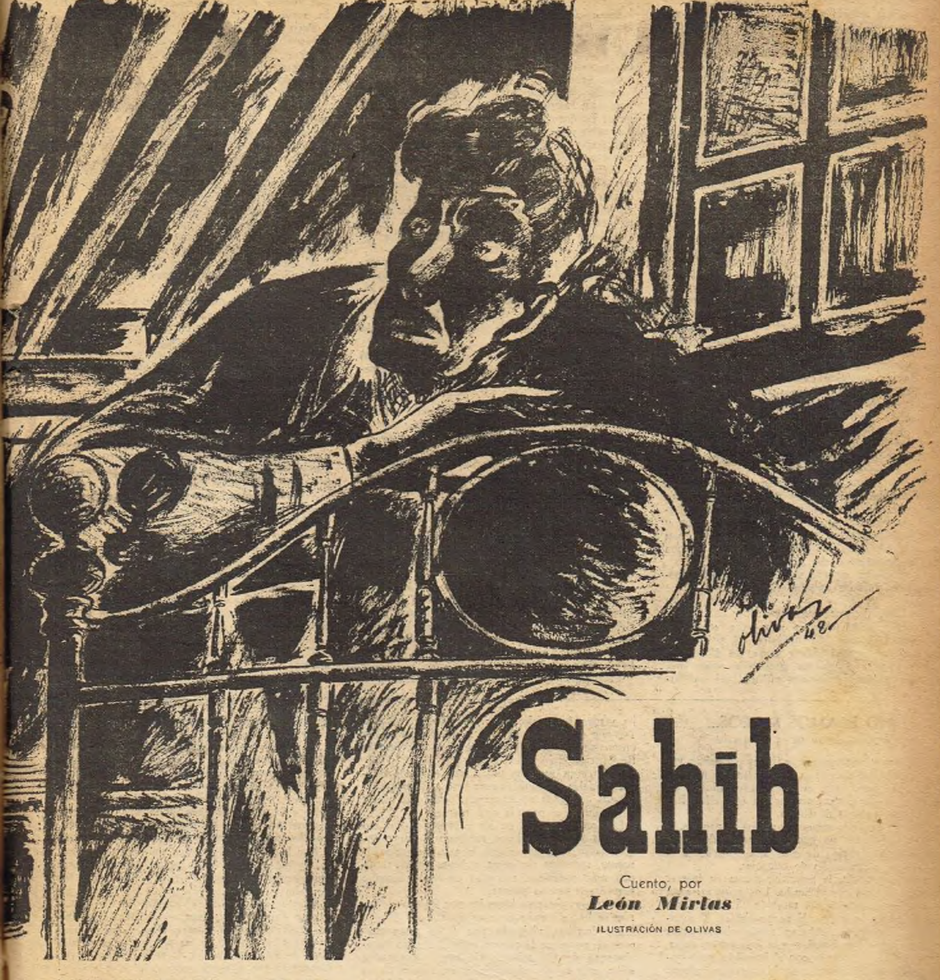
Yo tenía alma de canalla. Lo confieso. Alvarez había sido siempre muy amable conmigo. Pero había cometido el horrendo pecado de ocupar aquel cargo. Y eso era imperdonable.

Yo acechaba sus menores desfallecimientos, síntomas de enfermedad, indecisiones. Vivía pendiente de una tosecilla suya, de una ocasional palidez de su semblante. El día en que oí una voz seca que le desencajaba el pecho, fué el más feliz de mi vida, porque lo creí tuberculoso. ¡Vana esperanza! A los pocos días estaba más lozano que nunca. Aquel maldito, evidentemente, no se quería morir. Era de una vitalidad desesperante.

Entonces, resolví intervenir. Tanta salud era anormal. Aquel hombre trabajaba demasiado. El día menos pensado iba a sufrir un síncope.

Me dediqué a acechar la oportunidad propicia, con la paciencia de una fiera voraz, que está segura de su presa.

Después de muchas semanas de tensión, atisbé



Sahib

Cuento, por

León Mirtas

ILUSTRACIÓN DE OLIVAS

por fin un resquicio de luz, y me filtré por él.

Esa noche, debí llevarme unos libros a casa, para terminar un trabajo urgente.

Con legítimo deleite, me calé la visera sobre la frente, me senté sobre un taburete, y, con el tórax deprimido sobre las cifras, como tantas veces, falsifiqué con gran habilidad la letra del contador en unas anotaciones.

En tanto, Sahib se había sentado frente al escritorio, y me miraba con severidad. Conmovida severidad, sí, y hasta un tenue reproche en las pupilas.

Parecía el propio contador, testigo de su asesinato civil.

Cuando hubo concluído, ladró lastimeramente, me miró con los ojos velados por las lágrimas, como se mira a un muerto, y se fué a un rincón.

Allí permaneció inmóvil, durante largo tiempo. Como un espejo empañado. Como un acta de iniquidad.

La falsificación, lo afirmo sin falsa modestia, era una obra de arte, y no se descubrió nunca. El contador, acusado de desfalco, fué destituído y encarcelado. Permaneció tres años en la prisión, y salió envejecido, lúgubre, acabado. Su mujer murió de pena. Yo obtuve el puesto. Tengo la satisfacción de comprobar que mis subalternos me consideran más canalla aun que mi antecesor..

Desde entonces, en los ojos de Sahib quedó inmovilizada la locura.

Una locura mansa, como la de un hombre que se hubiera quedado a solas con su secreto para toda la vida.

Ya no tenía el don del ladrido gozoso y radiante, esa alegría simple del alma canina que nosotros los hombres podemos comprender solamente en los momentos de amargura.

Ahora, Sahib estaba neurasténico como un lord inglés. Su neurastenia lo clavaba, con rigidez de estatua, en todos los rincones que me eran próximos.

No podía dar un paso sin encontrarme con él. Comencé por rehuírlo, por escapar a su mirada pringosa y melancólica. Luego, su presencia se convirtió para mí en una dolorosa necesidad.

Y no se podía negar que estaba loco. Rechazaba, indeclinablemente, todos los huesos y terrones de azúcar con los cuales yo trataba de ganarme su perdón.

Nunca creí que fuera tan difícil ser perdonado por un perro...

Poco a poco, llegué a la triste convicción de que el alma del contador se había alojado en el cuerpo de Sahib.

Desde tan mísera cárcel rumiaba contra mí su venganza. Estoy perfectamente seguro. Y su venganza, cruel y fina, consistía en martirizarme los nervios con el recuerdo sistemático de mi crimen. Pretendía hacerme la vida insoportable, obligarme a que me denunciara a mí mismo, enloquecerme quizás. Asomaba sus pupilas de inocente calumniado a los ojos de mi perro, y pretendía amargar mis horas con su acusación, con su cantilena sentimental. ¡Imbécil! Pero yo estaba firmemente decidido a defenderme. No iba a permitir que aquel maldito Alvarez me envenenara la vida...

Lo peor era que Sahib me seguía hasta cuando visitaba a mi novia.

Y cuando yo quería decirle a Isabel algunas palabras de amor, algunas palabras que podían servirme de morfina para atenuar mi sufrimiento, mi perro se me plantaba ante los ojos, y se quedaba inmóvil, mirándome de frente, con su aire hipócrita de víctima, con una tristeza tan resignada que me revolvía la bilis...

Presentí que aquella situación no podía prolongarse durante mucho tiempo...

Anoche, desperté sudoroso.

En mi alcoba flotaba una vaga atmósfera de pesadilla que me oprimía las sienes. Al pronto no lograba ubicar nada, no distinguía, pero aquella atmósfera gravitaba sobre mí, hundía garras alucinantes en mi piel sudorosa. Algo sucedía.

Incorporándome, miré a través de los barrotes de mi cama.

Y vi dos ojos terribles, dos puntos luminosos que parecían las ventanas de un presidio en la noche.

Era Sahib.

Aulló lúgubremente. Su quejido recorrió como un latigazo mi médula espinal y me desgarró las entrañas.

Despavorido, arrojé el cobertor al suelo, y huí hacia la calle. El miserable me siguió, con esa fidelidad canina que loan los moralistas.

Como un absurdo personaje de pochade, que corre un tren sabiendo que éste se ha marchado ya dos horas antes, yo corría por la ciudad enfundado en mi pánico como en un pijama.

Tal era el espanto que ponía banderillas de velocidad en mi piel.

Bajo el impulso del vértigo, las calles parecían huir de mí. A no mediar un salto oportuno de mis pies elásticos y previsores, una hilera de casas agrietadas y temblonas se me hubiera escapado, al doblar una bocacalle.

Y el perro, como la noche, corría pegado a mis talones.

Ninguno de mis trucos desesperados logró hacerle perder la colocación en aquella carrera. Y llegamos, unidos, al recinto en sombras de una comisaría.

Ante el más regular alboroto salió a nuestro encuentro un oficialito imberbe, que se hallaba de guardia, soñoliento, bajo su uniforme en desorden.

Aunque su aspecto distaba de ser impresionante, encarnaba de todos modos la autoridad, y, asiéndolo de las solapas, grité:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Deténgalo!

El oficialete me miró, con una sonrisa difusa y estúpida.

—¿Él? ¿Quién?

Me irritó que simulara no comprender. ¡Era tan evidente!

—Pero... ¿No lo ve? ¡Es el contador Alvarez! ¡Está alojado en ese perro! Turba mi sueño... ¡No me deja cerrar los ojos! ¿Entiende? ¡Si sigo así, concluiré por cometer una locura! ¡Siento que me estoy volviendo loco! Si no interviene la autoridad... ¡Deténgalo! ¡Deténgalo!

El maldito perro, rígido como una estatua, me miraba desde un rincón. En sus ojos ardía la burla.

Pero el oficial no comprendía o simulaba no comprender. Y sonreía compasivamente mirándome, se atusaba el breve bigote con aire superior.

Sin duda, un tácito complot se había tendido entre él y Sahib.

Le acarició la hirsuta pelambre, y el perro me sonrió más burlonamente aun.

Lo dicho. Se entendían.

Salí escapado, perdida mi única esperanza. Por lo visto, la situación era insoluble.

Al volver, tuve la impresión de una tremenda hostilidad que se desplomaba de todas partes sobre mis hombros.

Eco de piedras, antipatía de balcones dormidos, techos trapecistas en el alambre sutil de la madrugada. Todos me abrumaban con su odio, con su rabia cómplice de la pesadilla.

Y mi fiel Sahib, sombra de mi sombra, me pisaba los talones como antes, como siempre.

Llegué a casa.

Desnudo como un dios, leí en voz alta y enfáticamente unos versos de Horacio, como una misa profana. Luego, me perfumé las manos.

En un rincón, Sahib, gozando velozmente del reposo, me miraba con fijeza.

Apostaría a que el maldito adivinaba la razón de mis preparativos.

Me aproximé a él, y dije:

—Reza tus oraciones.

Y, esta vez, sentí un goce supremo, que me compensó de todos mis sufrimientos pasados.

Vi claramente que el alma de Alvarez se convulsionaba dentro de Sahib, procurando vanamente escapar de la cárcel en que se había confinado, huir de mi venganza.

Sahib se replegó. Lo seguí. Se refugió en el rincón más remoto del cuarto. Y lanzó un gemido. Ya no tenía escapatoria.

Cuando lo comprendió, el alma de Alvarez se estremeció una vez más, como al contacto de todos los hierros candentes del infierno, y su rabia impotente cristalizó en dos lágrimas.

Pero no me apiadé. La elección era rigurosa, la alternativa implacable: yo o él.

Tomé una cuerda, hice un nudo con diabólica precisión, y ahorqué a Sahib.

Luego, me fuí a la cama.

Y dormí de un tirón hasta las once de la mañana.

Me sentía muy feliz. ◈

¡NO ERAMOS MALOS...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 13)

británicos y norteamericanos, les prestaban varios pequeños servicios: les valían de mandaderos, de guías, etc. A poco, agregados a las fuerzas anglosajonas, marchaban tras ellas, Italia arriba, camino de Roma.

Por el camino, otros chiquillos y zagales, a veces huérfanos de guerra, a veces desamparados o extraviados de guerra, sumábanse a la bullanguera procesión de *sciuscias*.

Con todo esto, la primitiva faena de lustrar zapatos se fué complicando. Los *sciuscias* eran vendedores ambulantes también. Y traficantes en el mercado negro. Y correveidiles. Y mendigos. Y rateros... Al final se llamaba *sciuscias* a los chicos vagabundos que infestaban Italia, ya sin relación apenas con el humilde, pero honesto oficio de lustrabotas. Muchachos maleantes, sencillamente.

Hubo muchos en el famoso *Paraíso Negro* de Tómbolo, pinar cercano a Liorna, que sirvió de madriguera durante algún tiempo a negros desertores del ejército norteamericano y a gente de mala vida de distintas procedencias.

Cuando la *Military Police* lanzó un ataque decisivo contra el *Paraíso Negro*, capturó a *sciuscias* de los dos sexos que, encaramados en los pinos, se habían quedado, haciéndole frente, como retaguardia sacrificada, para proteger la fuga de los desertores.

De todas maneras la leyenda de los *sciuscias* ha exagerado y falseado sin medida la realidad. Ni por el número ni por la condición puede comparárselos con los niños perdidos que la Revolución dejó sobre Rusia.

Estos eran muchos miles, con todos los lazos sociales definitivamente rotos, feroces lobeznos cargados de crímenes, entre los cuales el canibalismo parecía casi normal.

Los *sciuscias*, aun en los peores tiempos, no pasaron de ser mendigos, rateros y merodeadores; hampa menuda como la que, desgraciadamente, segregan sin cesar, y hasta en los tiempos más pacíficos, nuestras ciudades, aunque aumentada por la guerra.

Sobre las riquezas logradas por algunos *sciuscias* se han contado cuentos grotescos.

Un literato, viajando por Italia poco después de terminar la guerra, refería el caso emocionante de un *sciuscia* siciliano, de catorce años, que salido miserable y andrajoso de su choza natal, regresaba un año después "al volante de un magnífico automóvil" y dueño de "un capital de más de 200.000 liras".

Otro corresponsal extranjero, tras de ponderar las "fortunas colosales" levantadas por ciertos *sciuscias*, escribe:

"Se cita, por ejemplo, la historia de un *sciuscia* que pudo prestarle a un empresario italiano la suma de 500.000 liras".

Bien. Ahora precisaremos que en esa época daban por *un peso* argentino 250 *liras*. Es decir, que el Rockefeller de los *sciuscias* le prestó al empresario 2.000 pesos; y el "capital de más de 200.000 liras" del *sciuscia* siciliano equivalía a 800 pesos argentinos.

Se tiene interés en dejar al descubierto estas necedades porque la lírica fabricada alrededor de los *sciuscias*, además de ser frecuentemente calumniosa para el pueblo italiano, es malsana. Su bajo romanticismo ha hecho ya bastante daño a las imaginaciones juveniles y no puede ser útil más que a los traficantes en literatura, que lo explotan como un producto industrial.

Por lo demás, el *sciuscia* ya no existe. Aun se da ese nombre a los pequeños vendedores ambulantes de ciertas ciudades italianas; a los de tabaco, por ejemplo, pero las bandas de maleantes que bullían alrededor de los ejércitos en 1944 y 1945, desaparecieron. El gobierno italiano realizó contra ellas, primero una campaña de policía, y en seguida, una amplia obra de asistencia social. Reformatorios de diferentes tipos, algunos muy originales e ingeniosos, recogieron a los *sciuscias* masculinos y femeninos, sometiéndolos a una reeducación que en la mayoría de los casos resultó fácil, porque los vicios de los pequeños merodeadores eran, en general, superficiales.

A fines del año 1947 he encontrado en Roma antiguos *sciuscias*, restituídos a la vida social, como aplicados y honorables trabajadores.

—No teníamos malos sentimientos; teníamos hambre — me explicaba uno de ellos.

Creo que esta sencilla frase retrata al *sciuscia* con más exactitud que casi toda la prosa hecha a su costa hasta ahora. ◈

DELGADINA EN SAN SILVESTRE

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 27)

salida de don Martín, y Liberato Casas se me acercó y me dijo por lo bajo:

—Al viejo hay que correrlo pal lao que dispara. Aguarde no más que luego le retruco.

Pero ya don Martín terminaba otro bordoneo y cantaba:

Tiene mi rancho un alero
pal lao en que el sol se esconde;
allí vivo como un conde
y con naides me entrevero.
No soy guapo ni mañero,
pero a naides me le arroyo;
no soy tronco ni cogollo,
pero tampoco raigón,
y llegando la ocasión
soy gallo, gallina y pollo.

Las risas fueron grandes cuando Liberato Casas agarró una pala de puntear y fingiendo pulsar una guitarra, respondió a don Martín:

Su canto me ha satisfido
muy mucho, creameló.
Pero áhura pregunto yo:
¿De ande diablos ha salido?
Porque antes naides lo vido,
montao en yegua o en mulo.
Le digo sin disimulo
y con la concencia sana:
uno pierde y otro gana
cuando la taba echa...

—¡Juiii...jajá! —gritó uno de los peones tapando el vocablo final de la rima. La algazara crecía. Don Martín carraspeó fuerte, aseguró algunas clavijas y después de un rasgueo altanero, replicó con voz desafiante y alta, un poco gangosa por el énfasis:

Mi canto lo ha sa-tis-fi-do
bastantito, como ha dicho.
Entonces, joven, ¿qué bicho
lo picó que le ha dolido?
Y le digo de cumplido,
no por buscarle cuestión:
Quedesé en ese rincón,
no sea que se arme alguna...
El gallinero a la una
sabe cerrarlo el patrón.

Finalmente, Liberato Casas tuvo que darse por vencido y optó por distraer a los truqueros con una interminable improvisación biográfica en pareados, que se desarrollaba más o menos así:

Yo he nacido en Ayacucho
y me ha servido de mucho.
Y aunque ando medio bagual,
soy mejor que cada cual.
Y tanta sabiduría
me la enseñado una tía...

Esto podía seguir hasta el año verde, "ya que nadita se pierde"; o terminar en cualquier punto "sin el temor al difunto". Pero los jugadores de truco no estaban dispuestos a que la cosa siguiera, e hicieron callar a bolsazos al monótono improvisador. Don Martín se puso a armar un cigarrillo sin hacer caso ya de su contrincante; encendió en un tizón cargado de humo, y luego dijo:

—¿Por qué no cantás algo, Hilario, que tenés tan güena voz?... Pero algo como la gente, no como esos ladridos que sabemos largar algunos cuzcos aburridos.

—Cantate la "Repetida" —solicitó Liberato sin hacer caso de la pulla del viejo.

Seriamente ya se preparó el cantor. Desde mi lugar cerca de la puerta del galpón, yo observaba al hombre. Todo era de ruda armonía en él; su actitud en el asiento, la inclinación del cuerpo, la cabeza un poco hacia un lado y mirando atento el cuello de la guitarra, donde los dedos de la mano izquierda subían y bajaban sobre los trastes; la mano derecha ligeramente quebrada y floja en la muñeca hería hábilmente las cuerdas sobre la boca del instrumento. Había tomado esa seriedad melancólica que ensombrece los ojos sin tornar hosco el ceño. Los que jugaban al truco en el fondo del galpón dejaron las cartas y se allegaron al cantor; éste levantó la voz, que sonaba un poco en falsete al procurar hacerla sentenciosa y triste:

Alma mía, estás más triste
que la tarde cuando muere...
Porque ya nadie te quiere,
alma mía, estás más triste
que la tarde cuando muere.

Con un gajito de aroma
yo te digo adiós, llorando...
Y desde entonces penando,
con un gajito de aroma
yo te digo adiós, llorando.

Cuando se pone a llover
con ese llanto del cielo...
Yo pienso en mi desconsuelo,
cuando se pone a llover
con ese llanto del cielo.

Y qué has de hacerle, alma mía,
si el dolor no dice cuándo...
Así la vamos pasando,
porque sabés, alma mía,
que el dolor no dice cuándo.

Como esas flores del campo
que se quedan tan solitas...
Mis esperanzas marchitas
son esas flores del campo,
que se quedan, tan solitas...

Los dos octosílabos finales se alargaban como en un lamento de amargura infinita, sonando así espaciados:

...sooon-esas flooores del caaampoooo...
que-seee quedaaán... tan soooliiitaaas....

Había cantado el hombre con ese tono gris del agua que caía y caía como sin esperanza ninguna, y se notaba que una grave laxitud lo ensimismaba y hacía aparecer con el ánimo ubicado en probables lejanías.

—¡Eso es cantar! —gritó uno, entusiasmado. Hilario Rodríguez apoyó la guitarra en la pared y se quidó mirando llover, como fascinado. Los del truco volvieron al rincón; Liberato siguió con un trabajo de bozales en el que venía afanándose a cada pausa de las tareas del campo; los demás, formamos un grupo cerca de la puerta, como encantados por el sortilegio de la lluvia.

"Que llueva, que llueva, que la vieja está en la cueva", repitió alguien la onomatopéyica cantilena de las antiguas lluvias.

El día se iba y las sombras se hacían más espesas en el interior del galpón. Mirar cómo llueve sobre los campos, sobre los árboles y sobre las viviendas perdidas a la distancia, es cosa verdaderamente especial: hasta me animaría a decir que siento en mi ser el color, el sabor, el olor, la piel y el sonido de esa clase de lluvias...

Ahora en el galpón se hablaba de todo, con tranquilo desgano. La salida de un un carteo o una flor cantada como Dios manda, levantaba, en el rincón de los truqueros, alguna que otra explosión de voces y risas. Don Martín Lima me palmeó en un hombro y me dijo:

—¿Qué le parece, amigo, si nos arrimamos al fogón y matiamos un poco?

—No estaría mal.

El fuego fué avivado por Liberato Casas, y el mte volvió a circular normalmente. Al rato no más, don Martín Lima había sido "obligado" a contar algo, algún cuento o lo que fuera, o uno de esos "sucedidos" de tantos como le habían ocurrido.

—Cuentenós algo de cuando sabía andar a las gateadas, viejo —bromeó Liberato. Don Martín replicó:

—Hoy no está el día como pa hablar de zonceras... Por eso es que les voy a contar algo de antes, que pasó allá por los tiempos de Ñaupa, o de María Castaña, pa más claridá... Es un caso serio, y parece que hubo testigos que lo vieron cuando pasó, porque una vez se lo sentí contar a mi agüelo, que era hombre que conocía mucho mundo y además no le gustaba hablar al cuete... Decía el finao mi agüelo, que en paz descanse, que hace una ponchada de años vivía allá en medio de la pampa un padre que tenía tres hijastras...

Después de este comienzo clásico, don Martín carraspeó aclarando la voz y prosiguió:

—Hablo de cuando la pampa era pampa entera y todavía no la habían capao a güeltas. Vivía en esos lugares, sí señor, un estanciero muy rico. De mala entraña era el hombre: rezongón y acostumbrao a hacer su santa voluntá en todo. No se le caiba el facón de la cintura, y dicen que era bastante ligerón de mano...

—Sería como el finao Acevedo, que Dios lo perdone —interrumpió Liberato Casas. Nadie reparó en su observación y don Martín siguió con su cuento:

—Don Floro Mañara, que así se llamaba el estanciero, tenía tres hijastras a cual más linda... ¡Hermanitos, qué muchachas!... Blancas, como una cuajada, y en cada cachete, ese colorcito con pelusita como tienen los duraznos pintones, y que cuando las mozas bajan los ojos parece que nos está diciendo: "¡Pa qué te quiero, vergüenza!..." Lindas, pa tirar pa arriba, las hijas de don Floro... ¡Pa...jarito!... Si de verlas, no más, los paisanos que pasaban cerca de la estancia, se quedaban encandilaos... La mayor se llamaba Biatriz; Clara, la segunda. Si las dos primeras eran lindas sin güeltas, la tercera les mataba el punto con las treinta y tres de mano, sin desajerar... Serafina, se llamaba la güena moza... ¡Pobrecita!

Se detuvo don Martín y fingió entretenerse encendiendo el pucho. Era una maniobra destinada a despertar el interés del auditorio.

—Oh, ¿y por qué pobrecita? —inquirió Hilario Rodríguez—. ¿Le pasó algo a la fulana?

—¡No se me apure, amigo —contestó don Martín—, que para todo hay tiempo, si no es para la muerte!... Güeno, sabrán ustedes que este don Floro Mañara, así como era tan de mala sangre que hasta sabía manejar a rebenque a los pobres infelices que caiban a su establecimiento en busca de trabajo, así como era y todo, tenía mucho cariño por sus tres hijastras. Eso sí, de tan delicao que era en su casa, a las muchachas no las dejaba ni asomarse, y sobre todo a la Serafina, la más chica, que ya andaba por los quince abriles y que se había puesto de linda que daba calor. La muchacha se llamaba Serafina, pero como tenía una cinturita así de finita como un huso, que cabía en un puño, le habían puesto de entrecasa la "Delgadita". La señora de don Floro era una pobre mujer que tenía más miedo a su marido que de cairse de la cama, con perdón sea dicho. Güeno, las hijastras de don Floro, la Biatriz, la Clara y la Delgadita, seguían poniéndose lindas, pero educadas así, escondidas de todo el mundo. Lo único que hacían era reunirse las tres con la madre para hacer trabajos de áuja, tejidos y qué sé yo, en lo que eran muy habilidosas, hay que decirlo. Y el cascarrabia del padrastro andaba allá por el campo entendiendosé con la pionada y puesteros a puro grito y rebenque... No vayan a creer que siempre se las llevó de arriba don Floro: hay gente que no le gusta dejarse arriar con las riendas, por más desgraciada que parezca... Dejuro que así no se puede vivir, y decía mi agüelo que a personas como el don Floro ése, cuando menos la piensan se les mete el demonio en el cuerpo... Así tendrá que haber sucedido con el hombre, pa pasar lo que pasó.

Crecía la atención general. Ya seguro del interés de sus oyentes, don Martín entró de lleno en el relato:

—Resulta que siguro que jué el demonio que lo tentó a don Floro Mañara, pa ponerse a pensar lo que se le metió en la cabeza... El

caso es que sin saberse cómo ni cuándo, el estanciero comenzó a mirar con mucha atención a su hija menor... Ajá... La cosa primero ni se notó; pero la que más pronto se dió cuenta jué la señora... ¿Cómo no iba a parar la oreja, ella, que era la madre? Además, le conocía bien las agachadas a su marido. La muchacha, claro, era una inocente, y estaba muy lejos de caír en cuenta de qué se trataba el asunto. Se alegraba, no más, la pobre, de que su padre la quisiera tanto... Un día era un corte de vestido de regalo; otro día era un espejo; o un frasco de agua florida, o una caja de polvo, o un par de zapatos... Y a las otras muchachas ni un jabón de olor les traiba, y ellas comenzaron a juntar rabia. Hasta que un día, güeno, un día se armó la tremenda... Estaban en la mesa, un mediodía, terminando de comer, y el padrastro jué y agarró una manzana grandota y madurita...

—¿Una manzana? —cortó Hilario Rodríguez—. ¡Diande, don! Cuanto más, sería un durazno, o una pera; porque manzana me parece que no iba a haber por esos laos. ¿No lè parece, don Martín? Y perdone.

—Manzana, contaba mi agüelo, y así debió ser, señor —replicó un poco atufado don Martín—. Por otro lao, sabía decir el finao mi padre que la manzana jué siempre la fruta de la cuestión. Por qué lo diría, no sé; pero no hay güelta que así será... Y tampoco hay güelta que si me interrumpen a cada triqui traque no se va a acabar nunca la historia. Decía, entonces, que don Floro agarró un durazno... Ya que querés que sea durazno (intercaló dirigiéndose a Hilario Rodríguez), ponéle durazno... El mejor de los que había traído un marchante de pa adentro, y se lo alcanzó a la Delgadita, que la hacía sentar en la cabecera de la mesa, frente a frente con él, en el lugar que antes ocupaba la madre... Ajá... Y le dijo: "Es pa usté, m'hija"... Y ella le contestó: "¿Pa mí, tata? Güeno, entonces le viá repartir con mama y mis hermanas". Y ya agarró un cuchillo pa partir la fruta en cuatro partes igualitas, pero áhi no más saltó don Floro dijustao: "¡No, delgadita, lo que yo le doy es pa usté sola... y pa mí!" Recién entonces comenzó a comprender la muchacha, y casi se desmaya al ver qué quase de hombre tenía por padrastro... La madre lloraba suavecito y las hermanas miraban con odio a la Delgadita. "Si vos querés, todo será tuyo", le dijo don Floro a su hijastra, y ella se puso a llorar a gritos. "¡Me tendrá que matar primero!", decía. Y corrió a guarecerse en los brazos de la madre; pero, ¡amigos!, aunque parezca mentira, la madre la rechazó, ofendida, y le gritó: "¡Hija descastada, áhura me doy cuenta de todas tus zalamerías!" Las hermanas hasta le pegaron a la pobre Delgadita; pero don Floro áhi no más levantó el rebenque gritando como un loco que cuidadito que naides juese a tocar a la muchacha... Y dispuso en seguida que la encerraran en uno de los cuartos más apartados de la estancia, y allí prisionera, sin siquiera una sé de agua, la dejó y le dijo: "Quierás o no quierás, te viá vencer... Cuando estés arrepentida de tu orgullo, me hacés llamar y te daré todo lo que quieras; vivirás mejor que una reina, si me hacés caso." Y se fué al campo hecho una furia.

—¡Hijo de una gran flauta! —exclamó Liberato Casas—. ¡Mire si eso es un padre! ¡Si caiba en mis manos, gran perra, lo achuraba sin asco!

—No te me enojés todavía, que falta lo mejor —le atajó don Martín—. Ahí quedó la pobre Delgadita, en aquella prisión escura y húmeda, solita su alma. No había ni ande sentarse, y era tan estrecho el cuarto que con dos trancos se terminaba... Güeno, al tercer día, la muchacha miró por una ventanita así de chiquita, y áhi andaban sus hermanas la Biatriz y la Clara, que se paseaban por el jardín, charlando lo más tranquilas. Ella, angelito de Dios, ardía de fiebre, y les pidió por favor que la socorrieran. "Un trago de agua, que me muero de sé", pedía la pobre. Pero los corazones duros de sus hermanas le dijeron de todo. "¡Por tu culpa, sinvergüenza, tata no nos quiere! ¡Morite, perra!..." Y se jueron sin hacerle caso. Así pasaron otros tres días, y a los otros tres días, la Delgadita, que ya parecía una sombra, se volvió a asomar a la ventanita de su calabozo y la vido a su madre en el jardín y tejiendo. "¡Por favor, mama, deme un trago de agua, que soy su hija!..." Pero la madre se puso a llorar sin levantar la cabeza. El marido le había alvertido que la degollaría sin asco si le alcanzaba algo a la prisionera... siempre llorando, y con la cabeza gacha, se levantó y se jué pa otro lao. Güeno. Pasaron otros tres días, y a los otros tres días más, la Delgadita se asomó de nuevo, como Dios quiso ayudarle, y esa vez distinguió a su padrastro que cruzaba apurao por el patio, castigándosé la caña de la bota con el rebenque. Ella logró sacar algo de juerza, aunque ya estaba sin aliento, y le gritó: "¡Tata, por favor, un trago de agua, que me estoy quemando!..." Ya la pobre entre la fiebre y el miedo, y de tanto llorar, estaba perdiendo el sentido. El desalmao del padrastro se pasó y le preguntó todavía si acetaba su propuesta... ¡Fijesén, pues; no es al cuete que sabían decir los antiguos que el diablo no descansa!... Güeno; ella, angelito de Dios, le hizo así que sí con la cabeza, porque ya no podía más. Don Floro comenzó a gritar por toda la casa: "M'a ver ligero, traigan todo lo que precisa la Delgadita! ¡Pronto, canejo!" Y andaba a los lonjazos con los sirvientes. Y él en persona jué corriendo a abrir la puerta del calabozo donde su propia hijastra había sufrido aquel novenario de padecimientos... Y le preguntó que qué quería primero: si agua o qué: Y ella le contestó: "Un durazno, quiero... un durazno grande... y madurito... como aquel... pa partirlo... entre nosotros dos... solitos..." Todo eso lo iba diciendo con una voz que dejuro partía el alma. Pero qué, si a don Floro las malas ideas le habían andao en las entrañas y ya no comprendía ni el tamaño de su barbaridá... Güeno; él mismo jué y trajo el mejor durazno que encontró a mano; desenvainó su güen facón de cabo de ciervo y se lo entregó a su hijastra: "Tome, Delgadita, partaló usté misma..." Y entonces... ¡Cielo santo!... El finao mi agüelo sabía decir que jué la ira de Dios... Ajá... En cuanto tuvo el cuchillo en sus manos, la muchacha se volvió otra, amigos... No sé diande sacaría juerza: apretó el puño, y áhi no más le clavó el facón hasta el cabo en el pecho a su padrastro. El hombre dió unas boqueadas, y ya se jué al otro mundo con toditos sus pecaos. Que Nuestro Señor lo perdone. Lo cierto es que cuando los de la casa se arrimaron, con miedo y todo, se encontraron con un cuadro que... ¡compañero!... Don Floro Mañara estaba bien muerto ya, y ella, la pobre Delgadita, trastornada del todo, falleció a los dos o tres días... No es una historia güena —concluyó don Martín Lima—, ni divertida; pero así jué como pasó. De esa manera la sabía contar mi agüelo, y así debió ser, no más.

Don Martín acabó su cuento y durante unos minutos, todos, hasta los truqueros, guardamos silencio. Luego el viejo trató de incorporarse y comenzó a quejarse de sus dolores. "Cada vez que el tiempo estaba malo, los güesos lo tenían a la miseria."

La noche había cerrado. Un farol a querosén balanceábase despacio, colgado de un tirante del techo, y hacía oscilar tristemente las sombras que se alargaban en diversas direcciones. Seguía lloviendo como hacía tantas horas.

Al cruzar el patio, sorteando los charcos brillantes, yo imaginaba volver de algún lugar de fantasía y pensé en las vueltas que las cosas dan por el mundo, sobre todo las coplas y las leyendas. ¿Cómo habría llegado al repertorio de don Martín la vieja historia de Delgadina, curiosamente transformada en esa Serafina a la que de "entrecasa" llamaban la "Delgadita", y con ese agregado final de tragedia griega, que en verdad no quedaba mal? De hacerle esta pregunta a don Martín Lima, era más que seguro que éste habría de contestar: "Y, amigo, son cosas que pasaron hace mucho tiempo, pues." ❖

CAZA FURTIVA

(CONTINUACION DE LA PAGINA 23)

Duero, el bullicio de la estación ferroviaria y la brillante iluminación de sus arterias más importantes— entornaban los ojos alucinados por el hechizo maravilloso encerrado en aquella palabra mágica: América. O lo que era igual para ellos: paisajes tropicales de belleza exuberante; mucho, muchísimo dinero, tanto, que de los bolsillos rebosantes caían las pesetas; poco trabajo y una vida fácil sin las estrecheces y penurias de la actual.

—De aquí, de Peñausende —terció un hombretón alto, de amplio tórax y voz ronca, todos los que se fueron están hechos unos ricachones...

—Todos, no —volvió a hablar el viejecillo—; que yo sepa el tío Eleuterio no ha ganado ningún millón todavía.

—Ni usted ni yo lo sabemos, don Genaro. Nadie lo sabe; a lo mejor está hecho un estanciero, como dicen allá, o anda por los caminos con una bolsa al hombro, de vagabundo... Vaya uno a saber; cuando se fué, el pobre estaba tan trastornado... Pocos ánimos tenía en verdad para sacrificarse y trabajar como es necesario en América...

—¿Qué le había ocurrido a ese hombre? ¿Alguna desgracia? —pregunté, intrigado por el silencio respetuoso de los demás y la grave expresión que adquirieron los semblantes de todos los presentes, en cuanto se empezó a conversar sobre el tío Eleuterio.

—Y grande — me contestó mi tío Antonio, que habiendo finalizado su partida de tresillo entraba en ese momento en la cocina y alcanzó a oír las últimas frases de la conversación.

—¿Por qué no me cuenta usted?...

—Espérate a que hayamos cenado... De sobremesa te haré toda la relación. Ahora dime, ¿qué te parece España? ¿Te gusta conocer la tierra de tus mayores? No encontrarás aquí muchos refinamientos, que éstas son regiones algo pobres y la civilización necesita correr sobre rodajas de oro, pero sí hallarás gentes honradas y amigos leales...

Quería mi tío que cenáramos en el comedor, pero yo insistí para que lo hiciéramos en la cocina. Pusieron la mesa delante de la gran chimenea, en la que se cocinaban las sabrosas viandas en unos pucheros ennegrecidos, y nosotros nos sentamos en los amplios escaños de madera de roble tallada rústicamente y cubiertos con mullidas pieles de cordero.

—¿Gusta usted de hacernos compañía, señor cura? — invitó mi tío Antonio al eclesiástico.

—Muchas gracias; pero el ama me ha preparado para esta noche unas perdices en escabeche que han de estar como para chuparse los dedos. Y ya sabe usted que las perdices son mi debilidad...

Miré el vientre prominente del sacerdote, y pensé que, a juzgar por el tamaño del mismo, no debían de ser las perdices la única debilidad gastronómica de aquel "gourmet" montaraz. Con toda seguridad que en la despensa de su casa atesoraría golosinas capaces de hacerle la boca agua al más inapetente de los mortales.

La cena fué alegre y... exquisita, con alimentos vivamente condimentados que herían mi paladar acostumbrado a las comidas insípidas de los trasatlánticos y hoteles. El vino —como decía el dueño de la casa— era un verdadero jarabe perfumado que se trasegaba sin sentirlo, produciendo un tibio calorcillo en el estómago y muchas ganas de hablar...

Cuando llegaron los postres, que consistían

en un queso muy sabroso, hecho con leche de cabra y nueces de los nogales del lugar, comenzó mi tío a contarme la historia aquella que tanto me había intrigado.

—El tío Eleuterio fué durante muchos años uno de los mejores guardabosques que se han conocido por estos contornos... Era un hombre recto, que jamás se dejaba sobornar aunque no ganaba un gran sueldo. Había enviudado a los pocos años de casarse y vivía con su hijo y una sobrina huérfana en la pequeña casa que hay entre los encinares de la dehesa de Estaquillas. El muchacho le había salido aficionado a las letras y al estudio y por consejo del señor cura y del maestro, se le mandó a Zamora para que cursase el bachillerato. Algo le dolió al padre esta separación, dado el gran cariño que le tenía al chico, y más le hubiera gustado verlo detrás de un arado y no quemándose las pestañas sobre los libros de texto, pero comprendiendo que todo aquello podría traducirse en un brillante porvenir, hizo de tripas corazón y dió su consentimiento. Anduvo bastante tristón durante un tiempo, aunque no le duró mucho la cosa, ya sea por las cartas y visitas frecuentes del hijo, como por los cuidados de que le rodeaba su sobrina Ana María. Esta muchacha, que entonces tendría unos diecisiete o dieciocho años, y que era más linda y fresca que una rosa, había resultado una verdadera joya para el tío Eleuterio. Cuando él la recogió al quedarse sola en el mundo, era una chiquilla, pero ya muy seriecita y callada. Después, con el correr de los años, fué el alba y el corazón de aquella casa sin mujer, en la cual ella puso aseo, alegría, orden y pulcritud. Era la verdadera ama de la casa; ella cuidaba de la ropa de los dos hombres, venía aquí al pueblo a vender algunas legumbres de la huerta y compraba las provisiones necesarias, atendía a las gallinas que estaban empollando, ordeñaba la vaca y todavía le quedaba tiempo para tener la casa hecha una tacita de plata de puro limpia. Su tío estaba chocho y la quería como a una hija. Siempre que se refería a ella, comenzaba diciendo:

"—La "mi" muchacha...

"Transcurrido un año, José Antonio, el hijo del tío Eleuterio, aprobó brillantemente todas las materias y no quiero decirte lo orgulloso que andaba su padre con él por todas partes, cuando vino en las vacaciones. Al empezar nuevamente las clases, ya fué menos dolorosa esta vez para el guardabosque la separación. Acaso influyera en ello aquella gran preocupación que no dejaba dormir tranquilo al tío Eleuterio. ¡Y vaya si no era para estar preocupado! Cerca de veinte años hacía que era guardabosque y nunca le había ocurrido nada semejante. Siempre su figura alta y seca, con la inseparable escopeta cruzada en la espalda, había infundido, desde lejos, un saludable temor en todos los cazadores furtivos, y ninguno de ellos soñó siquiera con desafiar su autoridad, prefiriendo perder la pieza ya herida antes que tener un encuentro con aquel hombre de pocas palabras y malas pulgas. Pero como a todo hay quien se atreva en este pícaro mundo, hubo en Peñausende un fulano que también se atrevió a hacerle frente al tío Eleuterio. Era un sinvergüenza y borrachín; un tal Gabino, que había estado haciendo el servicio militar en Marruecos y que regresó lleno de malas mañas, creyéndose todavía en tierra de moros.

"Se pasaba las noches en la taberna, y durante el día dormía tranquilamente, sin pensar en ganarse el sustento con sus propias manos, como solemos hacer por aquí todas las personas decentes. Sus padres ya ancianos, eran gentes que tenían un buen pasar, y él, viendo que no lo apremiaban para que trabajase, gozaba de la vida sin que nunca le faltase un duro en el bolsillo. Algunas tardes después de haber dormido una buena siesta, descolgaba la escopeta de su padre, se echaba el zurrón al hombro y salía campo afuera en busca de perdices o de liebres, que luego hacía guisar en la taberna, para comerlas junto con sus amigotes. Estos trataron de prevenirle de los riesgos que corría dedicándose a la caza furtiva.

"—Mira, Gabino, que el tío Eleuterio no se anda por las ramas; tiene muy mal genio y si llega a encontrarte alguna vez por la dehesa de Estaquillas...

"Otro fué más terminante:

"—Dos cosas pueden sucederte: que te dé una paliza descomunal, o que te meta una descarga de perdigones adentro del cuerpo...

"A todas estas advertencias, Gabino respondía con aires de suficiencia y sorna:

"—¿Qué me va a pegar ese tío viejo a mí? ¡Vaya, chico, tú no estás en tus cabales! Y en cuanto a eso de los tiros, no te olvides de que yo he estado en la guerra del Africa, y que allí me he matado cada morazo tres veces más grande que el tío Eleuterio. Así que se ande con cuidado, no vaya a ocurrir que la tortilla se dé vuelta y sea yo quien le pegue a él cuatro tiros...

"No faltaron lenguas oficiosas que se encargaron de llevar al guardabosque las palabras del matón. El tío Eleuterio se puso hecho un basilisco, y su primer impulso fué cargar la escopeta y marchar a la taberna para romperle la crisma al sinvergüenza aquél, pero Ana María se le abrazó llorando y en nombre de todos los muertos de la familia le imploró que se quedase. A lo mejor el otro estaba borracho, y las gentes son tan charlatanas...

"El tío Eleuterio se quedó en casa, pero bien sabía él que el gallito aquél no estaba borracho. Varias veces en el transcurso de sus recorridas por los sotos de la dehesa había escuchado el tronar de las descargas de una escopeta. Al principio creyó que se trataría del amo que entretenía sus ocios cazando conejos monteses, pero cuando averiguó que el señor estaba en Zamora y que ninguno de los mozos de la alquería andaba de caza, no le cupo ya duda de que se trataba de un cazador furtivo. Además, algunas veces al llegar jadeante al lugar de donde procedían los disparos, notó movimientos sospechosos entre los jarales o arbustos, y en un claror mortecino del crepúsculo le había parecido entrever a lo lejos la silueta fugitiva de un hombre. Luego, cuando llegaron a sus oídos los relatos de las comilonas que organizaba Gabino en la taberna con las liebres que le hurtaba a él delante de sus narices, sintió que le hervía la sangre en las venas. Y como si todo eso fuera poco, el mequetrefe aquél andaba diciendo por todas partes que una noche, cuando se sintiera de buen humor, iba a llegarse hasta la casa del guardabosque para robarle las gallinas y después hacer un puchero con ellas.

"Hasta allí había llegado, pero no pasaría más adelante. Con el tío Eleuterio no jugaba nadie.

"Ocurrió en una noche parecida a ésta — prosiguió narrando mi tío —, de mucho frío, pero no con nieve, sino con un temporal de agua que hizo salirse de madre al regato, cuando el tío Eleuterio creyó oír a eso de la madrugada algunos ruidos en el corral de su casa que le hicieron sentarse en la cama y escuchar con la mayor atención. Sí, no cabía duda; alguien andaba por el patio. Y bien sabía él quién era: Gabino, el valentón que había prometido robarle las gallinas al guardabosque y encima pegarle unos tiros. Mas esta vez, si había venido por lana iba a volver trasquilado. Se lanzó fuera de la cama, púsose la zamarra en la obscuridad —dormía vestido desde que tuvo conocimiento de los propósitos de Gabino—, alcanzó a tientas la escopeta y descalzo, para no hacer ruido, pasó a la cocina y de allí al portal. Una tormenta furiosa inundaba de agua el patio y sacudía fuertemente los árboles. Le extrañó que los perros no hubiesen ladrado al percibir al ladrón, pero pensó que tal vez Gabino los hubiera envenenado antes de saltar la cerca. Avanzó pegado a las paredes con la escopeta pronta, mientras la lluvia le empapaba las ropas y al llegar cerca del pajar, deslumbrado por un relámpago, tropezó con un cántaro grande que había quedado en el patio encima de un cajón, cayendo todo al suelo con gran estrépito. El tío Eleuterio ahogó una imprecación mientras sentía un dolor intenso en el pie descalzo, y en ese preciso instante fué cuando lo vió al otro que trataba de huir al sentir el ruido delator de su presencia. Salió de la parte de atrás de la casa, y era nada más que una mancha oscura y borrosa en la noche negra...

"—¡Alto! ¡Alto ahí! ¡Detente o disparo!...

"El fugitivo no hizo caso de la advertencia y siguió corriendo. A la luz lívida de un relámpago, el guardabosque lo vió encaramarse en la cerca. Se echó la escopeta a la cara y apretó los dos gatillos. Casi en el mismo momento de sonar la detonación, oyóse un grito agudo, desgarrante, y los perros empezaron a ladrar desaforadamente. El tío Eleuterio corrió hacia la cerca. Le había dado; él lo vió levantar los brazos y caer del otro lado como si hubiera perdido de pronto el equilibrio. Era doloroso, pero él mismo se lo había buscado...

"A sus pies, tirado en el barro, un bulto confuso se retorcía gimiendo. Se inclinó sobre él, y entonces sucedió algo que dejó espantado al tío Eleuterio.

"—¡Padre! ¡Ay, Padre, que me ha matado usted!... — quejóse el supuesto cazador furtivo.

"Ahora sí, de una sola mirada comprendió el viejo guardabosque lo que no habían visto sus ojos ingenuos durante mucho tiempo, años, acaso. Allí estaba Ana María, malamente arrebujada en un mantón negro, los cabellos revueltos, los ojos despavoridos. Ella era la que había dado aquel grito horrible cuando el tío Eleuterio le apuntó a su hijo con la escopeta. Y allí estaba también José Antonio, con los labios manchados de sangre y la espalda llena de agujeritos por donde se le iba escapando la vida. Del dormitorio de Ana María había salido cuando lo vió su padre y le dió la voz de alto... Y en medio de su intensa angustia, aniquilado por el gran dolor, no tuvo reproches ni recriminaciones. Tan sólo les preguntó:

"¿Por qué no me lo habíais dicho antes?

"El tío Eleuterio, con esa simplicidad de las gentes rústicas para las cosas del sentimiento, no se había dado cuenta de que, conforme los dos primos iban creciendo, se desarrollaba entre ellos una atracción mutua que, favorecida por las circunstancias, fuése transformando primero en tierno idilio y después en violenta pasión. Ni el cambio de vida, ni las atracciones que Zamora podía ofrecer a un lugareño como él cuando fué a cursar allí el bachillerato, hicieron que José Antonio dejase de amar a su prima, y así ocurrió que, no pudiendo sufrir aquella separación, hiciera frecuentes viajes nocturnos a la casa paterna, favorecido por la distancia relativamente corta que hay entre la dehesa y Zamora.

"El desgraciado muchacho murió aquella misma noche, sin llegar a ver la luz del nuevo día. Su padre, durante el entierro, manifestó — como era de esperar en un hombre de su temple y reciedumbre — una gran fortaleza de ánimo; mas apenas pasados algunos días, vióselo abatido y sumido en sí mismo, pareciendo que algo se hubiera desmoronado no sólo en su espíritu, sino en su cuerpo también, que perdió para siempre aquella apostura erguida, quedando encorvado por el peso de una carga invisible.

"Al poco tiempo renunció a su puesto de guardabosque, y junto con Ana María —que también parecía un fantasma de lo que había sido— se embarcó para la Argentina, dispuesto a emprender una nueva vida. Desde entonces, han pasado muchos años y nunca más hemos vuelto a tener noticias de ellos. Ni una carta, ni un saludo enviado por intermedio de cualquiera de los muchos inmigrantes que retornaron a estas tierras; nada. Igual que si el mar se los hubiera tragado. Tal vez haya hecho fortuna, aunque lo dudo. Iba el pobre hombre a la lucha vencido ya de antemano..." ◊

ANGUSTIA EN LA MONTAÑA

cuento, por

Antonio Pacheco Bórgez

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

A 5000 metros sobre el nivel del mar, en la región de las nieves eternas de la plena cordillera, el grupo de seis hombres avanzaba dificultosamente. Sorteando las mil anfractuosidades del terreno, deslizándose por entre aquellas masas colosales, los seis pintaban apenas sobre la blancura de la nieve como un insignificante punto obscuro afectado de movilidad. Transportados hasta esa desierta altitud, en la cual la Naturaleza crudamente expresaba su inconmovible poderío, su eterna majestad, eran quizá la única manifestación de la vida. Después, lo demás, llevaba en sí esa como indiferencia que aparentan las cosas infinitas para el hombre. Cuatro de ellos eran técnicos venidos del Superior Instituto Geográfico, y los restantes, dos paisanos conocedores de la región; estos últimos iban contratados como baquianos al par que prestaban ayuda manual en las tareas topográficas que venían realizando desde dos meses atrás. En aquel momento, todos, sin excepción, no obstante la pesadez de la nieve, andaban a prisa en una retirada estratégica hacia el refugio que tenían emplazado en el cuerpo de la montaña. Iban taciturnos; preocupados por llegar cuanto antes; portadores de esa sorda angustia que parece estrangular al corazón cuando nace ante un peligro cósmico, frente al cual sólo queda una posibilidad: la suerte.

Pronto, tal como lo pronosticaron los baquianos, empezó a nevar y el viento se desató en seguida arreciando crudamente sobre aquel tumultuoso relieve de montaña. Ante la tortuosidad de la senda en esos momentos, el grupo tomó definitivamente la formación india, y por trechos no quedaba más contacto entre hombre y hombre que las huellas del anterior. Frente a la tormenta, cada uno no pensaba sino en sí mismo, aunque todavía no se había alterado el orden de marcha impartido por el jefe de la expedición: los dos baquianos, Romero y Bernabé, haciendo cabeza y retaguardia respectivamente, y entre ambos los cuatro técnicos, Bompet, el jefe; Talbot, Mendizábal y Machado. Todos iban arrecidos de frío, aun bajo el grueso abrigo de pieles; el termómetro marcaba 18° bajo cero, por lo que se hacían frecuentes libaciones en las cantimploras provistas con bebidas alcohólicas de alta graduación.

Pronto, de los seis integrantes de la expedición, el quinto en el orden de avance, el topógrafo César Machado, empezó a rezagarse, y este retrasamiento progresivo, dada la estrechez del paso, vino a imponer al baquiano Bernabé, que cerraba la marcha, un compás de espera nada grato en aquellos momentos. En estas condiciones anduvieron un largo rato sin que cruzasen siquiera una palabra, pero en cuanto la senda lo permitió, el baquiano tomó la delantera y pronto se perdió de vista. Machado hizo un gesto desdeñoso y continuó con su paso cansino. ¡Bah! ¡Qué otra fineza podía esperar de aquel asno! Después, sin mayores alternativas siguió andando a lo largo del rastro de los que le precedían. Habría transcurrido un cuarto de hora de marcha, cuando al iniciar el cruce de una repisa cortada en abismo sobre el flanco de la montaña, se enfrentó con Bernabé que regresaba. En el primer momento pensó que volvía para ofrecerle ayuda, pero el otro por segunda vez pasó a su lado sin dirigirle la palabra. Machado de nuevo hizo un gesto despectivo y siguió. No anduvo ni unos ochenta metros por aquel angosto precipicio, cuando tuvo que detenerse. Una enorme masa de nieve y piedra, producto de un alud, obstruía el paso. Machado tuvo entonces un arranque de inquietud. Desde la altura contempló a sus compañeros, lejanos ya, que desaparecían descendiendo un barranco, y comprendió que era inútil dar voces en demanda de auxilio. Debía buscar otro paso, y desconocedor del terreno, no le quedaba más recurso que seguir las huellas de Bernabé. En aquel momento analizó su situación y comprobó que era por demás crítica para él. Su destino, su vida, debía ahora considerarla como acordelada y deudora de las pisadas de aquel individuo... Era como una ironía del destino...

Cuando la comisión del Superior Instituto Geográfico arribó al pueblito del Valle Ancho, situado en las inmediaciones del pico Centinela, fué a alojarse, como era de rigor, en el único hospedaje y almacén que existía. A esto se debió el que César Machado conociese a Amanda, la hija del posadero. Después, las contadas conversaciones que sostuvo con ella, fueron lo suficiente para que quedase establecida entre ambos una relación diferente a una común simpatía. Aquí, fué más vale una mutua adivinación de afinidades e intenciones. En la mirada de los dos, flotaba, cuando estaban juntos, esa tristeza que fluye a los ojos cuando se contempla un bien que nos hallamos distantes de alcanzar tan sólo por el hecho de haberlo conocido demasiado tarde; aunque en el fondo germinaba el amor; ese que no se caracteriza por la acción, sino por la nostalgia, por la dulzura con que de continuo está invadida el alma...

Este tácito idilio no pasó inadvertido para los más cercanos. Y entre los que observaban no podía faltar el baquiano Bernabé. Este tipo de espíritu rústico, inculto, era el novio de la muchacha. Un ser incapacitado para generar en su corazón un sentimiento hondo y humano tal como el que aguardaba sedienta el alma de Amanda. El fué quien primero advirtió con su malicia el entendido entre ambos; en cierta oportunidad se plantó torvo, aun sin pruebas a la vista, y escrutó a los dos cual si los emplazara a una explicación; pero el caso no pasó a mayores.

Ahora, aislados en el nevero de la montaña, Bernabé y Machado, por igual, se debatían en defensa de su existencia. El primero en superiores condiciones, ya que conocía palmo a palmo el terreno, en tanto que el topógrafo venía a convertirse en su tributario al orientarse en sus pisadas. Aquellas marcas en la nieve, que a toda costa hubiese querido Bernabé que se borrasen tras de sí, eran su ruta. Como si fuese un ciego, lo conducían por las más peligrosas y complicadas sendas, por abismos impresionantes, a través de pasos inimaginables. Al rato, el viento amainó, y Machado, por más que se empeñó en dar alcance siquiera de vista a su guía, no lo consiguió. Pero no anduvo mucho cuando una característica que iba acentuándose en las pisadas de Bernabé despertó su curiosidad. Las correspondientes al pie derecho se deformaban, como si fuesen ligeramente arrastradas en la nieve. A medida que avanzaba, más notorio se hacía este detalle. Todo daba a entender que era penosa la marcha del baquiano, porque esa pierna debería llevarla a la rastra.

Efectivamente, no pasó mucho cuando se encontró con él. Estaba sentado en el suelo de espaldas contra una roca. El corazón de Machado tuvo entonces como un momento de malsano regocijo. El odiado rival yacía derrotado; estaba en tierra, agotadas sus fuerzas no obstante su soberbia. Iba a pasar por delante de él sin siquiera dirigirle la palabra, cuando el otro lo detuvo con un gesto:

—No me abandone. ¡Tengo una pierna helada! —le clamó.

Machado se paró entonces y contempló al baquiano. La bota derecha la tenía rota; abierta entre capellada y suela como si fuese la boca de un pescado al que hubiesen atosigado de nieve. Sólo le contestó muy secamente:

—No puedo. Avisaré en cuanto llegue.

Y en seguida reemprendió su camino con esa seguridad que es solamente producto del orgullo y que en el fondo va poco menos que a ciegas llevada por mano de la suerte.

La nevada y el viento habían cesado desde rato atrás y la marcha se hacía relativamente fácil. Por tramos advertía semicubiertas las huellas de sus compañeros. Esto lo llenaba de ánimo y hacía que se empeñase en marchas forzadas en el ansia por llegar al refugio. Pero al emprender el descenso de una prolongada pendiente, todo rastro aparecía borrado. No obstante, confiado en su buena estrella se lanzó por donde mejor le cupo. Al rato, como no diera con las huellas, una cierta impaciencia comenzó a apoderarse de él. ¿Las pisadas de sus compañeros se las habría tragado la montaña? No volvían a aparecer. Ya entonces, francamente el desconcierto comenzó a apoderarse de él. Andaba y desandaba sus propios pasos. Trepaba a cuanta prominencia encontraba. Descendía a los valles... Y siempre igual... Todo a la distancia le parecía conocido y familiar; pero en cuanto se hallaba cerca, comprobaba su error y entonces la ruta que había abandonado se le antojaba la correcta, la de su salvación. ¿Dónde estaba el refugio? ¿No lo habría tapado la nieve? Después fué tarea fácil para el pánico apoderarse de él. A Machado, como si recién lo advirtiese, se le venía el mundo encima. Estaba aislado, solo, indefenso entre la ambiente hostilidad de los elementos naturales. Estaba irremisiblemente perdido en aquel confín de las nieves eternas, en el que el frío y el hambre muy pronto darían cuenta



de su débil existencia. Una angustia ahogada le subía a cada momento a la garganta, las lágrimas le bañaban el rostro y hubiera en aquellos instantes dado un brazo de su cuerpo con tal de tener por compañero, siquiera a un animalito fiel; un simple cuzco. Por último, cansado de trajinar en balde, cayó de bruces envuelto en estrepitoso llanto. En esto, en un intervalo, creyó percibir una voz. El corazón le dió un vuelco tan grande que se quedó como paralizado. Se agazapó a escuchar... Era un quejido profundo, de hondo dolor humano... Un gemido de esos que toman forma en el abrasamiento torturante de una fiebre...

Corriendo y rodando como un loco por las pendientes nevadas, se fué aproximando al grito. ¿Cuál de sus compañeros sería? ¿Qué suerte habría corrido el resto? Cuando llegó junto al hombre que gemía sufrió un verdadero contraste. ¡Era el baquiano Bernabé! Había rondado por los alrededores durante todo ese tiempo que le pareció un siglo, tal como si una misteriosa atracción, un invisible cordel, le hubiese mantenido polarizado en aquel sujeto.

Sin embargo, ahora, deshecho su ánimo por el terror pasado, se hubiese mostrado pleno de afecto hasta con el último representante del género humano. Y a Bernabé le ocurría otro tanto. Aun atormentado por la fiebre, lo recibió con una débil, pero amable sonrisa. Enloquecido por el dolor de la gangrena que se apoderaba de su miembro helado, parecía haberse convertido en un hombre sensitivo y bueno. Ya no era el mismo. Hasta su habitual egoísmo se había suavizado. Oponía reparos a que Machado lo llevase en hombros. ¡Qué se salvase solo, qué buen trabajo le costaría! ¡Qué fuese feliz con Amanda! En fin, que para él todo había concluído. Pero Machado se resistía enternecido, llenos los ojos de lágrimas. Antes morirían juntos. ¡O los dos o ninguno! Por fin, Machado consiguió echárselo sobre la espalda y emprender el camino bajo las indicaciones de Bernabé, quien en medio de todo seguía protestando por el sacrificio que consideraba estéril. En el delirio de la fiebre el baquiano daba rienda suelta quizá a todo el impenetrable mutismo de su vida. Hablaba sin cesar, incoherentemente. Pero al rato, de a poco, comenzó a hacérsele tarda la voz y al cabo enmudeció. Entonces Machado, ya en el fondo encogido de miedo, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ahora se tuteaban. El otro le respondió apenas:

—Me está entrando el sueño.

A estas palabras Machado lo bajó en el acto, fué como una sacudida eléctrica. El conocía perfectamente a donde conducía aquella somnolencia, y la sola idea de la muerte que en ese instante, con el frío sigilo de una sierpe, se estaba apoderando del baquiano le paralizó por un instante toda la sangre del cuerpo. Pero en seguida reaccionó e intentó despertarlo con palabras ansiosas, con enérgicas sacudidas, aunque en vano; Bernabé movía negativamente la cabeza dando a entender la complacencia que aquel estado le producía. Entonces Machado, ya perdido todo control, al borde mismo de la desesperación, emprendió a sacudirlo con furor, a gritarlo a pleno pulmón, sin que esto bastara para que Bernabé quisiera a toda costa seguir durmiendo. A aquella altura, Machado llegó al límite de la locura en su pánico desatado y se ensañó en descargarle una lluvia de golpes hasta que, extenuado, cayeron los dos como un solo cuerpo...

* * *

Cuando el topógrafo Machado abrió los ojos, se encontró en el refugio rodeado por sus compañeros. Era de noche y nevaba apenas. Sus primeras palabras fueron:

—¿Y Bernabé?

Bompet se limitó a señalarle un cuerpo cubierto con una manta que se veía rígido hacia un rincón...

Pocos días después la comisión regresaba a la capital. Machado, durante todo el tiempo que medió hasta entonces, estuvo afectado como de una enorme nostalgia, no obstante el empeño de sus compañeros por distraerle. Solamente pareció sacudir esta preocupación del alma por un instante, cuando se despidió de Amanda. Los dos estaban envueltos como por el embarazo de un recuerdo doloroso. Se miraron hondamente, con los ojos preñados de esa triste dulzura con que se suelen empañar en aquellas despedidas que nos tocan el corazón. Más tarde, durante todo el viaje a la capital, Machado no hizo otra cosa más que contemplar el paisaje envuelto en sus meditaciones.

Y el tren llegó a destino, y Machado regresó a su casa en compañía de su madre y de su hermana; el resto de los suyos, en la mesa lo hallaron más raro que nunca, y él, bajo el pretexto del cansancio del viaje, se fué a acostar en cuanto pudo. Estuvo, no supo nunca cuanto tiempo despierto. Lo sorprendió lo avanzado de la hora, cuando oyó sonar la medianoche. Recién entonces se dió cuenta de que yacía desde cuatro horas atrás sin conciliar el sueño, invadido por el recuerdo de aquel paisaje nevado, del cual no podía excluir los ojos de dulzura infinita que le contemplaron llenos de lágrimas al partir... ◈

REFRIGERADORES MODERNOS



Mediante un termostato especial bimetálico en circuito eléctrico con una campanilla se avisa cuando en los refrigeradores de alimentos se eleva la temperatura, y para evitar daños en los mismos. El contacto permanece cerrado a bajas temperaturas y se abre cuando ésta se eleva. Entonces funciona la campanilla de alarma.

LA LIBRETA DEL BORRACHO

(CONTINUACION DE LA PAGINA 31)

Pronuncia una interjección soez para ella, y vuelve a reír como un loco en medio de la angosta y solitaria calle. Un gato negro la cruza a saltos y se encarama por los tejados vecinos maullando.

De pronto siente Montagout que se le oscurece la vista, se lleva las manos al rostro y cae de bruces en medio de la calle.

* * *

La ambulancia lo recoge y lo conduce al hospital. Apenas lo bajan de la camilla, llaman:

—Doctor Montagout...

El médico observa al borracho, le revisa los bolsillos, y al leer el nombre se le hiela la sangre por el estupor. No puede hacer absolutamente nada.

Avergonzado, sólo atina a anotar en el registro del hospital otro nombre que, sustituyendo al del muerto, salve su honor: René Semain, el de su verdadero padre, el que jamás podría usar en toda la vida. ◈

EL ALEGRE PUCK...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

de la zarzuela, o más exactamente, del género chico español.

Eran los días de mayor esplendor de este género teatral, que en Buenos Aires tuvo una aceptación fabulosa. Precisamente el año anterior — 1894 —, *La Verbena de la Paloma*, recién estrenada en Madrid, se representaba simultáneamente en cuatro teatros, en salas de aficionados y hasta en festivales de casas particulares. Eran días de enorme trasiego de actores y tiples de género chico entre la calle de Alcalá y la avenida de Mayo.

Su aventura teatral de los quince años, que él ha contado con chispeante gracia, fué un fracaso, pero un regocijado fracaso. Sin embargo, el resultado adverso de su primera aventura no podía significar que renunciase al camino emprendido. De ningún modo. Había abrazado aquella profesión, pese a sus pocos años, como Don Quijote la de caballero andante, y llevaba sobrada fe para hacer todo el camino, sin importarle los tropiezos que tuviera en él.

Tres años después vuelve a estrenar, en el mismo escenario del teatro de la Comedia, otra obra de género chico: su sainete *Gabino, el mayoral*, cuyo éxito lo consagra autor. Se incorpora de ese modo, con una obra nacional, al mundo teatral español. Porque la que le ha estrenado es-

AGUADULCE — Razón — Por ANDRINO







ta obra, como igualmente la anterior, es una compañía española. Lo es también la que lleva a escena su producción inmediata: *El chiripá rojo*, en el que intervienen Irene Alba, Rogelio Juárez, Abelardo Lastra...

Ante este nombre es forzoso que nos detengamos. Abelardo Lastra era un actor que se había especializado en la interpretación de tipos criollos. En la escena de *El chiripá rojo*, en el que interpretaba un sereno federal, debía morir apuñalado por la heroína, una unitaria a la que requería de amores. Sobre su muerte caía el telón. Pero ocurrió que una noche, cuando el telón volvía a levantarse ante los aplausos del público, para que los actores saludaran, Abelardo Lastra continuaba tendido en el escenario... ¿Es que trataba de no borrar el efecto de la ficción? No. Es que, efectivamente, estaba muerto. La puñalada de la esquiva unitaria había coincidido con un síncope cardíaco.

Reinado de las tiples

Pero esto no quiere decir que Enrique García Velloso tuviese un sino sombrío. Todo lo contrario. No hubo hombre más alegre que él, ni alegría más contagiosa que la suya.

Pronto fué una figura popular en el ambiente teatral porteño, íbamos a escribir: en el ambiente teatral español; pero eso se sobreentiende, porque en aquella época el ambiente teatral porteño no era más que español.

Para usar de un símil a tono con ese ambiente, diremos que apareció en el mundo teatral y periodístico porteño como Puck en *El sueño de una noche de verano*, el duende shakespeareano de "las alegres diabluras y las regocijadas bromas". Con él rien las famosas tiples del teatro Apolo de Madrid, la "catedral del género chico", que vienen a Buenos Aires con su prestigio, su donaire, su sandunga, rindiéndoseles culto a orillas del Plata, como a orillas del Manzanares. Entre ellas, la más famosa de todas: Matilde Pretel.

Cuando las diosas del Apolo de Madrid, al que se llama catedral, pero al que más le cuadraría el nombre de templo —templo pagano—, dejan de venir a Buenos Aires, este alegre Puck de corazón sentimental va en peregrinación hasta el santuario de las diosas, en la madrileñísima calle de Alcalá. Esto ocurría en el año de 1900. Fué su primer viaje a la capital española. En él se incorporó, siquiera fuese transitoriamente, a la vida teatral madrileña, a la cual podía decirse que se había asomado ya desde Buenos Aires.

Días de nostalgia, en Madrid

Cinco lustros después, hizo su último viaje a Madrid. Nosotros nos encontrábamos allí, y le acompañamos en esos días, sin duda cargados de nostalgias para él, pero que su alegría disimulaba. Seguía siendo el regocijado Puck que conocimos en Buenos Aires, en los comienzos de la guerra del 14, el "Vellosito" de fines del siglo pasado.

Tenía ya en su haber una enorme producción teatral, que lo acreditaba como el más fecundo y el más ingenioso de los comediógrafos argentinos, y que abarcaba el sainete, la comedia, el drama: todos los géneros. Además, burla burlando había contribuído, como principal animador, a crear la Sociedad Argentina de Autores, que nació en su casa el 11 de septiembre de 1910.

También se había afianzado en Madrid su prestigio de comediógrafo, cuando en el año de 1913 estrenó en el teatro de la Comedia de aquella capital su obra *Fruta picada*. Interesante episodio en las relaciones teatrales hispanoargentinas. El empresario de la Comedia, Tirso Escudero, había estado en Buenos Aires con la compañía de su teatro, y entonces tuvo ocasión de conocer a Enrique García Velloso. Y de ser su amigo. Conservaba un gratísimo recuerdo de las horas pasadas con él en Buenos Aires. Y, en ocasión de hallarse en Madrid aquel dilecto amigo argentino, quiso agasajarle representando una comedia suya en su teatro. Para ello había pensado que Florencio Parravicini, a la sazón en París, hiciese el protagonista. "Parra" aceptó la idea y se trasladó a Madrid. Se estrenó la obra con todos los honores, y autor y actor obtuvieron un éxito memorable.

En su último viaje, cuando nosotros le vimos en Madrid, si no gozó del halago del éxito, su alma debió sentirse aún más íntimamente halagada por las pruebas de afecto y simpatía que recibió con motivo de serle practicada una operación quirúrgica, a la que debió ser sometido urgentemente.

Por el sanatorio donde le operaron desfilaban a diario sus antiguos y nuevos amigos. Una tarde llegó a verle una señora ya entrada en años, de baja estatura, algo gruesa, vestida con un traje oscuro, sin ningún ornato. Se acercó al lecho del enfermo. Y, después de un conmovido apretón de manos, se sentó a su cabecera, sacando de su cartera una trompetilla que aplicó a su oído.

Quienes estábamos en aquel momento en la habitación salimos discretamente al pasillo, y el amigo madrileño que nos acompañaba musitó a nuestro oído:

—¡Pobre Matilde! Está más sorda que una tapia.

Era Matilde Pretel, la famosa tiple, que, retirada de la escena hacía años, vivía en Madrid oscuramente, llevando una existencia acomodada y burguesa.

Cuando se marchó entramos de nuevo en la habitación. García Velloso estaba incorporado en el lecho, con la vista fija en la puerta por la cual había desaparecido la antigua diosa del Apolo, que por ser humana no podía librarse de envejecer. Cubrió su rostro una melancólica sonrisa, como para hurtar la lágrima que asomaba a sus ojos, mientras repetía este verso de una dolora de Campoamor:

¡Santo Dios, ésta es aquélla!...

Fué una sombra de tristeza que se disipó al instante. Volvió en seguida a ser el alegre Puck, que distraía a los amigos que iban a distraerle, pródigo de su buen humor inalterable. Y, cuando todos se marcharan, le sobraría imaginación para poblar su soledad con los regocijados personajes de alguna nueva comedia... O un hada —el hada Fantasía— acudiría a dialogar con él, como dialogan con el alegre y travieso Puck en la inmortal comedia de Shakespeare.

Las hadas se lo llevan

La Academia Argentina de Letras le incorporó a su seno en la sesión del 13 de mayo de 1937, asignándole el sillón que lleva el nombre de Martín Coronado. Pero no llegó a ocuparlo. Antes del solemne acto de su recepción, en el cual debía presentarse con toda la seriedad de un académico, las hadas, temerosas sin duda de perder para siempre a su alegre Puck, se lo llevaron a su fantasmagórico reino...

Los señores académicos se pusieron de pie en homenaje a su memoria y declararon vacante por seis meses el sillón de Martín Coronado, en señal de duelo. Su alegría no le había impedido realizar una obra que lo situaba entre las glorias de las letras argentinas. ◈

En el próximo número:
LA BARRA SIMBOLICA DE HORACIO QUIROGA

EL PUGILISTA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 100)

eran las del cirujano y sus ayudantes que examinaban a Joe, tendido sobre una mesa.

El cirujano, un hombre de ojos negros, barba sombría y acento extranjero, que hallábase inclinado sobre el pugilista, se incorporó.

—El caso es raro — dijo —, y excepcionalmente grave. Hundimiento total de la parte posterior del cráneo.

Genoveva sentía los labios secos y ardientes; un dolor intolerable le oprimía la garganta. Mas, ¿por qué no lloraba? Tendría que estar llorando y no lo estaba, sin embargo. En su sueño penetró después una nueva forma; Lottie estaba presente del otro costado de la estrecha camilla donde yacía Joe, sollozando. Ahora sí, ella también lloraba desconsoladamente.

Alguien hablaba del coma de la muerte; no el cirujano de acento extranjero, sino otro hombre. Por otra parte, le importaba poco quien hubiera hablado. ¿Qué hora podría ser? La pálida luz del alba, aclarando los vidrios, pareció haber escuchado su pregunta y responder a ella.

—Era hoy — dijo a Lottie — cuando iba a casarme.

—¡Cállese, Genoveva! Cállese —repuso ella—; en nombre del cielo.

Y volvió a sollozar, escondiendo el rostro en las manos.

Entonces, aquello era el final de todo. El final de los cortinados, de los muebles, de la casita alquilada. El final de las citas y los paseos, de las noches estremecedoras en el parque de la ciudad, bajo la claridad de los astros. ¡Adiós las delicias de abandonarse uno al otro con el goce de amar y sentirse amado!

¡Era el box quien había desencadenado esa catástrofe! ¿Por qué extendía así sobre el alma del hombre su espantosa garra, sus riesgos y sus azares y toda su cruel ironía? El había impedido al hombre que amara pertenecer totalmente a la mujer que a su vez amaba: la mujer que había soñado rodearlo para toda la vida de cuidados maternales y de abnegación y que sólo fuera un pasatiempo.

Cuando el box prendía en alguien su fascinación misteriosa, el ring, el ring maldito ocupaba sus pensamientos día y noche, desviaba todo vuelo, todo arrebato de su ser, absorbía todos los deseos de su corazón.

Genoveva sintió que Silverstein la ayudaba a incorporarse, y lo dejó hacer, automáticamente, mientras él la tomaba del brazo conduciéndola hasta la puerta.

—¿Por qué no lo besa usted? — gritó Lottie con pasión, volviendo hacia ella sus grandes ojos profundos y tristes.

Dócil, Genoveva se inclinó sobre la inmóvil arcilla en que hallábase convertido Joe, y apretó los labios contra los suyos aún tibios.

Luego salió, viendo en la antesala a la señora Silverstein, que había venido a buscarla y aguardaba. Cuando la buena señora contempló a la muchacha vestida de hombre, sus ojillos hundidos pestañearon de cólera. En vano su esposo le echó una mirada suplicante. Bruscamente estalló:

—¡Ah! ¡Te lo había dicho, locuela! Te había prevenido de tu afición por ese inútil. ¡Una jovencita, como tú, en un combate de box y así vestida! ¡Qué bonito! ¡Ah..., na niña!

La señora Silverstein no pudo agregar más, pues un río de lágrimas brotóle de los ojos y ahogó sus palabras. Extendiendo sus cortos brazos, ridícula aunque conmovedora, corrió hacia la muchacha, que permanecía en su sitio como atontada y la apretó contra su pecho.

Luego, murmurando incomprensibles palabras de consuelo y ternura, comenzó a mecerla dulcemente cual una madre al hijo, mientras le acariciaba el rostro con sus manos gordas de dedos también gordos, como morcillas.

Fin de "EL PUGILISTA"

Aquí le contestamos

Ricardo Campos, *Capital.* — La novela que usted cita se publicó en el número 71 de LEOPLÁN, cuya edición se agotó hace ya tiempo. Lo mismo ocurre con la última edición del libro, razón por la cual no ha podido usted hallarlo. Pruebe en las librerías de viejo.

Anny Sá, *Resistencia.* — La preparación de una crema como la que usted desea, no es posible realizarla si no se cuenta con los elementos indispensables, y proveerse de ellos le resultaría sumamente costoso. Le aconsejamos que use una de las muchas que se expenden en el comercio.

Riojanita Triste, *La Rioja.* — 1º Es indispensable la partida de nacimiento para dar cumplimiento a la nueva ley de empadronamiento femenino. En su caso puede solicitarla por carta: es gratuita. En cuanto al detalle que usted menciona, pida rectificación de partida, aportando los datos que le soliciten para probar el nuevo estado civil de sus padres.

Poetisa, *Capital.* — Aparte varios de ellos, que se efectúan sin carácter permanente, los más importantes son el municipal y el nacional. Puede intervenir cualquier persona y en cada oportunidad se publican las bases de los mismos.

Benito R. Perdomo, *Destacamento Naval Azul.* — Debe revalidar su título, para lo cual es necesario rendir examen en una de las escuelas técnicas del Estado.

Graziela Onduir, *Santa Fe.* — Escríbales a la Sociedad General de Autores de la Argentina, Santa Fe 1243, Buenos Aires

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires



ANTONIO FERNANDEZ, S. del Estero. — *Esa anormalidad que usted nota en el gusto de la leche, se debe, en muchas ocasiones, a los alimentos que ingieren las vacas, pues ellos alteran su sabor. Inclusive varía cuando la v[illegible]a come pasto seco o cuando s[illegible] alimento es solamente verde.*

Nazareno Patarca, *Casalegno.* — No conocemos ninguna publicación de esa índole. Le aconsejamos, más bien, que forme una buena biblioteca con libros de autores clásicos.

Igor Satchok, *Montevideo.* — Por supuesto, esos países tendrán su legislación al respecto y lo lógico es que usted se dirija a las autoridades competentes, exponiéndoles su problema. Pero, desde luego, deberá usted, ante todo, adoptar la nacionalidad uruguay[illegible] si es que desea seguir esa carrera en el p[illegible] donde reside actualmente.

Julio Zanfini, *San José.* — La obra que usted menciona no fué publicada en las páginas de LEOPLÁN. Tendremos en cuenta su pedido para cuando se presente una ocasión favorable a sus deseos.

Neber Noemí Harcasdle Mayol. — El hecho no tiene la menor importancia legal. Por otra parte, remover un hecho pasado y sin trascendencia, sólo podrá ocasionarle una serie de gastos y contratiempos que no conducirían a nada práctico, pues allí no existe la trasgresión legal que usted supone.

E. Heriberto Rohrer, *Uruguay.* — La gran cantidad de originales que espera turno de lectura y publicación impide, por ahora, aceptar nuevas colaboraciones espontáneas.

Asiduo Lector de "Leoplán", *Capital.* — Se refiere usted sin duda a la llamada ginebra holandesa. He aquí su fórmula: Esencia de cardamomos, 0,5 gramos; esencia de coñac, 4 grs.; esencia de enebro, 2 grs.; esencia de ajenjo, 0.5 grs.; licor, 10 litros.

Luis Panisa, *Perú.* — 1º Lea lo que contestamos en esta misma sección a E. Heriberto Rohrer. 2º: Dicho autor nació y murió en Inglaterra. Escribió numerosas obras y fué nombrado sir. Era, efectivamente, espiritista y en su testamento legó cierta cantidad de dinero para destinarlo a tales prácticas.

Porfiado, *Capital.* — Su amigo tiene razón y pierde usted la apuesta. Su error proviene de que confunde usted el fósforo blanco con el rojo. Como aficionado, debe usted adoptar muchas precauciones, pues aquélla es una materia sumamente peligrosa de manipular.

PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLAN"

Anual	$ 19.—
Semestral	„ 9.60

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Bs. Aires. - Junio 1948